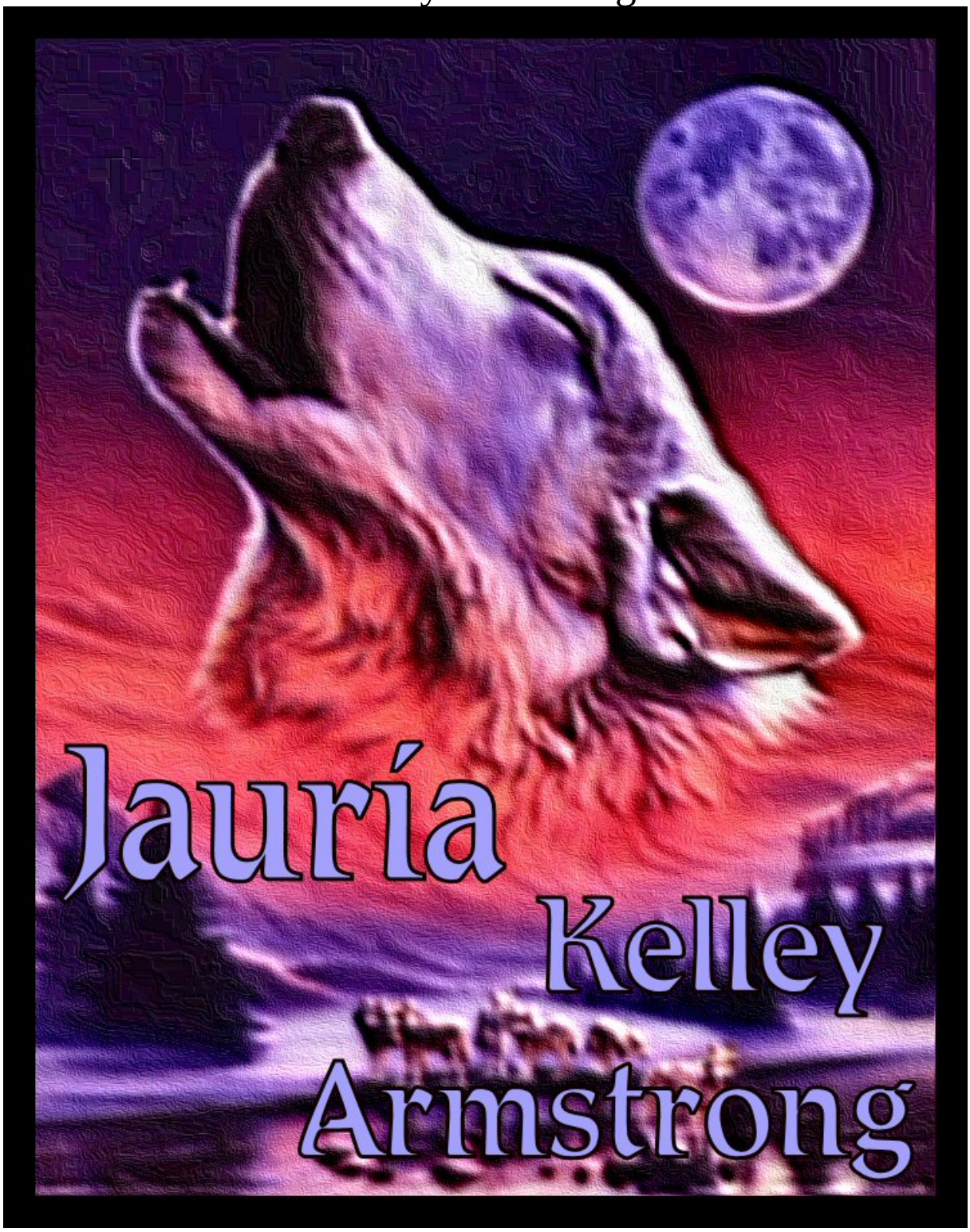
JAURÍA

Kelley Armstrong



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Jeff,
que siempre creyó que podía hacerlo

PRÓLOGO

Tengo que hacerlo.

Estuve resistiéndome toda la noche. Voy a perder. Mi batalla es tan fútil como la de una mujer que, al sentir los primeros dolores del parto, decide que no es un momento conveniente para dar a luz. La naturaleza se impone. Siempre.

Son casi las dos de la mañana, demasiado tarde para esta tontería y necesito dormir. Cuatro noches investigando para cumplir con una entrega me han dejado exhausta. No importa. La piel de atrás de las rodillas y los codos comenzó a hormiguearme y ahora me arde. Mi corazón late tan aprisa que tengo que tomar aire. Cierro los ojos fuerte, deseando que se vayan esas sensaciones, pero no se van.

Philip duerme a mi lado. Él es otro motivo por el que no puedo irme, escabullirme en la mitad de la noche otra vez y volver con un torrente de excusas sin sentido. Mañana va a trabajar hasta tarde. Si tan solo pudiera esperar un día más. Las sienes me laten. La sensación de ardor se extiende por la piel de mis brazos y piernas. La ira forma una pelota tensa en mis tripas y amenaza con estallar.

Tengo que salir de aquí... ya no tengo tiempo.

Philip no se mueve cuando salgo de la cama. Tengo una pila de ropa metida debajo de mi vestidor para evitarme los ruidos de los cajones y de las puertas del ropero. Tomo mis llaves con fuerza, para que no tintineen, abro suavemente la puerta y salgo al corredor.

Todo está tranquilo. Las luces parecen atenuadas, como si las dominara el vacío. Cuando toco el botón del ascensor, rechina su protesta de que lo estorbe a esta hora impiadosa. La planta baja y la entrada están vacías. La gente que tiene plata para alquilar tan cerca del centro de Toronto duerme cómodamente en este momento.

Además de dolerme las piernas también me hormiguean y curvo los dedos para ver si dejan de picar. Pero no. Miro las llaves del auto en mis manos. Ahora es demasiado tarde para ir a un lugar seguro. La picazón ha cristalizado en un fuerte ardor. Con las llaves en el bolsillo, salgo a las calles, buscando un lugar para cambiarme. Mientras camino, monitoreo la sensación en las piernas que se traslada a los brazos y a la nuca. Pronto. Pronto. Cuando el cuero cabelludo comienza a hormiguearme, sé que ya he caminado todo lo que puedo, así que busco un callejón. El primero que encuentro está ocupado por dos hombres que se acurrucan juntos, dentro de una caja de cartón de un televisor de pantalla grande, pero el siguiente está vacío. Voy rápido hasta el extremo, me desvisto detrás una barricada de tachos de basura y oculto la ropa bajo un diario viejo. Entonces comienzo el Cambio.

Mi piel se estira. La sensación se hace más honda y trato de bloquear el dolor. Dolor. Que palabra trivial: mejor diré agonía. No se puede decir que es sólo "dolorosa" la sensación de que lo despellejen vivo a uno. Respiro hondo y concentro mi atención en el Cambio, bajando al suelo antes de que me doble en dos y me vea obligada a hacerlo. Nunca es fácil. Quizás aún soy demasiado humana. Esforzándome por mantener el control de mis ideas, trato de anticipar cada fase y pongo el cuerpo en posición adecuada, con la cabeza gacha y los brazos y piernas encogidas, los pies y las manos flexionadas y la espalda arqueada. Se me forman nudos y tengo convulsiones en los músculos de las piernas. Me esfuerzo por respirar y relajarme. Sudo y el sudor cae de mi cuerpo a chorros, pero los músculos finalmente se ablandan y aflojan. Luego vienen los diez segundos de infierno puro que antes me hacían jurar que preferiría morir antes que soportarlo otra vez. Entonces se acaba.

Cambiada.

Me estiro y parpadeo. Cuando miro en derredor, el mundo ha mutado en una paleta de colores desconocidos al ojo humano, negros y marrones y grises con tonos sutiles que mi cerebro aún convierte en azules y verdes y rojos. Alzo la nariz e inhalo. Percibo rastros de asfalto fresco y tomates podridos y plantas en macetas en las ventanas y sudor de

veinticuatro horas y un millón de cosas, que se mezclan en un olor tan agobiante que me obliga a toser y sacudo la cabeza. Al volverme, alcanzo a ver fragmentos de mi reflejo en una lata abollada. Mis ojos me devuelven la mirada. Estiro los labios y me gruño. Destellan colmillos blancos en el metal.

Soy una loba, una loba de sesenta y cinco kilos con un pelaje rubio descolorido. Lo único que queda de mí son mis ojos, chispeantes de una inteligencia fría y una ferocidad que arde a fuego lento, que nunca podría confundirse con nada que no fuera humano.

Miro en derredor, volviendo a inhalar la fragancia de la ciudad. Aquí estoy nerviosa. Demasiado encerrada, confinada, apesta a humano. Debo tener cuidado. Si me ven, creerán que soy una perra, de una cruza de razas grandes, quizá de perra esquimal con Labrador amarillo. Pero una perra de mi tamaño causa alarma cuando anda suelta. Voy hacia el fondo del pasaje y busco una salida a través del pliegue debajo de la barriga de la ciudad.

Mi cerebro está atontado, desorientado no por mi cambio de forma sino por lo desnaturalizado de lo que me rodea. No logro orientarme y el primer callejón por el que doblo resulta ser el que había encontrado en mi forma humana, el de los dos hombres en la caja de Sony descolorida. Uno de ellos está despierto ahora. Tira de los restos de una frazada con costras de roña, como si pudiera estirarla lo suficiente para protegerse de la fría noche de octubre. Alza la vista y me ve y sus ojos se abren. Comienza a retirarse, luego se contiene. Dice algo. Su voz me habla con ese tono musical, exagerado, que la gente usa con los infantes y los animales. Si me concentro podría entender las palabras, pero no tiene sentido. Sé lo que dice, alguna variante de lindo perrito», repetida una y otra vez con una variedad de inflexiones. Sus manos estiradas, las palmas hacia filera para alejarme, el lenguaje físico que contradice el vocal. Atrás, lindo perrito, atrás. Y la gente se pregunta por qué los animales no entienden cuando se les habla.

Huelo el abandono y el desgaste de su cuerpo. Huele a debilidad, como un ciervo anciano empujado al borde de la manada, fácil de cazar para los depredadores. Si tuviera hambre olería a cena. Por suerte aún no, por lo que no tengo que contener la tentación, el conflicto, la repulsión. Resoplo y el aire se condensa al salir de mi nariz, luego me doy vuelta y salgo corriendo por el callejón.

Más allá hay un restaurante vietnamita. El olor a comida está metido en la madera del edificio. En una extensión del edificio, al fondo, gira lentamente el ventilador de un extractor, tocando a cada vuelta el protector metálico. Bajo el ventilador hay una ventana abierta. Cortinas con dibujos desleídos de girasoles salen a la brisa nocturna. Oigo gente en el interior, un cuarto lleno de gente, gruñidos, silbidos de gente dormida. Quiero verla. Quiero meter el hocico por la ventana abierta y mirar al interior Una mujer lobo puede divertirse mucho con un cuarto lleno de gente desprotegida.

Comienzo a adelantarme pero me detiene un repentino crujido y un siseo. El siseo se hace más suave, luego lo ahoga la voz aguda de un hombre, las palabras como ramas quebradas. Vuelvo la cabeza a cada lado, el radar busca la fuente. Está más adelante. Abandono el restaurante y voy hacia él. Somos curiosos por naturaleza.

Está parado en un estacionamiento para tres autos, en el pasaje estrecho entre edificios. Tiene un walkie-talkie pegado al oído y se apoya en un codo, contra un edificio de ladrillos, tranquilo, pero no descansa. Sus hombros están relajados. Su mirada se pierde. Está confiado en que tiene derecho a estar allí y no teme a la noche. Probablemente ayuda a esa actitud el arma que pende de su cinto. Deja de hablar, toca un botón y mete el walkie-talkie en su funda. Sus ojos observan una vez todo el estacionamiento, hace el inventario y, al no ver nada que requiera su atención, se mete más al interior del l laberinto del callejón. Esto podría ser entretenido. Lo sigo.

Mis uñas golpetean en el pavimento. No parece notarlo. Acelero esquivando bolsas de basura y cajas vacías. Finalmente estoy lo suficientemente cerca. Escucha el sonido sostenido de mis uñas y se detiene. Me oculto tras un basurero, y lo espío. Se vuelve y trata de ver en la oscuridad. Luego sigue adelante. Lo dejo alejarse unos pasos y continúo. Esta vez cuando se detiene, espero un segundo más antes de ocultarme. Deja escapar una maldición apagada. Ha

visto algo, un destello de movimiento, una sombra que parpadea, algo. Su mano derecha va al arma, acariciando el metal y luego la retira, como si le bastara para sentirse tranquilo. Vacila, luego mira a un lado y al otro del callejón, y advierte que está solo y no muy seguro de qué hacer al respecto. Murmura algo, luego sigue adelante, un poco más rápido.

Al caminar sus ojos van de lado a lado, alerta, al borde de la alarma. Respiro profundo, y registro apenas brisas de temor, lo suficiente para hacerme latir fuerte el corazón pero no como para perder el control. Es una presa aceptable para un juego de caza. No va a escapar. Puedo controlar la mayoría de mis impulsos. Puedo acecharlo sin matarlo. Puedo soportar la primera sensación de hambre sin matarlo. Puedo verlo sacar el arma sin matarlo. Pero si huye no podré detenerme. Esa es una tentación contra la que no puedo luchar. Si corre, lo persigo. Si lo persigo, me mata o lo mato.

Al dar la vuelta por otro callejón, comienza a tranquilizarse.

Todo está tranquilo. Me adelanto ahora, poniendo el peso sobre los talones para apagar el sonido de mis uñas. Pronto estoy a pocos metros. Puedo oler su colonia, que casi tapa el olor natural de un largo día de trabajo. Puedo ver sus medias blancas que aparecen y desaparecen entre el borde del zapato y el borde de las piernas del pantalón. Oigo su respiración, el ritmo ligeramente aumentado que revela que camina más rápido que lo habitual. Me deslizo hacia delante, lo suficientemente cerca como para abalanzarme y lanzarlo al suelo antes de que pueda tomar el arma.

Su cabeza se alza. Sabe que estoy aquí. Que hay algo aquí Me pregunto si se volverá. ¿Se atreverá a mirar, a enfrentarse a algo que no puede ver ni oír, sino sólo intuir? Su mano va hacia el arma, pero no gira. Camina más rápido. Y luego sale a la seguridad de la calle.

Lo sigo hasta el final y observo desde la oscuridad. Avanza con las llaves en la mano hasta un patrullero estacionado, abre y se mete dentro. El auto ruge y sale chillando. Miro las luces que se alejan y suspiro. Se acabó el juego. Gané.

Fue bueno, pero ni de lejos suficiente para satisfacerme. Estas calles laterales son demasiado estrechas. Mi corazón late con una excitación que no logré descargar. Mis piernas duelen de tanta energía contenida. Debo correr.

Del sur viene un soplo de viento que trae el fuerte olor del lago Ontario. Pienso en dirigirme a la playa, me imagino corriendo por la arena, sintiendo el agua helada en mis patas, pero no es seguro. Si quiero correr; debo ir al barranco. Queda lejos, pero no tengo opción a menos que quiera quedarme rondando callejones con olor a humano por el resto de la noche. Giro al noroeste e inicio el viaje.

Casi media hora más tarde estoy parada en la cima de una colina. Mi nariz se mueve, registrando los vestigios de una fogata de hojas en un patio cercano. El viento me agita la piel, frío, vigorizante. Arriba, el tráfico pasa como un trueno por el viaducto elevado. Debajo está el santuario, un oasis perfecto en medio de la ciudad. Me lanzo hacia adelante. Por fin estoy corriendo.

Mis piernas adquieren ritmo antes de llegar a la mitad del barranco. Cierro los ojos un segundo y siento el viento en el hocico. Al golpear mis patas contra la tierra endurecida, hay pinchazos de dolor en mis piernas, pero me hacen sentir viva, como si me despertara de golpe luego de dormir demasiado. Los músculos se contraen y extienden en perfecta armonía. Con cada paso siento dolor y un estallido de felicidad física. El cuerpo me agradece el ejercicio, y me premia con golpes de adrenalina casi narcotizantes. Cuanto más corro, más liviana me siento, el dolor se libera como si mis patas ya no golpearan la tierra. Incluso en el fondo del barranco siento que corro cuesta abajo, incrementando mi energía. Quiero correr hasta eliminar toda la tensión de mi cuerpo, y que no quede nada más que las sensaciones del momento. No podría detenerme aunque quisiera. Y no quiero.

Las hojas muertas crujen bajo mis patas. Una lechuza canta suavemente en el bosque. Terminó su cacería y descansa contenta, no le importa quién anda por ahí. Un conejo sale corriendo de los arbustos delante de mí, advierte su error y vuelve a ocultarse en la maleza. Sigo corriendo. Mi corazón golpea alerte. El aire se siente helado contra el calor de mi cuerpo, arde al pasar por mi nariz hacia los pulmones. Respiro hondo, disfrutando del shock

que produce al llegar a mi interior. Corro demasiado rápido como para oler algo. En mi cerebro percibo algunos rostros en una mezcolanza que huele a libertad. Ya incapaz de resistirlo, finalmente me detengo, lanzo la cabeza hacia atrás y aúllo. La música sale de mi pecho en una evocación tangible de pura felicidad. Hace eco en la barranca y sube al cielo sin luna, para que todos sepan que estoy aquí. ¡Soy dueña de este lugar! Cuando acabo, bajo la cabeza, jadeando por el esfuerzo. Estoy parada allí, mirando hojas amarillas y rojas de arce esparcidas por el suelo, cuando finalmente un sonido logra atravesar hasta mi conciencia. Es un gruñido, un gruñido suave de amenaza. Hay un pretendiente a mi trono.

Alzo la vista y veo un perro amarillo amarronado a pocos metros. No, no es un perro. Mi cerebro tarda un segundo, pero finalmente reconocer el animal. Un coyote. Tardo un segundo en advertirlo porque es algo inesperado. He oído hablar de coyotes en la ciudad pero nunca me encontré con uno. El coyote se siente igualmente confundido por mí. Los animales no logran entender qué soy. Huelen a humano, pero ven un lobo y justo cuando deciden que la nariz los engaña, me miran a los ojos y ven un humano. Cuando me encuentro con perros, huyen o atacan de inmediato. El coyote no hace ninguna de las dos cosas. Alza el hocico y huele el aire, luego se eriza y hace un gruñido prolongado con los labios estirados. Es de la mitad de mi tamaño, no vale la pena. Se lo hago saber con un gruñido cansino y un sacudón de la cabeza que dicen “ya vete". El coyote no se mueve. Lo miro un momento. Desvía la mirada.

Resoplo, vuelvo a sacudir la cabeza y lentamente le doy la espalda. Estoy a medio giro cuando veo una piel marrón que se lanza contra mi hombro. Me lanzo al costado, ruedo, luego me pongo rápidamente de pie. El coyote me mira gruñendo. Respondo con un gruñido serio, el equivalente canino de "ahora me estás enojando". Él coyote se queda firme. Quiere pelea. Bien.

Se me eriza el pelaje, con la cola abriéndose en abanico. Bajo la cabeza entre los huesos de mis hombros y aplano las orejas. Le muestro mis dientes y siento el gruñido que sube por mi garganta y sale reverberando a la noche. El coyote no retrocede. Me agacho para saltar cuando algo me golpea duro en el hombro y me desequilibra. Siento dolor en el hombro. Tropiezo y giro para enfrentar a mi atacante. Un segundo coyote, gris-marrón, colgado de mi hombro, clavándome los colmillos hasta el hueso. Con un rugido de ira y dolor, me alzo y lanzo todo mi peso sobre el costado.

Cuando e1 segundo coyote sale volando, el otro se me lanza directo a la cara. Agachándome, lo tomo de la garganta, pero mis dientes muerden pelo en vez de carne y él logra escabullirse. Trata de retroceder para atacar de nuevo, pero me lanzo sobre él, obligándolo a afirmarse contra un árbol. Se alza en dos patas, tratando de escapar. Lanzo mi cabeza, apuntando a su garganta. Esta vez lo tomo bien. La sangre llena mi boca, salada y gruesa. El compañero del coyote aterriza en mi espalda. Siento que se me aflojan las piernas. Dientes que se hunden en la piel suelta bajo mi cráneo. Siento un nuevo dolor. Concentrándome, mantengo aferrada la garganta del primero. Me afirmo, luego suelto un segundo, lo suficiente como para dar el golpe fatal y desgarrar. Al retirarme, la sangre que salta me ciega. Cierro los ojos y giro fuerte la cabeza, desgarrando la garganta del coyote. Cuando siento que está muerto, lo arrojo a un costado. Luego me lanzo al suelo y ruedo. El coyote en mi espalda chilla de sorpresa y me suelta. Me levanto y giro en un solo movimiento, lista para acabar con este otro animal, pero se escabulle en la maleza. Un destello de su cola y se ha ido. Miro el coyote muerto. De su garganta sale sangre que la tierra bebe sedienta. Siento un sacudón, como el último temblor de deseo satisfecho. Cierro los ojos y tengo un escalofrío. NO fue mi culpa. Me atacaron. El barranco está en silencio, haciéndose eco de la calma que me inunda. No canta siquiera un grillo. El mundo está oscuro, silencioso y dormido.

Trato de examinar y limpiar mis heridas, pero están fuera de mi alcance. Me estiro y evalúo el dolor. Dos cortes profundos, los dos sangrantes, aunque sólo lo suficiente como para mancharme la piel. Viviré. Giro e inicio el camino de regreso a la ciudad, saliendo del barranco.

Cambio al volver al callejón. Luego me visto y salgo a la vereda como un drogadicto al que hubieran pescado in fraganti Siento frustración. No debería acabar así, sucia y furtiva, en medio de la basura y la roña de la ciudad. Debería terminar en un claro en el bosque, la ropa abandonada en la espesura, estirada desnuda, sintiendo el fresco de la tierra y la brisa nocturna haciéndome cosquillas en la piel. Debería quedarme dormida en el pasto, exhausta, sin pensar, sólo con los vapores de la satisfacción flotando en mi mente. Y no debería estar sola. En mi mente imagino a otros, descansando en derredor sobre el pasto. Oigo los ronquidos familiares, susurros y risas ocasionales. Siento la piel cálida junto a la mía, un pie desnudo enganchado en mi pantorrilla, que se agita al soñar que corre. Puedo olerlos, su sudor, su aliento, mezclados con el perfume de la sangre, de un ciervo muerto en la cacería. La imagen se hace añicos y me encuentro mirando una vidriera donde mi reflejo devuelve la mirada. Siento el pecho oprimido, de una soledad tan profunda y completa que no puedo respirar.

Giro rápidamente y golpeo el objeto más cercano. Resuena un poste de la luz. El dolor me recorre el brazo. Bienvenida de vuelta a la realidad: Cambio en callejones y me arrastro de regreso a mi departamento. Mi condena es vivir entre dos mundos. Por un lado, la normalidad. Por el otro, hay un lugar donde puedo ser lo que soy sin temor a represalias, donde puedo asesinar y ni siquiera provocar un gesto de quienes me rodean, donde incluso se me alienta a hacerlo para proteger ese mundo. Pero lo dejé.

Al caminar hacia el departamento, puedo sentir mi ira contra el pavimento a cada paso. Una mujer acurrucada bajo una pila de mantas sucias me mira al pasar e instintivamente se hunde más en su nido. Al dar la vuelta a la esquina, aparecen dos hombres que me evalúan como presa. Resisto apenas el impulso de gruñirles. Camino más rápido y parecen decidir que no vale la pena perseguirme. No debería estar aquí Debería estar en casa, en la cama, no recorriendo el centro de Toronto a las cuatro de la madrugada. Una mujer normal no estaría aquí. Es otra cosa que me recuerda que no soy normal. No soy normal. Miro la calle a oscuras y puedo leer un pequeño cartel en un poste telefónico a quince metros. No soy normal. Siento un ligero aroma de pan fresco de una panadería que comienza a trabajar a kilómetros de distancia. No soy normal. Me detengo delante de un negocio, me tomo de una barra sobre la vidriera y me alzo. El metal se queja. No soy normal. Nada normal. Repito las palabras en mi mente, flagelándome. La ira aumenta.

En la puerta de mi departamento me detengo y respiro hondo. No debo despertar a Philip. Y si lo hago, no debo permitir que me vea así. No necesito un espejo para saber cómo me veo, con la piel tensa, el color subido, los ojos incandescentes de ira que ahora siempre vienen con el Cambio. Definitivamente nada normal.

Cuando finalmente entro al departamento escucho la respiración de él que me llega desde el cuarto. Aún duerme. Estoy casi en el baño cuando se interrumpe la respiración.

-¿Elena? -musita adormilado.

-Voy al baño.

Trato de pasar la puerta, pero ahora está sentado, mirándome con su miopía. Frunce el ceño.

-¿Vestida? -dice.

-Salí.

Un momento de silencio. Se pasa la mano por el pelo oscuro y suspira.

-Es peligroso. Carajo, Elena. Te lo dije la semana pasada. Despiértame e iré contigo.

-Necesito estar sola. Para pensar.

-Es peligroso.

-Lo sé. Lo siento.

Me meto en el baño, y me quedo más de lo imprescindible. Hago de cuenta que uso el inodoro, me lavo las manos con suficiente agua como para llenar un yacuzzi, luego encuentro una uña que necesita de mi atención. Cuando finalmente creo que Philip se ha vuelto a dormir, voy al cuarto. Está encendido el velador. El se encuentra sentado, con los anteojos puestos. Vacilo en la puerta. No me decido a pasar la puerta, meterme en la cama con él. Me

odio por eso, pero no puedo hacerlo. El recuerdo de la noche perdura y me siento fuera de lugar.

Como no me acerco, Philip baja las piernas de la cama y se sienta.

-No quise ladrarte -dijo-. Pero me preocupo. Sé que necesitas libertad y trato...

Se detiene, frotándose la boca con la mano. Sus palabras me cortan. Sé que no me quiere reñir, pero lo hace. Para mi es un recordatorio de que estoy jodiendo la cosa, de que tengo suerte de haber encontrado a alguien tan paciente y comprensivo como Philip, pero estoy desgastando su paciencia a velocidad supersónica y parece que no puedo hacer más que esperar a que suceda el desastre.

-Sé que necesitas libertad -dice nuevamente-. Pero tiene que haber otra manera. Quizá podrías salir de mañana. Si prefieres que sea de noche, podríamos ir al lago en el auto. Podrías caminar. Y yo me quedo en el auto y te cuido. Quizá podría caminar contigo. Quedarme veinte pasos detrás de ti. -Logra sonreír.

_Quizá no. Probablemente me arrestarían por cuarentón que anda acechando a una jovenzuela.

Se detiene y luego se inclina hacia delante.

-Ahí, Elena, es cuando tú dices que a los cuarenta y un años no se es ningún cuarentón.

-Ya veremos qué se puede hacer -digo.

No se puede hacer nada. Tengo que correr de noche y tengo que hacerlo sola. No hay manera de llegar a un acuerdo.

Viéndolo sentado al borde de la cama, sé que lo nuestro no tiene futuro. Mi única esperanza es lograr que la relación sea tan perfecta en todos los demás sentidos como para que Philip llegue a aceptar esta excentricidad. Para lograrlo el primer paso tendría que ser que me meta en la cama, lo bese y le diga que lo amo. Pero no puedo hacerlo. Esta noche no. Esta noche soy otra cosa, algo que él no conoce y no podría entender. No quiero ir a él así.

-No estoy cansada -digo-. No me voy a acostar. ¿Quieres desayunar?

Me mira. Vacila y sé que he fallado... otra vez. Pero no dice nada. Vuelve a sonreír.

-Salgamos. Tiene que haber algún lugar abierto en la ciudad a esta hora. Daremos una vuelta hasta encontrar un bar. Tomaremos cinco tazas de café y veremos el amanecer. ¿Está bien?

Asiento. No me atrevo a hablar.

-¿'Te duchas tú primero? -dice-. ¿O tiramos la moneda?

-Ve tú.

Me besa en la mejilla al pasar. Espero hasta escuchar la ducha y entonces voy a la cocina

A veces me da tanta hambre.

HUMANA

Me quedé parada frente a la puerta antes de llamar. Era el Día de la Madre y yo estaba parada frente a una puerta con un rega1o, lo que habría sido bastante normal si se tratara de un regalo para mi madre. Pero mi madre había muerto hacía mucho tiempo y yo no tenía relación con ninguna de mis madres adoptivas ni, mucho menos, les llevaba regalos. El regalo era para la madre de Philip. Esto también sería normal si Philip estuviera allí conmigo. Pero no. Llamó desde la oficina hace una hora para decir que aún no podía salir y si quería ir sola o prefería esperarlo. Decidí ir sola y ahora estaba parada allí preguntándome si había sido la decisión correcta. ¿Iba una mujer a visitar a la madre de su novio el Día de la Madre sin el antedicho novio? Quizá me esforzaba demasiado. No sería la primera vez.

Las reglas humanas me confunden. No es que me criara en una cueva. Antes de volverme licántropo, ya había aprendido las cosas básicas: cómo llamar a un taxi, manejar un ascensor; pedir una cuenta bancaria, todas las minucias de la vida humana. El problema era la

interacción con humanos. Mi niñez había sido bastante jodida. Entonces, cuando estaba al borde de convertirme en adulta, me mordieron y pasé los siguientes nueve años de mi vida con otros licántropos. En esos años tampoco había estado separada del mundo humano. Había vuelto a la universidad, viajado con los demás, incluso tuve varios empleos. Pero siempre habían estado allí, para darme apoyo, protección y compañía. No había tenido que manejarme sola. No había tenido que hacer amigos ni tener amantes ni ir a almorzar con mis compañeros de trabajo. Y no lo hice. El año pasado, cuando rompí con los demás y vine a 'Toronto sola, pensé que amoldarme a la situación sería la menor de mis preocupaciones. ¿Qué podía pasar? Haría lo elemental que había aprendido de niña, mezclado con la capacidad de conversar como una adulta, con un toque de cautela y voilá, me haría de amigos rápidamente. ¡Ja!

¿Ya era demasiado tarde para dar la vuelta e irme? No quería hacerlo. Respirando hondo, toqué el timbre. De inmediato se escucharon pasos. Entonces abrió la puerta una mujer de cara redonda con pelo marrón entrecano.

-¡Elena! -dijo Diane-. Mamá, llegó Elena. ¿Philip está estacionando? ¡Hay tantos autos! Todo el mundo anda de visita.

-En realidad Philip no está conmigo. Tuvo que trabajar, pero vendrá pronto.

-¿Trabaja en domingo? Tendrás que hablar con él seriamente, muchacha. Pasa, pasa. Están todos aquí.

La madre de Philip, Anne, apareció detrás de su hija. Era diminuta. No me llegaba ni al mentón con pelo gris acerado, cortado a lo paje.

-¿Sigues tocando a la puerta, querida? dijo, levantando los brazos para abrazarme. -Sólo los vendedores tocan el timbre. La gente de la familia entra sin llamar.

-Philip llegará tarde -dijo Diane-. Está trabajando.

Anne hizo un sonido en lo profundo de su garganta y me acompañó adentro. El padre de Philip, Larry; estaba en la cocina robando dulces de una bandeja.

-Eso es para el postre, papá -dijo Anne, espantándolo.

Larry me tomó de los hombros con un brazo, en la otra mano atún tenía un dulce.

-¿Dónde está...?

-Viene tarde -dijo Diane-. Está trabajando. Ven al living Elena. Mamá invitó a almorzar a los vecinos, Sally y Juan. -Bajó la voz: -Sus hijos están todos en el oeste. -Empujó las puertas de vaivén. -Antes de que llegaras mamá les estaba mostrando tus últimos artículos en el Focus Toronto.

-¿Eso es bueno o malo?

-No te preocupes. Son muy liberales. Les encantaron tus artículos. Aquí estamos. Sally, Juan, ella es Elena Michaels, la novia de Philip.

La novia de Philip. Eso siempre sonaba extraño, no porque me molestara que me dijeran "novia en vez de “compañera" o cualquier otra ridiculez políticamente correcta por el estilo. Me llamaba la atención porque hacía muchos años que no era la novia de nadie. No tenía relaciones estables. Para mí, si duraba un fin de semana entero, ya se estaba poniendo demasiado serio. Mi única relación duradera había sido un desastre. Más que un desastre. Una catástrofe.

Philip era diferente.

Conocí a Philip unas pocas semanas después de mudarme a 'Toronto. Vivía en un departamento a pocas cuadras. Dado que nuestros edificios tenían el mismo administrador, los inquilinos del suyo tenían acceso al gimnasio y la piscina del mío. Él fue a la piscina un día después de la medianoche y al encontrarme sola me preguntó si me molestaba que nadara un poco, como si yo tuviera derecho a echarlo. A lo largo del mes siguiente nos encontramos solos allí, siempre por la noche tarde. Siempre preguntó si no me molestaba. Finalmente le dije que el motivo por el que hacía ejercicio era para no tener que preocuparme de que me

atacara un extraño y que iría en contra de mi objetivo si me pusiera nerviosa su presencia. Eso lo hizo reír y se quedó después de su ejercicio y me trajo jugo de la máquina expendedora. Cuando el jugo se volvió un hábito, fue recorriendo la cadena alimentaria con invitaciones a tomar café, luego almuerzos y cenas. Para cuando llegamos a compartir el desayuno ya habían pasado seis meses del día en que nos conocimos en la piscina. Ése pudo haber sido uno de los motivos por el que me dejé atrapar, halagada de que alguien invirtiera tanto tiempo y esfuerzo en conocerme. Philip me cortejó con la paciencia de quien trata de convencer a un animal medio salvaje de que entre a la casa y, al igual que muchos descarriados, me encontré domesticada antes de que pensara en resistir.

Todo anduvo bastante bien hasta que sugirió que viviéramos juntos. Tendría que haber dicho que "no». Pero no lo hice. Una parte de mí no podía resistir el desafío de ver si podía hacerlo. Otra parte de mí temía perderlo: era la mayor prueba de mi éxito en el intento por tener una vida normal. El primer mes fue un desastre. Entonces, justo cuando pensé que la burbuja estaba por estallar, se aflojó la tensión. Me obligué a posponer más mis Cambios, lo que me permitía hacer mis corridas cuando Philip hacía viajes de negocios o trabajaba hasta tarde. Por supuesto que no puedo decir que fui yo sola la que salvó la relación. Incluso cuando empezamos a vivir juntos, Philip fue tan paciente como cuando salíamos. Cuando yo hacía algo que haría levantar las cejas a la mayoría de las personas, Philip lo dejaba pasar con una broma. Cuando me superaba la tensión, me llevaba a cenar o a un espectáculo, para distraerme, a la vez que me daba a entender que estaba dispuesto a hablar y que lo entendería si yo no quisiera hacerlo. Al principio pensé que era demasiado bueno para ser real. Todos los días yo volvía a casa del trabajo, me detenía frente a la puerta del departamento y me preparaba por si él me había abandonado. Pero no lo hizo. Hace unas semanas empezó a hablar de buscar un lugar más grande cuando se terminara mi contrato de alquiler, incluso insinuó que un departamento en un condominio podría ser una inversión adecuada. Guau. Eso sonaba a algo permanente, ¿verdad? Me quedé conmocionada una semana entera. Pero era una forma buena de conmoción.

Era la media tarde. Los vecinos ya se habían ido. El marido de Diane Ken, se había ido temprano para llevar al menor de sus hijos al trabajo. La otra hermana de Philip, Judith, vivía en Inglaterra y tuvo que conformarse con una llamada telefónica después del almuerzo y habló con todos, incluso conmigo. Al igual que toda la familia de Philip, me trataba como si fuera su cuñada en vez de la novia del momento de su hermano. Eran todos tan amigables, se mostraban tan dispuestos a aceptarme, que me costaba creer que no fuera por simple cortesía. Era posible que realmente les cayera bien, pero después de haber tenido tan mala suerte con las familias, me resistía a creerlo. Lo deseaba demasiado.

Cuando estábamos lavando los platos sonó el teléfono. Anne atendió en el living. A los pocos minutos me vino a buscar. Era Philip.

-Lo siento cariño -dijo, cuando atendí-. ¿Mamá está enojada?

-No lo creo.

-Bueno. Le prometí llevarla a cenar otro día.

-¿Vendrás?

Suspiró.

-No voy a llegar. Diane te llevará a casa.

-No hace falta. Puedo tomar un taxi o el...

-Ya no -dijo-. Ya le dije a mamá que le pidiera a Diane. Ya no te dejarán irte sin acompañante. -Hizo una pausa. -Realmente no quise abandonarte. ¿Estás sobreviviendo?

-Muy bien. Todos me tratan muy bien, como siempre.

-Me alegro. Volveré a casa a las siete. No prepares nada. Compraré comida hecha. ¿Caribeña?

-No te gusta la comida caribeña.

-Estoy castigado. Te veo a las siete. Te quiero.

Cortó antes de que pudiera decir nada.

-Tendrías que haber visto los vestidos -decía Diane mientras me llevaba a mi departamento-. Horribles. Como bolsas con agujeros para los brazos. Los diseñadores deben pensar que para cuando necesitan un vestido de madre de novia a las mujeres va no les importa cómo se ven. Encontré un vestido azul marino hermoso probablemente pensado para la nueva esposa joven del padre de la novia, pero la cintura era demasiado ajustada. Pensé en no comer una semana para poder usarlo, pero no. Es cuestión de Principios. Ya tuve tres chicos, me gané esta panza.

-Tiene que haber algo mejor -dije-. ¿No has buscado en tiendas que no sean para casamiento?

-Es lo que voy a hacer. En realidad pensaba Pedirte que me acompañaras. La mayoría de mis amigas piensan que las bolsas con agujeros están bien. Camuflaje para gente madura. Y mis hijas no quieren nada que no les permita exhibir el aro en el ombligo.

¿'Te molestaría? 'Te invito a almorzar. Con tres martinis incluidos.

Reí.

-Con tres martines, cualquier vestido se verá bien. Diane sonrió.

-Es mi plan. ¿Sí?

-Seguro.

-Qué bien. Te llamo, y hacemos una cita.

Condujo hasta la rotonda delante de mi departamento. Abrí la puerta y entonces recordé que debía ser amable.

-¿Quieres subir a tomar un café?

Estaba segura de que me daría alguna excusa, pero en vez de eso dijo:

-Seguro Una hora más de paz antes de volver a la trinchera. Además de que tendré la oportunidad de reñir a mi hermanito por dejarte hoy en medio de los tiburones.

Me reí y le indiqué dónde podía estacionar.

LLAMADO

Tal vez he dado la impresión equivocada haciendo tanta bambolla acerca de mi deseo de vivir en el mundo humano, como si todos los licántropos se separaran de la vida humana. No lo hacen. En realidad y por necesidad, la mayoría de los licántropos viven en el mundo humano. Si no desean crear una comuna en Nuevo México, no tienen alternativa. El mundo humano los provee de alimento, techo, sexo y otras necesidades. Sin embargo, aunque vivan en el mundo, no se consideran parte de él. Ven la interacción con humanos como un mal necesario, con actitudes que van del desprecio a la risa apenas disimulada. Son actores que hacen su papel, a veces disfrutan de su momento en la escena pero por lo general se sienten aliviados de dejarla. Yo no quería ser así. Quería vivir en el mundo humano y, en la medida de lo posible, ser auténtica al hacerlo. No elegí esta vida y no me iba a entregar a ella, renunciando ¿a todos los sueños de mi futuro, sueños mediocres y ordinarios de tener un hogar, una familia, una carrera y, por sobre todo, estabilidad. Nada de eso era posible siendo mujer loba.

Yo me crié en hogares adoptivos. Malos hogares adoptivos. Como de niña no había tenido una familia, estaba decidida a crear una. Al convertirme en licántropo, se liquidaron esos planes. Pero aunque no pudiera tener marido e hijos, eso no quería decir que no pudiera cumplir parte de aquel sueño. Estaba haciendo carrera en el periodismo. Tenía un hogar en Toronto. Y estaba formante una familia, aunque no una familia tradicional, con Philip. Hacía

suficiente tiempo que estábamos juntos como para que empezara a pensar que era posible lograr un poco de estabilidad. Me sentía muy afortunada de haber encontrado a alguien tan normal y buena persona como Philip. Yo sé que soy difícil, temperamental, discutidora, para nada la clase de mujer que le interesaría a Philip. Por supuesto que no me comportaba así con Philip.

Ocultaba esa parte de mi -la parte de mujer loba-, con la esperanza de poder ir deshaciéndome de ella, como si fue librarme de una piel vieja. Con Philip tenía la oportunidad de reinventarme, convertirme en la clase de persona que él cree que soy. Que por supuesto es exactamente la clase de persona que yo quiero ser.

La Jauría no entendía por qué elegí vivir entre humanos. Las reacciones iban desde la exasperación y la sonrisa, como si fuera una adolescente en medio de un estallido rebelde, hasta la creencia de que me infligía un autocastigo al vivir con una especie inferior. No podían entenderlo porque no son como yo. Primero, yo no nací mujer loba. La mayoría de los licántropos sí, o al menos llevan la sangre en sus venas al nacer y viven su primer Cambio cuando maduran. La otra manera de convertirse en licántropo es ser mordida por uno de ellos. Pero son pocas las personas que sobreviven a la mordida del licántropo. Los licántropos no son ni estúpidos ni altruistas. Si muerden, buscan matar. Si muerden y no logran matar, acechan a su víctima hasta terminar el trabajo. Es una simple cuestión de Supervivencia. Si una es una mujer loba o un licántropo que ha logrado asimilarse cómodamente en un pueblo o ciudad, lo último que quiere es un nuevo licántropo, medio enloquecido suelto en su territorio, matando gente y llamando la atención. Aunque alguien logre escapar luego de ser mordido, son mínimas las posibilidades de sobrevivir. Las primeras veces el Cambio es un infierno para el cuerpo y la mente. Los licántropos hereditarios crecen sabiendo lo que les toca y tienen a sus padres para guiarlos. Los licántropos mordidos se las tienen que arreglar solos. Si no mueren por la tensión física, la tensión mental los lleva a suicidarse o a hacer suficiente alboroto como para que los encuentre otro licántropo y acabe con su sufrimiento antes de que puedan causar problemas. Por eso no hay muchos licántropos por ahí. Según el último censo, había treinta y cinco licántropos en el mundo. Un total de tres no hereditarios, incluyéndome a mí.

Yo. La única mujer loba existente. El gen del licántropo se transmite a través del linaje masculino, de padre a hijo, de modo que una mujer sólo puede convertirse en licántropo si es mordida y logra sobrevivir, lo cual, tal como dije, es muy raro. Y en consecuencia no sorprendente que yo sea la única mujer loba. Mordida a propósito, convertida a propósito en mujer loba. Increíble en realidad que haya sobrevivido. Al fin de cuentas, cuando hay una especie con tres docenas de machos y una hembra, la hembra se vuelve un premio a disputar. Y los licántropos no solucionan sus disputas jugando al ajedrez. Tampoco tienen tradición de respetar a las mujeres. Las mujeres cumplen dos funciones en el mundo del licántropo: sexo y comida o, si se sienten cansados, sexo seguido de comida. Si bien dudo de que algún licántropo vaya a tener ganas de comerme a mi, soy un objeto irresistible para satisfacer la otra urgencia primaria. Me fui por decisión propia, me hubieran violado hasta matarme en el primer año. Por suerte no me dejaron sola. Desde que me mordieron, estaba bajo la protección de la Jauría. Toda sociedad tiene su clase dominante. En el mundo de los licántropos, es la Jauría. Por motivos que no tenían nada que ver conmigo y sí con el estatus del licántropo que me mordió, yo fui parte de la Jauría desde el momento en que me convirtieron. Me fui hace un año. Me separé de ellos y no iba a volver. Dada la opción entre ser humana y mujer loba, elegí ser humana.

Philip trabajó hasta tarde al día siguiente. Esperaba su llamada diciendo que llegaría tarde, cuando entró al departamento con la cena.

-Espero que tengas hambre -Dijo, dejando una bolsa de comida india sobre la mesa de la cocina.

Estaba hambrienta a pesar de haber comido dos salchichas en un puesto callejero camino a casa. Eso me había reducido el hambre, de modo que ahora bastaría con una cena normal. Otro de los millones de trucos que había aprendido para acomodarme a la vida humana.

Philip habló de su trabajo al sacar las cajas de la bolsa y poner la mesa. Corrí mis papeles a un lado para permitirle colocar mi plato y cubiertos. A veces puedo ser así de amable. Incluso cuando la comida ya estaba en mi plato, logré resistirme un segundo a comer, mientras escribía la línea final del artículo en el que trabajaba. Luego hice a un lado el papel e hinqué el diente.

-Me llamó mamá al trabajo -dijo Philip-. Se olvidó de preguntarte ayer si la ayudarías a organizar la fiesta de despedida de soltera de Becky.

-¿De veras?

Escuché el tono de felicidad en mi voz y me sorprendí. Organizar una fiesta no era motivo para entusiasmar demasiado a nadie. Pero tampoco nadie me había invitado a hacerlo antes. Ni siquiera me habían invitado nunca a una fiesta como ésa, salvo mi compañera de trabajo, Sara, pero ella había invitado a todas sus compañeras de la oficina.

Philip sonrió.

-¿Aceptas? Bien. A mamá le dará gusto. Le encanta esa clase de cosas.

-No tengo mucha experiencia en el asunto.

-No importa. Las damas de honor de Becky van a hacer la despedida principal, así que ésta va a ser una pequeña, limitada a la familia. Bueno, no exactamente pequeña. Creo que mamá piensa invitar a todos los parientes que tenemos en Ontario. Conocerás a todos. Estoy seguro de que mamá ya les habló a todos de ti. Espero que no te abrume.

-No - Dije-. Me encanta.

-Seguro. Eso lo dices ahora, antes de haberlos conocido.

Luego de la cena, Philip bajó al gimnasio para hacer ejercicios de reducción de peso. Cuando trabajaba en su horario normal, le gustaba hacer ejercicio temprano e irse a la cama temprano, porque admitía que se estaba volviendo demasiado viejo para sobrevivir con cinco horas de sueño por noche. El primer mes que vivimos juntos yo lo acompañé en sus ejercicios. No me resultaba fácil mostrar que me costaba mover cincuenta kilos cuando podía hacer cinco veces más. Entonces llegó el día en que estaba tan enfrascada en la conversación con un vecino que no me di cuenta de que estaba manejando un aparato con una carga de treinta kilos con una mano y hablando tan tranquila como si bajara una cortina... Cuando vi que el vecino miraba mis pesas, comprendí que había metido la pata y lo cubrí con alguna tontería acerca de que la máquina estaba mal calibra. A partir de allí volví a mi hábito de hacer ejercicio entre la media noche y las seis, cuando el gimnasio estaba vado. Le dije a Philip algo acerca de aprovechar el segundo aire a la noche tarde. Lo aceptó, como tantas otras cosas. Cuando él trabajaba hasta tarde, íbamos a nadar y correr juntos, como lo hacía cuando nos conocimos. Si no, él iba solo.

Esa noche, cuando Philip se fue, encendí la televisión. No es algo que me interesara mucho, pero cuando miraba, me hundía en lo peor de la programación, haciendo zapping con los programas educativos y las películas de alto nivel, para ir a los de chismes y conversaciones triviales. ¿Por qué? Porque me tranquilizaba al ver que había gente en el mundo en peor situación que yo. Sin importar lo que saliera mal durante el día, podía encender la TV, y ver a algún idiota decirle a su esposa y al resto del mundo que se acuesta con la hija de ella y decirme: "Bueno, yo estoy mejor que ella». Lo peor de la televisión como terapia de reafirmación. Es una maravilla-

Hoy Inside Scoop, Informe Secreto, continuaba informando de un psicótico que había escapado de una cárcel de Carolina del Norte hada unos meses. Puro sensacionalismo. El tipo se había metido en el departamento de un extraño, ató al hombre y lo mató porque "quería saber qué se siente». Los guionistas habían salpimentado la historia con palabras tales como «salvaje», «loco» y animal». Qué estupidez. Quiero ver un animal que mate a alguien por el placer de verlo morir. ¿Por qué persiste el estereotipo del «animal asesino»? Porque a los

humanos les gusta. Les explica las cosas con simpleza, lleva a los humanos civilizados a la cima de la escala evolucionista y pone a los asesinos junto a los monstruos mitológicos, los hombres-bestia, como los licántropos.

La verdad es que si un licántropo se comportara como ese psicópata no se debería a su parte animal, sino a que aún sigue siendo demasiado humano. Sólo los humanos matan por deporte.

El programa casi había terminado cuando Philip volvió.

-¿Estuvo bien el ejercicio? -pregunté.

-Bien no está nunca -dijo, haciendo una mueca-. Sigo esperando el día en que inventen una píldora para reemplazar el ejercicio físico. ¿Qué miras? -Se inclinó encima de mi cabeza. -¿Alguna pelea interesante? Ése es Jerry Springen No puedo verlo. Lo intenté una vez. Aguanté diez minutos, tratando de entender qué había detrás del lenguaje vulgar. Finalmente llegué a la conclusión de que todo lo que había era el lenguaje vulgar; un descanso entre programas de catch.

Philip se rió y me despeinó con la mano.

-¿Tienes ganas de caminar? Me doy una ducha mientras tú terminas de ver el programa.

-Suena bien.

Philip se dirigió al baño para darse una ducha. Yo fui hasta la heladera y tomé un pedazo de provolone que había escondido antes entre las verduras. Cuando sonó el teléfono, lo ignoré. Comer era más importante y dado que Philip ya tenía abierta la canilla, no podría escucharlo sonar y saber que yo no lo contestaba. Me equivoqué. Al oírlo cerrar la canilla, volví a esconder el queso y corrí hasta el teléfono. Philip era la clase de tipo que atendía el teléfono durante la cena y dejaba que se le enfriara la comida para contestar las preguntas de una encuesta telefónica. Trataba de seguir su ejemplo, al menos cuando estaba él. Estaba a medio camino cuando empezó a funcionar el contestador. Mi voz lanzó un saludo nauseabundamente alegre que invitó a la persona que llamaba a dejar un mensaje. Y ésta lo hizo.

-¿Elena? Habla Jeremy -me detuve-. Por favor llámame. Es muy importante. Llama en cuanto puedas.

Su voz se interrumpió. El teléfono siseó cuando tomó aire. Sabía que estaba tentado de decir algo más, de lanzar un ultimátum, pero no podía. Teníamos un acuerdo. No podía venir aquí ni enviar a ninguno de los otros. Resistí el impulso de sacarle la lengua al contestador. Ña-ña, no me puedes agarrar. La madurez es algo a lo que se le da un valor exagerado.

-Es urgente Elena -continuó Jeremy-. No te llamaría si no fuera así Sabes que no llamaría si no fuera así.

Philip iba a atender, pero Jeremy ya había colgado. Él tomó el auricular y me lo acercó. Yo desvié la mirada y me fui al sillón.

-¿Elena? -dijo-. ¿No vas a llamarlo?

-No dejó un número.

-¿No lo tienes? Sonaba como si pensara que lo tienes. ¿Es un pariente? ¿Un viejo amigo?

-Esteee... un primo segundo.

-Así que mi huérfana misteriosa tiene familia. Algún día tendré que conocer a este primo.

-No querrías conocerlo, te lo aseguro.

Rió.

-Sería justo. Yo te impuse mi familia. Ahora puedes tomarte tu venganza. La fiesta de Betsy te dará motivo para ir en busca de tus primos locos, encerrados desde hace años en algún altillo. Aunque en realidad los primos locos que viven en altillos son los más interesantes. Mejores que las tías abuelas que te cuentan la misma historia desde que eras chico y se duermen a la hora del postre.

Hice un gesto de exasperada solidaridad.

-¿Estás listo para salir?

-Termino mi ducha. ¿Y si llamas a informaciones?

-¿Y que me cobren, consigan o no el número?

-Cuesta menos de un dólar. Podemos darnos el lujo. Llama. Si no encuentras su número, quizás haya otra persona que lo tenga. Seguro que hay más primos de éstos, ¿verdad?

-¿Crees que tienen servicio de mensajería en esos altillos? Tienen suerte si les dan luz.

-Llama Elena –gruñó, aunque era en broma, y volvió al baño. Cuando se fue del cuarto, me quedé mirando el teléfono. Philip podía haber bromeado, pero yo sabía que él esperaba que le contestara el llamado a Jeremy. ¿Y por qué no? Era lo que haría cualquier ser humano decente. Philip había escuchado el mensaje, escuchó el tono urgido en la voz de Jeremy. Si me negaba a contestar lo que parecía una llamada muy importante daría la impresión de ser insensible. Un humano llamaría. La clase de mujer que yo quería ser llamaría.

Podía hacer de cuenta que llamaba. Era tentador, pero no evitaría que Jeremy llamara una y otra vez. No era la primera vez que intentaba comunicarse conmigo en los últimos días. Podía hacer de cuenta que llamaba. Los licántropos tienen cierto grado de comunicación telepática entre si. La mayoría de los licántropos la ignoran y prefieren modos menos místicos de comunicación. Jeremy había refinado esa capacidad hasta convertirla en un arte, principalmente porque le daba un recurso más para meterse debajo de nuestra piel y molestarnos hasta que hiciéramos lo que él quería Él trataba de conectarse y yo lo evitaba. Entonces recurrió al teléfono. No era tan efectivo como bombardearle el cerebro a alguien, pero pasados unos días de cintas llenas de mensajes, me rendiría, aunque más no fuera para librarme de él.

Me paré junto al teléfono, cerré los ojos y respiré hondo. Podía hacerlo. Podía llamarlo, saber qué quería Jeremy, agradecerle amablemente por decírmelo y negarme a hacer lo que fuera, sabiendo muy bien que algo me iba a pedir. Aunque Jeremy fuera el Alfa de la Jauría y yo hubiera estado condicionada a cumplir sus órdenes, ya no estaba obligada a hacerlo. Yo ya no formaba parte de la Jauría. Él no tenía control sobre mí.

Tomé e] auricular y marqué de memoria el número. Sonó cuatro veces, luego atendió el contestador. Una voz con un fuerte acento sureño, no el tono profundo de Jeremy, lo que me hizo cortar antes de escuchar todo el mensaje. Tenía sudor en la frente. El aire en el departamento parecía haber subido cinco grados y perdido la mitad del oxígeno. Me pasé las manos por la cara, sacudí la cabeza y me alejé.

A la mañana siguiente, antes del desayuno, anuncié que iba a tratar de comunicarme nuevamente con Jeremy. Nuevamente Philip me dejó sola y se fue a buscar el diario abajo. Volví a llamar a Jeremy y otra vez el contestador.

Aunque no quisiera reconocerlo, ya me estaba empezando a preocupar. No podía evitarlo. Preocuparme por mis antiguos hermanos de Jauría era instintivo, algo que no podía controlar. O, al menos, eso es lo que me dije cuando mi corazón comenzó a latir fuerte a la tercera llamada sin respuesta.

Jeremy debía estar allí. Rara vez salía de Stonehaven y prefería reinar desde su trono, enviando a los agentes de la Jauría a hacer el trabajo sucio en el mundo exterior. Bueno, no era una descripción justa del estilo de conducción de Jeremy, pero no me sentía con ánimo de pensar bien de él. Me dijo que llamara y, carajo, allí debía estar cuando lo hiciera.

Cuando volvió Philip, yo estaba junto al teléfono, mirándolo con ira como si pudiera obligar a Jeremy a atender.

-¿No contesta? -preguntó Philip.

Negué con la cabeza. Miró mi rostro con más atención de lo que yo quería. Cuando iba a darle la espalda, atravesó el cuarto y me puso la mano sobre el hombro.

-Estás preocupada.

-En realidad no. Sólo...

-Estás preocupada, corazón. Si fuera alguien de mi familia estaría preocupado. Quizá tendrías que ir allá. Ver qué pasa. Sonaba urgente.

Me alejé.

-No, eso es ridículo. Voy a seguir llamando.

-Es de tu familia, cariño -dijo, como si eso pudiera anteponerse a cualquier argumento. Para él era así. Eso no se lo podía discutir. Justo cuando Philip y yo empezamos a tener una relación más firme, se venció el contrato de alquiler de su departamento. El dijo con toda claridad que quería venir a vivir conmigo, pero yo me resistí. Entonces me llevó a conocer a su familia. Y entonces vi como se relacionaba con su madre y su padre y su hermana, hasta qué punto estaban integrados a su vida. Al día siguiente le dije que no renovara su alquiler.

Ahora Philip consideraba que yo debía ayudar a alguien que él creía que era un familiar. Si me negaba, ¿pensaría que no era la clase de persona que él quería? No podía correr ese riesgo. Prometí que iba a seguir intentando comunicarme. Y prometí que si hasta el mediodía no lograba hacerlo, me tomaría un avión e iría a ver qué le pasaba.

Cada vez que llamé en las siguientes horas rogué que alguien atendiera. Pero siempre atendió el contestador automático.

Philip me llevó al aeropuerto en el auto después del almuerzo.

PRÓDIGA

El avión aterrizó en Syracuse a las siete de la tarde. Intenté comunicarme con Jeremy pero nuevamente atendió el contestador. A esta altura estaba más enojada que preocupada. Al acortarse la distancia, comencé a recordar cómo era vivir en Stonehaven, la casa de campo de Jeremy. En particular recordé los hábitos para contestar el teléfono o más bien la falta de ellos. Vivían dos personas en Stonehaven, Jeremy y Clayton, su hijo adoptivo convertido en guardaespaldas. Había dos teléfonos en la casa de cinco dormitorios. El del cuarto de Clay estaba conectado al contestado; pero el teléfono mismo había perdido la campanilla hacía cuatro años, cuando Clay lo tiró al otro lado del cuarto, luego de que lo despertó dos noches consecutivas. También había un teléfono en el estudio, pero si Clay necesitaba usar la línea para su computadora portátil muchas veces olvidaba volver a enchufarlo, a veces por varios días. Aunque hubiera un teléfono funcionando en la casa, los dos hombres podían estar sentados a dos metros y no molestarse en atender. Y pensar que Philip creía que eran malos mis hábitos.

Cuanto más lo pensaba, más enojada estaba. Y cuanto más enojada, tanto más decidida a no salir del aeropuerto hasta que alguien contestara el maldito teléfono. Al fin de cuentas, si me convocaban, debían venir a buscarme. Ésa por lo menos era mi excusa. La verdad es que no quería dejar el movimiento del aeropuerto. Sí, .Suena loco. La mayoría de la gente juzga el éxito de un vuelo en avión por si fue largo o corto el tiempo que tuvo que pasar en el aeropuerto. Normalmente yo hubiera sentido lo mismo, pero sentada allí, absorbiendo lo que había para ver y oler y los sonidos que me rompían los tímpanos, disfruté de lo humano que era ello, el caos cotidiano y sin sentido de la vida humana. Allí, en el ¿aeropuerto, era un rostro anónimo en un mar de rostros igualmente anónimos. Me reconfortaba la sensación de ser parte algo mayor pero no estar en el centro de la cosa. Las cosas cambiarían en el instante en que saliera de allí y fuera al aislamiento físico y psicológico de Stonehaven.

Dos horas más tarde decidí que ya no podía postergar la cosa. Hice mi última llamada a Stonehaven y dejé un mensaje. Dos palabras. “Estoy yendo". Bastaría.

No fue fácil llegar a Stonehaven. Quedaba en una parte remota del norte del estado de Nueva York, cerca de un pueblo pequeño llamado Bear Valley. Cayó la noche mientras iba para allí y miré por la ventana del taxi, viendo cómo se iban reduciendo las luces de Syracuse hasta que se extinguieron. El silencio de la noche en el campo me tranquilizó, y me hizo relajar más de lo que podía en la ciudad. Los licántropos no se acomodan a la vida urbana. No hay a dónde correr y la multitud de gente muchas veces provoca más tentación de lo que ofrece el resguardo del anonimato. A veces pienso que elegí vivir en el centro de Toronto simplemente porque va en contra de mi naturaleza, otro instinto para combatir y derrotar.

Al mirar por la ventanilla calculé el tiempo viendo pasar los lugares conocidos. Con cada uno, mi estómago aleteaba más y más. Temor, me dije, no deseo de estar allí. Aunque había pasado casi diez años en Stonehaven no lo consideraba mi hogar. Para mí el concepto de hogar era difícil, una construcción etérea que emergía de sueños y cuentos y no de la experiencia real. Por supuesto que en un tiempo tuve un hogar, un buen hogar con una buena familia, pero no duró lo suficiente como para que dejara más que una mínima impresión en mi mente.

Mis padres murieron cuando yo tenía cinco años. Volvíamos a casa de una feria, por un camino secundario, porque mi madre quería mostrarme una potranca de pony diminuta que había visto en una granja por allí. Oía reír a mi padre en el asiento delantero, preguntándole a mi madre cómo esperaba que viera algo en un campo a medianoche. No recuerdo lo que sucedió, ni chillidos de ruedas, ni gritos, ninguna pérdida de control. Sólo la oscuridad.

No sé cómo llegué a la banquina. Me habían sujetado con el cinturón de seguridad, pero debí arrastrarme hasta allí luego del accidento. Lo único que recuerdo es que estaba sentada en la grava junto a la cabeza de mi padre, mirando sus ojos que me observaban, rogándome que lo ayudara. Su cuerpo estaba a cinco metros. Recuerdo que empecé a sollozar, una niña de cinco años, en cuclillas junto al camino, mirando la cabeza decapitada de mi padre y sollozando porque estaba oscuro y nadie venía a ayudarme, sollozando porque mi madre estaba en el auto aplastado, sin moverse y el cuerpo de mi padre estaba tendido sobre la capota y su cabeza aquí enla tierra y estaba tan oscuro y frío y nadie venía a socorrerme. Si tenía más familiares, nunca lo supe. La única persona que trató de reclamarme cuando murieron mis padres fue la mejor amiga de mi madre y no me entregaron a ella porque no estaba casada. Sin embargo sólo pasé unas pocas semanas en el orfelinato antes de que me adoptara la primera pareja que me vio. Aún puedo verlos, arrodillados ante mí, diciendo con palabras de bebé lo linda que era. Tan chiquita, tan perfecta con mi pelo rubio casi albino y mis ojos azules. Dijeron que era una muñeca de porcelana. Se llevaron la muñeca a casa y comenzaron su vida perfecta. Pero no funcionó así. Su muñeca hermosa se quedaba sentada en una silla todo el día y no abría nunca la boca y por la noche -todas las noches- gritaba hasta el amanecer. Pasadas tres semanas me llevaron de nuevo. Así que pasé de una familia adoptiva a otra, y siempre me escogían por mi rostro pero eran incapaces de manejar mi psiquis trastornada.

Cuando llegué a la adolescencia, las parejas que me sacaban del orfanato eran distintas. Ya no era la esposa quien me elegía sino el marido, que se sentía atraído por mi belleza infantil y mi temor. Me convertí en la elección favorita de depredadores masculinos que buscaban una niña muy especial. Contradictoriamente, fueron esos monstruos los que me hicieron descubrir mi fuerza. Al crecer comencé a entender lo que eran. No cucos poderosos que se metían en mi cuarto de noche, sino criaturas débiles aterrorizadas de que las rechazara y denunciara. Al advertirlo, comencé a perder el temor. Podían tocarme, pero no podían tocarme a mi, no al yo que estaba más allá de mi cuerpo. Al disiparse el temor, también lo hizo la ira. Los despreciaba, lo mismo que a sus esposas igualmente débiles y ciegas, pero no eran dignos de mi ira. Al mismo tiempo descubrí otra fuente de poder: la fuerza de mi cuerpo. Crecí alta y delgada. Una profesora me inscribió en el programa de prácticas en la pista de deportes, pensando que me permitiría relacionarme con otros chicos. No fue así, pero aprendí a correr; descubrí el placer inigualado de lo físico, sentí mi fuerza y mi velocidad por primera vez. Para cuando promediaba la escuela secundaria hacía pesas y ejercicio todos los días. Mi padre adoptivo ya no me tocata Para entonces ya nadie me habría tomado por una víctima

-¿Es aquí, señorita? -preguntó el chofer.

No sentí detenerse el auto, pero al mirar por la ventanilla vi que estábamos frente a la verja exterior de Stonehaven. Habla una figura sentada en el pasto, con los tobillos cruzados y apoyada en el muro de piedra. Clayton.

El chofer forzó la vista, tratando de adivinar la casa en la oscuridad, sin ver la placa de bronce ni el hombre esperando junto a la verja. La luna se había ocultado tras una nube y las luces de la entrada estaban apagadas.

-Aquí me bajo - Dije.

-No. No puede señorita. No es seguro. Hay algo allí.

Pensé que se refería a Clay. «Algo» era una buena descripción. Estaba por decir que, desgraciadamente, conocía a ese «algo», cuando el chofer dijo:

-Hemos tenido problemas en este bosque, señorita. Parece que hay perros salvajes. Una de las chicas del pueblo fue encontrada cerca de aquí. Masacrada por los perros. La encontró un amigo mío y dijo... bueno, que no era nada lindo de ver, señorita. Quédese sentada y yo abriré la puerta y la llevo al interior.

-¿Perros salvajes? -repetí, segura de que había escuchado mal.

-Así es. Mi amigo encontró huellas. Enormes. Un tipo de la universidad dijo que las huellas eran de un solo animal, pero no puede ser. Tiene que ser una Jauría. Usted no ve... - La mirada del chofer fue hasta la ventana lateral y saltó. -¡Por Dios!

Clay había dejado su lugar junto al portón y se materializó junto a mi ventanilla. Estaba parado allí mirándome, con una sonrisa lenta iluminándole los ojos Tomó la manija de la puerta. El chofer se dio vuelta y puso el auto en cambio.

-Está bien -le dije, muy a pesar mío-, me espera a mí.

Se abrió la puerta. Clay metió la cabeza.

-¿Vas a bajar o sólo lo estás pensando? -preguntó.

-Mire -dúo el chofer, volviéndose-. No se va a bajar. Si usted es lo suficientemente tonto como para andar por este bosque de noche es asunto suyo, pero no voy a dejar que esta señorita camine hasta la casa que está a no sé qué distancia. Si quiere que lo lleve, abra el portón y suba. Si no, cierre la puerta.

Clay se volvió hacia el chofer; como si recién advirtiera su presencia. Estiró los labios y abrió la boca. Sabía que no iba a decir nada bonito. Antes de que Clay pudiera armar un escándalo, abrí la puerta del otro lado y me bajé. Cuando el chofer bajó su ventanilla para detenerme, dejé caer un billete de cincuenta en su falda y di la vuelta por atrás del taxi. Clay cerró la puerta con un golpe y se dirigió hacia el camino de entrada. El chofer vaciló y luego se fue a toda velocidad, lanzando una lluvia de grava en señal de disgusto por nuestra tontería juvenil.

Al acercarme, Clay dio un paso atrás para observarme. Pese al aire frío de la noche, sólo llevaba jeans descoloridos y una remera negra, que permitían apreciar sus caderas angostas, pecho amplio y bíceps perfectamente esculpido. No había cambiado nada en los diez años transcurridos desde que lo había conocido. Siempre esperaba ver alguna diferencia: unas cuantas arrugas, una cicatriz, cualquier cosa que afectara su aspecto de modelo y lo convirtiera en un mortal igual que todos los demás, pero siempre me veía desilusionada.

Al avanzar hacia él, inclinó la cabeza y sus ojos nunca dejaron de mirar los míos. Sus dientes blancos destellaron una sonrisa.

-Bienvenida a casa, cariño. -Su acento sureño deformó la palabra cariño y la hizo sonar como si cantara una canción country del oeste. Yo odiaba esa música.

-¿Eres el comité de recepción? ¿O es que Jeremy por fin te ató a la verja, que es donde debes estar?

-Yo también te extrañé.

Extendió la mano para tomarme, pero lo esquivé y luego inicié la marcha de cuatrocientos metros hasta la casa. Clay me siguió. Una brisa de aire fresco nocturno alzó un mechón de pelo de mi nuca y me trajo una variedad de olores: cedro, el perfume leve de las flores de manzano y también el aroma de una cena devorada hacía rato. Cada olor aflojaba mi tensión, con recuerdos placenteros. Me sacudí, rechazando esa sensación y obligándome a mantener la vista en el camino, concentrada en no hacer nada, no hablar con Clay, no oler nada, sin mirar a izquierda o a derecha. No me atrevía a preguntarle a Clay qué pasaba. Eso

significaría hacerlo hablar y sería indicativo de que quería conversar con él. Con Clay hasta el más mínimo intercambio era peligroso. Por más que estuviera ansiosa por saber qué pasaba, tendría que esperar a que me lo dijera Jeremy.

Cuando llegué a la casa me detuve en la puerta y miré hacia arriba. La casa de piedra de dos plantas parecía inclinarse hacia atrás, expectante. La bienvenida estaba ahí, pero muda, a la espera de que yo hiciera la primera movida. Tan parecida a su dueño. Toqué una de las piedras frescas y sentí una correntada de recuerdos. Retiré la mano, abrí la puerta, lancé mi bolsa al suelo y me dirigí al estudio, esperando encontrar a Jeremy leyendo junto a la chimenea. Siempre estaba allí cuando volvía, no esperando en el portón como Clay, pero esperándome sin embargo.

El cuarto estaba vacío. Había una copia del diario de Milán, el Ccorriere della Sera, junto a la silla de Jeremy. Sobre el sillón y el escritorio había pilas de revistas y publicaciones sobre antropología pertenecientes a Clay. El teléfono principal estaba en el escritorio y parecía intacto y enchufado.

-Llamé -dije-. ¿Por qué no atendió nadie?

-Estábamos aquí -dijo Clay-. Por aquí. Tendrías que haber dejado un mensaje.

Dejé uno. Hace dos horas.

Bueno, eso explica la cosa. Estuve junto al portón todo el día esperándote y sabes que Jer nunca escucha los mensajes.

No pregunté cómo sabía Clay que vendría hoy si no había dejado mensaje. Tampoco pregunté por qué se había pasado todo el día sentado junto al portón. La conducta de Clay no podía juzgarse de acuerdo con los estándares humanos de normalidad... ningún estándar de normalidad.

¿Entonces dónde está? -pregunté.

-No lo sé. No lo he visto desde que me trajo la cena hace unas horas. Debe haber salido.

No necesitaba ver si estaba el auto de Jeremy en el garage para saber que Clay no decía «salido" en el sentido usual. Las palabras humanas comunes adquieren nuevo sentido en Stonehaven. Significaba que había salido por ahí.. y no a trotar.

¿Esperaba Jeremy que volara hasta aquí y luego me quedara esperando a que se dignara atenderme? Por supuesto. ¿Era el castigo por ignorar su llamado? En parte deseaba poder acusarlo de eso, pero Jeremy nunca se preocupaba por pequeñeces. Si había planeado salir esta noche, lo habría hecho, viniera yo o no. Me sentí dolida además de enojada, pero traté de ocultármelo. Estaba enojada, nada más. Podía jugar al mismo juego. Jeremy quería estar solo en su salida. ¿Qué haría yo? Invadiría su privacidad, por supuesto. A Jeremy pueden no importarle las cosas Pequeñas, pero a mí sí.

-¿Salió? - dije-.. Bueno, entonces tendré que encontrarlo.

Pasé junto a Clay en dirección a la puerta. Se me puso delante.

-Volverá pronto. Siéntate y...

Volví a esquivarlo camino del corredor trasero y abrí la puerta de atrás. Clay me siguió de cerca. Atravesé el jardín rodeado de muros hasta el camino que lleva al bosque. Las ramitas se quebraban bajo mis pies. Comenzaron a llegarme los aromas de la noche: hojas quemadas, ganado distante, el suelo mojado, una multitud de rastros; tentadores. En algún lugar lejano un ratón chilló perseguido por una lechuza.

Seguí caminando. A los quince metros la senda se volvía apenas una huella de pasto pisoteado y luego desaparecía. Me detuve y olfateé. Nada. Ningún rastro ni sonido ni seña de Jeremy. En ese momento advertí que no escuchaba ningún sonido, ni siquiera los pasos de Clay detrás de mí. Me volví y sólo vi. los árboles.

-¡Clayton! -grité.

Me llegó la respuesta un instante más tarde al escuchar a alguien abrirse paso en la maleza en algún lugar lejano. Había ido a alertar a Jeremy. Golpeé el árbol más cercano con la palma de la mano. ¿Realmente esperaba que Clay me permitiera entrometerme en la privacidad de Jeremy con tanta facilidad? En ese aspecto había olvidado algunas cosas en el último año.

Pasé entre los árboles. Las ramitas golpeaban mi rostro y mis pies tropezaban con las enredaderas. Seguí adelante, con una sensación de ser inmensa, torpe y nada bienvenida aquí. El camino no era para personas. No tenía ninguna posibilidad de ganarle a Clay así. Por lo que busqué un claro y me preparé para el Cambio.

Mi Cambio fue apurado, por lo que resultó torpe y torturante y luego tuve que descansar, jadeando en el suelo, unos minutos. Al ponerme de pie, cerré los ojos y respiré hondo el aroma de Stonehaven. Sentí un temblor de placer que nacía en mis zarpas, subía por mis patas y sacudía todo mi cuerpo. Me dejó una mezcla indescriptible de excitación y calma que me dio ganas de lanzarme a través del bosque y dejarme caer en dulce paz al mismo tiempo. Estaba en casa. Siendo humana, podía negar que Stonehaven era mi hogar, que la gente aquí era mi Jauría, que el bosque fuera más que un poco de tierra ajena. Pero siendo loba en el bosque de Stonehaven, había un coro resonando en mi cabeza. El bosque era mío. Era territorio de la Jauría y por lo tanto mío. Mío para correr y cazar y jugar sin temor a adolescentes de juerga, cazadores demasiado ansiosos o zorros y mapaches rabiosos. No había sofás descartados que bloquearan mi camino, ni latas herrumbradas que me cortaran las zarpas, nada de bolsas de basura que llenaran el aire de porquerías o productos químicos que contaminaran el agua que yo tomaba. Este no era un grupito de árboles para una o dos horas. Eran quinientos acres de bosque, llenos de senderos familiares y cargados de conejos, ciervos y media docena más de animales para cazar, un bufé para mi placer. Mi placer. Tragué grandes bocanadas de aire. Mío. Salí a la senda. Mia. Me froté en un roble, sintiendo que la corteza me raspaba quitándome piel muerta. Mío. La tierra tembló con tres vibraciones leves: un conejo a mi izquierda. Mío. Mis piernas querían correr, redescubrir el mundo intrincado del bosque. Alguien en lo hondo de mi cerebro, una diminuta voz humana gritó: «No, no, no. Esto no es tuyo. Lo dejaste. No lo quieres". Ignoré esa voz.

Faltaba una sola cosa, una última cosa que diferenciaba este bosque de la barranca solitaria de Toronto. En el momento en que lo pensaba, un aullido atravesó la noche, no el canto musical de la noche, sino el llamado urgente de un lobo solitario, la sangre llamando a la sangre. Cerré los ojos y sentí vibrar en mí el sonido. Entonces lancé mi cabeza hacia atrás y respondí. La pequeña voz de alerta dejó de gritar invectivas y la ira se transformó en algo más parecido al terror. "No -susurró- eso no. Recupera el bosque. Reclama como tuyo el aire y los caminos y los árboles y los animales. Pero eso no.

Los arbustos a mis espaldas se agitaron, y giré para ver a Clay saltando. Me alcanzó de frente y me tiró de espaldas, luego se quedó parado sobre mí y mordisqueó la piel floja de mi cuello. Cuando le tiré un mordisco, se retiró. Gimió, tanteando mi cuello con su hocico, rogándome que jugara con él, diciéndome lo solo que había estado. Podía sentir la resistencia dentro de mí, en alguna parte, pero demasiado profunda y lejana. Tomé su pata delantera con mis dientes y lo hice caer. Me lancé sobre él. Nos revolcamos en la maleza, tirando mordiscones y pateando y luchando por colocarnos arriba del otro. Justo cuando estaba por inmovilizarme, me liberé y escapé. Corrimos en círculos. La cola de Clay me recorría el costado, acariciándome como una mano. Se acercó y frotó su flanco contra el mío... al dar la siguiente vuelta, puso una pierna delante de la mía para detenerme y hundió su hocico en mi cuello. Sentí su aliento cálido en mi piel y él absorbió mi olor. Luego me tomó del cuello y me tiró hacia atrás, con un grito de triunfo mientras yo caía. No pudo sostener su victoria más que un par de segundos. Luchamos un rato más, luego me liberé. Clay dio un paso atrás, se agachó, dejando en alto sus caderas. Tenía la boca abierta, la lengua colgando y las orejas hacia delante. Me agaché como preparándome para enfrentar su ataque. Cuando saltó, me hice a un lado y empecé a correr.

Clay me siguió a toda velocidad. Corrimos a través del bosque, acre tras acre. Entonces, justo cuando daba la vuelta para volver hacia la casa, sonó un disparo, quebrando la paz. Me detuve resbalando. ¿Un disparo? ¿Realmente había escuchado un disparo? Por supuesto que me había enfrentado con armas en el pasado, las armas y los cazadores eran un peligro que se podía llegar a enfrentar en un bosque extraño. Pero esto era Stonehaven. Era seguro.

Otro disparo perturbó la paz del bosque. Mis oídos se movían de un lado a otro. Los estallidos provenían del norte. Había árboles frutales hacia el norte. ¿Era que el granjero usaba esos aparatos que imitan disparos para asustar a los pájaros? Debía serlo. Era eso o alguien estaba cazando en los campos vecinos. El bosque de Stonehaven estaba claramente delimitado con alambre de púa y carteles. La gente local respetaba los límites. Siempre fue así. La reputación de Jeremy con la gente del lugar era perfecta. Podía no ser muy sociable, pero se lo respetaba.

Iba a dirigirme al norte, para aclarar el misterio. No había andado más de tres metros cuando Clay se interpuso. Gruñó. No era un gruñido juguetón. Lo miré, preguntándome si había malinterpretado el significado. Volvió a gruñir y ahí supe con certeza que me estaba cerrando el paso. Eché las orejas hacia atrás y le gruñí a mi vez. Me cerró el camino. Estreché los ojos y lo miré con ira. Obviamente había estado alejada demasiado tiempo si él creía que podía mandonearme como hacía con los demás. Si había olvidado quién era yo, estaba dispuesta a darle una lección para refrescarle la memoria. Estiré los labios y lancé un último gruñido de alerta. No retrocedió. Me lancé contra él. Pero chocó conmigo en el aire, dejándome sin aliento. Cuando recuperé el sentido, estaba tirada en el suelo con los dientes de Clay tomándome de la piel suelta de atrás de la cabeza. Estaba fuera de práctica.

Clay gruñó y me sacudió fuertemente, como si fuera una cachorra que se portara mal. Luego de hacerlo unas cuantas veces retrocedió. Me puse de pie con toda la dignidad que pude. Antes de que estuviera parada del todo, Clay me golpeó la cadera con el hocico. Me volví para dirigirle una mirada indignada. Me volvió a empujar en el sentido contrario al que quería ir. Le seguí el juego unos quinientos metros, luego me hice a un lado y traté de esquivarlo. En pocos segundos me alcanzó y sentí que lanzaba sus cien kilos sobre mi espalda y me tiraba sobre la tierra. Los dientes de Clay se hundieron en mi hombro, lo suficiente como para hacerme sangrar y que sintiera un fuerte dolor y conmoción. Esta vez no me dejó terminar de ponerme de pie que ya estaba arreándome de vuelta a la casa, mordiéndome las piernas traseras si daba señales de reducir la marcha.

Clay me llevó hasta el claro donde yo había Cambiado y Cambió al otro lado de la maleza. Mi Cambio fue más rápido que el primero. Pero Esta vez no necesitaba descansar. La furia me dio energía. Me puse la ropa, rasgándome la manga de la camisa. Luego salí del claro. Clay estaba allí, con los brazos cruzados, esperando. Por supuesto que estaba desnudo, su ropa abandonada en un claro más al interior del bosque. Desnudo, Clay era aún más perfecto que vestido, el sueño de un escultor griego hecho realidad. Viéndolo sentí el calor que recorría mi cuerpo, trayéndome recuerdos de otras corridas y su inevitable consecuencia. Maldije la traición de mi cuerpo y me acerqué a él.

-¿Qué carajo estás haciendo? -grité

-¿Yo? ¿Yo? Yo no soy el idiota que quiso correr hacia los hombres con armas. ¿En qué estás pensando Elena?

-No digas estupideces. Yo no saldría de nuestras tierras y tú lo sabes. Tenía curiosidad. No hace una hora que volví y ya estás poniéndome a prueba. Hasta qué punto puedes mandonearme, hasta qué punto puedes controlar...

-Esos cazadores estaban en nuestras tierras, Elena -la voz de Clay sonaba grave y sus ojos estaban clavados en los míos.

-Esti es una estup… -me detuve y estudié su rostro-. ¿Hablas en serio, verdad? ¿Cazadores? ¿En las tierras de Jeremy? ¿Los años ya te están atrofiando el cerebro?

Acusó el golpe más de lo que yo esperaba. Apretó los labios. Su mirada se endureció. Había ira allí, al borde de la explosión. La ira no iba dirigida contra mí, sino contra quienes se habían atrevido a invadir su santuario. Cada fibra de Clay se rebelaba contra la idea de permitir que hubiera hombres armados en las tierras pertenecientes a la casa. Sólo había una cosa que podría impedirle cazarlos: Jeremy. De modo que Jeremy debía haberle prohibido ocuparse de los intrusos, no sólo matarlos, sino incluso utilizar sus infames técnicas para

asustarlos. El método usual de Clay de echar a los intrusos humanos. Dos generaciones de adolescentes locales en busca de lugares para hacer fiestas habían crecido transmitiéndose el cuento de que los bosques de Stonehaven estaban embrujados. Mientras los cuentos tuvieran que ver con fantasmas y no se hablara de licántropos, Jeremy lo permitía, incluso lo alentaba. Al fin de cuentas, permitir que Clay asustara a la gente local era más seguro y mucho menos problemático que otra alternativa. ¿Entonces por qué no se lo permitía Jeremy ahora? ¿Qué había cambiado?

-Debe estar adentro ahora -dijo Clay-. Ve y habla con él.

Se volvió para ir en busca de su ropa.

Al ir hacia la casa pensé en lo que había dicho el chofer del taxi. Perros salvajes. No había perros salvajes aquí. Los perros no se acercarían al territorio de los licántropos. Y los perros tampoco andaban matando mujeres jóvenes y sanas. Las pisadas inmensas de perros en torno del cuerpo podían significar una sola cosa. Un licántropo. ¿Pero quién podría estar matando tan cerca de Stonehaven? La pregunta misma era tan increíble que no podía tener respuesta. Para un licántropo que no fuera de la Jauría sería suicida cruzar la frontera del estado de Nueva York. Los métodos de Clay para espantar a los intrusos eran tan conocidos que ninguno se había atrevido a acercarse a menos de ochenta kilómetros de Stonehaven en más de veinte años. Se cuenta que Clay desmembró al último licántropo intruso dedo a dedo, miembro por miembro, manteniéndolo vivo hasta el último momento posible, cuando le arranco la cabeza. En aquel entonces Clay tenía diecisiete años.

También era ridícula la idea de que Clay o Jeremy pudiesen ser responsables de semejante hecho. Jeremy no mataba. Eso no significa que no pudiera matar o que nunca sintiera el impulso de hacerlo, sino que simplemente entendía que canalizaba mejor su energía en otras cosas, así como un general debe renunciar al calor del combate y dedicarse a cuestiones de estrategia y conducción. Si había que matar a alguien, Jeremy ordenaba que otro lo hiciera. Incluso eso se hacía en casos extremos y rara vez se trataba de humanos. No importa cuál fuera la amenaza, Jeremy nunca ordenaría matar a un ser humano en su territorio. Y en cuanto a Clay, por más fallas que tuviera, matar a seres humanos por deporte no era una de ellas. Matarlos significaba tocarlos, caer en la indignidad de entrar en contacto físico con ellos, cosa que no hacía a menos que filera absolutamente necesaria.

Cuando volví a entrar en la casa, seguía en silencio. Fui de nuevo al estudio, el corazón de Stonehaven. Jeremy no estaba allí. Decidí esperar. Si estaba en la casa, me escucharía. Por una vez, él vendría a mí.

Jeremy gobernaba la Jauría con autoridad absoluta. Es la ley de los lobos salvajes, aunque no siempre fue la ley de la Jauría. A veces la historia de los Alfa de la Jauría hacía que parecieran civilizadas las batallas por la sucesión imperial en Roma. Un licántropo de la Jauría lograba tomar el mando, mantener su puesto de Alfa por unos meses, quizás incluso unos años, pero terminaba asesinado o ejecutado por uno de sus hermanos más ambiciosos, que ocuparía su lugar hasta que llegara su propio fin, generalmente no por muerte natural. Ser Alfa en la Jauría no tenía nada que ver con la capacidad de conducción, sino con el poder.

Para la segunda mitad del siglo veinte la Jauría se estaba desmembrando. El mundo posindustrial no trataba bien a los licántropos. Los bosques y las praderas cedían terreno a la extensión urbana. La gente en la sociedad moderna respetaba mucho menos que la de la Inglaterra feudal la privacidad de sus vecinos ricos que preferían vivir una vida retirada. La radio, la televisión y los diarios podían hacer correr por todo el mundo en pocas horas la noticia de que se había avistado un licántropo. Los nuevos métodos de trabajo de la policía permitían vincular asesinatos cometidos por un perro en Tallahasse con hechos similares sucedidos en Miami y Key West. El mundo comenzó a cercar a la Jauría. En vez de unirse

para su mutua defensa, los miembros de la Jauría comenzaron a luchar entre sí, disputando cada vestigio de seguridad, incluso llegando a robar territorio a sus propios hermanos.

Jeremy cambió todo eso.

Aunque Jeremy nunca fue considerado el mejor luchador de la Jauría, poseía una fuerza que era aún más importante para la supervivencia y el éxito. Jeremy tenía absoluto autocontrol. El hecho de que pudiera dominar sus propios instintos e impulsos significaba que podía analizar racionalmente los problemas que enfrentaba la Jauría y manejarlos de modo racional, tomando decisiones que no respondieran a meros impulsos. A medida que las ciudades se fueron convirtiendo en tierras de humanos y cemento sin resquicios, mudó la Jauría al campo. Le enseñó a sus miembros a manejarse con los seres humanos, cómo ser parte del mundo y estar filera del mundo al mismo tiempo. Cuando las historias acerca de los licántropos comenzaron a difundirse cada vez más rápido y con mayor facilitad, ejerció su control no sólo sobre la Jauría, sino también sobre los licántropos que no eran miembros de ella. En el pasado se consideraba a los licántropos que no eran de la Jauría como ciudadanos de segunda. Bajo el reinado de Jeremy los licántropos que no eran de la Jauría no mejoraron su estatus, pero la Jauría descubrió que no podía darse el lujo de ignorarlos. Si un licántropo que no era de la Jauría creaba problemas en El Cairo, resonaba en Nueva York. La Jauría comenzó a llevar archivos de los licántropos que no eran miembros de ella, tomando conocimiento de sus hábitos y rastreándolos. Cuando un licántropo causaba problemas en cualquier lugar del mundo, la Jauría actuaba en forma rápida y concluyente. La pena por poner en peligro a la Jauría iba desde un llamado de atención, pasando por una golpiza, hasta una rápida ejecución. Bajo el reinado de Jeremy, la Jauría era más fuerte y estable que nunca nadie cuestionaba su liderazgo. Sabían que tenían algo bueno.

Dejé de pensar en eso y fue junto al escritorio, para mirar la pila de papeles que había allí. «Las excavaciones revelan nuevos elementos del fenómeno Chavín» era el título de un artículo. Debajo asomaba otro referido a los antiguos cultos del jaguar de Chavín de Huántar. «Que interesante», bostecé. Aunque a muchos los sorprendía, Clay era en realidad un tipo brillante, que había sacado un doctorado en antropología. Se especializaba en religiones antropomórficas. O dicho de otro modo, estudiaba simbolismo de hombres bestia en las culturas antiguas. Se había ganado su reputación a base de investigación, ya que no le gustaba tratar directamente con el mundo humano, pero cuando consideraba necesario tomar contacto con el mundo académico, daba cursos breves. Así lo conocí.

Nuevamente traté de dejar de lado tales pensamientos. Dando la espalda a los papeles de Clay, me hundí en el sillón. Mirando en derredor, advertí que el cuarto se veía exactamente como yo lo había dejado hacía catorce meses. Recordé cómo era el estudio antes, lo comparé con lo que veía y no encontré una sola diferencia. No era posible. Jeremy redecoraba ese cuarto -y la mayor parto de la casa- tan a menudo que se bromeaba acerca de que si uno pestañaba ya había algo diferente. Clay dijo una vez que los cambios tenían que ver con malos recuerdos, pero no agregó nada más. Pero después de que Clay me trajera aquí, Jeremy me reclutó como asistente decoradora. Recuerdo haber pasado noches enteras estudiando catálogos, moviendo muebles y mirando catálogos de pintura. Al mirar el techo junto al hogar vi montículos endurecidos de pegamento del empapelado, que databan de una vez en que, demasiado cansados ya a las cuatro de la madrugada como para seguir empapelando las paredes, Jeremy y yo nos trenzamos en una dura batalla, arrojándonos grumos de una punta a la otra del cuarto.

Recordaba haber mirado esos montículos la última vez que estuve en el cuarto. Jeremy estaba parado frente al hogar, dándome la espalda. Cuando yo le contaba lo que había hecho, deseaba ansiosamente que él se diera vuelta y me dijera que estaba bien. Pero yo sabía que no era así. Era algo totalmente equivocado. Aún así quería que me dijera algo, cualquier cosa que me hiciera sentir mejor. Como no lo hizo, me fui, jurando no volver. Miré nuevamente los grumos de pegamento. Otra batalla perdida.

-Así que volviste... por fin.

La voz me hizo sobresaltar. Jeremy estaba en la puerta. Se había dejado una barba corta, cosa que sucedía cuando estaba demasiado concentrado en algo como para afeitarse y luego ya no quería arreglar el asunto. Lo hacía parecer mayor, aunque ni de lejos de su verdadera edad, cincuenta y un años. Como dije, envejecemos lentamente. Jeremy parecía promediar la treintena: su corte de pelo, que le llegaba hasta los hombros y estaba atado en la nuca, subrayaba esa ilusión de juventud. Era un estilo que había adoptado no por seguir la moda sino porque podía cortarse menos el pelo. Para Jeremy las idas al peluquero eran intolerables, de modo que Clay o yo se lo cortábamos, cosa que no soportaba más de unas cuantas veces al año. Cuando entró al cuarto, le cayó el pelo sobre los ojos, quitando toda austeridad a su rostro. Lo tiró hacia atrás, un gesto tan familiar que me hizo doler la garganta.

Miró en derredor.

-¿Dónde está Clay?

Típico. Primero se enoja conmigo porque llegué tarde. Luego pregunta por Clay. Sentí dolor, pero lo rechacé. No es que esperara que me recibiera a los abrazos y a los besos. Ese no era el modo de ser de Jeremy, aunque hubiera estado bien que dijera «me alegro de verte o «¿qué tal el vuelo?"

-Escuchamos disparos en el bosque -dije. -Clay murmuró algo acerca de tumbas poco profundas y se fue.

-Estuve tres días tratando de contactarte.

-Estaba ocupada.

Hubo un tic en su mejilla. En Jeremy eso era el equivalente de un estallido emocional.

-Cuando te llamo, contéstame -dijo, con voz engañosamente suave-. No te llamaría si no fuera importante. Si llamo, contesta. Ese fije el arreglo.

-Correcto, ése fue el arreglo. Pasado. Nuestro arreglo terminó cuando dejé la Jauría.

-¿Cuándo dejaste la Jauría? ¿Eso cuándo fue? Perdóname si me perdí algo pero no recuerdo haber hablado de tal cosa, Elena.

-Creí que nos entendíamos.

Clay entró al cuarto trayendo una bandeja con fiambres y queso. La dejó en el escritorio y me miró a mí y luego a Jeremy.

Jeremy continuó.

-¿Así que ya no eres parte de la Jauría ahora?

-Correcto.

-¿Entonces eres una de ellos, una piojosa?

-Por supuesto que no, Jer -dijo Clay, dejándose caer junto a mí en el sofá.

Me paré y fui junto a la chimenea.

-Bueno, ¿cómo es la cosa? -preguntó Jeremy atravesándome con la mirada-. ¿Jauría o no?

-Vamos, Jer -dijo Clay-. Sabes que no lo dijo en serio.

-Teníamos un arreglo Elena. No te contactaría si no te necesitara. Ahora te necesito y lloriqueas y te enojas porque tuve la desfachatez de recordarte tus responsabilidades.

-¿Me necesitas para qué? ¿Para que me ocupe del callejero intruso? Ésa es tarea de Clay.

Jeremy sacudió la cabeza.

-No se usa dinamita para matar un ratón. Clay tiene sus puntos fuertes. La sutileza no es uno de ellos.

Clay me sonrió y se encogió de hombros. Yo desvié la mirada.

-¿Entonces qué cosa tan importante hay para que me necesites? -pregunté.

Jeremy giró y fue hacia la puerta.

-Ya es tarde. Hablaremos por la mañana. Quizá estés menos agresiva después de dormir.

-¡Un momento! dije, interponiéndome en su camino-. Dejé todo para venir aquí. Falté al trabajo, pagué un pasaje de avión y vine lo más rápido que pude porque nadie contestaba el maldito teléfono. Si te vas, no te prometo que vayas a encontrarme aquí por la mañana.

-Que así sea - Dijo Jeremy, su voz tan fría que me hizo tiritar-. Si decides irte, que Clay te lleve a Syracuse.

-Sí, seguro –dije -. Tendría más probabilidades de llegar al aeropuerto pidiendo que me llevara el psicópata local.

Clay sonrió.

-Te olvidas, querida, de que yo soy el psicópata local.

Murmuré que estaba de acuerdo. Jeremy no dijo nada, se quedó allí y esperó que me hiciera a un lado. Lo hice. Es difícil quebrar viejos hábitos. Jeremy salió del cuarto. Un minuto más tarde se cerró la puerta de su cuarto arriba.

-Hijo de puta arrogante -murmuré.

Clay se encogió de hombros. Estaba reclinado en su asiento, mirándome, con una sonrisa pensativa que me ponía nerviosa.

-¿Qué carajo quieren? -dije

Su sonrisa se hizo más ancha con el destello de sus dientes blancos.

-A ti. ¿Qué otra cosa?

¿Dónde? ¿Aquí? ¿En el piso?

-No. Eso no. Aún no. Sólo lo mismo que quise siempre. Tú. Aquí. Para siempre.

Deseé que hubiera aceptado mi interpretación de sus palabras. Me miró nuevamente a los ojos.

-Me alegro de que volvieras, cariño. Te extrañé.

Casi me tropiezo al salir corriendo del cuarto.

REUNIÓN

Más allá de lo que hubiese dicho Jeremy, yo sabía que no debía intentar dejar la casa. Jeremy podía hacer de cuenta que no le importaba lo que yo hiciera, pero me detendría si intentaba irme sin escuchar lo que él me quería decir 'Tenía tres opciones. Primero, podía forzar la mano y tratar de irme. Segundo, podía subir a su cuarto y amenazar con irme si no me decía lo que sucedía. Tercero, podía ir a mi antiguo cuarto, dormir y averiguar por la mañana qué quería. Evalué las opciones. Ahora sería imposible conseguir un taxi para volver a Syracuse, dado que el servicio local había cerrado hacia más de una hora. Podía tomar uno de los autos y dejarlo en el aeropuerto, pero las posibilidades de que hubiera un vuelo a Toronto a las tres de la madrugada eran casi nulas y no me gustaba la idea de dormir en el aeropuerto. Tampoco me gustaba la idea de pelearme con Jeremy. Uno no peleaba con Jeremy Danvers; podía gritar y maldecirlo, pero él se quedaba parado con mirada inescrutable, esperando a que una se cansara, y luego con calma se negaba a discutir el asunto. Yo había encontrado la manera de superar sus defensas, pero me faltaba práctica. No, esta noche lucharía negándome a seguirles el juego. Me iría a dormir, arreglaría el asunto por la mañana y me iría. Así de simple.

Fui arriba, al mi antiguo cuarto, ignorando el hecho de que -aunque supuestamente nadie sabía que yo iba a venir- el cuarte había sido aireado, la ventana estaba abierta, había sábanas limpias y listas para dormir. 'Tomé mi celular de la bolsa y llamé a Philip. A medida que iba sonando y nadie contestaba, fui sintiendo una creciente desilusión. Probablemente ya estuviera acostado. Cuando atendió el contestado; pensé en colgar y llamar de nuevo con la esperanza de que por fin se despertara, pero sabía que era egoísta de mi parte querer hablarle para restablecer mi vínculo con el mundo exterior. Así que le dejé un mensaje breve, comunicándole que había llegado bien y que lo volvería a llamar antes de partir al día siguiente.

El silencio de la casa me despertó a la mañana siguiente. Yo estaba acostumbrada a despertarme en la ciudad, maldiciendo los sonidos del tráfico, tirando el reloj despertador al otro lado cuarto, amenazando hacer lo mismo con Philip si no me deja quedarme en la cama. Cuando nada conspiró para levantarme esta mañana, me desperté de pronto a las diez, creyendo a medias que se acababa el mundo. Entonces me di cuenta de que estaba en Stonehaven. No puedo decir que me sintiera aliviada.

Me liberé de las sábanas bordadas y las almohadas de pluma y corrí las cortinas de la cama. Despertarme en mi cuarto de Stonehaven era como despertar a una pesadilla de novela victoriana. La cama con dosel era de por si terrible, algo sacado de un cuento de hadas. Pero la cosa se ponía peor. Al pie de la cama había cajón de cedro con cobertores de pluma y perfume a madera, para el caso de que no bastaran los de algodón egipcio que había en cama. En la ventana se agitaban cortinas de voile, sobre un asiento empotrado en la pared, forrado en raso. Las paredes estaban pintadas de rosa pálido y adornadas con acuarelas de flores y atardeceres. Al otro lado del cuarto había un tocador de roble, con espejo de marco dorado y cepillo y espejo de mano con base plateada. La tapa del vestidor estaba llena de muñequitas de Dresden. Scarlett se hubiera sentido como en su casa.

El asiento en la ventana había sido el motivo principal por el que Jeremy escogió este cuarto para mi. Eso y que los cerezos florecían justo debajo de la ventana. Parecía apropiadamente lindo y femenino. La verdad es que Jeremy no sabía nada de mujeres y esperar que me volviera loca por las flores de cerezo había sido el primero de muchos errores. No se podía esperar que supiera demasiado. Las mujeres cumplían un papel casi insignificante en mundo de los licántropos. El único motivo que tiene un licántropo para averiguar lo que piensa una mujer es encontrar la mejor manera de llevarla a la cama. La mayoría ni siquiera se moleta en averiguar eso. Si uno es diez veces más fuerte que la fabulosa pelirroja sentada junto al bar, por qué molestarse en comprar un trago. Ese es al menos el punto de vista de los que no forman parte de la Jauría. Los de la Jauría son más sutiles. Si un licántropo quiere vivir en un lugar, no puede mantener el hábito violar a una mujer cada vez que siente necesidad. Los licántropos de la Jauría incluso tienen amantes y novias, aunque nunca forman lo que los humanos llaman relaciones estables. Por supuesto que no se casan. Tampoco permiten a las mujeres criar a sus hijos. Es ley de la Jauría que todo hijo varón debe ser separado de su madre en la infancia y se deben cortar todos los lazos con ella. Así que no se podía esperar que Jeremy supiera demasiado acerca del sexo opuesto, puesto que se había criado en un mundo en el que las madres, hermanas y tías eran sólo palabras en un diccionario. Y no había mujeres lobo. Excepto yo, por supuesto. Cuando me mordieron, Jeremy esperaba encontrarse con una criatura infantil y dócil que tímidamente aceptaría su destino y se contentaría con un cuarto bonito y ropa linda. Si hubiese previsto el futuro, quizá me hubiera echado... o algo peor.

El que me mordió me había traicionado de la peor manera posible. Yo lo amé, confié en él y él me convirtió en un monstruo. Entonces me dejó con Jeremy. Decir que reaccioné mal es poco decir. Lo del cuarto no funcionó. En una semana Jeremy tuvo que encerrarme en una jaula. Mis Cambios se volvieron tan descontrolados como mis ataques de furia. Nada que Jeremy dijera hacía que yo lo escuchase. Lo odiaba. Era mi captor; el único al que podía culpar de todos mis tormentos, físicos y emocionales. Si la jaula era mi infierno, Jeremy era mi Satán.

Finalmente me escapé. Conseguí viajar a 'Toronto comprando el pasaje con lo único que tenía para dar a cambio: mi cuerpo. Pero a los pocos días de llegar comprendí que mi valoración de la jaula era totalmente inexacta. No era el infierno. Era sólo una estación de paso camino al infierno. Vivir sin límites e incapaz de controlar mis Cambios era el noveno círculo del infierno.

Empecé matando animales para sobrevivir, conejos, mapaches, perros e incluso ratas. Al poco tiempo perdí toda ilusión de controlarme y comencé a hundirme en la locura. Incapaz de razonar, apenas si podía pensar y sólo respondía a las urgencias de mi estómago. Los

conejos y mapaches ya no bastaban. Comencé a matar gente. Luego del segundo asesinato, Jeremy me encontró, me llevó a casa y me entrenó. No volví a intentar escapar. Había aprendido la lección. Había cosas peores en el mundo que Stonehaven.

Me bajé de la cama y caminé por el piso de madera frío hasta la alfombra. Mi bolsa estaba abajo, pero no importaba. El vestidor y el ropero estaban llenos de ropa que había acumulado a lo largo de los años. Encontré jeans y una camisa y me los puse. No tenía ganas de peinarme, así que me hice una trenza.

Ya semipresentable abrí la puerta del cuarto y miré la puerta cerrada al otro lado del corredor. Los ronquidos de Clay lograban traspasar su puerta y yo me aflojé un poco.

Ese era un problema que quería evitar esta mañana.

Salí al corredor y pasé su puerta. En forma sorprendentemente abrupta se detuvieron los ronquidos. Maldiciendo, bajé los primeros escalones. La puerta de Clay se abrió con un crujido y luego escuché sus pies descalzos sobre el piso de madera. “No te detengas", me alerté. «No te detengas". Entonces por supuesto me detuve y me di vuelta.

Estaba parado arriba, y se veía suficientemente exhausto como para caer por la escalera. Sus rulos dorados estaban en desorden y aplastados con el sudor del sueño. Tenía una sombra de barba rubia. Sus ojos estaban abiertos a medias y se esforzaban por enfocarme. Llevaba sólo los calzoncillos blancos con huellas de zarpas negras que le compré para hacerle una broma durante uno de los períodos en que nos llevamos mejor hace unos años. Desperezándose, giró los hombros hacia atrás, exponiendo los músculos de su pecho.

-¿Pasaste una mala noche vigilando mis rutas de escape? -pregunté.

Se encogió de hombros. Cuando yo tenía un mal día en Stonehaven, Clay se pasaba la noche haciéndome guardia. Como si yo fuera tan cobarde como para escabullirme por la noche. Bueno, es cierto que lo había hecho, pero no era ésa la cuestión.

-¿Quieres que te acompañe a desayunar? -preguntó.

-No.

Otra vez se encogió de hombros adormilado. Dentro de unas horas no dejaría pasar el rechazo sin pelear. Carajo, en unas cuantas horas no se molestaría en preguntar si podía acompañarme. Seguí bajando. Di tres pasos, cuando se despertó de golpe, me siguió y me tomó del codo.

-Yo te preparo el desayuno -dijo-. Te veré en el porche. Quiero hablar contigo.

-No tengo nada que decirte, Clayton.

-Dame cinco minutos. Ya bajo.

Antes de que pudiera contesta; subió corriendo y desapareció en su cuarto. Podría haberlo seguido, pero hubiese significado seguirlo a su cuarto. Decididamente eso no era una buena idea.

Al llegar a la planta baja, me llegó el aroma de jamón con miel y panqueques, mi desayuno favorito. Fui al porche y miré la mesa Sí, había pilas de jamón y panqueques sobre un plato. No habían llegado solos allí, pero me hubiera sorprendido menos que fuera así. La única persona que podía haberlo preparado era Jeremy, pero él no cocinaba. No es que no pudiera, no lo hacia. Eso no quiere decir que él esperase que Clay o yo lo sirviéramos, pero cuando él preparaba el desayuno, lo único que echaba humo era el café. Lo demás era una mezcolanza de panes, quesos, fiambres, frutas y cualquier otra cosa que requiriera una preparación mínima.

Jeremy entró detrás de mí a la sala.

-Se enfría. Siéntate y come.

No dije nada del desayuno. Cuando Jeremy tenía un gesto amable, no le gustaba que se le agradeciera. Por un momento estuve convencida de que ésa era la manera de Jeremy de darme la bienvenida. Entonces reaparecieron las viejas dudas. Quizá sólo había preparado el desayuno para tranquilizarme. Nunca podía descubrir las intenciones de Jeremy. A veces estaba segura de que me quería en Stonehaven, otras veces pensaba que sólo me aceptaba

porque no le quedaba más remedio, porque me hablan metido en su vida y tenerme calmada y controlada era lo mejor para su Jauría. Sé que yo pensaba demasiado en eso, esforzándome por interpretar cada gesto suyo, demasiado ansiosa por ver una señal de aprobación. Quizás aún estuviera atrapada en los viejos patrones de la infancia, deseando un padre más de lo que estaba dispuesta a admitirlo. Deseaba que no fuera así. La imagen que quería proyectar no era precisamente la de una niña carenciada.

Me senté y empecé a comer. Los panqueques estaban preparados con una mezcla sacada de una caja, pero no me quejé. Estaban calientes y me llenaban y tenían manteca y jarabe de arce. La cosa auténtica, no la porquería de imitación que siempre compraba para ahorrar un poco. Tragué la primera parva y me serví la segunda. Jeremy no movió un pelo. Una cosa buena de Stonehaven era que yo podía comer todo lo que quisiera sin que nadie lo comentara o lo notara.

Parece que mientras Clay estaba vigilando la ventana de mi cuarto anoche, Jeremy me esperaba aquí esta mañana. Su caballete estaba puesto entre la ventana y su silla. Había allí una hoja con unas cuantas líneas. No había avanzado mucho en el nuevo bosquejo. Las pocas líneas que había trazado evidentemente habían sido borradas y vueltas a trazar varias veces. En un lugar el papel amenazaba con romperse.

-¿Vas a decirme qué pasa? -pregunté.

-¿Vas a escuchar? ¿O estás buscando otro motivo de pelea?

Trazó otra línea sobre el fantasma de la anterior y volvió a borrarla Se veía el marrón de la madera del caballete a través del agujero que dejó.

-Aún no superas lo que pasó, ¿verdad? -le dije -. El motivo por el que me fui. Aún estás enojado.

No levantó la vista del bosquejo. Carajo, ¿por qué no me miraba?

-Yo no estaba enojado contigo, Elena. Tú estabas enojada contigo misma. Por eso te fuiste. No te gustaba lo que hiciste. Te asustaste y creíste que podías dejarlo atrás si te ibas. ¿Fue así?

No contesté.

Hacía dieciséis meses había ido a investigar el informe de que alguien vendía información sobre los licántropos. La Jauría no sale a perseguir a cada tipo que dice que tiene pruebas de la existencia de licántropos. Eso sería un trabajo de tiempo completo para cada licántropo existente dentro y fuera de la Jauría. Seguimos las historias que suenan verídicas, excluyendo palabras claves tales como balas de plata, asesinato de bebés y criaturas mitad hombre, mitad bestia, que asolan el mundo. Lo que queda es una tarea de algunas horas que cumplimos Clay y yo. Cada uno cumple un rol. Si un licántropo de afuera estaba causando problemas y Jeremy quería darle un castigo ejemplar, enviaba a Clay. Si el problema iba más allá de lo que pudiera resolverse rápidamente -O Si había un humano involucrado- entonces requería cautela y fineza. Para esos casos me enviaba a mí. El caso de José Carter requería de mis servicios.

José Carter era un mercachifle especializado en fenómenos paranormales. Se había pasado la vida engañando a los crédulos y vulnerables diciéndoles que sus seres queridos muertos querían entrar en contacto con ellos desde el más allá. Entonces, hace dos años, mientras trabajaba en América del Sur, llegó a un pueblo donde se afirmaba que había un licántropo. No iba a perderse esa oportunidad y Carter fue al lugar para empezar a reunir lo que suponía que eran evidencias falsas. El problema es que no eran falsas. Uno de los perros había estado de viaje por Ecuador, atacando una aldea detrás de otra y dejando un rastro de cadáveres. El perro pensó que tenía la solución perfecta, al atacar aldeas tan remotas que nadie vería una relación entre ellas. No contaba con José Carter. Y Carter nunca había pensado que iba a encontrar la cosa verdadera, pero cuando lo hizo supo lo que era rápidamente. Se fue de Ecuador con informes de testigos, muestras de pelo, moldes tomados de las pisadas y fotografías. Al volver a EEUU se contacto con varias sociedades paranormales e intentó vender la información. Estaba tan seguro de lo que había encontrado

que ofreció acompañar de vuelta a Sudamérica al que hiciera la mejor oferta para rastrear la bestia.

Yo lo encontré a José Carter en su 'subasta de información" en Dallas. Traté de desacreditarlo. Traté de robar las prueba Cuando nada funcionó hice lo único que me quedaba. Lo maté. Lo hice por mi cuenta, sin órdenes de Jeremy y sin siquiera contactarme con él. Luego volví al hotel, me bañé y disfruté de un buen sueño. Cuando desperté, recién comprendí lo que había hecho.

No tanto lo que había hecho sino cómo lo había hecho, lo fácil que me resultó. Maté a un hombre con tanta preocupación moral como la que me hubiera provocado matar una mosca.

Camino de regreso a Nueva York, preparé mis argumentos para explicar a Jeremy por qué había actuado sin consultarlo. Carter era una amenaza real. Hice todo lo que pude para detenerlo. Se acababa el tiempo. Si llamaba a Jeremy me hubiera dicho que lo hiciera, así que simplemente me ahorre un paso y me encargué de la cosa. Antes de llegar a Stonehaven comprendí que no era a Jeremy al que quería convencer, sino a mí misma. Había cruzado la raya. Había actuado con el solo propósito de proteger a mi Jauría, sin una gota de compasión. Actué como Clay. Eso me asustó, me asustó tanto que escapé y juré nunca volver a esa vida.

¿Había cambiado? ¿Me sentía totalmente en control de mis instintos e impulsos? No lo sabía. Por un año no había hecho nada tan terrible, pero tampoco me encontré en una situación donde se diera la oportunidad. Otro motivo por el que no había querido volver a Stonehaven. No sabía si ya me lo había sacado de encima y no estaba segura de querer averiguarlo.

Una conmoción en la puerta me sacó de mi distracción. Al levantar la vista una figura alta de pelo oscuro irrumpió en el cuarto. Nicholas Sorrentino me vio, llegó junto a mí en tres pasos y me alzó de mi asiento. Enganché la silla con un talón y la volqué. Gruñó en broma al abrazarme.

-Te fuiste demasiado tiempo, hermanita. Demasiado.

Nick me alzó y me besó. El beso decididamente no era fraternal, un beso profundo, que me dejó sin aliento. A cualquier otro le hubiera dado una cachetada, pero nadie más besaba como Nick, así que decidí no reprobar su indiscreción.

-Ponte cómodo -dijo una voz con acento sureño desde la puerta.

Nick se volvió hacia Clay y sonrió. Aún me tenía cautiva. Se acercó a Clay y lo golpeó en la espalda. Clay le tomó la cabeza en una llave. Me liberó y alejó a Nick. Nick recuperó el equilibrio, sonrió y volvió a acercarse.

-¿Cuándo llegaste? -me preguntó y luego clavó un dedo en las costillas de Clay-. ¿Y por qué no me dijeron que venía?

Alguien me tomó desde atrás y me alzó del suelo.

-La hija pródiga ha regresado.

Giré la cara para ver un rostro tan familiar como el de Nick.

-Eres tan malo como tu hijo -dije liberándome de él-. ¿No saben dar la mano?

Antonio rió y me bajó.

-Tendría que apretarte más fuerte. Quizás así aprenderías a quedarte en casa.

Antonio Sorrentino tenía el mismo pelo oscuro ondulado y los ojos marronas impactantes de su hijo. Generalmente se hacían pasar por hermanos. Antonio tenía cincuenta y tres y parecía la mitad de eso, cosa que debía tanto a su pasión por la vida saludable como a que era un licántropo. Era más bajo y macizo que su hijo, con hombros anchos y bíceps que hacían que los de Clay parecieran los de un peso pluma.

-¿Llegó Peter ya? -preguntó Antonio, sentándose junto a Jeremy, que sorbía su segundo café sin que lo perturbara la conmoción.

Jeremy negó con la cabeza.

-¿Vienen todos? -pregunté.

-Termina tu desayuno -dijo Jeremy, con mirada crítica-. Has perdido peso. No puedes hacerlo. Si no tienes suficiente energía perderás control. Ya te alerté sobre eso.

Haciendo por fin a un lado su caballete, Jeremy se volvió para hablar con Antonio. Clay extendió la mano por sobre mi hombro, tomó un pedazo de jamón y se lo tragó entero. Cuando lo miré fastidiada, me dirigió un gesto de "sólo trataba de ayudarte".

-No metas la mano en su plato -dijo Jeremy sin volverse. Lo tuyo está en la cocina. Hay para todos.

Antonio fue el primero en salir. Cuando Nick iba a seguirlo, Clay lo tomó del brazo. No dijo nada. No necesitaba hacerlo. Nick asintió y se fue a llenar dos platos mientras Clay seguía a mi lado.

-Prepotente -murmuré.

Clay alzó las cejas, con los ojos azules destellando su perfecta inocencia. Su mano intentó sacar otro pedazo de jamón de mi plato. Le clavé el tenedor en la mano con suficiente fuerza para hacerlo aullar. Jeremy nos ignoró.

Antonio volvió al cuarto, con el plato tan cargado que pensé que en cualquier momento los panqueques se deslizarían al suelo, porque además sostenía el plato con una mano. La otra mano estaba ocupada en llevarse un panqueque a la boca. Nick llegó detrás de su padre y dejó caer el plato de Clay delante de él, luego acercó una quinta silla, la dio vuelta y se sentó con el respaldo delante. Hubo un maravilloso silencio por unos minutos. Los licántropos no hablan mucho en la comida. La tarea de llenarse el estómago exige concentración total.

El silencio pudo haber durado más si el timbre no lo hubiera hecho añicos. Nick fue a atender y volvió con Peter Myers. Peter era bajo y duro, con una sonrisa fácil y pelo rojo rebelde que siempre se veía como si él se hubiese olvidado de peinarlo. Nuevamente el ritual de abrazos de oso, golpes en la espalda, morrazos juguetones, los saludos en la Jauría era tan entusiastas como físicos, y muchas veces dejaban tantos moretones como una pelea.

-¿Y Logan? -pregunté, cuando todos volvían a su tarea alimenticia.

-No viene. -dijo Jeremy-Tuvo que volar a Los Ángeles por un juicio. Le conté lo que sucede, pero tendremos que arreglarnos sin él por ahora.

-Lo que me recuerda algo -dijo Clay, dirigiéndose a mí-. La última vez que hablé con Logan, me comentó que habló contigo en las pascuas. Por supuesto que eso no es posible ya que dejaste de tener contacto con la Jauría, ¿verdad?

Miré a Clay, pero no contesté. No necesité hacerlo. Podía ver la respuesta en mis ojos. Su rostro enrojeció de ira y atacó una feta de jamón con fuerza suficiente para sacudir la mesa. Sí, había hablado con Logan en las pascuas, el día de su cumpleaños y el mío, en Navidad y media docena de veces. Me dije que mientras no lo viera, no estaba faltando a mi voto. Además, Logan era más que mi hermano en la Jauría, era mi amigo, quizás el único verdadero amigo que he tenido. Teníamos la misma edad y compartíamos algo más que saber los nombres de ambos integrantes de la banda de rock Wham. Logan entendía el atractivo del mundo exterior. Disfrutaba de la protección y el compañerismo que ofrecía la Jauría, pero se sentía igualmente a gusto en el mundo humano, donde tenía un departamento en Albany, una novia de larga data y sentaba carrera de abogado. Cuando me enteré que Jeremy había convocado a una reunión, pensé que era genial que Logan viniera. Pero ahora quizás yo no tendría ninguna compensación ante esta visita indeseada.

Unos minutos más tarde, Jeremy y Antonio se fueron a hablar al porche de atrás. Como era el amigo más cercano y más viejo de Jeremy, Antonio muchas veces le servía para probar sus ideas, una especie de asesor de la corte. Antonio y Jeremy se habían criado juntos, hijos de las dos familias más distinguidas de la Jauría. El padre de Antonio había sido el Alfa de la Jauría antes que Jeremy. Cuando murió Dominic, muchos en la Jauría supusieron que Antonio ocuparía su lugar, aunque la jefatura no era hereditaria Al igual que sucede con los lobos verdaderos, el Alfa de la Jauría tradicionalmente era el mejor luchador. Antes de que creciera Clay, Antonio era el mejor guerrero. Además tenía más inteligencia y sentido común

que una docena de licántropos normales. Pero a la muerte de su padre, Antonio apoyó a Jeremy, viendo en él virtudes que salvarían a la Jauría. Con la ayuda de Antonio, Jeremy pudo liquidar todas las objeciones a su sucesión como Alfa. Desde entonces nadie lo había desafiado. El único licántropo con poder para disputar la posición de Jeremy era Clay y Clay se hubiera cortado el brazo derecho antes que desafiar al hombre que lo había rescatado y criado como a un hijo.

Cuando Jeremy tenía veintiún años, su padre volvió con una extraña historia de una de sus salidas. Estaba pasando por Luisiana cuando sintió el olor de un licántropo. Lo rastreó y descubrió a un niño lobo, preadolescente, que vivía como un animal en los pantanos. Para Malcolm Danvers, no había sido más que una historia intrigante en la cena, ya que nadie había oído hablar antes de un niño lobo. Si bien los licántropos hereditarios no vivían su primer Cambio hasta ser adultos, generalmente entre los dieciocho y los veintiún años, un humano mordido por un licántropo se volvía licántropo de inmediato cualquiera fuera su edad. La persona más joven en convenirse en licántropo hasta entonces había tenido quince años. Se suponía que si un niño más joven era mordido, moriría, si no por la mordedura, sin duda por la conmoción. Aunque sobreviviera milagrosamente al ataque, entre los licántropos era un hecho aceptado que nadie de menos de quince años tenía la fortaleza para sobrevivir al primer cambio. El niño de Louisiana parecía no tener más que siete u ocho años, pero Malcolm lo había visto en ambas formas, de modo que era claramente un licántropo mordido. La Jauría consideró que su supervivencia era sólo cuestión de suerte, una casualidad, que no tenía nada que ver con la fuerza o la voluntad. El niño lobo sin duda no viviría mucho más. La siguiente vez que Malcolm visitara Louisiana, seguramente se enteraría de que el niño había muerto hacía tiempo. Incluso hizo apuestas con sus hermanos de la Jauría.

Al día siguiente, Jeremy tomó un vuelo a Baton Rouge, donde encontró al niño, que no tenía idea de qué le había sucedido o desde cuándo era lobo. Había vivido en los pantanos y conventillos, cazando ratas y perros y niños. A tan temprana edad sus cambios eran incontrolables y pasaba de una forma a otra continuamente, lo que casi lo había vuelto loco. El niño parecía un animal aun en su forma humana, desnudo con crenchas de pelo pegoteado y uñas como garras.

Jeremy llevó al niño a su casa y trató de civilizarlo. Resultó que la tarea era tan imposible como civilizar a un animal salvaje. Lo más que se puede hacer es domarlo. Clay había vivido tanto tiempo como licántropo que no recordaba haber sido humano. Se había vuelto lobo, más lobo de lo que sería ningún licántropo normal, dominado por los instintos más elementales, la necesidad de cazar para conseguir comida, de defender su territorio y proteger su familia. Si Jeremy dudaba de eso, el primer encuentro de Clay con Nicholas terminó con sus dudas.

De niño, Clay no quería tener nada que ver con niños humanos, de modo que Jeremy había arreglado un encuentro con uno de los hijos de la Jauría, pensando que Clay quizás iba a sentirse más dispuesto a aceptar a un compañero de juegos que, no siendo aún licántropo, al menos tuviera esa sangre en las venas. Como dije, se separaba de sus madres a los hijos de la Jauría y los criaban sus padres. Más aún, los criaba toda la Jauría. A los chicos se los mimaba. Tal vez era para compensarlos por la vida difícil que tenían por delante, pero más probablemente fuera porque se buscaba crear los vínculos necesarios para mantener unida a la Jauría. Los niños muchas veces pasaban las vacaciones de verano yendo de una casa a otra, pasando todo el tiempo posible con los “tíos" y «primos" que serían sus hermanos de Jauría. Dado que la Jauría nunca era numerosa, por lo general tampoco había más de dos muchachos de la misma edad. Cuando Clay vino a vivir con Jeremy sólo había dos hijos de la Jauría menores de diez años: Nick, que tenía ocho, y Daniel Santos, que estaba por cumplir los siete, precisamente la edad que Jeremy le asignó oficialmente a Clay. Nick sería el primero de sus compañeros de juegos. Quizá Jeremy era hijo de su mejor amigo. O quizá ya había visto algo en Daniel que lo hizo pensar que no sería buen compañero de juegos. Más allá de

Librodot

cuál fuera el motivo, la elección de Jeremy tuvo Consecuencias a lo largo de toda la vida de los tres chicos.

Pero ésa es otra historia.

Antonio trajo a Nick a Stonehaven y se lo presentó a Clay, esperando que los dos chicos se fueran a jugar a los policías y ladrones o algo así Según narra Antonio, Clay se paró un momento evaluó al muchacho mayor y más alto, luego saltó, aprisionando a Nick contra el suelo, apretando su garganta con el brazo, y Nick se hizo pis en los pantalones. Molesto por el poco valor de su adversario, Clay decidió dejarlo vivir y pronto descubrió que podía usar a Nick como muñeco para golpear; chico de los mandados y seguidor devoto. Lo que no quiere decir que nunca hayan jugado a los policías y ladrones, pero cuando lo hacían, fuera cual fuese el rol de Nick, siempre terminaba amordazado, atado a un árbol y a veces abandonado.

Eventualmente Clay aprendió a controlar mejor su instinto, pero incluso entonces era una batalla contra su propia naturaleza. El instinto dominaba a Clay. Había aprendido trucos que podía emplear si se le daba una noticia anticipada de las cosas, como por ejemplo que se oyera a cazadores en las tierras de propiedad de Jeremy a cierta distancia. Pero si no mediaba tal alerta, lo dominaba la ira y explotaba, con lo que a veces ponía en peligro a la Jauría. Por inteligente que fuera, no podía controlar su instinto. A veces yo pensaba que eso le hacía más dura la cosa, ya que tenía inteligencia como para darse cuenta de que se estaba haciendo mal, pero sin poder evitarlo. Otras veces me imaginaba que si de veras era tan inteligente, tendría que haber sido capaz de controlarse. Quizá no ponía suficiente empeño. Esa última explicación era la que más me gustaba.

Cuando Jeremy y Antonio volvieron de su charla, nos trasladamos al estudio, donde Jeremy explicó la situación. Había un hombre lobo en Bear Valley. La historia del perro salvaje era una explicación plausible de los vecinos, que buscaban desesperadamente una respuesta. Al fin de cuentas, se habían encontrado huellas de canino en torno del cadáver. La forma del crimen también era canina, con la garganta destrozada y el cuerpo devorado en parte. Por supuesto que nadie podía explicarse cómo era que la joven andaba por el bosque de noche, con pollera y tacos altos. Parecía que la mató un perro, y los vecinos decidieron que era así. Nosotros sabíamos que no.

El asesino era un licántropo. Todos los indicios estaban allí. Lo sorprendente era que aún estuviera en Bear Valley, que hubiera llegado allí ¿Cómo había logrado uno de los piojosos acercarse tanto a Stonehaven? ¿Cómo había matado a una mujer local antes de que Jeremy y Clay supieran que estaba allí? La respuesta era simple: complacencia. Pasados veinte años desde la última vez que un licántropo llegó más al norte de la ciudad de Nueva York, Clay había relajado su vigilancia. Jeremy había monitoreado la cosa en los papeles, pero prestó más atención a los eventos en otras partes del territorio de la Jauría. De esperar problemas, habrían sido quizás en Toronto o Albany, donde Logan tenía un departamento, es en la región de las montañas Catskills, donde estaba la casa de los Sorrentino, o en Vermont, donde vivía Peter. Pero no cerca de Stonehaven. Nunca cerca de Stonehaven.

Cuando desapareció la mujer que luego fue encontrada muerta, Jeremy se enteró, pero no le prestó atención. La desaparición de humanos no era algo inusual. No había ningún indicio de que la desaparición tuviera algo que ver con un licántropo. Pero hacía tres días habían encontrado el cuerpo de la mujer. Para entonces ya era demasiado tarde. Ya había pasado la oportunidad de despachar al intruso de forma rápida y segura La gente del pueblo ya se había alzado en armas por la desaparición. Cuando se encontró el cuerpo, aparecieron las armas. En pocas horas los cazadores ya estaban recorriendo el bosque, buscando depredadores, humanos o caninos. Por más que fuera respetado en la comunidad, Jeremy no dejaba de ser un foráneo, alguien que vivía allí pero se mantenía al margen del resto. Durante mucho tiempo la gente de Bear Valley y sus alrededores había respetado la privacidad de los Danvers, alentados por las grandes sumas que llegaban de Stonehaven cada Navidad para

Librodot

mejoras en la escuela o una nueva biblioteca o lo que filera que necesitara financiar el consejo de la ciudad. Pero cuando aparecía un peligro, la naturaleza humana llevaba a buscar un foráneo. No tardarían mucho en mirar a Stonehaven y sus habitantes generosos pero misteriosos, y decirse: Saben, en realidad no los conocemos, ¿No es cierto?

-Lo que tenemos que hacer antes que nada es encontrar a este callejero -dijo Jeremy-. Elena es la que tiene el mejor olfato, así que ella...

-No me quedaré -dije.

El cuarto se quedó en silencio. Todos se volvieron hacia mí. La expresión de Jeremy era inescrutable. Clay apretó los dientes, listo para pelea; Antonio y Peter parecían conmocionados y Nick me miraba totalmente confundido. Me maldije por haber permitido que la cosa llegara hasta ese punto. En medio de una reunión, no era el momento para afirmar mi independencia de la Jauría. 'Traté de decírselo a Jeremy la noche anterior; pero él obviamente había preferido ignorarlo, a ver si yo cambiaba de idea luego de dormir bien una noche. Tendría que haberlo llevado aparte por la mañana para explicárselo, en vez de sentarme a desayunar y dejar que todos pensaran que las cosas habían vuelto a la normalidad. Así funcionaba Stonehaven. Yo volvía, me enredaba -corriendo con Clay, discutiendo con Jeremy, durmiendo en mi cuarto, encontrándome con los demás- y todo lo demás quedaba olvidado. Ahora, cuando Jeremy me quería imponer sus planes, volvía a lo anterior.

-Creí que habías vuelto -dijo Nick, quebrando el silencio-. Estás aquí. No entiendo.

-Estoy aquí porque Jeremy me dejó un mensaje urgente de que lo llamara. Traté de llamar pero no contestó nadie, entonces vine a ver qué pasaba.

Advertí que esto sonaba débil en el momento en que las palabras salían de mi boca.

-Llamé- dije-. Y llamé y llamé y llamé. Estaba preocupada. Entonces vine a ver qué quería Jeremy. Traté de averiguarlo anoche, pero no me lo dijo.

-Entonces ahora que sabes, te vas. De nuevo -dijo Clay, su voz baja pero dura.

Me volví hacia él.

-Te lo dije anoche...

-Jeremy te llamó por un motivo, Elena -dijo Antonio, interponiéndose entre Clay y yo-. Necesitamos saber quién es este perro. Tú eres la que lleva los archivos. Los conoces. Es tu tarea.

-Era mi tarea.

Nick se enderezó. Su confusión mezclada con alarma.

-¿Qué significa esto?

Clay comenzó a pararse.

Jeremy se interpuso.

-Significa que Elena y yo tenemos que discutir algo en privado. Continuaremos esta reunión después.

LEGADO

Peter y Antonio salieron del cuarto rápidamente. Nick tardó un rato más, tratando de que lo mirara a los ojos, Cuando no lo hice vaciló y luego siguió a su padre. Clay se quedó en su asiento.

-Clayton - Dijo Jeremy.

-Me quedo. Tiene tanto que ver conmigo como contigo. Quizá más Si Elena cree que puede aparecer e irse de nuevo, cuando la he esperado más de un año...

-¿Qué me vas a hacer? -dije dando un paso hacia él-. ¿Me volverás a secuestrar y encerrar en un cuarto de hotel?

-Eso fue hace seis años. Y sólo trataba de convencerte de que hablaras conmigo antes de irte.

-¿Convencerme? Ja. Probablemente seguiría allí si no te hubiese convencido de que me dejaras ir colgándote del balcón por los tobillos. Tendría que haberte dejado caer.

-No hubiera servido de nada nena. Yo reboto. No puede deshacerte de mí con tanta facilidad.

-Yo me estoy deshaciendo de ti ahora -dijo Jeremy-. Te vas. Es una orden.

Clay se contuvo, suspiró, se puso de pie y salió del cuarto cerrando la puerta. Pero eso no significaba que se hubiera ido. No se escucharon pasos que se alejaran por el corredor. Sentí el golpe en el piso cuando se dejó caer junto a la puerta para espiar. Jeremy decidió ignorarlo.

-Necesitamos tu ayuda -dijo, Jeremy, volviéndose hacia mí-Has investigado a los callejeros. Esa era tu tarea Sabes más de ellos que cualquiera de nosotros.

-Yo tomé esa tarea cuando era parte de la Jauría. Te lo dije...

-Necesitamos tu olfato para encontrarlo y tu conocimiento para identificarlo. Luego necesitamos tu ayuda para eliminarlo. Es una situación complicada, Elena. Clay no puede manejarla.

Tenemos que proceder con total cautela. Este callejero ya mató en nuestro territorio y se insinúa en nuestro pueblo. Necesitamos encontrarlo sin llamar la atención ni permitir que lo domine el pánico. Tú puedes hacerlo. Sólo tú.

-Lo siento, Jer, pero no es mi problema. Ya no vivo aquí. No tengo que estar buscando callejeros aquí. No es mi tarea.

-Es mi tarea, lo sé. Esto nunca debió suceder. No estaba lo suficientemente atento. Pero eso no cambia el hecho de que sucedió y que todos estamos en peligro, incluso tú. Si ese callejero sigue causando problemas, corre el riesgo de que lo atrapen. ¿Si 1o atrapan, qué le impedirá hablar de nosotros a la policía?

-Pero yo...

-Todo lo que quiero es que me ayudes a solucionar este problema. Cuando se aclare, puedes hacer lo que quieras.

-¿Y si quiero dejar la Jauría? ¿Vale lo que dijiste anoche? ¿Que soy yo la que decide?

Algo pasó en el rostro de Jeremy. Se sacó el pelo de la cara y su expresión volvió a la normalidad.

-Estaba enojado anoche. Eso no es motivo para que estés tan apurada, Elena. Dije que te dejaría ir y que vivieras tu vida y sólo te convocaría si se trataba de algo urgente. Esto es urgente. No te he llamado por ningún otro motivo. No dejé que Clay se contactara contigo. No te convoqué a otras reuniones. No esperaba que mantuvieras los archivos ni ninguna de las otras cosas que haces normalmente para nosotros. No daría ese trato a nadie más. Te lo doy porque quiero que tengas toda la libertad necesaria para tomar una decisión fundada.

-Esperas que lo supere.

-Adaptarse a esto ha sido más difícil para ti que para cualquier otro. No creciste sabiendo que serías mujer loba. Que te mordieran ya fue bastante malo, pero el modo en que sucedió, las circunstancias, lo vuelven diez veces peor. Tu naturaleza es luchar contra algo que no escogiste. Cuando elijas, quiero que sea porque has pasado suficiente tiempo afuera como para saber qué es lo quieres y no porque seas terca y quieras afirmar tu derecho a autodeterminarte aquí y ahora.

-En otros términos, esperas que se me pase.

-Te pido ayuda, Elena. La pido, no la exijo. Si me ayudas a resolver este problema podrás volver a Toronto. Nadie te detendrá. -Miró hacia la puerta, esperando la protesta de Clay, pero hubo silencio. - Te daré tiempo para pensarlo. Ven a verme cuando estés lista.

Me quedé en el estudio más de una hora. Me maldije en parte por volver; maldije a Jeremy por imponerme esto, maldije a Clay por... bueno, por todo lo demás. Quería patalear

como una niña de dos años y gritar que no era justo. Pero lo era. Jeremy actuaba razonablemente. Y eso era lo peor.

Tenía una deuda con la Jauría que no habla terminado de pagar. Estaba en deuda con Antonio y Peter y Nick y Logan por su amistad y protección, y aunque me trataran como a una hermanita menor; a la que había que malcriar y acunar y hacerle chistes, me habían aceptado y me cuidaron cuando yo no podía hacerlo por mí misma. Pero a quien más le debía era a Jeremy. Por más que me quejara de sus exigencias y su autoridad tiránica, yo nunca me olvidaba de cuánto le debía.

Cuando me mordieron, Jeremy me había acogido, me alimentó y me enseñó a controlar mis Cambios e impulsos y a acomodarme al mundo exterior. La Jauría a menudo bromeaba diciendo que criar a Clay fue el mayor desafió para Jeremy, las siete tareas de Hércules en una sola. Si supieran lo que Jeremy pasó conmigo, quizá cambiarían de idea. Vivió un infierno conmigo durante un año entero. Cuando me traía comida, se la tiraba. Cuando me hablaba, lo maldecía y lo escupía. Cuando trataba de tocarme, lo atacaba. Cuando finalmente escapé, puse en riesgo a toda la Jauría. Cualquier otro licántropo se hubiese dado por vencido, me hubiera cazado y matado. Jeremy me rastreó, me trajo de vuelta a Stonehaven y comenzó de nuevo.

Cuando me recuperé, me alentó a terminar mis estudios universitarios, pagando los costos de los estudios, un departamento y todo lo demás. Cuando terminé los estudios y empecé a trabajar de periodista por cuenta propia, me alentó. Cuando anuncié que quería hacer la prueba de vivir sola, obviamente estuvo en desacuerdo, pero me dejó ir y me protegió desde lejos. Ahora lo maldecía por interferir en mi nueva vida. La verdad es que sin la ayuda de Jeremy, no tendría una nueva vida. Si hubiese sobrevivido, sería como los callejeros, apenas capaz de controlar mis Cambios, totalmente incapaz de controlar mis impulsos, matando humanos, yendo de un lugar a otro, escapando de las sospechas, sin empleo, sin departamento, sin amigos, ni amante, ni futuro.

Ahora me pedía algo. Un favor, que ni siquiera pedía de tal modo. Un pedido de ayuda.

No podía negarme.

Le dije a Jeremy que me quedaría el tiempo suficiente para ayudarlos a encontrar y matar a ese perro, con la condición de que, cuando se terminara el asunto sin que él o Clay intentaran impedírmelo, Jeremy aceptó. Luego fue a decírselo a los demás, y se llevó a Clay al fondo para darle una explicación especial y más extensa. Cuando Clay volvió, estaba contento, bromeaba con Peter, luchaba con Nick, habló con Antonio y me ofreció el sofá cuando volvimos al estudio a continuación de la reunión. Dado que Jeremy no le habría ocultado el arreglo a Clay, obviamente lo había reinterpretado con su propia lógica, una lógica tan indescifrable como su propio código de conducta y ética. Pronto le haría ver la realidad.

Como era de esperar, el plan era cazar y matar al perro. En vistas de lo delicado del asunto, había que hacerlo en una o dos etapas. Esta noche los cinco, todos menos Jeremy, iríamos al pueblo a rastrear al perro. Nos dividiríamos en dos grupos, Antonio y Peter por un lado y el resto en el otro grupo. Si encontrábamos su guarida, Antonio y yo actuaríamos como si la conducción del grupo en cuanto a decidir si se podía matar al perro sin peligro. Nosotros lo decidiríamos. Si no era posible teníamos que reunir la información necesaria, volver a casa y su muerte se postergaría para otra noche. Luego del fiasco con José Carter, me sorprendió que Jeremy aún estuviera dispuesto a darme la responsabilidad de tomar una decisión, pero nadie más la cuestionó, así que me quedé callada.

Antes de almorzar fui a mi cuarto y llamé a Philip, abajo Peter, y Antonio debatían a los gritos alguna sutileza de las altas finanzas. Se abrían y cerraban cajones en la cocina y me llegó el olor de cordero asado cuando Clay y Nick comenzaron a hacer la cena. Si bien no podía escuchar a Jeremy, sabía que él seguía donde lo habíamos dejado, en el estudio, estudiando mapas con el fin de estar en condiciones de determinar las mejores áreas del pueblo para el rastreo de la noche.

Ya en mi cuarto, descorrí el dosel de la cama, me instalé con el celular y dejé que se cerrara la cortina, para aislarme. Luego marqué el número. Philip contestó a la segunda llamada. Cuando me llegó su voz por la línea, me pareció que se detenía todo el ruido de abajo y me sentí transportada a otro mundo, donde planear la caza de un licántropo sólo era tema para una mala película.

-Soy yo- le dije- ¿Estás ocupado?

- Estoy Yendo a almorzar con un cliente. Un cliente potencial. Recibí tu mensaje, bajé al gimnasio treinta minutos y por eso no estaba cuando llamaste. ¿Me das el número de tu teléfono allí? Espera voy a buscar un papel.

-Tengo mi celular.

-Cierto, qué idiota. Así que si quiero hablarte te llamo al celular. ¿Verdad?

-No puedo llevarlo al hospital. No dejan usarlo allí. Pero luego veré si me dejas el mensaje.

-¿El hospital? Carajo. Lo siento. Estamos hablando hace cinco minutos y ni siquiera te pregunté qué le pasó a tu primo. ¿Fue un accidente?

- En realidad tuvo un accidente su esposa. Antes yo venía por aquí en el verano y nos juntábamos varios, Jeremy, sus hermanos, Celia, su esposa. –Philip sabía que mis padres habían muerto, pero no le había contado nada de los detalles escabrosos, ni qué edad tenía yo cuando sucedió, de modo podía improvisar libremente –Como sea, Celia tuvo un accidente con el auto, estuvo al borde de la muerte, fue cuando me llamó Jeremy. Ya pasó lo peor.

- Gracias a Dios, que horrible. ¿Y cómo lo soporta tu primo?

-Está bien. El problema son los chicos. Tienen tres. Jeremy no sabe cómo manejarse con lo preocupado que está por Celia y el lío de los chicos. Le ofrecí quedarme unos días, al menos hasta que vuelvan los parientes de Celia de Europa. En este momento están bastante sacudidos.

-Me imagino. Espera –Sentí ruido en la línea – bien, ya salí de la ruta. Lo siento. ¿Así que te quedas a ayudarlo?

- Hasta el lunes. ¿Está bien?

-Seguro, claro. Si no tuviera tanto trabajo esta semana iría a darte una mano. ¿Quieres algo?

-Tengo la tarjeta de crédito.

Rió.

Es todo lo se necesita hoy en día. Su superas tu límite me avisas y te trasfiero dinero de mi cuenta. Carajo, me pasé de la salida.

-Bueno, cortemos.

- Lo siento. Llámame esta noche si puedes, aunque supongo que estarás bastante ocupada. Tres chicos. Carajo ¿Qué edades?

-Todos tienen menos de cinco años..

-Ay. Sí que vas a estar ocupada. Te voy a extrañar.

- Será solo unos días.

-Bueno, hablamos pronto. Te quiero.

-Yo también. Chau.

Al cortar la comunicación cerré los ojos y solté el aire contenido en los pulmones. ¿Ves? No fue tan terrible. Philip seguía siendo Philip. No había cambiado nada. Philip y mi nueva vida me esperaban allí. En pocos días volvería.

Luego de almorzar fui al estudio a ver mis archivos, esperando encontrar algo que pudiera ayudarme a descubrir cuál era el callejero que estaba causando problemas en Bear Valley. Una de mis tareas en la Jauría era hacer el seguimiento de los licántropos que no pertenecían a ella. Creé un archivo con fotos y sinopsis de conducta. Podía recitar de memoria dos docenas de nombres y último lugar donde se encontraban y dividir la lista entre los buenos, los malos y los feos: los que podían contener el impulso matar, los que no y los que ni siquiera lo intentaban. A juzgar por la conducta de este callejero, pertenecía a la tercera categoría. Lo que reducía la lista de veintisiete a unos veinte.

Volví mi atención a los armarios bajo la biblioteca. Abrí el segundo, corrí las copas de brandy y tanteé el panel posterior en busca de un tarugo. Cuando lo encontré, lo hice girar y el panel se abrió. Dentro del compartimiento secreto se guardaban los únicos elementos condenatorios de Stonehaven, lo único que podía vincularnos con lo que somos. Uno de ellos era mi carpeta con el archivo. Pero no la encontré allí- Suspiré. Jeremy era el único que podría haberla sacado y se había ido a caminar hacía una hora. Podía ir a buscarlo pero sabía que no estaba simplemente haciendo ejercicio. Estaba armando los planes para nuestra caza del callejero por la noche. Y no le agradaba que lo interrumpiera en tales circunstancias.

Cuando estaba cerrando el compartimiento, vi el otro libro que se guardaba allí y, por impulso, lo saqué y lo abrí, aunque lo había leído tantas veces ya que podía recitarlo de memoria. Cuando Jeremy me habló por primera vez del Legado, esperaba enconarme con un tomo húmedo, maloliente y medio podrido. En lugar de eso, el libro que tenía varios siglos de antigüedad se veía mejor que muchos de mis libros de texto de la universidad. Por puesto que las páginas estaban amarillentas y eran frágiles, Mire cada Alfa de la Jauría lo había conservado en un compartimiento especial, libre de polvo, humedad, luz y cualquier otro de los elementos que hubiese podido arruinar el libro.

El Legado contaba la historia de los licántropos, en particular de la Jauría. Pero no era un relato con fechas y eventos. En lugar de eso, cada Alfa había agregado lo que consideraba importante, por lo que consistía en una mezcolanza de historia, genealogía y tradiciones.

Una sección estaba dedicada enteramente a la experimentación científica con la naturaleza y los límites de la condición del licántropo. Un Alfa de la época del renacimiento en particular se había visto fascinado por las leyendas de la inmortalidad de los licántropos. Había detallado todas y cada una, desde las historias de licántropos que se volvían inmortales bebiendo la Sangre de infantes hasta las historias de licántropos que se convertían vampiros, después de la muerte. Entonces realizó experimentos bien controlados con licántropos callejeros que capturaba, trabajaba y mataba, y luego esperaba su resurrección. Ninguno de sus experimentos tuvo éxito, pero tuvo gran éxito en reducir la población de callejeros de Europa.

Un siglo más tarde, un Alfa de la Jauría se obsesionó con tener mejores relaciones sexuales: lo único sorprendente de eso es que llevó varios cientos de años lograrlo. Comenzó con la hipótesis de que las relaciones sexuales entre licántropos y humanos eran inherentemente insatisfactorias Porque involucraban a dos especies diferentes. Entonces mordió a unas cuantas mujeres. Como no sobrevivieron, concluyó que los rumores de la existencia de mujeres lobo a lo largo de los siglos eran falsos y que tal cosa era biológicamente imposible. Avanzando, intentó variaciones de las relaciones sexuales: lobo con lobo, humano con lobo, lobo con humano. Nada de ello se acercaba al sexo entre humanos, así que volvió a las mujeres y comenzó a experimentar con variaciones de posiciones, actos, lugares, etcétera. Finalmente encontró lo máximo en satisfacción sexual: esperar hasta que sonaran las primeras notas del clímax y entonces destrozar a dentelladas la garganta de su pareja. Describió su fórmula con vívidos detalles, con toda la emoción floripondiosa de un converso. Por fortuna su práctica nunca se hizo popular en la Jauría, probablemente porque el Alfa fue quemado unos meses más tarde, luego de haber liquidado la disponibilidad de mujeres jóvenes en su aldea.

Por el lado menos fáctico, el Legado contenía incontables historias de licántropos a lo largo de los siglos. La mayoría eran historias del tipo “mi madre me contó eso de niño", muchas originadas antes de que se escribiera la Primera edición del Legado. Había historias de licántropos que vivieron sus vidas en reversa, manteniéndose como lobos la mayor parte del tiempo y cambiando a humanos sólo cuando se lo imponía la necesidad física. Había historias de caballeros y soldados y bandidos y asaltantes que supuestamente fueron licántropos. La mayoría de estos nombres desaparecidos de la historia, pero uno era conocido aún, incluso por quienes nunca hubiesen abierto un libro de historia. La historia humana cuenta la leyenda de que el árbol genealógico de Gengis Khan comenzaba con un lobo y una cierva. Según el Legado, había en eso más de verdad que de alegoría: el lobo era un licántropo y la

Librodot

cierva una analogía de una madre humana. Según esa línea de razonamiento, Gengis Khan mismo habría sido un licántropo, lo que explicaba su sed de sangre y su destreza casi sobrenatural en la guerra. Probablemente ésa no fuese más cierta que las innumerables genealogías humanas que incluyen a Napoleón y a Cleopatra en el árbol genealógico. Pero la historia era entretenida.

Otra historia buena se encuentra también en la mitología humana sobre los licántropos. Cualquier aficionado a los cuentos de licántropos conoce la historia del noble recién casado cuya aldea sufría los ataques de un licántropo. Una noche cuando rastreaba a la bestia, el noble escuchó un ruido en la espesura y entonces ve a un lobo monstruoso. Salta de la montura y lo persigue por el bosque a pie. La bestia escapa. En un punto se acerca lo suficiente como para cortarle al lobo una de las zarpas delanteras. La criatura escapa, pero cuando el noble va a buscar la zarpa, se ha convertido en una mano de mujer. Exhausto, vuelve a casa y va a contar a su esposa lo sucedido. Encuentra a su esposa oculta en los cuartos traseros, vendando el muñón ensangrentado de su brazo sin mano. Al comprender lo que sucede, la mata. La versión humana de la historia culmina allí, pero el Legado va más allá, dándole al final un giro en favor de los licántropos. En la historia del Legado, el noble mata a su esposa abriéndole el estómago. Al hacerlo, salen varios cachorros de lobo, sus propios hijos. A la vista de eso el noble se vuelve loco y se mata con su propia espada. Como soy una mujer loba, no me gusta demasiado la idea de tener la panza llena de cachorros. Prefiero interpretar a los cachorros como un símbolo alegórico de la culpa del noble. Cuando advierte que ha matado a su esposa sin darle oportunidad de dar explicaciones, se vuelve loco y se mata. Un final mucho más digno.

Además de escribir estas historias y divagaciones, cada Alfa tenía que hacer la crónica de la genealogía de la Jauría durante su reinado. Eso incluía no sólo el árbol genealógico, sino también breves descripciones de la historia de cada de persona y de sus vidas. La mayoría de los árboles genealógicos eran largos y complicados. Pero en la actual Jauría había tres excepciones, nombres sin antecesores. Clay y yo éramos dos de ellos. Logan era el tercero. A diferencia de Clay y de mí, Logan era un licántropo por herencia. Nadie sabía quién era el padre de Logan. Lo habían dejado en adopción de bebé. Cuando lo adoptaron de niño, con él vino un sobre que debía ser abierto en su decimosexto cumpleaños. En el interior del sobre había un pedazo de papel con dos apellidos y dos direcciones: los Danvers en Stonehaven y los Sorrentino en su mansión en las afueras de Nueva York. Era improbable que el padre de Logan fuese de la Jauría, ya que ningún miembro de la Jauría daría a su hijo en adopción. Pero su padre sabía que la Jauría no echaría a un licántropo de dieciséis años, al margen de quiénes fueran sus padres, por lo que dirigió a su hijo a ellos, asegurándose de que Logan descubriera lo que era, antes de su primer Cambio y, al hacerlo, tuviera la oportunidad de iniciar su nueva vida con la necesaria educación y protección. Quizá la historia de Logan fuese una prueba de que no todos los callejeros son malos padres o quizá que las anomalías son posibles en cualquier forma de vida.

La mayoría de los demás árboles genealógicos de la familia tenían muchas ramas. Al igual que los Danvers, la familia Sorrentino tenía sus orígenes en el comienzo mismo del Legado. El padre de Antonio, Dominic, fue Alfa hasta su muerte. Tuvo tres hijos, Gregory, que había muerto, Benedict, que dejó la Jauría antes de que yo llegara, y Antonio, el menor. El único hijo de Antonio era Nick. En el Legado, junto a las iniciales de Nick aparecía anotado LKB entre paréntesis. Nick no sabía lo que significaba. Hasta donde yo sabía, nunca preguntó. Si es que llegó a leer el Legado, lo que dudo, habrá llegado a la conclusión de que si nadie le había explicado su significado no debía tener importancia. Así era Nick, aceptaba todo. Las letras eran importantes, pero no tenía sentido decirle a Nick su significado, provocando interrogantes sin respuesta y emociones que no encontrarían satisfacción. LKD eran las iniciales de la madre de Nick. Era el único lugar del Legado en el que figuraba una madre. Jeremy fue quien las puso allí. Ni Jeremy ni Antonio me lo explicaron. Fue Peter quien me contó la historia hace años.

Librodot

Cuando Antonio tenía dieciséis años y era alumno de una escuela privada muy cara en las afueras de la ciudad de Nueva York, se enamoró de una chica del lugar. Sabía que no tenía que contárselo a sus padres, pero sí se lo contó a su mejor amigo, Jeremy, que por entonces tenía catorce años. Y los dos ocultaron la relación a la Jauría. La cosa funcionó durante un año. Entonces la niña quedó embarazada. Por consejo de Jeremy, Antonio se lo contó a su padre. Aparentemente Jeremy creyó que Dominic entendería que su hijo estaba enamorado y le permitiría quebrar la ley de la Jauría. Supongo que todos fuimos jóvenes alguna vez. Jóvenes, románticos y muy ingenuos. Incluso Jeremy. Las cosas no funcionaron como esperaba Jeremy. Gran sorpresa. Dominic sacó a Antonio de la escuela y lo confinó en la casa mientras la Jauría aguardaba el nacimiento del bebé.

Antonio escapó con ayuda de Jeremy, volvió con la chica y se declaró independiente de la Jauría. A partir de allí la cosa se puso realmente fea. Peter no entró en detalles. Tan sólo narró que Antonio y su chica se ocultaron mientras Jeremy hacía de intermediario entre el padre y su hijo, desesperado por reconciliarse. En medio de todo eso nació Nick.

Tres meses más tarde Antonio tuvo su primer Cambio. En los seis meses siguientes comprendió que su padre tenía razón. Por más que amara a la madre de Nick, la cosa no iba a funcionar. No sólo le arruinaría la vida a ella, sino que arruinaría la de su hijo, condenándolo a vivir como callejero. Una noche tomó a Nick, dejó un sobre con dinero en la mesa y se fue. Le entregó a Nick a Jeremy y le dijo que llevara el bebé con Dominic. Entonces desapareció. Antonio estuvo ausente tres meses y ni Jeremy sabía a dónde se había ido. Reapareció abruptamente. Se hizo cargo de la crianza de Nick y nunca volvió a mencionar a la niña. Todos creyeron que ahí terminaba la historia. Pero años más tarde Peter vino a visitar a Antonio y lo siguió hasta un suburbio, donde lo encontró en su auto frente a una plaza, observando a una joven mujer que jugaba con un niño pequeño. Me pregunté cuántas veces habría hecho eso, me pregunté si seguía haciéndolo, eso de ver cómo andaba la madre de Nick, quizá viéndola jugar con sus nietos. Al ver a Antonio -ruidoso, seguro de sí mismo- no puedo imaginarlo manteniendo encendido el fuego de un amor perdido, pero desde que lo conozco nunca lo oí mencionar a ninguna mujer. Hay mujeres en su vida, pero nunca duran lo suficiente como para que haya motivo para hablar de ellas.

En aquel entonces me pregunté por qué Peter me lo había contado, un capítulo de la historia de la Jauría que nunca aparecería en el Legado. Más tarde comprendí que pensó que al hacerme conocer un secreto inofensivo de la Jauría, me haría sentir más integrada y me ayudaría a entender mejor a mis hermanos de la Jauría. Peter hacía eso seguido. No es que los demás me excluyeran o me hicieran sentir rechazada. Nada por el estilo. Del único que llegué a dudar al respecto era de Jeremy y quizás eso fuera más problema mío que suyo. Conocí a Logan y a Nick, a través de Clay, antes de convertirme en licántropo. Luego de que me mordieran, los dos estuvieron a mi lado, y cuando estuve dispuesta a aceptar su ayuda hicieron todo lo que estaba a su alcance para levantarme el ánimo. Todo lo que se puede levantar el ánimo a alguien que acaba de enterarse de que se acabó sin remedio la vida que llevó hasta entonces. Cuando conocí a Antonio en mi primera reunión de la Jauría, me lisonjeó y bromeó conmigo y conversó conmigo con tanta facilidad como si me conociera desde hacía años. Pero Peter fue diferente. A él no le bastaba con la aceptación. Siempre hacia un esfuerzo más. Fue el primero que me contó de sus antecedentes, como un tío recién descubierto que me informara cosas de la familia.

Peter fue criado en la Jauría, pero a los veintidós decidió dejarla. No fue por una pelea o por rebelión. Simplemente decidió probar la vida fuera de la Jauría, más bien un ejercicio en el conocimiento de otros estilos de vida que una rebelión contra la Jauría. Como decía Peter, Dominic no lo consideraba ni peligroso fuera de la Jauría ni necesario dentro de ella, de modo que dejó que se fuera. Habiendo obtenido su título universitario en tecnología audiovisual, Peter tomó el trabajo más apasionante que pudo imaginar: técnico de sonido de bandas de rock. Comenzó con bandas que tocaban en bares y, en cinco años, llegó a trabajar en grandes conciertos. Ahí fue que se volvió peligroso su deseo de nuevas experiencias, porque asimiló todo el estilo de vida de las bandas de rock: drogas, alcohol y fiestas

Librodot

interminables. Entonces sucedió algo, algo malo. Peter no me lo explicó, pero dijo que fue algo lo suficientemente malo como para justificar que la Jauría lo matara si llegaba a descubrirlo. Pudo haber corrido a ocultarse con la esperanza de que la cosa pasara. Pero no lo hizo. En vez de eso se puso a analizar su vida y lo que había hecho y advirtió que la cosa no se pondría mejor si escapaba. Simplemente volvería a hacer 1o mismo. Decidió pedir clemencia a la Jauría. Si Dominic ordenaba su ejecución, al menos su primer error sería el último. Sin embargo, esperaba que Dominic lo absolviera, permitiéndole regresar a la Jauría, donde podrían ayudarlo a recuperar el control de su vida. Para tener mayores probabilidades de éxito, apeló al hermano de la Jauría en el que más confiaba. Llamó a Jeremy. En vez de llevar el asunto a Dominic, Jeremy file a Los Ángeles llevando consigo a Clay, que por entonces ya tenía diez años. Mientras Peter cuidaba de Clay, Jeremy pasó una semana borrando todos los rastros del error cometido por Peter. Luego llevó a Peter de regreso a Nueva York y organizó su vuelta a la Jauría sin decir palabra de su mal paso en California. Hoy nadie podría adivinar que Peter hubiese cometido un error de tal magnitud, ni siquiera que hubiese dejado la Jauría. Quería con tanta devoción a Jeremy como Clay y Antonio, aunque a su manera, silenciosa. Jamás discutía ni disentía. Lo único que quedaba del pasado de Peter era su trabajo. Seguía trabajando de técnico en sonido y era uno de los mejores. Habitualmente se iba de gira, pero Jeremy nunca se preocupaba por él ni dudaba de que actuara con absoluta circunspección en el mundo exterior. Jeremy incluso me permitió irme con Peter unas semanas cuando recién comenzaba a orientarme como licántropo. Peter me invitó a acompañarlo en una gira de U2 por Canadá. Fue la mejor experiencia de mi vida, me hizo olvidar los problemas que enfrentaba, lo que era precisamente la intención de Peter.

Mientras pensaba en todo eso, un par de manos me tomaron de las axilas y me levantaron de la silla.

-¡Despierta! -dijo Antonio, haciéndome cosquillas y luego me dejó caer nuevamente en el sillón. Se inclinó por sobre mi hombro y tomó el Legado.

-Justo a tiempo, Pete. Cinco minutos más de lectura y estaría en coma.

Peter se movió delante de mí, tomó el libro de manos de Antonio e hizo una mueca.

-¿Somos tan mala compañía que prefieres ocultarte aquí leyendo esa cosa?

Antonio sonrió.

-Creo que no es a nosotros a quien busca evitar, sino a un cierto tornado rubio. Jeremy lo envió de compras con Nicky, así que puedes salir de tu escondite.

-vinimos a decirte si quieres ir a caminar -dijo Peter-. Estirar las piernas, ponernos al día.

-En realidad...

Antonio volvió a tomarme de las axilas y esta vez me obligó a ponerme de pie.

-En realidad iba a buscarnos para decir cuánto nos extrañaba y que se moría por ponerse al día.

-Yo...

Peter me tomó de las muñecas arrastrándome hacia la puerta. Clavé los talones.

-Voy a ir -dije-. Sólo quería decir que vine a leer los archivos, pero Jeremy los debe de haber sacado de aquí. Pensé que podrían servirme para descubrir quién es el responsable de todo esto. ¿A ustedes se les ocurre algo?

-Muchas cosas. -dijo Antonio-. Ahora ven a caminar y te diremos.

Cuando dejamos el jardín y entramos en el bosque, Antonio dijo:

-Yo apuesto a que es Daniel.

-¿Daniel? -Peter frunció el entrecejo-. ¿De dónde sacas eso?

Antonio alzó la mano y empezó a enumerar las razones.

-Uno, era de la Jauría y sabe lo peligroso que es matar así en nuestro territorio, que no podemos y no nos iremos del lugar. Dos, odia a Clay. Tres, odia a Jeremy. Cuatro, nos odia a todos. Con excepción de a nuestra querida Elena que, convenientemente, estaba fuera de Stonehaven y no se vería afectada, cosa que estoy seguro de que Daniel sabía. Cinco,

realmente odia a Clay. Seis -ah, un momento, la otra mano- seis, es un hijo de puta caníbal asesino. Siete, ¿dije ya que eligió hacerlo cuando Elena no estaba por aquí? Ocho, Elena podría estar buscando nueva pareja y él podría llamar su atención. Nueve, de veras, de veras, DE VERAS, odia a Clay. Diez, juró vengarse de toda la Jauría, en particular de aquellos miembros que viven actualmente en Stonehaven. Se me acabaron los dedos, amiguito. ¿Cuántos motivos más necesitas?

-¿Qué tal alguno que tenga que ver con la estupidez suicida? No te ofendas, Tonio pero creo que te imaginas a Daniel metido en esto porque es lo que deseas. Es fácil echarle la culpa y querer voltearlo. Y no es que no me gustaría ser quien lo voltee. Pero si se abren las apuestas, pequeñas, por favor; no tengo tanto capital como tú, yo lo haría por Zachary Cain. Estúpido, bruto. Seguro que se despertó una mañana y pensó: "Ey, ¿por qué no mato a alguna chica en el territorio de la Jauría para divertirme?" Probablemente se preguntó por qué no lo había pensado antes. Porque es estúpido, estúpido.

-Puede ser alguien más insignificante -dije-. Uno de los que odian verse lejos del centro de la cuestión. ¿Algún callejero anduvo haciendo líos últimamente?

-Cosas chicas -dijo Antonio-. Ninguno de las ligas menores anduvo haciendo jugadas grandes. De los cuatro grandes, Daniel, Cain y Jimmy Koenig han estado tranquilos. Karl Marsten mató a un callejero en Miami el invierno pasado, pero no creo que eso lo haya provocado él. No es su modus operandii, a menos que además de matar humanos ahora le guste comerlos. No es probable.

-¿A quién mató? -pregunté.

-A Ethan Ritter -dijo Peter-. Disputa por una zona. Matanza limpia. Desapareció por completo. Cosa típica de Marsten. Sólo lo supimos porque pasó por Florida en la primavera con una banda. Marsten me encontró, me invitó a cenar, me dijo que había liquidado a Ritter así que podías quitarlo de tus archivos. Tuvimos una linda charla, la cena costó una suma astronómica y él pagó en efectivo. Preguntó si habíamos sabido de ti y envió saludos.

-Me sorprende que no envíe tarjetas de Navidad -dijo Antonio-. Me las imagino. De buen gusto, las mejores que pueda robar. Pequeñas notas de saludo con caligrafía perfecta. "Felices fiestas. Espero que todos estén bien. Hice trizas a Ethan Ritter en Miami y esparcí sus restos en el Atlántico. Mis mejores augurios para el año nuevo. Karl".

Peter rió.

-Ese tipo nunca decidió de qué lado del cerco estaba.

-Sí que lo decidió -dije-. Y ése es el motivo por el que nos invita a cenar y nos pone al día con sus matanzas de callejeros. Espera que olvidemos de qué lado del cerco está.

-Cosa poco probable -dijo Antonio-. Un callejero es un callejero y Karl Marsten es claramente un callejero. Y peligroso. Asentí.

-Pero como tú dijiste no es probable que ande comiendo humanos en Bear Valley. Yo le tengo tanta antipatía como tú, pero realmente me gusta la idea de que sea Daniel. ¿Sabemos dónde está?

Hubo un instante de silencio. Y luego más. Mucho más silencio.

-Nadie lo ha estado vigilando -dijo Peter por fin.

-No es grave -dijo Antonio con una sonrisa, y me alzó y me lanzó por los aires. Olvidemos la Jauría. Dinos en qué andas. Te extrañarnos.

Pero el asunto era grave. Yo sabía por qué bromeaban. Porque era mi culpa. El seguimiento de los callejeros era mi tarea. Si le hubiese dicho a Jeremy el año pasado que iba a dejar la Jauría, hubiera buscado a otro que lo hiciera. Si hubiese llamado en cualquier momento para decir que no volvía, también hubiera buscado a otro. Pero yo me fui dejando la puerta abierta para volver. Como siempre. Ya me había escapado antes de Stonehaven, para escaparme de Clay, Juego de una pelea, en busca de un descanso reparador. Pasaban días y hasta semanas, pero volvía. Esta vez, las semanas se volvieron meses, luego un año. Pensé que se habrían dado cuenta, que entenderían que no iba a volver, pero quizá no, quizá seguían esperando, como Clay, que me esperó todo el día en el portón de la entrada,

confiando en que volvería porque siempre lo hacía y porque no había dicho que no lo iba a hacer. Me pregunté cuánto habrían esperado.

Luego de la cena, cuando me dirigía a mi cuarto para ponerme ropa más abrigada, de pronto Nicholas salió del cuarto de Clay, me tomó de la cintura y me arrastró al interior. El cuarto de Clay era opuesto al mío, tanto en ubicación como en decorado. Estaba pintado de blanco y negro. La alfombra era blanca. Jeremy había pintado las paredes de blanco, con figuras geométricas negras. La cama de Clay era de bronce y enorme y estaba cubierta con un cobertor negro y blanco, que tenía bordados los símbolos de alguna oscura religión.

A lo largo de la pared oeste había un sistema de entretenimiento de lo último, con el único equipo de estéreo, de video y de televisión de la casa. La otra pared estaba cubierta de fotos y dibujos de mí, montaje que me recordaba los «altares" que se encuentran en las casas de psicópatas obsesionados, lo que, pensándolo bien, no era tan mala descripción de Clay.

Nick me arrojó sobre la cama y saltó sobre mí, sacándome la camisa de los jeans para hacerme cosquillas en la panza. Sonrió sugestivo, con los dientes blancos brillando bajo su bigote oscuro.

-¿Te entusiasma lo de esta noche? -preguntó subiendo los dedos desde mi ombligo hacia arriba. Lo palmeé la mano y la bajó nuevamente a mi estómago.

-No se supone que nos vayamos a divertir -dije-. Es una cuestión seria y requiere una actitud seria.

Del baño llegó una risotada. Salió Clay, secándose las manos con una toalla.

-Casi lo dices seria, cariño. Estoy impresionado.

Levanté los ojos exasperada y no dije nada.

Clay se dejó caer junto a mí, haciendo crujir los resortes del colchón.

-Vamos, admítelo. Te gusta.

Me encogí de hombros.

-Mentirosa. ¿Cuántas veces podemos correr por la ciudad? Un pichicho cazador oficialmente sancionado.

A Clay le brillaron los ojos. Extendió la mano para acariciar la parte interior de mi antebrazo y yo me estremecí. Sentí una sensación de nervios en mi estómago. Girando la cabeza, Clay miró el atardecer por la ventana. Me hizo cosquillas en el lado interior del codo. Mi mirada recorrió su rostro, su quijada, los tendones de su cuello, la sombra de su barba y la curva de sus labios. Sentí un calor en el estómago que se irradió hacia abajo. Giró para mirarme. Tenía las pupilas dilatadas y podía oler su excitación. Rió con risa ronca, se inclinó hacia mí y susurró esas cinco pequeñas palabras.

-Es hora de cazar, cariño.

CACERIA

Bear Vailey era un pueblo de obreros, con una población de ocho mil almas que nació con la industrialización y tuvo su máximo esplendor en los años cuarenta y cincuenta. Pero tres recesiones y los despidos en las fábricas habían tenido su efecto. Quedaba una fábrica de tractores al este y una planta papelera al norte, y la mayoría de la gente trabajaba en alguna de las dos. Era un pueblo que se enorgullecía de sus valores familiares, en un ambiente en el que la gente trabajaba duro, jugaba duro y llenaba el estadio de béisbol, por más que el equipo de segunda división local estuviera en el primer puesto o en el último. En Bear Valley, los bares cerraban a medianoche los días de semana, la subasta anual (de la Asociación de Padres y Docentes era un evento social importante y el control de armas

significaba que no se permitía a los chicos tirar con nada que superara el calibre veinte. A la noche, mujeres jóvenes cruzaban las calles de Bear Valley temiendo un poco más que a los maullidos, el chistido de unos tipos que merodeaban por el vecindario. Ellas no querían ser asesinadas por extraños, y mucho menos querían ser arrastradas, masacradas y devoradas por perros locos.

Nos separamos. Antonio y Peter se dirigieron al lado oeste del pueblo donde estaba el único edificio de departamentos de Bear Valley y dos hoteles. Lo que significaba que tenían el mejor sector, ya que era más probable que el callejero se encontrara allí; pero el problema era que Jeremy decidió que debían mantenerse en forma humana, dado que no podrían andar por el complejo de departamentos como lobos.

Clay, Nicholas y yo debíamos recorrer el este, donde podríamos encontrar al callejero en una casa o un cuarto alquilado. Llevamos mi auto, un viejo Camaro, que estaba en Stonehaven. Manejaba Clay. En realidad fue mi culpa: me desafió a correr hasta el garaje. Mi ego aceptó y mis pies perdieron. Llegamos a la ciudad poco después de las nueve y media. Clay me dejó detrás de una clínica médica que cerraba a las cinco. Me Cambié entre dos depósitos de basura que hedían a desinfectante.

Cambiar de forma al igual que cualquier otra función corporal, es más fácil cuando el cuerpo lo necesita. Un licántropo descontrolado Cambia bajo dos circunstancias: cuando se lo amenaza o cuando su ciclo interno le impone la necesidad de hacerlo. Nuestro Cambio se basa aproximadamente en los ciclos de la Luna, aunque tiene poco que ver con la luna llena. El ciclo natural podría variar entre tres días y una semana para distintas personas. Cuando se aproxima el momento, podemos sentir los síntomas: la inquietud, el escozor, los calambres y dolores internos, la sensación abrumadora de que se tiene que hacer algo y que el cuerpo y la mente no podrán descansar hasta que se satisfaga esa necesidad. Los indicios son tan reconocibles instintivamente como los del hambre. Al igual que el hambre, podemos posponerlo, pero al poco tiempo el cuerpo obliga al Cambio. Y al igual que con el hambre, podemos anticiparnos a los síntomas y Cambiar antes de que aparezcan. O podemos dejar de lado el ciclo natural por completo y Cambiar tanto como queramos. Eso es lo que nos enseñó la Jauría. Cambiar más a menudo para mejorar el control y aseguramos de no esperar demasiado, dado que eso podría provocar efectos secundarios complicados, tales como iniciar un Cambio en medio de las compras o, habiendo Cambiado, sentirnos frustrados por la ira y el deseo de sangre. En Toronto había dejado de lado las enseñanzas de Jeremy y Cambiaba sólo cuando era necesario, en parte para distanciarme de la «maldición» y en parte porque el Cambio en Toronto era una gran producción, que requería tanta planificación y cautela que me dejaba exhausta por muchos días. Así que estaba fuera de práctica. Había Cambiado ayer. Y sabía que hacerlo nuevamente menos de veinticuatro horas después sería terrible, como tener sexo sin juego previo. Sería doloroso o directamente no podría hacerlo. Debí haberle aclarado esto a Jeremy cuando dijo que teníamos que Cambiar para la cacería, pero no pude. Me sentí avergonzada. En Toronto Cambiaba lo menos posible porque me daba vergüenza. Dos días más tarde, estaba en, Stonehaven, negándome a admitir que no podía Cambiar lo mas posible, porque me daba vergüenza. Otra cosa más para que mi cerebro entrara en la confusión total.

Me llevó más de media hora Cambiar, el triple del tiempo normal. ¿Dolía? Bueno, no tengo mucha experiencia con el dolor que no tenga que ver con el cambio de forma, pero creo que se puede decir que si me descuartizaran me dolería un poco menos. Cuando se terminó, me quedé allí otros veinte minutos, descansando y agradecida de haber podido Cambiar. Frente a la opción entre la agonía que significaba el Cambio y admitir delante de Clay y los demás que ya no podía Cambiar a mi gusto, escogía el descuartizamiento. El dolor físico desaparece antes que el orgullo herido.

Comencé por una subdivisión de hileras de casas viejas que no se habían convertido en condominios y probablemente nunca lo harían. Eran más de las diez, pero las calles ya

estaban desiertas. Los padres ansiosos habían sacado a sus hijos de las plazas, largas horas atrás. E incluso los adultos se guarecían al caer el sol. Pese a que era una cálida noche de mayo, no había nadie tomando aire en los porches ni chicos jugando en las entradas de los garajes. En cambio había ventanas cerradas a través de las que salía la luz de los televisores. Se oían risotadas de los programas de televisión, que ofrecían un escapismo para los nerviosos. Bear Valley tenía miedo.

Me deslicé por el frente de las casas, oculta entre las paredes y los arbustos que las adornaban. En cada puerta sacaba el hocico y olfateaba, luego corría a ocultarme tras la siguiente hilera de arbustos. Cada destello de luces de autos me paralizaba. Mi corazón bombeaba, lleno de excitación nerviosa. No era divertido, pero el peligro agregaba un elemento que no experimentaba desde hacía niños. Si me veían, siquiera un segundo, estaría en peligro. Era una loba husmeando por el pueblo, en medio de una pesadilla colectiva por un supuesto perro salvaje. Si mi silueta se recortaba por un segundo a la luz de las ventanas, saldrían con escopetas en un instante.

Pasada más de una hora, estaba a medio recorrido de mi cuarto callejón de casas en fila, cuando sentí pasos que taconeaban en la acera. Me apreté contra los ladrillos frescos de la casa y escuché. Venía alguien por la acera y cada paso resonaba con su clic. Pensé por un instante en Clay. ¿No lo haría, verdad? Mejor que no. Me detuve oculta tras las ramas bajas de un cedro y traté de ver. Era una mujer que venía rápido por la vereda, con los tacos golpeteando sobre el cemento. Llevaba un uniforme de algún tipo, con una pollera de poliéster que apenas cubría sus anchas caderas. Llevaba una bolsa imitación cuero apretada en las manos y caminaba lo más rápido que le permitían sus tacos de cinco centímetros. A cada paso miraba hacia atrás. Olfateé y sentí un leve olor a colonia Obsesión, mezclada con el hedor de la grasa y el olor a cigarrillo. Una mesera que volvía a casa del trabajo y que no esperaba que la calle estuviera tan oscura. Cuando se acercó más olí otra cosa. Temor. Inconfundible temor. Rogué que no se largara a correr. No lo hizo. Lanzando otra mirada de temor, entró en su casa y cerró la puerta. Volví al trabajo.

Unos minutos más tarde se escuchó un aullido en el silencio de la noche. Era Clay. No utilizó el aullido típico del lobo, que hubiera llamado inevitablemente la atención, sino que imitó el llamado de un perro solitario. Había encontrado algo. Esperé. Cuando me llegó un segundo aullido, lo ubiqué y comencé a correr. El suelo fluía bajo mis pies mientras iba tomando velocidad. Me mantuve en el borde de la calle, pero no me preocupé demasiado por ocultarme. A esta velocidad, cualquiera que me viera sólo divisaría un poco de piel clara.

Al llegar al camino principal me encontré con que tenía que cruzarlo. Eso me llevó unos minutos. Al otro lado de la calle estaba el distrito de Clay, una subdivisión de casas y dúplex de la época de la guerra. Justo cuando trataba de encontrar su rastro, percibí otro, que me hizo detener y casi caí hacia atrás. Me sacudí, maldiciendo mi torpeza y retrocedí. Allí, en el cruce de dos calles, oh un licántropo, alguien a quien no reconocí. El rastro era viejo, pero claro. Había pasado por allí más de una vez. Miré calle abajo. Era en la dirección de donde había escuchado a Clay, así que cambié de rumbo y comencé a seguir el rastro del callejero.

El rastro me llevó a una casa de ladrillos de una sola planta, con adiciones de chapa de aluminio atrás. El patio trasero era pequeño y el césped estaba recién cortado, pero los yuyos competían de igual a igual con el pasto. Había basura apilada junto a la entrada y el olor me molestó. Parecía haber dos agregados a la casa, uno con puerta lateral y otro con la puerta presumiblemente atrás. La casa estaba oscura. Olfateé la vereda. El olor del licántropo era fuerte y no podía distinguir un rastro de otro. El factor más notorio era su antigüedad. Había estado pasando por aquí durante una semana. Aquí se había quedado.

Estaba tan excitada por encontrar el departamento, que no vi la sombra que se me acercaba. Cuando la advertí, giré la cabeza para ver a Clay en forma humana. Pasó su mano sobre mi nuca. Le tiré un mordiscón y me oculté tras los arbustos. Luego de Cambiar a forma humana, salí.

-Sabes que odio eso -murmuré, pasándome los dedos por el pelo ensortijado-. Cuando estoy Cambiada, te mantienes Cambiado o respetas mi privacidad. Acariciarme no sirve de nada.

-No te estaba "acariciando", Elena. Dios, hasta el mínimo gesto... -Se contuvo, tomó aire y volvió a empezar. -Éste es el lugar del callejero, el departamento del fondo, pero no está aquí.

-¿Estuviste adentro?

-Estaba investigando un poco y esperándote.

Miré su cuerpo desnudo y luego el mío.

-Supongo que no te habrás molestado en buscar ropa mientras andabas por aquí.

-¿Esperas que encuentre algo colgado en la soga a esta hora? Lo siento, cariño. Como sea, esto tiene sus ventajas. Si viene el dueño, estoy seguro de que puedes convencerlo de que no llame a la policía.

Resoplé y fui a la puerta trasera. Sólo tenía una cerradura común. Fue fácil forzarla. Apenas si había abierto una rendija cuando me llegó el olor fétido de carne podrida. Tuve que esforzarme por no toser. Olía como un matadero. Al menos para mí. La nariz común probablemente no hubiese olido nada.

La puerta daba al living. Se veía como el típico departamento de soltero, con ropa sin lavar tirada sobre el sofá y latas de cerveza vacías en un rincón. Obviamente el alquiler no incluía servicio de limpieza. Había cajas con costras de pizza y restos de pescado y papas fritas sobre una mesa en el rincón. Pero ésa no era la fuente del mal olor. El callejero había matado aquí. No había señal de un cadáver; pero el fuerte olor a sangre y carne podrida lo delataba. Había traído a una mujer a su departamento, la mató y ocultó los restos en otra parte.

Empecé por el cuarto principal, mirando en los roperos y bajo los muebles, en busca de algún indicio de la identidad del callejero. No reconocí su olor, pero quizá pudiera saber quién era con un par de pistas.

Como no encontré nada, fui al cuarto donde Clay buscaba. Estaba en el piso, mirando debajo de la cama. Cuando entré, sacó un cuero cabelludo y lo tiró a un lado y siguió buscando algo interesante. Miré la cosa sangrienta y sentí que vomitaría. Clay le prestó tanta atención corno a un pañuelo de papel, más preocupado por haberse manchado las manos que por otra cosa. Clay tenía un cociente de inteligencia de más de ciento sesenta, pero no podía entender por qué matar humanos es tabú. No mataba gente inocente, por lo mismo que cualquier persona no mataría intencionalmente un animal con su auto. Pero si un humano representaba una amenaza, el instinto le decía que hiciera lo necesario. Jeremy le prohibía matar humanos, y lo evitaba sólo por ese motivo.

-Nada -dijo en voz baja. Salió de abajo de la cama. -¿Y tú?

-Lo mismo. No deja nada que lo identifique.

-Pero no sabe que no tiene que atacar a la gente del lugar.

-Hereditario, pero joven -dije-. Huele a nuevo, pero ningún licántropo mordido podría tener esa clase de experiencia, así que debe de ser joven. Joven y engreído. Su papi debe haberle enseñado 1o básico, pero no tiene suficiente experiencia como para evitar problemas, mantenerse lejos del territorio de la Jauría.

-Bueno, no va a vivir lo suficiente como para tener la experiencia necesaria. Su primera metida de pata ha sido la última.

Estábamos revisando por última vez el departamento cuando Nick pasó la puerta, jadeando.

-Iba a llamar -dijo-. ¿Encontraste su departamento? ¿Está aquí?

-No -dije.

-¿Podemos esperar? -pregunto. Nick, esperanzado.

Vacilé y luego negué con la cabeza.

-Nos olería antes de llegar a la puerta. Jeremy dijo que lo matáramos sólo si podíamos hacerlo sin peligro. Y no podemos. No es para nada un novato; él percibió nuestro olor. Con

algo de suerte, entendió la indirecta y se fue de la ciudad. No obstante podemos atraparlo y asesinarlo luego, fuera de aquí, un trabajo totalmente limpio.

Clay extendió la mano y tomó de la mesa de noche las cosas que había quitado de debajo de la cama. Me entregó dos cajitas de fósforos.

-Ahora sabemos dónde pasa las noches -dijo-. Si no está aquí cuando vengarnos mañana, apuesto a que estará en alguno de estos mercados de carne buscando la cena.

Miré las cajas de fósforos. La primera era de la Taberna de Rick, uno de los apenas tres establecimientos autorizados del área. La segunda era una cajita marrón barata, con una dirección anotada en el dorso. Memoricé los nombres de los bares, ya que no podríamos llevárnos nada, pues no teníamos bolsillos.

-De vuelta al auto -dijo Clay-. Mejor Cambiamos.

El corazón empezó a latirme acelerado.

-¿Por qué?

-¿Por qué? Bueno, cariño, creo que tres personas desnudas corriendo por la calle podrían llamar la atención.

-Hay ropa aquí

Clay resopló.

-Profiero que me vean desnudo antes que ponerme la ropa de un callejero. -Como no le contesté, se volvió con el ceño fruncido. -¿Pasa algo, cariño?

-No, sólo... No. No pasa nada.

Me volví y fui al cuarto, dejando un poco abierta la puerta, para poder salir cuando Cambiara, si es que lograba hacerlo. Por suerte a nadie le pareció extraño que quisiera Cambiar en privado. Es lo que hace la mayor parte de la Jauría. No importa la confianza que se tenga con alguien, hay cosas que uno no quiere que los demás vean. Clay era la excepción, como en todas las cosas. No le importaba quién lo viera Cambiar. Para él era un estado natural y nada de qué avergonzarse. Aunque a la mitad del Cambio uno fuese algo digno de un circo. Para Clay, la vanidad era otro concepto extraño de los humanos. Nada natural debía ocultarse. Las cerraduras de los baños en Stonehaven están rotas desde hace veinte años. Nadie se molesta en arreglarías. Algunas cosas no vale la pena discutirías con Clay. Pero trazábamos la raya con respecto a Cambiar.

Pasé al otro lado de la cama para que nadie pudiera verme a través de la abertura de la puerta. Entonces me puse en el piso y me concentré esperanzada. No pasó nada por cinco largos minutos. Empecé a sudar e intenté con más ahínco. Pasaron varios minutos más. Creí sentir que las manos se me convertían en zarpas, pero cuando miré, eran sólo mis dedos muy humanos hundidos en la alfombra.

Por el rabillo del ojo vi moverse la puerta. Una nariz negra se metió en el cuarto. La siguió un morro dorado. De un salto, cerré la puerta antes de que Clay pudiera verme. Gimió con tono interrogativo. Gruñí, con la esperanza de que el sonido fuera suficientemente canino. Clay respondió con otro gruñido y se alejó de la puerta. Un respiro, pero breve. En menos de cinco minutos lo intentaría de nuevo. Clay era muy impaciente.

Empujé un poco la puerta para poder abrirla si Cambiaba -cuando, por favor; cuando Cambiara-. Pero por las dudas pensé en un plan alternativo. ¿Tomar algo de ropa y escapar por la ventana? Mientras evaluaba si podría saltar por la ventana, comencé a sentir un cosquilleo en la piel que se me estiraba. Miré y me encontré con que se me engrosaban las uñas, se me acortaban los dedos. Con un fuerte suspiro de alivio cerré los ojos y dejé que la transformación siguiera su curso.

Atravesamos el patio trasero y salimos al lado norte del centro comercial de Bear Valley donde había locales de todas las cadenas de comida chatarra. Escabulléndonos por las playas de estacionamiento, nos metimos en un laberinto de callejones en medio de galpones. Corno ya no estábamos a la luz de los reflectores, nos atrevimos a correr.

Al poco rato, Clay y yo comenzamos a correr carreras. Era más una carrera de obstáculos que otra cosa, con resbalones y tropezones. Yo estaba a la cabeza cuando oímos que un tacho de basura se caía al final del callejón. Los tres nos detuvimos resbalando para escuchar.

-¿Qué mierda estás haciendo? -dijo una voz joven-. Ten cuidado y ponte en marcha. Si mi viejo descubre que nos escapamos me va a desollar.

Otra voz masculina contestó con una risita de borracho. El tacho de basura se arrastró por la grava y luego aparecieron dos cabezas. Traté de retroceder a las sombras y di contra una pared. Estaba encerrada entre una pila de basura y un montón de cajas. Enfrente de mí, Clay y Nick se metieron en un portal, hundiéndose en la oscuridad, de modo que sólo se divisaba el fulgor azul de los ojos de Clay. Me miró a mí y luego a los muchachos, diciéndome que las sombras no me ocultaban. Era demasiado tarde. Sólo podía esperar que los muchachos estuvieran demasiado borrachos como para prestar atención a lo que los rodeaba mientras avanzaban a tropezones.

Los muchachos hablaban de algo, pero las palabras pasaron por mis oídos como ruido blanco. Para entender el habla humana estando bajo esta forma, tenía que concentrarme, como tenía que concentrarme para entender a alguien que hablara en francés. Ahora no podía ocuparme de eso. Estaba demasiado ocupada mirándoles los pies a medida que se acercaban.

Cuando llegaron junto a la pila de basura, me agaché y me aplasté contra el piso Sus borceguíes dieron tres pasos más, y Pasaron justo delante de mi escondrijo. Me obligué a no escuchar; a mirar sus rostros solamente y guiarme por lo que viera. No tenían más de diecisiete años. Uno era alto y llevaba chaqueta de cuero con la cabeza rapada y aros en los labios y en la nariz. Su compañero estaba ataviado de modo similar, pero sin la cabeza rapada y los aros, y le faltaba el coraje o la idiotez para convertir una moda en una desfiguración semipermanente.

Continuaron hablando mientras se alejaban. Entonces el chico rapado tropezó. Al caer; giró para tomarse del costado del basurero y me vio. Parpadeo una vez. Luego tironeó de la manga de su amigo y me señaló. El instinto me llevaba a responder a la amenaza con el ataque. La razón me obligó a esperar. Hace diez años habría matado a los chicos en el momento en que entraron al callejón. Hace cinco años, habría saltado en cuanto uno de ellos se hubiera dado cuenta de mi presencia. Aún hoy podía sentir el impulso en las tripas, un temor que hacía tensar mis músculos, listos para atacar. Era eso -la batalla por el control de mi cuerpo- lo que más odiaba.

Un gruñido grave hizo eco por el callejón, y era yo la que gruñía. Tenía las orejas aplastadas contra la cabeza. Por un momento, mi cerebro trató de controlar el instinto, y luego advertí que era mejor rendirme a él, dejar que los chicos vieran lo cerca que estaban de morir.

Gruñí más fuerte. Los dos muchachos saltaron hacia atrás. El que tenía pelo, se dio vuelta y corrió por el callejón, tropezando con la basura. Los ojos del otro muchacho siguieron a su amigo. Pero entonces, en vez de correr tras él, su mano tomó algo de la basura. Algo brilló a la luz de la Luna. Se volvió hacia mí con una botella rota en la mano, el temor reemplazado por una mueca de poder. Hubo un movimiento borroso a sus espaldas y yo alcancé a divisar a Clay a punto de saltar. Miré al muchacho y salté. Clay saltó. En el aire, esquivé al muchacho y choqué directo con Clay. Caímos juntos y corrimos al llegar al suelo. Nick nos siguió, probablemente antes de que el chico supiera lo que veía. Corrimos el resto del camino hasta el auto.

Llegamos a casa poco después de las dos. Antonio y Peter no habían vuelto, pero no había manera segura de rastrearlos y decirles que ya habíamos descubierto dónde se alojaba el callejero. Cuando entramos, la casa estaba silenciosa y oscura. Jeremy no se había molestado en esperar levantado. Sabía que si hubiese pasado algo, lo despertaríamos. Clay y yo corrimos hasta los escalones, peleando por ser el primero en subir. Detrás, Nick se burlaba

de nuestra pelea, siguiéndonos de cerca. Llegamos arriba y corrimos hacía el cuarto de Jeremy en el extremo del corredor. Antes de que pudiéramos llegar allí se abrió la puerta.

-¿Lo encontraron? -preguntó Jeremy, una voz sin cuerpo que salía de la oscuridad.

-Descubrimos dónde para -dije-. Está...

-¿Lo mataron?

-No -dijo Clay-. Demasiado arriesgado. Pero...

-Bien. Me cuentan el resto por la mañana.

La puerta se cerró. Clay y yo nos miramos. Me encogí de hombros y retrocedí por el corredor.

-Te tendré que ganar mañana -dije.

Clay me corrió y saltó sobre mí, arrojándome al piso. Se quedó encima de mí, sosteniéndome los brazos contra el suelo y sonriendo, con la excitación de la cacería aún en los ojos.

-¿Te parece? ¿Qué tal si lo decidimos con un juego? Tú decide cuál juego.

-Póker –dijo Nick.

Clay se volvió para mirarlo.

-¿Y por qué jugamos?

Nick sonrió.

-Lo habitual. Hace mucho tiempo.

Clay rió, salió de encima de mí y me alzó. Cuando llegamos a su cuarto, me tiró en su cama y fue hasta el bar para preparar bebidas. Nick se lanzó encima de mí. Lo hice a un lado y me levanté.

-¿Qué los hace pensar que quiero jugar? -pregunté.

-Nos extrañaste. -dijo Nick.

Se desabotonó la camisa y se la quitó, asegurándose de que le viera los músculos, desvestirse era un maldito ritual de apareamiento con estos tipos. Parecían creer que a la vista de un rostro bello, bíceps musculosos y un estomago plano me convertirían en una masa de hormonas indefensas, dispuesta a jugar a sus juegos juveniles. Por lo general funcionaba, pero ésa no es la cuestión.

-¿Whisky y soda)? -dijo Clay desde el otro lado del cuarto.

-Perfecto -dijo Nick.

Clay no se molestó en preguntar lo que yo quería. Nick me quitó el clip del pelo y comenzó a mordisquearme la oreja, con su aliento cálido que olía levemente a salsa de tacos. Me relajé en la cama. Cuando sus labios me recorrieron el cuello, giré el rostro y lo hundí en el suyo e inhalé su olor familiar. Bajé hasta el hueco de su clavícula y sentí que su corazón daba un salto.

Nick dio un respingo. Alcé la vista y vi a Clay que apretaba un vaso frío contra su espalda. Tomó a Nick del hombro y me lo sacó de encima de un tirón.

-Ve a buscar las cartas -dijo.

-¿Cómo voy a saber dónde las guardas? -preguntó Nick.

-Busca. Te mantendrá ocupado un rato.

Clay se Sentó junto a mi cabeza y me entregó la bebida. Bebí ron y coca. Tragó el suyo y se inclinó sobre mí.

-Noche perfecta, ¿verdad?

-Pudo serlo -le sonreí- Pero tú estabas allí.

-Lo que significa que fue sólo el comienzo de una noche perfecta.

Al inclinarse sobre mí, sus dedos me rozaron la cadera y se deslizaron sobre ella. El olor grueso y palpable de Clay me hizo sentir un calor que se irradiaba hacia abajo desde mi estómago.

-Te divertiste -dijo-. Reconócelo.

-Quizá.

Nick volvió a la cama.

-Hora de jugar. ¿Van a mantener la apuesta? ¿El ganador le dice a Jeremy lo que pasó esta noche?

Los labios de Clay se curvaron en una lenta sonrisa.

-No. Yo quiero otra cosa. Si gano, Elena viene conmigo al bosque.

-¿Para qué? -pregunté.

La sonrisa se amplió, mostrando sus dientes blancos perfectos.

-¿Importa eso?

-¿Y si yo gano, que me dan? -pregunté.

-Lo que quieras. Si ganas, escoges tu premio. Puedes decirle tu Jeremy lo que pasó, o puedes matar mañana, o cualquier otra cosa que quieras.

-¿Puedo matarlo?

Tiró la cabeza hacia atrás y rió.

-Sabía que eso te gustaría. Seguro, querida. Si ganas, el callejero es tuyo.

Era una oferta que no podía resistir. Así que jugamos. Clay ganó.

CULPA

Seguí a Clay al bosque. Nick quiso venir con nosotros, pero una mirada de Clay lo hizo quedarse en el cuarto. Cuando llegamos al claro, Clay se detuvo, se dio vuelta y me miró sin decir nada.

-No podemos -temblé de frío.

-¿Por qué no? -susurró, con la voz ronca-. La noche no se acaba. No estás lista para eso.

¿Cuántas veces habíamos repetido esta escena? ¿No aprendía nunca? Ya sabía cómo terminaría esto cuando tomé las cartas. No había pensado en otra cosa desde ese momento.

Me besó. Podía sentir el calor de su cuerpo, tan familiar que podía ahogarme en él. El rico aroma de él me inundó el cerebro, tan intoxicante como el humo de peyote. Sentí que sucumbía al perfume, pero la parte de mi cerebro que aún podía pensar hizo sonar fuerte las alarmas. Ya estuve allí. Ya lo hice. ¿Recuerdas cómo resulta?

Retrocedí un poco, probando su reacción más que resistiendo seriamente. Me tiró contra un árbol, sus manos bajaron a mis caderas y me tomó fuertemente. Sus labios volvieron a los míos, sus besos se hacían más profundos y me atravesaban. Comencé a resistirme. Se apretó contra mí, atrapándome contra el árbol. Lo pateé y él se retiró, sacudiendo la cabeza. Traté de recuperarme y miré en derredor. El claro estaba vacío. Clay se había ido. Cuando mi cerebro confundido trataba de procesar eso, mis brazos fueron doblados detrás de mi cabeza, poniéndome de rodillas.

-¿Qué...?

-No te resistas -dijo Clay desde atrás-. Trato de ayudarte.

-¿Ayudarme? ¿Ayudarme a qué?

Traté de bajar los brazos pero me los sostenía con fuerza. Sentí algo suave en torno de mis muñecas. Sentí una rama que se movía. Entonces Clay me soltó. Moví mis brazos pero sólo unos centímetros hasta que la tela se apretó sobre mis muñecas. Una vez que vio que no me podía soltar, dio la vuelta y se arrodilló encima de mi, obviamente muy feliz de lo que veía.

-Esto no es gracioso -dije-. Desátame. Ahora.

Aún sonriente, tomo la parte de arriba de mi remera y las rasgó por el medio. Luego soltó mi corpiño. Empecé a decir algo, luego me detuve e inhalé profundo. Había tomado mi pecho en su boca y jugueteaba con mi pezón. Movió su lengua y se endureció. Sentí que el deseo nublaba mi mente. Rió y la vibración de su risa me hizo cosquillas.

-¿Así está mejor? -susurro-. Ya que no puedes luchar contra mí, no podrías detenerme. No está bajo tu control.

Su mano bajó de mi pecho y comenzó a acariciarme el estómago, moviéndose hacia abajo con lentitud frustrante. Tuve una imagen de su cuerpo desnudo sobre mí. Se encendió el deseo. Él se movió. Sentí su erección subiéndome por el muslo. Abrí un poco las piernas y sentí sus jeans que me raspaban. Entonces se retiró.

-¿Puedes sentir aún la noche? -susurró, doblando mi oreja-. La cacería. La persecución. Correr en la ciudad.

Tuve un escalofrío.

-¿Dónde la sientes? -preguntó Clay, su voz más grave, sus ojos de un azul fosforescente.

Bajó las manos hasta mis jeans, los desabotonó y me los quitó. Tocó el lado interior de mi muslo. Dejó sus dedos ahí lo suficiente como para que mi corazón diera un salto.

-¿La sientes allí?

Luego bajó su mano hasta detrás de mis rodillas, trazando el camino de los escalofríos que me recorrían. Cerré los ojos y dejé que las imágenes de la noche fluyeran por mi cerebro, las puertas cerradas, las calles silenciosas, el perfume del miedo. Recordé la mano de Clay acariciándome la piel, la chispa de hambre en sus ojos al entrar en el departamento, la alegría de correr por la ciudad. Recordé el peligro en el callejón, mientras observaba a los adolescentes, esperando, oyendo el rugido de Clay al abalanzarse sobre ellos. La excitación seguía allí, latiendo en cada parte de mi cuerpo.

-¿La puedes sentir allí? -preguntó, con su rostro cerca del mío. Empecé a cerrar los ojos.

-No -susurré-.

-Mírame.

Sus dedos subieron por mis muslos lentamente. Jugueteó al borde de mi bombacha un momento y luego los hundió en mi. Dejé escapar un suspiro. Sus dedos se movieron dentro de mí, encontrando el centro de mi placer. Me mordí el labio para no gritar. Justo cuando las oleadas del clímax comenzaban a subir, mi cerebro empezó a funcionar y advertí lo que hacía. Luché por resistirme a su mano, pero la mantuvo allí, con sus dedos en movimiento. El clímax comenzó a subir nuevamente, pero lo resistí no quería darle eso. Cerré los ojos fuertemente y tironeé de la atadura. El árbol crujió pero no pude zafarme. De pronto su mano se detuvo y salió. El sonido que produjo al bajar su cierre cortó el aire de la noche.

Mis ojos se abrieron y lo vi bajarse los jeans. Al ver su deseo en los ojos y en el cuerpo, mis caderas subieron hacia él. Sacudí la cabeza tratando de despejarme y me di vuelta. Clay se inclinó con su rostro junto al mío.

-No te voy a forzar, Elena. Te gustaría pensar que lo haría, pero no lo haré. Todo lo que tienes que hacer es decirme que no. Decirme que me detenga. Que te desate. Lo haré.

Su mano se metió entre mis muslos, separándolos antes de que pudiera cerrarlos. Salió a su encuentro mi calor y mi humedad, mi cuerpo me traicionó. Sentí que la punta de su pene me rozaba, pero no avanzó.

-Dime que pare -susurró-. Dímelo.

Lo miré con ira, pero las palabras no salieron de mis labios. Nos quedamos un momento mirándonos a los ojos. Entonces me tomó de abajo de los brazos y me penetró. Mi cuerpo se convulsionó. Por un instante no se movió. Podía sentirlo dentro de mí, sus caderas pegadas a las mías. Se retiró lentamente y mi cuerpo protestó, moviéndose involuntariamente con él, tratando de retenerlo. Sentí que sus brazos subían. Liberó mis manos. Entró en mí nuevamente y ya no pude resistir. Lo tomé, las manos en su pelo, las piernas envolviéndolo. Desató mis brazos y me besó, besos profundos que me devoraban mientras se movía dentro de mí. Hacía tanto tiempo. Hacía tanto tiempo y lo extrañé tanto.

Cuando se acabó nos hundimos en el pasto, jadeando como si hubiésemos corrido una maratón. Nos quedamos allí, aún enredados. Clay hundió su rostro en mi pelo, me dijo que me amaba y lentamente se fue durmiendo. Yo me quedé en una nube. Finalmente volví la cabeza y lo miré. Mi amante demonio. Hacía once años le había dado todo. Pero no fue suficiente.

-Me mordiste -susurré.

Clay me mordió en el estudio en Stonehaven. Estaba sola con Jeremy, que trataba de encontrar la manera de deshacerse de mí, aunque yo no lo sabía entonces. Parecía estar haciendo preguntas simples y benignas, del tipo que podría hacer un padre preocupado por conocer a una joven con la que su hijo pensaba casarse. Clay y yo estábamos comprometidos. Me había traído a Stonehaven para presentarme a Jeremy.

Cuando Jeremy me interrogaba, creí escuchar los pasos de Clay; pero se detuvieron. Lo había imaginado o él había ido a tomar el desayuno. Jeremy estaba parado junto a la ventana, de un cuarto de perfil hacía mí. Miraba el patio trasero.

-Para cuando se casen, Clayton habrá terminado sus estudios en la universidad -dijo Jeremy-. ¿Qué pasa si consigue trabajo en otra parte? ¿Estás dispuesta a abandonar tus estudios?

Antes de que pudiera formular una respuesta, se abrió la puerta. Quisiera poder decir que se abrió con un chirrido de goznes o algo igualmente ominoso. Pero no fue así. Simplemente se abrió. Viendo que se movía, me di vuelta. Entró un perro grande, con la cabeza gacha como si esperara que lo retaran por estar en un lugar indebido. Era inmenso, casi tan alto como un Gran Danés, pero tan sólido como un ovejero de músculos bien desarrollados. Su piel dorada refulgía. Al entrar al cuarto, me miró. Tenía ojos de un azul muy brillante. El perro me miró y abrió la boca. Yo le sonreí. Pese a su tamaño, sabia que no tenía nada que temer. Lo sentí claramente.

-Guau -dije-. Es bello. ¿O es una hembra?

Jeremy giró. Sus ojos se abrieron y palideció. Dio un paso adelante, luego se detuvo y llamó a Clay.

-¿Lo dejó escapar Clay? -pregunté-. Está bien. No me importa.

Dejé caer mi mano, invitando al perro con mis dedos.

-No te muevas -dijo Jeremy en voz baja-. Retira tu mano.

-No hay peligro. Lo voy a dejar olerme. Se supone que hay que hacer esto con un perro extraño antes de acariciarlo. Tuve perros cuando chica. Al menos mis padres adoptivos los tenían. ¿Ves su postura? ¿Las orejas hacia delante, la boca abierta? Menea la cola. Significa que está calmo y curioso.

-Retira tu mano ahora.

Miré a Jeremy. Estaba tenso, como si se preparara para saltar sobre el perro si me atacaba. Volvió a llamar a Clay.

-De veras, no hay problema -dije, ya enojada-. Si es nervioso lo vas a asustar gritando. Confía en mí. Me mordió un perro una vez. Un chihuahua bien chiquito, pero dolió mucho. Aún tengo la marca. Este es una bestia bruta, pero es amigable. Como la mayoría de los perros grandes. Es de los chiquitos que hay que cuidarse.

El perro se acercó más. Con un ojo miraba a Jeremy, alerta, observando su lenguaje corporal, como si esperara una paliza. Sentí ira. ¿Maltrataban al perro? Jeremy no parecía esa clase de persona, pero lo conocía desde hacía menos de doce horas. Le di la espalda a Jeremy y extendí más la mano.

-Ven, muchacho -susurré-. Sí que eres lindo, ¿verdad?

El perro dio otro paso hacia mí, lento y cauteloso, como si temiéramos asustarnos el uno al otro. Su hocico vino hacia mi mano. Al alzar su nariz para oler mis dedos, de pronto tomó mi mano y la pellizcó con sus dientes. Di un grito, más por sorpresa que por dolor o temor. El perro comenzó a lamerme la mano. Jeremy saltó a través del cuarto. El perro lo esquivó y salió corriendo por la puerta. Jeremy lo siguió.

-No -le dije, poniéndome de pie-. No quiso lastimarme. Estaba jugando.

Jeremy vino junto a mí e inspeccionó la mordedura. Dos dientes habían atravesado mi piel, dejando pequeñas heridas de las que sólo salieron un par de gotas de sangre.

-Apenas si me atravesó la piel -dije-. Un mordisco de afecto. ¿Ves?

Pasaron unos minutos mientras Jeremy me examinaba la herida. Luego hubo ruido en la puerta. Levanté la vista, esperando volver a ver al perro. Pero era Clay. No pude ver su expresión. Jeremy estaba entre los dos, obstruyéndome la vista.
-El perro me pellizcó -dije-. No es nada. Jeremy se volvió hacia Clay.
-Sal -dijo, con voz tan baja que apenas lo oí.
Clay no se movió. Se quedó petrificado en la puerta.
-¡Vete! -le gritó Jeremy.
-No es su culpa -dije-. Quizá dejó entrar al perro, pero... Me detuve. La mano empezaba a arderme. Miré hacia abajo.
Las dos perforaciones se habían puesto de un rojo subido. Sacudí fuertemente la mano y miré a Jeremy.
-Mejor voy a lavarme -dije-. ¿Tienen algún desinfectante?

Al avanzar, mis piernas cedieron. Lo último que ví fue que Jeremy y Clay trataban de atajarme. Y después todo se oscureció.

Luego de que Clay me mordiera, no recuperé la conciencia hasta dos días más tarde, aunque en aquel momento creía que sólo habían pasado unas horas. Me desperté en uno de los cuartos de huéspedes, el que luego se convertiría en mi dormitorio. Tuve que hacer un esfuerzo para abrir los ojos 'Tenía los párpados calientes e hinchados. Me dolía la garganta, los oídos, la cabeza. Hasta me dolían los dientes. Parpadeé un par de veces.

El cuarto se movía y luego logré enfocar la vista. Jeremy estaba sentado en una silla junto a mi cama. Alcé la cabeza. Estalló el dolor detrás de mis ojos. Mi cabeza cayó en la almohada y lancé un quejido. Oí a Jeremy pararse, luego lo vi mirándome.

-¿Dónde está Clay? -pregunté. Sonó más bien cómo ohedaclay, como si hablara con la boca llena de malvaviscos. Tragué, y sentí más dolor. -¿Dónde está Clay?

-Estás enferma.-dijo Jeremy.

-¿De veras? No me había dado cuenta. -El sarcasmo me costó demasiado. Tuve que cerrar los ojos y tragar antes de continuar. -¿Qué pasó?

-Te mordió.

Me volvió el recuerdo. Ahora sentía pulsaciones en la mano. Me esforcé por alzarla. Las dos heridas se habían hinchado hasta alcanzar el tamaño de un huevo de codorniz. Sentía el calor que irradiaban. No había señal de pus o infección, pero claramente pasaba algo malo. Sentí temor. ¿Estaba rabioso el perro? ¿Cuáles eran los síntomas de la rabia? ¿Qué más podía causar una mordedura de perro? ¿Moquillo?

-Hospital -dije-. Tengo que ir al hospital.

-'Toma esto.

Un vaso apareció ante mis ojos. Parecía agua. Jeremy metió su mano detrás de mi cuello y me levantó la cabeza para que pudiera beber. Me alejé, choqué el vaso con el mentón y lo volqué. Jeremy maldijo y me quitó el cobertor mojado.

-¿Dónde está Clay?

-Tienes que beber -dijo.

-Tomó otro cobertor que estaba al pie de la cama y lo tendió sobre mí. Me escabullí.

-¿Dónde está Clay?

-Te mordió.

-Sé que el maldito perro me mordió -dije, alejándome de la mano de Jeremy cuando me la puso en la frente-. Contesta. ¿Dónde está Clay?

-Clay te mordió.

Dejé de resistirme y parpadeé. Creí que había escuchado mal.

-¿Clay me mordió? -dije lentamente.

Jeremy no me corrigió. Se quedó allí, mirándome, esperando.

-El perro me mordió -dije.

-No era un perro. Era Clay. Él... él cambió de forma.

-Cambió de forma -repetí.

Miré a Jeremy y luego me moví de lado a lado y traté de levantarme. Jeremy me tomó de los hombros y me contuvo. El pánico me dominó. Luché con más fuerza de la que creía tener, agitando los brazos y pateando. Me aplastó contra la cama con tanto esfuerzo como el que necesitaría para contener a un niño de dos años.

-Basta, Elena. -Mi nombre en su boca sonaba extraño, como una palabra extranjera.

-¿Dónde está Clay? -grité, ignorando el dolor que me hacía arder la garganta-. ¿Dónde está Clay?

-Se ha ido. Hice que se fuera cuando te... te mordió.

Jeremy me tomó de ambos brazos y me contuvo, tan firme que yo no podía moverme. Tomó aire y volvió a empezar.

-Es un... -Se detuvo, luego sacudió la cabeza. -No necesito decirte lo que es, Elena. Lo viste cambiar de forma. Lo viste convertirse un lobo.

-¡No! -Pateé el aire. -Estás loco. Estás loco, carajo. Vi un perro. ¡Suéltame! ¡Clay!

-Te mordió, Elena. Eso significa... significa que eres lo mismo que él. Te estás volviendo lo mismo que él. Por eso estás enferma. Tienes que dejarme ayudarte. Tengo que ayudarte para que puedas sobrevivir.

Cerré los ojos y grité, ahogándole las palabras. ¿Dónde estaba Clay? ¿Por qué me había dejado con ese loco? ¿Por qué me había abandonado? Me amaba. Sabía que me amaba.

-Sé que no me crees, Elena. Pero mírame. Sólo mírame. Es la única manera.

Giré el rostro para no verlo. Sólo podía sentir su brazo que me aprisionaba contra la cama. Pasado un momento, su brazo pareció temblar y contraerse. Sacudí la cabeza, sintiendo que el dolor me rebotaba dentro como un carbón encendido. Se me nubló la vista y luego se aclaró. El brazo de Jeremy había entrado en convulsiones, su muñeca se angostaba, la mano se retorcía. Quería cerrar los ojos, pero no pude. Me dominaba lo que estaba viendo. Se le engrosaron los pelos negros del brazo. Aparecieron más pelos, que le salían de la piel, cada vez más largos. Se aflojó la presión de sus dedos. Miré y ya no había dedos. Había una zarpa negra. Cerré los ojos entonces y grité hasta que el mundo volvió a apagarse.

Me llevó un año comprender realmente en qué me había convertido, que no era una pesadilla ni una locura y que no se acabaría, que no había cura alguna. A Clay se le permitió volver dieciocho meses más tarde, pero la cosa nunca volvería a ser igual entre nosotros. No podía serlo. Hay cosas que no se pueden perdonar.

Me desperté unas horas más tarde, sintiendo el brazo de Clay que me abrazaba, mi espalda contra él. Sentí una lenta oleada de paz que me arrullaba. Pero entonces me desperté de pronto. Su brazo. Mi espalda contra él. Acostados en el pasto. Desnudos. Mierda

Me separé de él sin despertarlo, y me fui rápido hasta la casa.

Jeremy estaba en el porche trasero, leyendo el New Cork times con la primera luz del alba. En cuanto lo vi me detuve, pero ya era tarde. Me había visto. Sí, estaba desnuda, pero ése no era el motivo por el que hubiese deseado evitar a Jeremy. Los años de vida con la jauría me habían hecho perder toda vergüenza Cuando corríamos, siempre terminábamos desnudos y muchas veces lejos de donde habíamos dejado la ropa. Al principio era algo desconcertante eso de despertarse del descanso después de correr y encontrarse con tres o cuatro tipos desnudos. Experiencia desconcertante aunque no del todo desagradable, dado que esos tipos eran todos licántropos y por lo tanto estaban en excelente estado físico y no se veían demasiado mal al natural. Pero me estoy yendo del tema. La cuestión es que hacía años que Jeremy me veía desnuda. Cuando salí de entre los árboles sin ropa ni siquiera lo advirtió.

Dobló el diario, se levantó de la silla y esperó. Alcé el mentón y avancé hasta el porche. Él iba a sentir el olor de Clay en mí. No podía escapar a eso.

-Estoy cansada -dije, tratando de pasar de largo-. Ha sido una larga noche. Me voy a la cama.

Quisiera saber qué encontraron anoche.

Su voz era suave. Un pedido, no una orden. Hubiese sido más fácil ignorar una orden. Parada allí, la idea de irme a la cama, de quedarme a solas con mis pensamientos, me abrumó. Jeremy me ofrecía una distracción. Decidí aceptarla. Me hundí en una silla y le conté toda la historia. Bueno, no fue todo, pero le conté que encontramos el departamento del callejero, sin mencionar lo de los muchachos en el callejón y excluyendo todo lo sucedido desde que volvimos. Jeremy escuchó y dijo poco. Justo cuando terminaba, divisé un movimiento en el jardín. Clay salía del bosque, los hombros rígidos, la boca dura.

-Ve adentro -dijo Jeremy-. Duerme. Yo me ocupo de él.

Escapé al interior de la casa.

En mi cuarte torné el celular de mi bolsa y llamé a Toronto. No llamé a Philip, pero no porque me sintiera culpable. No lo llamé porque sabía que debía sentirme culpable y como no era así, no me parecía bien llamar. ¿Tiene sentido? Probablemente no.

Si hubiera tenido sexo con otro que no fuera Clay, me habría sentido culpable. Por otro lado, la posibilidad de que lo engañara a Philip con alguien que no fuera Clay era tan infinitesimal que la cosa no tenía sentido. Yo era leal por naturaleza, lo quisiera o no. Pero lo que había entre Clay y yo era tan viejo, tan complejo, que acostarme con él no podía considerarse sexo normal en absoluto. Era rendirme ante algo tan profundo que toda la ira y el dolor y el odio del mundo no podían evitar que volviera a él. Ser mujer lobo. Estar en Stonehaven y unirme a Clay eran cosas tan entrelazadas que no podía separarlas. Rendirme a una cosa era rendirme ti todas. Entregarme a Clay no era traicionar a Philip era traicionarme a mí misma. Eso me aterrorizaba. Sentada en la cama, con el teléfono en una mano, podía sentir cómo perdía el control. La barrera entre los dos mundos se solidificaba y yo estaba atrapada del lado equivocado.

Me quedé allí, mirando el teléfono, tratando de decidir a quién llamar; que contacto de mi vida humana tenía el poder de llevarme de regreso al otro lado. Mis dedos marcaron botones por propia iniciativa. Cuando sonó el teléfono, me pregunté a quién habría llamado. Entonces escuché el contestador. "Hola, se comunicó con Elena Michaels del Focus Toronto. Ahora no estoy en la oficina, pero si me deja su nombre y su número cuando escuche el tono, lo llamaré lo antes posible. Sonó el bip. Colgué, abrí la cama, me acosté, luego tomé el teléfono y apreté el botón para que volviera a marcar el mismo número.

A la quinta llamada, me dormí.

Era casi mediodía cuando me desperté. Mientras me vestía, escuché en el corredor unos pasos que me paralizaron.

-¿Elena? -Era Clay. Sacudió la manija.

-Te escuché levantarte. Déjame entrar. Quiero hablarte.

Terminé de ponerme los jeans.

-¿Elena? Vamos. -La puerta se sacudió más fuerte-. Sabes que puedo romper esto. Estoy tratando de ser amable. Déjame entrar. Tenemos que hablar.

Me puse un sujetador en el pelo. Luego crucé el cuarto, abrí la ventana y salté, dando en el suelo con un golpe. Sentí dolor en las pantorrillas pero no me había lastimado. Un salto de un piso de alto no era peligroso para una mujer lobo.

Arriba, Clay había comenzado a golpear mi puerta. Di la vuelta a la casa y entré por adelante. Jeremy y Antonio venían por el corredor cuando entré. Jeremy se detuvo y alzó una ceja.

-¿Las escaleras ya no te gustan? -preguntó.

Antonio rió.

-No tiene nada que ver con el gasto. Creo que es por el lobo malo que quiere derribar su puerta. -Gritó por la escalera. -Puedes dejar de sacudir la casa, Clayton. Se te escapó. Está aquí abajo.

Jeremy sacudió la cabeza y me llevó hacia la cocina.

Para cuando Clay bajó, yo había terminado ya la mitad del desayuno. Jeremy le indicó una silla en la otra punta de la mesa. Se quejó pero obedeció. Nicholas y Peter llegaron poco después y, en el caos del desayuno, me relajé y pude ignorar a Clay. Cuando terminamos de comer, les dijimos a los demás lo que habíamos descubierto, mientras hablábamos, Jeremy miraba los diarios. Yo estaba terminando cuando Jeremy dejó el diario y me miró.

-¿Es todo? -preguntó.

Había algo en su voz que me estaba desafiando, pero asentí de todos modos.

-¿Estás segura? -preguntó.

-Sí. Me parece que si..

Dobló el diario con gran alaraca y lo puso ante mí. La primera plana de Bear Valley Post. "Perros salvajes en la ciudad»"

-Ay –dije- Up.

Jeremy hizo un ruido que pudo haber sido interpretado como un gruñido, pero no dijo nada. En vez de eso, esperó a que yo leyera el artículo. Eran los dos chicos que habíamos visto en el callejón. Sus padres habían despertado al editor del diario en su casa. Habían visto a los asesinos. Dos, quizá tres, inmensos perros tipo ovejeros en el corazón mismo de la ciudad.

-Tres. Dijo Jeremy, la voz contenida-. Los tres. Juntos.

Peter y Antonio se fueron de la mesa. Clay miró a Nick y le indicó con el mentón que podía irse también. Nadie culparía a Nick de esto. Jeremy sabía distinguir a los instigadores de los seguidores. Nick sacudió la cabeza y se quedó. Aceptaría su parte de la culpa.

-Volvimos del departamento del callejero -dije-. Los chicos doblaron por el callejón. Me vieron.

-Elena no tenia dónde -intervino Clay-. Uno de ellos tomó una botella rota. Yo me descontrolé. Los ataqué. Elena me detuvo y escapamos. No les pasó nada.

-A ellos no pero a nosotros sí -dijo Jeremy señalando el diario; dije que anduvieran separados.

-Lo hicimos -dije-. Eso fue después de que encontramos el departamento.

-Les dije que Cambiaran luego de encontrarlo.

-¿Y qué íbamos a hacer? ¿Ir hasta el auto desnudos?

Jeremy hizo una mueca. Hubo un minuto de silencio. Luego Jeremy se puso de pie, me indicó que lo siguiera y salió del cuarto. Clay Nick me miraron, pero sacudí la cabeza. Ésta era una invitación privada, por más que quisieran compartirla. Seguí a Jeremy.

Jeremy me condujo al bosque por las sendas. Habíamos andando un kilómetro y medio antes de que dijera nada. E incluso entonces no se dio vuelta, siguió adelante.

-Sabes que estamos en peligro -dijo.

-Todos lo sabemos.

-No estoy seguro de que sea así. Quizás estuviste alejada demasiado tiempo, Elena. O quizá crees que porque te mudaste a Toronto, esto no te afecta.

-¿Estas sugiriendo que saboteé el asunto a propósito...?

-Por supuesto que no. Digo que tal vez haya que recordarte lo importante que es esto para todos nosotros, no importa dónde vivamos. La gente de Bear Valley busca a un asesino, Elena. El asesino es un licántropo. Nosotros somos licántropos. Si lo atrapan, ¿cuánto tiempo crees que tardarán en venir aquí? Si encuentran a ese callejero vivo y descubren lo que es, lo conectarán directamente conmigo y con Clayton y, a través de nosotros, con el resto de la Jauría y, eventualmente, con todo licántropo existente, incluyendo a los que tratan de negar su vinculación con la Jauría.

-Lo que me incluye a mí. ¿Crees que no lo entiendo?

-Eras tú la que debías llevar la batuta anoche, Elena.

-Bueno, entonces ése fue tu error -le ladré-. No pedí que confiaras en mí. Mira lo que pasó con Carter. Confiaste en mi. ¿verdad? El que se quema con leche...

-En 1o que a mi concierne tu único error con Carter fue no avisaste antes de actuar. Sé que significa más para ti, pero ese es precisamente el motivo por el que tienes que contactarte conmigo, para que yo dé la orden. Yo tomo la decisión. De matar o no matar Sé que tú...

-No quiero hablar de eso.

-Por supuesto que no.

Caminamos en silencio. Sentí que las palabras trataban desesperadamente de salir de mi garganta. Quería tener oportunidad de hablar de lo que había hecho y de lo que había sentido. Mientras caminábamos percibí un olor y las palabras se disiparon.

-¿Hueles eso?

Jeremy suspiró.

-Elena. Quisiera que...

-Lo siento. No quise interrumpirte, pero... -Mi nariz se frunció, registrando el olor en la brisa. -Ese olor. ¿Lo hueles?

Se abrieron los orificios nasales de Jeremy. Movió la cabeza de un lado a otro, olisqueando. Luego parpadeó. Esa pequeña reacción bastaba. Lo había olido también. Sangre. Sangre humana.

INTRUSIÓN

Seguí el olor de la sangre hasta la línea del alambrado del este. Al acercarnos se desvaneció, superado por algo peor. Carne en descomposición.

Llegamos a un puente de madera sobre un arroyo. Al llegar al otro lado me detuve. Ya no sentí el olor. Volví a oler el viento este. Había rastros de la pudrición en el aire, pero ya no el olor fuerte. Me volví y miré el arroyo. Había algo pálido debajo del puente. Era un pie descalzo, hinchado, con dedos grises apuntando al cielo. Bajé trotando y me metí en el agua. Jeremy se inclinó sobre el puente, Vio el pie, luego se retiró y esperó a que investigara.

Tomándome del costado del puente, me arrodillé en el agua fría del arroyo, y me empapé los jeans del tobillo a la rodilla. El pie desnudo estaba unido a una pantorrilla delgada. El olor era insoportable. Mi estómago se convulsionó. Ahora podía sentir el olor a podrido. Volví a respirar por la nariz. La pantorrilla remataba en una rodilla, luego se veía piel y músculos destrozados y un hueso protuberante. El fémur se veía como un gran hueso de jamón mordido por un perro con más deseo de destruir que de comer. El otro muslo era un muñón infestado de gusanos, con el hueso partido por mandíbulas poderosas. Al mirar bajo el puente vi el resto de la segunda pierna, más bien pedazos de ella, desparramados, como cuando se sacude el tacho de basura y se desparraman los últimos restos. Por encima de la cadera, el torso era una masa irreconocible de carne destrozada. No vi si tenía brazos. La cabeza estaba retorcida hacia atrás, la garganta casi cortada. No quise mirar el rostro. Es más fácil de soportar si no se mira la cara, si se puede pensar que el cadáver en descomposición es sólo parte del decorado de una película de terror de segunda. Pero lo más fácil no siempre lo mejor. No era una pieza del decorado y ella no merecía que se le considerara así. Supuse que era mujer por el tamaño y porque era una persona muy delgada, pero al girar la cabeza advertí mi error. Era un joven, poco más que un muchacho. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de tierra, opacos. Por fuera de ello, el rostro no tenía marcas, piel suave, bien alimentado y muy, muy joven.

Era otro asesinato de un licántropo. Aunque no pudiera oler al callejero por la pudrición y la sangre, lo supe por la manera brutal en que había sido destrozado el cuello y las marcas

de los dientes en el torso. El callejero había traído el cuerpo aquí. A Stonehaven. No lo había matado aquí. No había señales de sangre pero había tierra allí, sobre su piel pálida. Lo había enterrado. El callejero lo había matado hacia algunos días, lo enterró, luego lo sacó de la tierra y lo tiró aquí. Anoche cuando revisábamos su departamento. Estaba trayendo el cuerpo a Stonehaven, donde pudiéramos encontrarlo. Se burlaba de nosotros El insulto me hizo temblar de niña.

-Tendremos que deshacernos del cadáver -dijo Jeremy-. Por ahora déjalo. Volveremos a la casa...

Un ruido en los arbustos lo hizo callar. Saqué la cabeza de abajo del puente. Venía alguien, haciendo tanto ruido como si fuera un rinoceronte. Eran humanos. Rápidamente me incliné, lavé mis manos en el arroyo y subí a la orilla. Había llegado arriba cuando dos hombres con chalecos de caza naranja salieron del bosque.

-Esto es propiedad privada -dijo Jeremy y su voz cortó el silencio del claro.

Los dos hombres se sobresaltaron y se dieron vuelta. Jeremy se quedó en el puente, extendió la mano y me acercó a él.

-Dije que es propiedad privada -repitió.

Un hombre, un chico de veintitantos, avanzó.

-¿Ah sí. ¿Y entonces qué hace aquí viejito?

El hombre mayor lo tomó del codo y lo hizo retroceder.

-Perdone los modales de mi hijo. Señor. Supongo que usted es... trató de recordar el nombre pero no pudo.

-SÍ, yo soy el dueño -dijo Jeremy, la voz aún suave.

Un hombre y una mujer venían detrás de los dos hombres, y casi los derribaron. Se detuvieron y nos miraron como si fuéramos; una aparición. El hombre mayor les susurró algo y luego se volvió hacia Jeremy, mientras se aclaraba la garganta.

-Sí, señor. Entiendo que es dueño de esta tierra, pero vea hay un problema. Estoy seguro de que oyó hablar de la chica muerta hace pocos días. Fueron perros, señor. Perros salvajes. Grandes. Dos chicos del pueblo los vieron anoche. Luego nos llamaron esta mañana, diciendo que habían visto algo al otro lado del bosque por aquí, alrededor de medianoche.

-Así que está investigando.

El hombre se enderezó y esbozó una pequeña sonrisa.

-Sí. Así que, si no le importa...

-Sí me importa.

El hombre parpadeo.

-si, pero vea, tememos que ver qué pasa y...

-¿Pasaron por lo casa para pedir autorización?

-No. pero...

-¿Llamaron a la casa para pedir autorización?

La voz del hombre había subido una octava y el chico detrás de él se movía y gruñía. Jeremy continuó con el mismo tono, sin alterarse.

-Entonces sugiero que vuelvan por donde vinieron y me esperen en la casa. Si quieren buscar en el bosque, necesitan autorización. Dadas las circunstancias, por supuesto que les daré permiso pero no quiero tener que preocuparme por encontrar gente tirada en mi propiedad.

-Buscamos perros salvajes -dijo la mujer-. No gente.

Con la excitación de la caza se puede cometer cualquier error. Dado que son mis tierras, no quiero correr ese peligro. Yo uso este bosque. Por eso no permito cazadores aquí. Ahora, si van a mi casa terminaré mi caminata y los veré allí. Les puedo dar mapas de la propiedad y alertar a mis invitados para que no vengan al bosque mientras estén aquí. ¿Les parece razonable?

La pareja se había unido al muchacho en las quejas, pero el hombre mayor parecía estar pensándolo, sopesando los inconvenientes versus lo correcto. Justo cuando pensé que el hombre iba ¡a aceptar sonó una voz detrás de mí.

-¿Qué carajo pasa aquí?!

C1ay salió del bosque. Yo me estremecí y me pareció ver que Jeremy hacía lo mismo, aunque pudo haber sido un efecto de la luz del sol a través de los árboles. Clay se detuvo al borde del claro y miró al grupo de gente, a nosotros y de vuelta al grupo.

-¿Qué carajo hacen aquí? -dijo, acercándose al grupo de gente.

-Buscan los perros salvajes -dijo Jeremy suavemente.

Clay tenía los puños apretados al costado del cuerpo. Su furia se sentía de lado a lado del claro. El otro día, cuando escuchamos a los cazadores en el bosque. Clay estaba furioso. Habían invadido su territorio. Pero pudo controlarse porque no había visto a los intrusos, se le había prohibido acercárseles y olerlos y reaccionar siguiendo su instinto. Esto era distinto. Los intrusos ya no eran armas invisibles que disparaban en la oscuridad, sino seres humanos, parados delante de él, blanco de su ira.

-¿No vieron los malditos carteles al entrar? -gruñó, volviéndose hacia el joven, el más fuerte del grupo -. ¿O son demasiadas sílabas para que ustedes las entiendan, carajo?

-Clayton -lo alertó Jeremy.

Clay no lo oyó. Me di cuenta de que sólo podía sentir la sangre que resonaba en sus oídos y la necesidad de defender su territorio que aullaba en su cerebro. Se acercó más al joven. El muchacho retrocedió hacia un árbol.

-Esto es propiedad privada. ¿Entienden lo que eso significa?

Jeremy bajó del puente y yo lo seguí. Habíamos llegado al centro del claro cuando se oyó otro sonido en el bosque. Un perro de caza aullando. Un perro siguiendo un rastro. Miré a Jeremy y a Clay. Ambos se habían detenido a escuchar, tratando de ubicar de dónde venía el sonido. Volví hacia el puente. El aullido del perro se acercaba y se repetía más y más rápido, lleno de alegría por el triunfo. Había encontrado su objetivo. Había olido el cuerpo bajo el puente.

Di otro paso hacia atrás. Antes de que pudiera pensar, el perro salió del bosque. Se dirigía derecho a mí, sin ver, su cerebro dominado por el olor. Llegó a un metro de mí y se detuvo. Olía algo más. Yo.

El perro me miró. Era una cruza de ovejero y lebrel colorado. Por un segundo bajó el hocico y parpadeó confundido. Entonces alzó la cabeza y gruñó. No sabía qué era yo, pero no le gustaba lo que olía. Uno de los hombres gritó. El perro lo ignoró. Volvió a gruñir, alertándome. El hombre mayor dio un salto hacia delante y corrió hacia el perro. Viendo que se evaporaba mi oportunidad, miré al perro a los ojos y le mostré mis dientes. Ven a pelear. Lo hizo.

El perro me atacó. Sus dientes tomaron mi antebrazo. Caí al suelo, alzando mis brazos como para protegerme. El perro me aferró con fuerza. Cuando sus dientes se hundieron en mi brazo, lancé un aullido de dolor y temor. Pateé débilmente a la bestia, tocando apenas su estómago. Escuché un tumulto. Algo arrastró al perro hacia atrás, tirando de mi brazo. Cuando el perro quedó exangüe. Soltó mi brazo. Vi a Clay parado sobre mí, con las manos aún tomando la garganta del perro muerto. tiro el cadáver a un costado y se puso de rodillas. Hundí la cabeza en mis brazos y comencé a sollozar.

-Vamos, vamos -dijo, abrazándome y acariciando mi pelo -. Ya pasó.

Se esforzaba por no reír, pero se sacudía por el esfuerzo. Resistí el impulso de pellizcarlo y seguí gimoteando. Mientras seguíamos sentados en el suelo, el alboroto se hacía mayor Jeremy exigió saber quién era el dueño del perro y si sus vacunas estaban al día. La gente del grupo gritaba sus disculpas. Alguien fue en busca del dueño del perro. Clay y yo nos quedamos en el suelo, yo sollozaba y él me consolaba. Lo disfrutaba demasiado, pero no me atreví a pararme por temor a que la gente advirtiera que no había lágrimas en mis ojos y que me veía llamativamente compuesta para ser una joven a la que había atacado una bestia salvaje.

Pasados unos minutos apareció el dueño del perro, y no estaba nada feliz de encontrarse a su sabueso favorito muerto. Cambió de tono cuando supo lo sucedido y comenzó a prometer que pagaría los gastos médicos, temiendo probablemente un juicio. Jeremy lo sermoneo por

dejar a su perro suelto en propiedad privada. Cuando Jeremy acabó, el hombre le aseguró que el perro estaba vacunado y luego se llevó el cadáver con ayuda del joven. Esta vez, cuando Jeremy les dijo que se fueran, nadie lo discutió. Cuando se acabó el caos me saqué a Clay de encima y me puse de pie.

-¿(Cómo está tu brazo? -preguntó Jeremy, viniendo hacia mi. Examiné la herida. Había cuatro agujeros de donde aún manaba sangre , pero no me había desgarrado. Abrí y cerré el puño. Dolía mucho pero todo parecía funcionar bien. No me preocupé demasiado. Los licántropos cicatrizan rápido, lo que probablemente fuera el motivo por el que nos lastimábamos al jugar sin preocuparnos mucho.

-La primera herida de guerra -dije.

-Ojalá sea la última - dijo Jeremy cortante, tomando mi brazo para examinar el daño. Pudo ser peor, supongo.

-Sí que lo hizo bien Elena - dijo Clay.

Lo miré con odio.

-No habría tenido que hacerlo si no hubieras venido gritando como un loco. Jeremy ya casi se los había sacado de encima cuando llegaste.

Jeremy se movió a la izquierda, impidiéndome ver a Clay, como si fuéramos peces siameses de riña que no pudiéramos atacar si no nos veíamos.

-Ven conmigo a la casa y te limpiaremos el brazo. Clay, hay un cuerpo bajo e1 puente. Ponlo en el cobertizo y nos desharemos de él esta noche.

-¿Un cuerpo?

-Un chico. Probablemente fugado.

-¿Quieres decir que ese callejero trajo un cuerpo...?

-Sácalo de aquí antes de que decidan volver.

Jeremy me tomó del brazo sano y me alejó antes de que Clay pudiera discutir.

Camino de la casa hablamos. O debo decir que Jeremy habló y yo escuché. Cada hora que pasaba, el peligro parecía aumentar. Primero nos habían visto en la ciudad. Luego encontramos un cuerpo en la propiedad. Entonces tuvimos un choque con la gente del lugar, llamando la atención y provocando sospechas. Todo en doce horas. El callejero tenía que morir. Esa misma noche.

Cuando Clay volvió a la casa quiso hablar con Jeremy y conmigo. Yo inventé una excusa y me fui a mi cuarto. Sabía lo que quería decir. Quería pedir disculpas por complicar las cosas. por enfrentarse con la gente y crear problemas. Que lo absolviera Jeremy. Era su tarea.

Después de charlar con Clay. Jeremy llevó al resto al estudio. Mientras él les contaba a los demás lo que había sucedido fui a mi cuarto y llamé a Philip. Me contó sobre una campaña publicitaria en la que trabajaba, algo respecto de condominios frente al lago. Tengo que admitir que no presté mucha atención a sus palabras. En cambio, escuché su voz, cerrando los ojos e imaginando que estaba junto a él, en un lugar en el que los cadáveres en el patio trasero hubiesen sido motivo de horror indescriptible y no motivo para concretar planes de exterminio. Traté de pensar como lo hubiera hecho Philip, sentir compasión y pena por ese chico muerto, una vida tan plena como la mía liquidada.

Mientras Philip hablaba, yo estaba pensando en la noche con Clay. No necesitaba esforzarme mucho para saber cómo lo haría sentir eso a Philip. ¿Qué diablos había estado pensando? No pensé y ese fue el problema. Si antes no sentía culpa, la sentía ahora, escuchando a Philip e imaginando cómo reaccionaría si supiera dónde pasé la noche. Yo era una idiota. Tenía un hombre maravilloso que se preocupaba por mí y yo andaba de juerga con un monstruo que me había traicionado de la peor manera posible.

Todo lo que podía hacer ahora era reconocer que me había equivocado y jurar que no lo repetiría.

Luego de un almuerzo tardío, Jeremy se llevó a Clay a caminar para darle instrucciones sobre lo que había que hacer por la noche. Ya me las había dado a mí. Clay y yo iríamos tras el callejero, juntos. No tenía opción, pero aun así se lo discutí. Yo encontraría al callejero y lo conduciría a un lugar seguro donde Clay lo liquidaría. Era una vieja rutina y, aunque yo no quería reconocerlo, funcionaba.

Mientras los demás lavaban los platos, me escabullí. Vagué por la casa y terminé en el estudio de Jeremy. El sol de la media tarde bailaba a través de las hojas del castaño afuera, lanzando sombras que hacían piruetas en el piso.

Hojeé una pila de lienzos que estaba junto a la pared, escenas de lobos jugando y aullando y durmiendo juntos, con sus miembros enredados y sus cueros variopintos. Junto a esos había dibujos de lobos en callejones, mirando pasar transeúntes, lobos que permitían que los niños los tocaran mientras sus madres miraban para otro lado. Cuando Jeremy aceptó vender uno de sus cuadros, lo que el público quiso fue el segundo estilo. Las escenas eran enigmáticas y surrealistas, pintadas en rojos, verdes y púrpuras tan oscuros que parecían tonos de negro. Había toques de amarillo y naranja que electrificaban la oscuridad en lugares incongruentes, como el reflejo de la luna en un charco. Peligroso tema. Pero Jeremy era cuidadoso. Los vendía bajo seudónimo y nunca aparecía en público. Nadie fuera de la Jauría venía a Stonehaven, salvo gente que viniera a hacer el service de algo, de modo que sus cuadros estaban a resguardo aquí en el estudio.

Jeremy también pintaba modelos humanos, aunque sólo miembros de la Jauría. Uno de sus favoritos estaba en la pared de la ventana. Aparecía yo al borde de un barranco, desnuda y de espaldas. Clay estaba sentado en el suelo junto a mí, su brazo en torno de mi pierna. Al pie del barranco, una jauría de lobos jugaba en un claro del bosque. El título estaba escrito abajo, en un rincón: Edén.

En la pared de enfrente había dos retratos. En el primero se veía a Clay al fin de la adolescencia, sentado al fondo en una silla de paja, blanca. Tenía una media sonrisa soñadora en el rostro, con la mirada enfocada en algo por arriba del pintor. Parecía el David de Miguel Angel, vivo, perfección juvenil, todo inocencia y ensoñación. En un buen día el retrato parecía una expresión de deseos de Jeremy. En un mal día parecía un autoengaño.

El retrato junto a ése era igualmente inquietante. Era yo. Estaba sentada de espaldas al pintor, girando de modo de que se me viera el rostro y la parte superior del cuerpo. Mi pelo caía suelto para cubrir mis pechos. Pero, al igual que en el cuadro de Clay, la expresión era lo central. Mis ojos azul oscuro se veían más claros y definidos que lo normal, con lo que adquirían un brillo animal. Sonreía con los labios separados y mostrando los dientes. El efecto era de sensualidad salvaje, con un toque peligroso que yo no veo al mirarme en el espejo.

-Ajá - dijo Nick desde la puerta-. Así que aquí te escondes. Llamada para ti. Es Logan.

Salí tan rápido que casi vuelco una pila de pinturas. Nick me siguió y señaló el teléfono en el estudio. Cuando iba por el corredor, Clay entró por la puerta de atrás. No me vio. Me metí en el estudio y cerré la puerta mientras escuchaba que Clay le preguntaba a Nick dónde estaba yo. Nick dio una respuesta vaga, sin atreverse a decirle la verdad y enojarlo. Clay seguía enojado de que me hubiera contactado con Logan durante mi ausencia. No es que sospechara que me acostaba con Logan ni nada tan banal. Sabía la verdad: que Logan y yo éramos amigos, muy buenos amigos pero eso bastaba para provocarle celos, no de mi cuerpo, sino de mi tiempo y mi atención.

Tomé e1 teléfono del escritorio y dije "hola".

-¡Ellie! -La voz de Logan resonó a través de la estática. -No puedo creer que estés allí. ¿Cómo estás? ¿Sigues viva?

-Hasta ahora sí, pero sólo han pasado dos días. Dale tiempo a la cosa. -La línea zumbó. se interrumpió la comunicación un segundo luego volvió. -Los Ángeles tiene peor servicio que el Tibet o tú me hablas desde un celular. ¿Dónde estás?

-Voy en el auto hacia el juzgado. Escucha, las cosas se están arreglando rápido aquí. Tenemos un acuerdo. Por eso llame.

-¿Vienes para aquí?

Su risa llegó distorsionada por la línea.

-¿Estás ansiosa por verme? Me sentiría halagado si no sospechara que sólo quieres protección contra Clayton. Sí, vuelvo No sé exactamente cuándo, pero debería ser esta noche o mañana por la mañana, hora de Nueva York. Tenemos que terminar el trabajo aquí y tomo el primer avión que pueda.

-Qué bien. Tengo muchas ganas de verte.

-Lo mismo digo, aunque sigo ofendido porque no me permitiste ir a Toronto en Navidad. Quería comer tus galletas de jengibre quemadas. Otra gran tradición festiva que se pierde.

Quizá lo hagamos este año.

-Este año, sin duda. -El teléfono chisporroteó y volvió quedarse en silencio unos segundos y luego volvió. -¿...la?

-Sigo aquí.

-Bueno. Mejor corto antes de perderte. No me esperes levantada. Te veo mañana y te llevo afuera a almorzar así puedes relajarte por un rato. ¿De acuerdo?

-Absolutamente de acuerdo. Nos vemos.

Dijo adiós y cortó. Cuando colgué, alcancé a escuchar a Nick que juntaba jugadores para un partido de fútbol. Se detuvo junto a la puerta del estudio y golpeó.

-Yo juego -dije-. Nos vemos allí.

Volví a mirar el teléfono. Venía Logan. Eso bastaba para hacerme olvidar de todos los problemas y molestias del día. Sonreí salí por la puerta, con el espíritu en alto y de pronto deseosa algunos sacudones antes de la excitación de la cacería nocturno del callejero.

DEPREDADOR

Luego de la cena empecé a prepararme para salir. La elección de la ropa era un problema. Si iba a enganchar al callejero, tenía que ponerme la mascará que mejor funcionaba con los licántropos: Elena la depredadora sexual. Lo que no significa minifalda, medias de red y blusa transparente, en primer lugar porque no tengo nada de eso, y no porque me veo ridícula con esas cosas. Los tops escasos, los tacones aguja y las polleras diminutas me hacen ver como una catorceañera jugando a mujer fatal. La naturaleza no me ha bendecido con curvas abundantes y mi estilo de vida no me ha permitido agregar relleno. Soy demasiado alta, demasiado atlética como para que algún tipo me vea como carne de revista porno.

Cuando llegué a Stonehaven mi ropa era estrictamente sport y barata, más cuando allá de cuánto dinero me diera Jeremy. No sabia qué más comprar. Cuando Antonio compró entradas para un palco en un estreno en Brodway entré en pánico. No había mujeres a quienes pedir consejo para comprar ropa, y no me atrevía a preguntarle a Jeremy por temor a terminar con una monstruosidad apta para un baile de escuela secundaria. Intenté ir a una sucesión de negocios caros en Nueva York, pero pronto me perdí. En sentido literal y figurado. Mi salvador fue alguien un poco inesperado: Nicholas. Nick se pasaba más tiempo con mujeres, en especial con mujeres jóvenes, hermosas y ricas, que cualquier hombre fuera de una película de James Bond. Su gusto era impecable. Le interesaban los diseños clásicos, telas simples y líneas suaves que de algún modo convertían mi altura y falta de curvas en cosas positivas. Toda mi ropa de vestir la había comprado llevando ¡a Nick a la rastra. No

sólo no le molestaba pasarse una mañana recorriendo la Quinta Avenida conmigo, sino que ponía su tarjeta de crédito en el mostrador antes de que yo pudiera sacar una de mi billetera. Otro motivo por el que era tan popular con las damas.

Escogí un vestido para esa noche, uno que Nick me había comprado para mi cumpleaños justo antes de que me fuera de Stonehaven. Era de seda color índigo, me llegaba a la rodilla y no tenía ningún adorno. Para que no fuera tan de vestir, decidí no ponerme medias y usar sandalias.

Cuando estaba maquillándome, entró Clay y estudió mi conjunto.

-Se ve bien -dijo. Luego miró en derredor de mi cuarto de princesa y sonrió. -Por supuesto que no va con el ambiente. Necesitas algo. Tal vez un chal de encaje hecho con la tela de las cortinas. O una ramita con flores de cerezo.

Le gruñí desde el espejo y continué maquillándome estudiando un tarro de algo rosado y tratando de recordar si era para los labios o para las mejillas. Detrás de mí, Clay rebotó sobre mi cama, acomodando las almohadas y riendo. Se había puesto unos pantalones amplios, una camiseta blanca y una campera de hilo suelta. El conjunto ocultaba sus músculos y le daba un aspecto de estudiante limpito, un joven nada amenazante. Nick debió ayudarlo a escoger a ropa. Clay no sabe qué quiere decir no amenazar.

Salimos a las nueve. Nos fuimos con el Explorer. Clay odiaba ese vehículo aparatoso, pero necesitábamos espacio por si lográbamos capturar y matar al callejero. Esa noche Antonio y Nicholas se desharían del cuerpo de la joven en el basurero local. Pudimos haberles ahorrado un viaje y llevarlo nosotros, pero el olor de carne descompuesta no era buen perfume si uno buscaba mezclarse con seres humanos.

A pesar de que no me gustaba la idea de pasar la noche con Clay después de lo sucedido, pronto me tranquilicé. No mencionó lo de la noche anterior ni dijo nada de la llamada de Logan. Para cuando [legamos a la ciudad, estábamos enfrascados en una conversación perfectamente normal respecto del culto del jaguar en Sudamérica. Si no lo conociera, casi hubiera pensado que hacia un esfuerzo por ser amable. Pero lo conocía. Y fueran cuales fuesen sus motivaciones, le seguí el juego. Había que hacer un trabajo y teníamos que estar juntos toda la noche. El deber primero.

Nuestra primera parada fue en el departamento del callejero. Estacioné en el McDonald's detrás de la casa y luego dimos la vuelta. El departamento estaba a oscuras. El callejero había salido. Nuestra esperanza era encontrarlo en alguno de los bares.

No estaba en ninguno de los tres bares. El cuarto de la lista no tenía nombre, sólo una dirección que Clay había memorizado. Era la dirección de un depósito abandonado detrás de la fábrica de papel. Por los sonidos que salían de allí, esa noche no estaba “abandonado”

-¿Que es esto? -preguntó Clay.

-Es un lugar de' fiestas clandestinas, un rave. Ni bar, ni fiesta privada.

-Ah. ¿Puedes entrar?

-Probablemente.

-No hay problema entonces. Entra. Yo me quedo junto a una ventana.

Fui a la parte trasera. La entrada era una puerta de sótano al pie de una escalera. Salía luz por los bordes. Cuando golpeé me abrió un hombre calvo. Con una inclinación de cabeza y una sonrisa prometedora conseguí un puñado de tickets gratis para el bar. Esperaba que fuera algo un poco más difícil.

Un corredor estrecho conducía a un cuarto inmenso, más o menos rectangular. A pesar de que era lunes, el club estaba lleno. Cajas polvorientas y tablones viejos hacían las veces de bar a lo largo del muro de la izquierda. Delante del bar había desparramadas mesas y sillas herrumbrosas, el tipo de mobiliario que se podía encontrar en los remates y que había que dejar de lado si una no tenía la vacuna antitetánica al día.

Me preocupaba que eso fuera como los rave de Toronto, donde el participante promedio se pasaba más tiempo preocupado por los exámenes de la universidad que por el pago de

cuotas hipotecarias. Decididamente en una fiesta así no pasaría inadvertida. Yo parecía joven, pero ya había pasado decididamente el tiempo de la ortodoncia. No hacía falta que me preocupara. Bear Valley no era una gran ciudad. Había algunos menores, pero los superaban en número los adultos jóvenes y no tan jóvenes, la mayoría de los cuales se conformaba con cerveza y marihuana. Aunque algunos se daban con heroína de manera tan abierta como bebían. Ese era el barrio de Bear Valley que los concejales trataban de ignorar. Si un político local apareciera por aquí, se habría convencido de que era toda gente de fuera del pueblo, probablemente de la ciudad de Syracuse.

El costado derecho era la pista de baile, una extensión sin muebles en la que la gente bailaba o sufría un ataque de epilepsia en masa. La música era ensordecedora, lo que no me habría molestado tanto si no hubiera sonado como algo que los matones del boliche habían grabado en el cuarto de atrás. El olor a bebida barata y perfume caro hacía piruetas en mi estómago. Contuve las náuseas y comencé a buscar.

El callejero estaba allí.

Encontré el rastro a la segunda vuelta por el cuarto. Moviéndome en medio de la gente, seguí el olor hasta que me condujo a una persona. Cuando vi a quién conducía el rastro, dudé de mi nariz y di una vuelta para volver a chequearlo. Sí, el tipo de la mesa era definitivamente el callejero. Y nunca había visto un licántropo menos impresionante. Hasta yo me veía más temible que este tipo. Tenía pelo marrón, era delgado, limpio, con cara de buena persona, el perfecto estudiante universitario. Me parecía conocido, pero no había tratado de memorizar las caras en las fotos de los archivos. No importaba quién era. Sólo importaba que estaba allí. Sentí un estallido de ira. ¿Ése era el callejero que causaba tantos problemas? Ese nene de mamá tenía a toda la Jauría enloquecida de miedo, mirando por sobre el hombro y corriendo por la ciudad para encontrarlo. Tuve que contenerme para no ir hasta él, tomarlo del cuello y arrojarlo afuera para que Clay acabara con él.

Resistí incluso el impulso de ir junto a él. Que él me encontrara. Sentiría mi olor pronto y sabría quién soy. Todos los callejeros lo saben. Recuerden que soy la única mujer loba. Por mi olor el callejero podría saber que era licántropo y mujer. Lo que significa que descubrir quién soy no es exactamente una hazaña sherlockiana para un licántropo. Pasé a cinco metros de la mesa del callejero y no sintió mi olor. Los olores del cuarto eran demasiado alertes o él era demasiado tonto como para usar el olfato. Probablemente se tratara de esto último.

Sabiendo que terminaría por olerme, pedí un ron con coca, encontré una mesa junto a la pista de baile y esperé. Mirando hacia la multitud, volví a encontrar fácilmente al callejero. Con su pelo corto, remera y cara afeitada, se veía como un fan de Paul McCartney en un concierto de Iron Maiden. Estaba sentado solo, mirando la multitud con un hambre que le quitaba inocencia a sus ojos.

Tomé unos tragos, luego miré la mesa del callejero. Se había ido. Sentí alarma. Estaba por ponerme de pie cuando me detuvo una voz a mis espaldas.

-Elena.

Sin darme vuelta, olisqueé. Era el callejero. Me volví a sentar, tomé otro sorbo y seguí mirando la pista. Dio la vuelta a la mesa, me miró y sonrió. Luego tomó una silla.

-¿Puedo sentarme? -preguntó.

-No.

iba a sentarse.

Lo mire.

- Dije que no, ¿verdad?

Vaciló, sonriendo mientras esperaba alguna señal de que yo estaba bromeando. Enganché la silla con el pie y la volví a acercar a la mesa. Dejó de sonreír.

-Soy Scout -dijo. Scott Brandon.

El nombre me hizo cosquillas en el fondo de la mente. Cuando traté de encontrar mentalmente su página en el archivo de la Jauría, no lo logré. Había pasado demasiado tiempo. Necesitaba ponerme al día.

Dio un paso hacia mí. Lo miré con ira y retrocedió. Volví a beber y lo miré sobre el borde de la copa.

-¿Sabes qué le sucede a los callejeros que se meten en el territorio de la Jauría? - pregunté.

-¿Debería?

Resoplé y sacudí la cabeza. Joven y desafiante. Mala combinación. Pero era más molesta que peligrosa. Obviamente el papi de callejero no le había contado nada acerca de Clay. Un bache en su educación que pronto se solucionaría. Casi sonreí.

-¿Y qué te trae o Bear Valley? - dije, fingiendo un aburrido interés por el tema- La fábrica de papel no contrata gente desde hace años, así que espero que no estés buscando trabajo.

-¿Trabajo? -una sonrisa malévola en los ojos-. No. No me gusta trabajar. Busco diversión. Nuestro tipo de diversión.

Lo miré un largo minuto y luego me puse de pie y me alejé. Brandon me siguió. Llegué hasta el muro del lado opuesto antes de que Brandon me tomara del codo. Sus dedos apretaron hasta el hueso. Pegué un tirón y me di vuelta para enfrentarlo. Ya no estaba la sonrisa. Había sido reemplazada por una expresión dura mezclada con el mal humor petulante de un niño mal criado. Todo bien. Ahora todo lo que tenía que hacer era escapar y dejar que me siguiese afuera. Para entonces estaría suficientemente iracundo como para no ver a Clay hasta que fuera demasiado tarde.

-Te estaba hablando. Elena.

-¿Y?

Me tomó de los dos brazos y me empujó contra la pared. Alcé los brazos para alejarlo, pero me contuve. No podía darme el lujo de hacer una escena y una mujer luchando con un hombre siempre llama la atención, en particular si puede lanzarlo al otro lado del cuarto.

Cuando Brandon se inclinó hacia mí, una sonrisa fea desfiguró su rostro. Con un dedo me acarició la mejilla.

-Eres tan hermosa, Elena. ¿Sabes a qué hueles? -Inhaló y cerró los ojos. -Una puta alzada. -Se apretó contra mí para que sintiera su erección. -Podríamos divertirnos mucho.

-No creo que te guste mi tipo de diversión.

Su sonrisa se volvió depredadora.

-Estoy seguro de que sí. Estoy seguro de que tenemos mucho en común, Elena. He sabido que no te diviertes mucho. Tienes a la Jauría sobre ti, ahogándote con todas sus normas y leyes. Una mujer como tú merece algo mejor. Necesitas a alguien que te enseñe lo que es matar, matar de verdad, no a un conejo o a un ciervo, sino a un humano, un humano que piensa, respira, un humano consciente.

Se detuvo y luego continuó.

-¿Has visto alguna vez los ojos de alguien que sabe que va a morir, en el momento que se da cuenta de que tú eres la muerte?

- Inhaló, luego exhaló lentamente, con el borde de la lengua entre los dientes. Los ojos llenos de deseo. -Eso es poder, Elena. Verdadero poder. Te lo puedo mostrar esta noche.

Sin soltar mis brazos, se hizo a un lado para mostrarme la multitud.

-Escoge a alguien, Elena. Cualquiera. Hoy morirá. Esta noche son tuyos. ¿Cómo te hace sentir?

No dije nada.

Brandon continuó.

-Escoge a alguien e imagínalo. Cierra los ojos. Imagínate conduciéndolo afuera, llevándolo a un bosque para abrirle la garganta. -Lo recorrió un estremecimiento. -¿Puedes ver sus ojos? ¿Puedes oler su sangre? ¿Puedes sentir la sangre por todas partes, que te empapa, el poder de la vida fluyendo a tus pies? No será suficiente. Nunca lo es. Pero yo estaré allí. Yo haré que sea suficiente. Te haré el amor allí mismo, en el charco de su sangre. ¿Te lo puedes imaginar?

Le sonreí y no dije nada En vez de eso, bajé un dedo por su pecho y su estómago. Jugué un momento con un botón de su bragueta, luego lentamente metí la mano bajo su camisa y acaricié su estómago, haciendo círculos en torno de su ombligo. Al concentrarme podía sentir que se engrosaba mi mano, las uñas se hacían mas largas. Clay me había enseñado esto, un truco que ningún otro licántropo conocía, cambiar sólo parte del cuerpo. Cuando mis uñas se volvieron garras, las raspé sobre el estómago de Brandon.

-¿Lo sientes? -susurré en su oído, apretándome contra él.

-Si no te retiras ahora mismo, te voy a arrancar las tripas y te las haré comer. Ésa es mi clase de diversión. Brandon trató de alejarse. Lo contuve con mi mano libre. Me tiró contra la pared. Hundí mis garras a medio formar en su estómago, sintiendo cómo atravesaba su piel. Sus ojos se abrieron y chilló, pero la música tapó su grito. Miré en derredor, para asegurarse de que nadie restara atención a la pareja de jóvenes abrazados en el rincón. Cuando me volví hacia Brandon, advertí que había dejado que el juego se prolongara un poco demasiado. Su cara se contorsionaba su cuello se ponía rígido y sus venas se ponían saltonas. Su rostro brilló y se onduló como un reflejo en una corriente de agua en movimiento. Su frente comenzó a engrosarse y sus mejilla a irse hacia su nariz. El clásico reflejo de temor de un licántropo entrenado: el Cambio.

Tomé a Brandon de un brazo y lo arrastré hasta el corredor más cercano. Mientras buscaba una salida, pude sentir que su brazo se transformaba en mi mano, se rompió la manga de la camisa, su antebrazo pulsaba y se contraía. Estaba casi al final del corredor cuando advertí que no era una salida, sólo llevaba a dos puertas de baño. Se abrid la puerta del baño de caballeros y un hombre eructó con fuerza. Otro rió. Miré de nuevo a Brandon, con la esperanza de que su Cambio no hubiese ido más allá del punto en el que se lo pudiera ver como una deformidad. Pero no era así. A menos que la gente estuviera 1o suficientemente borracha para no prestar atención a alguien cuyo rostro se veía como si tuviera gusanos gigantes moviéndose bajo la piel. Salió un hombre del baño. Hice girar a Brandon y vi un depósito a pocos metros. Lo empujé hacia adelante y corrí en dirección a la puerta, rompí la cerradura, abrí la puerta y empujé a Brandon al interior.

Apoyada contra la puerta, mi mente buscaba a toda velocidad una solución. ¿Podía sacarlo? Seguro, le ponía un collar y una cadena a un lobo de setenta y cinco kilos y lo podía llevar así hasta la puerta. Nadie se daría cuenta. Me maldije. ¿Cómo pude permitir que esto sucediera? Lo tenía. En el momento en que me ofreció matar a un ser humano lo tenía. Sólo tenía que decir que si. Escoger a alguien que saliera del bar y seguirlo a la calle. Brandon me hubiera seguido y Clay estaría esperando afuera. Final del juego. Pero no, no me bastaba. Tenía que llevar la cosa más lejos, para ver hasta dónde podía llegar.

-Mierda, mierda, mierda -murmuré.

Detrás de la puerta cerrada había un rugido de dolor, que la música no alcanzaba a tapar. Dos mujeres que pasaban se dieron vuelta para miran

-Mi novio –dije, tratando de sonreír-. Está enfermo. Droga mala. Un nuevo vendedor.

Una de las mujeres miró la puerta cerrada.

-Tal vez tendrías que llevarlo al hospital -dijo, pero luego siguió caminando, después de haber dado su consejo y cumplido con su deber.

-Clayton –susurré - ¿Dónde estás?

No estaba sorprendida de que Clay no hubiese tirado abajo la puerta cuando Brandon me arrinconó. Clay nunca subestimaba mi capacidad de defenderme. Sólo venía al rescate cuando estaba en peligro. No estaba en peligro ahora, pero necesitaba su ayuda. Desgraciadamente, donde estuviera oculto, no podía verme en el corredor.

Dentro del depósito sentí un ruido fuerte. Brandon había terminado su Cambio. Ahora trataba de salir. 'Tenía que impedirlo. Y para impedirlo, casi con certeza tendría que matarlo. ¿Podía hacerlo sin llamar la atención? Otro ruido del interior del cuarto, seguido del sonido de madera rota. Luego silencio.

Abrí la puerta. Había ropa destrozada en el suelo. En la pared que daba al sur había una segunda puerta. En medio del aglomerado barato había un inmenso agujero.

Librodot

CAOS

Corrí a la sala principal. No había gritos. No de inmediato. Los primeros sonidos que escuché eran voces, más enojadas que alarmadas. “Qué carajo .." "¿Has visto...?" "Cuidado". Cuando di vuela a la esquina del corredor vi una sucesión de sillas y mesas caídas, en un semicírculo que iba desde el depósito hasta la pista de baile. Había gente en torno de las mesas, recogiendo sus abrigos y carteras y copas rotas. Un chico, claramente menor de edad, estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo y sostenía su brazo roto. Una mujer estaba parada sobre una silla, apuntando con una copa vacía hacia el camino que había abierto Brandon en la pista y reclamando que el "maldito hijo de puta" le pagara su trago desperdiciado, como si de algún modo no hubiera notado que el "maldito hijo de puta" en cuestión tenía colmillos, y ningún lugar a la vista donde guardar una billetera.

Estaba yendo hacia la pista cuando escuché el rugido de Brandon. luego el primer chillido. Luego el trueno de cien personas en estampida hacia la salida.

La estampida complicó las cosas. Especialmente porque mi objetivo se encontraba en dirección opuesta al flujo humano. Al principio fui amable. De veras. Dije “perdón", traté de pasar entre la i gente, incluso pedí disculpas por pisar algunos callos. Qué puedo decir, soy canadiense. Luego de unos cuantos codazos en el pecho y unas cuantas obscenidades gritadas en mi oído, me di por vencida y me abrí camino a codazos yo también. Cuando un pesado trató de empujarme hacia atrás, lo tomé del cuello y le di salida por vía rápida. A partir de allí la cosa se puso un poco mejor.

Si bien ya no estaba en peligro inmediato de que me pisotearan, avanzaba de a centímetros. No podía ver nada. Mido un metro ochenta pero incluso una superestrella de la NBA probablemente no hubiera podido ver a través de esa masa de humanidad. Por lo poco que podía ver, no había manera de esquivar la multitud. Si había puerta de atrás o salida de emergencia, nadie parecía darse cuenta. Todos iban hacia la entrada principal, amontonándose en el estrecho corredor.

No sólo no podía ver. Tampoco podía oír otra cosa que el ruido de la multitud, las maldiciones y gritos y exclamaciones, en una torre de Babel de ruido, nada claro excepto el lenguaje universal del pánico. La gente se empujaba y golpeaba, como si estar un paso más cerca de la puerta significara la diferencia entre la vida y la muerte. Otros parecían no moverse por propia voluntad, sino que los arrastraba la multitud. Miré rostros y no vi nada. Se veían tan en blanco y sin expresión como máscaras de yeso. Sólo los ojos decían la verdad, enloquecidos, dominados por el instinto de supervivencia. La mayoría probablemente no sabía de qué escapaba. No importaba. Podían oler el temor surgiendo de la multitud tan bien como cualquier licántropo y se les metía en el cerebro infectándolos con su poder Lo olían, lo sentían y huían. Le daban a Brandon exactamente lo que quería.

Estaba a mitad de la pista de baile cuando tropecé con una mujer en el suelo. La sangre aún salía de su garganta a borbotones salpicando a todo el que pasaba cerca. La gente la pisoteaba y se resbalaba en su Sangre. Ni uno se molestó en mirar hacia abajo. Yo tampoco debí mirar. Pero lo hice. Sus Ojos se encontraron con los míos por un instante. De sus labios salía una baba sanguinolenta. Su mano se convulsionó en el suelo como si tratara de tomarme. Luego se detuvo en el aire y cayó en el charco de sangre. Sus ojos murieron. La sangre había dejado de salir a chorros. Ahora salía un pequeño hilo. Un hombre se tropezó con ella miró hacia abajo. Maldijo y la pateó a un lado. Dejé de mirarla v seguí adelante.

Cuando pasaba sobre el cuerpo, escuché un estallido de vidrios. Alzando la mirada divisé los pies de Clay atravesando una ventana cerca del bar. Se descolgó y cayó al piso Fue una caída de cerca de siete metros, algo que Jeremy no nos hubiera alentado a hacer delante de una multitud, pero cuando nadie prestaba atención a un cadáver bajo sus pies, seguramente nadie advertiría que un hombre se lanzaba a través de una ventana. Clay se subió al bar y estudió a la multitud. Al verme, me indicó que fuera junto a él. Señalé al

interior de la multitud, donde Supuse que estaba Brandon. Clay sacudió la cabeza y me llamó nuevamente. Escogí un ángulo que me permitiera Seguir el movimiento de la gente y me le acerqué.

-Me encantó la entrada -grité por sobre el clamor, trepándome sobre la barra.

-¿Has visto la puerta de adelante, cariño? Habría necesitado una antorcha de acetileno para atravesar la multitud. La única otra entrada está sellada con ladrillos.

Miré por sobre la multitud.

-¿Así que Brandon no está en ese rincón?

-¿Quién?

-Él callejero. ¿Está allí?

-Sin duda. Pero gastas energías inútilmente tratando de atraparlo.

Finalmente divisé a Brandon. Tal como sospeché, se había cambiado a lobo completamente. Parecía estar rebotando entre las paredes del rincón, saltando y tirando mordiscos en el aire. Estaba por decir que parecía que el callejero se había vuelto loco. Luego la multitud se abrió lo suficiente como para dejarme ver que estaba atacando algo más que el aire. Había un hombre tirado en el suelo, panza arriba, con las rodillas sobre el pecho, la cabeza gacha, las manos protegiendo su nuca. Su ropa estaba hecha jirones y cubierta de sangre. Estaba inmóvil, obviamente muerto, pero Brandon no lo dejaba. Se lanzó contra el hombre, tomó su pie y lo hizo girar, luego bailoteó hacia atrás, con la cola alzada. Se agachó e hizo como que atacaba, lanzándose a un costado. El hombre ahora yacía retorcido y de costado, y alcancé a ver más de sus heridas de lo que habría deseado. Su camisa estaba desgarrada. Su torso cubierto de sangre, su estómago rojo. La punta del cinto caía al suelo. Entonces advertí que no era un cinto, sino el intestino. Cuando me volvía, el cuerpo se movió. El hombre se balanceó, como si tratara de ponerse de cara al suelo para protegerse.

-Por Dios -susurré-. No está muerto.

Brandon volvió a saltar sobre el hombre, hundiéndole los dientes en la cabeza. Lo alzó, lo tiró a un lado y volvió a alejarse bailoteando.

-Ni siquiera trata de matarlo -dije.

-¿Por qué lo haría? -dijo Clay, retrayendo el labio-. Se está divirtiendo.

Expresaba el desprecio con cada palabra que decía. Esto no era matar por comida o por supervivencia. Clay no podía entenderlo. Esto para él era un rasgo humano incomprensible: matar por placer.

-Mientras está ocupado, voy a inspeccionar -continuó Clay-.dame cinco minutos. Cuando la gente empiece a ralear, puedes actuar.. Arréalo hacia el corredor del costado. Estaré esperando.

Clay saltó del bar y desapareció en medio de la multitud. Miré a Brandon torturando a su presa. Y nuevamente no quise ve; no quería pensar en lo que sucedía allí, que un hombre estaba sufriendo una muerte horrible, pero estaba vivo aún y yo no hacía nada al respecto. Me recordé que casi con certeza era demasiado tarde como para salvarlo y, aunque sobreviviera, tendría que ir al hospital, cosa que no podíamos permitir porque, dado que había sido mordido, el hombre ya era licántropo. Aunque racionalmente sabía que no podía arriesgarme a ir en su ayuda, me sentí obligada a hacerlo, aunque más no fuera para acabar con su sufrimiento. A veces pienso que sería mejor que fuera como Clay, capaz de entender que lo que Brandon hacía estaba mal, pero también que no podía evitarlo y darle la espalda sin sentir remordimientos. Pero no quiero ser así, tan dura, tan insensible. Clay tenía una excusa para ser así. Yo no.

Dejé de mirar a Brandon y a su presa. Enfermo hijo de puta, pensé. Ningún animal haría eso. Mientras lo pensaba, algo se movió en mi cerebro, una pieza que cayó con tal resonancia que me sobresalté. El cuarto de pronto estaba en silencio, el rugido de mis oídos ahogaba el de la multitud, lo que me dio un momento de claridad perfecta en medio del caos.

Sabía dónde había visto el rostro de Brandon y escuchado su nombre, y no había sido en el archivo de licántropos de la Jauría. La televisión. Inside Scoop. La historia del asesino en Carolina del Norte. Volví a ver en mi imaginación la entrevista de la policía, la imagen

granulosa que cobraba vida con una sonrisa malévola. Quería que alguien muriera". Scott Brandon. Sacudí la cabeza. No, no podía ser. No tenía sentido. Un licántropo no podía sobrevivir en prisión sin que lo descubrieran. Entonces recordé nuevamente el olor de Brandon, un matiz que registre en su departamento aquella noche. "Es nuevo", le había dicho a Clay. Podía olerlo y también supe que era un licántropo joven y hereditario. Pero no lo era. Había sido mordido.

Nuevamente mi cerebro rechazó la idea. Brandon sólo había escapado hacía un par de meses. A un licántropo le llevaba más tiempo recuperarse del shock de haber sido cambiado. ¿O no? ¿Era imposible que se hubiese recuperado tan rápido? Tenía que admitir que no. Mi propia recuperación se había visto dificultada por mi negativa a aceptar lo que me había sucedido. ¿Y qué pasaba si no era así? ¿Qué pasaba si alguien quería la maldición, estaba preparado, la anhelaba? Ahí podía estar la diferencia.

Pero había algo más que no tenía sentido. ¿Qué hacía Brandon allí? Si era un licántropo hereditario, eso explicaría por qué sabía de Bear Valley, la Jauría y Stonehaven. ¿Cómo podía saber acerca de eso un licántropo recién convertido? Pero Brandon sabía. Sabía mucho. Me había llamado por mi nombre. Más de una vez, dijo haber oído cosas sobre mí. ¿De quién? De otro licántropo, por supuesto. Un licántropo experimentado. Pero los callejeros no hacían eso. No permitían vivir a los licántropos mordidos y mucho menos les hablaban o los ayudaban. Era imposible. No, me corregí. Imposible no. Sólo tan increíblemente improbable que mi cerebro se negaba a pensar en las implicancias.

No podía pensar en eso ahora. Teníamos un problema más serio entro manos que descubrir los porqué y los cómo de la existencia de Brandon. Bastaba con su existencia. Terminar con ella no sería tan sencillo. No era un chico descuidado, sino algo más peligroso: un asesino. Giré y busqué a Clay, con la intención de alertarlo. Entonces advertí que no serviría de nada. Brandon era un asesino del mundo humano. Si le decía a Clay que Brandon era contador diplomado hubiese tenido el mismo efecto. No lo entendería.

Salté del extremo de la barra y avancé en medio de los rezagados de la multitud. En el fondo, Brandon seguía jugando con su comida que de vez en cuando daba un respingo. Para cuando llegué atrás la multitud ya estaba afuera de la sala y apretujada en el corredor. Seguí avanzando. Brandon volvió a jugar con su presa y saltó. Tenía los colmillos hundidos en el antebrazo del hombre, cuando advirtió mi presencia. Gruñó con incertidumbre, su cerebro ahogado en sangre tardó en reconocerme.

Me detuve. Nos miramos. Pensé en lo peligroso que era enfrentarlo así. Pensé en los ojos de Brandon que brillaban con deseo casi carnal al hablar de matar. Pensé en lo que podría hacerme antes de que Caly llegara en mi ayuda. Funcionó. Comencé a oler a temor. Lo que llamó la atención de Brandon. Dejó su presa y se lanzó contra mí. Esperé hasta que estuviera en el aire, luego giré y corrí. Por supuesto que me siguió. La presa que se escapa es mucho más divertida que la variedad casi comatosa.

Di la vuelta hacia el muro de atrás para evitar que Brandon fuera hacia la salida. Corrí detrás de la barra y me dirigí hacia las escaleras del tablado. Cuando estaba por pisar el primer escalón, viré y corrí hacia el corredor que llevaba a los baños. Allí estaba Clay. Lo pasé y me detuve resbalando. Detrás de mí, Brandon hizo lo mismo, con sus uñas chillando en el linóleo. Al girar, vi a Brandon parado frente a Clay. Movía la cabeza de lado a lado, con las aletas de la nariz abiertas, nuevamente dudando. Su nariz le decía que Clay era un licántropo y una parte de su cerebro que apenas funcionaba le indicaba que era motivo de preocupación. Gruñó tentativamente. El pie de Clay le dio bajo el hocico y lo lanzó de espaldas. Antes de que Clay pudiera acercársele nuevamente, Brandon se puso de pie, giró y huyó. Clay corrió detrás de él y desaparecieron rumbo al cuarto principal. Para cuando llegué allí, Clay ya había arrinconado a Brandon en el escenario.

Yo estaba casi en el escalón más alto que daba al escenario cuando Brandon saltó sobre el borde, seguido de un resonante: “¡Carajo!" Clay saltó al borde y luego al suelo antes de que pudiera darme vuelta. Bajé corriendo la escalera y corrí a la salida para impedir que Brandon saliera por allí. El corredor seguía atestado. Nadie salía ni entraba.

Brandon no fue hacia la salida. Hizo una curva hacia el rincón posterior del cuarto. Clay lo seguía de cerca. Contuve el impulso de seguirlo y me quedé en mi puesto junto a la salida. Brandon corrió hacia el rincón, quizá porque le resultaba vagamente familiar. Cuando llegó, casi choca contra el muro. Giró e hizo una vuelta cerrada, tropezándose con el cuerpo en el suelo. Esta vez, el hombre no se movió. Sus ojos muertos miraban el techo. Recuperándose del tropezón, Brandon volvió hacia el rincón esperando que allí se materializara una puerta. Finalmente advirtió que estaba atrapado y se volvió para enfrentar a Clay.

Por varios segundos Clay y Brandon se miraron. Sentí por primera vez ansiedad. Ni siquiera Clay estaba a salvo frente a un licántropo en forma de lobo. Sentí la tensión que zumbaba en mi cuerpo. El instinto me decía que protegiera a Clay mientras que el sentido común me indicaba que cuidara la salida.

Brandon quebró el impasse con un gruñido. Se agachó, alzando las caderas. Clay no se movió. Brandon volvió a gruñir como si lo estuviera alertando. Luego saltó. Clay se dejó caer y rodó a un costado. Brandon cayó de golpe y patinó sobre el linóleo. Antes de que pudiera recuperarse Clay se le echó encima. Tomó a Brandon de la piel suelta de atrás de la cabeza y puso su pierna sobre la espalda de Brandon. Luego aplastó la cabeza de Brandon contra el suelo, inmovilizándolo.

Brandon se debatió enfurecido. Sus patas rasparon el suelo sin poder afirmarse. Gruño y resopló, tirando mordiscos, tratando de agarrar las manos de Clay. Clay puso su rodilla izquierda en la espalda de Brandon y lo tomó de la garganta. Cuando Clay empezaba a apretar, Brandon dio un tremendo corcovo. El pie derecho de Clay se separó del suelo, lo suficiente como para hacerlo cambiar de posición. Cuando volvía a bajarlo, vi que su pie caería en un charco de la sangre del hombre muerto.

-¡Clay! -grité.

Demasiado tarde. Su pie dio en la sangre y su tobillo se torció, deslizándose a un costado. Brandon se lanzó hacia delante en el instante justo y se sacó a Clay de encima. En ese instante Brandon vio la salida y se lanzó hacia allí.

No intenté cerrarle el paso. Podría haberme hecho a un lado sin esfuerzo. En vez de ello, cuando pasaba, me lancé hacia él y tome su piel con las dos manos. Caímos juntos. Al rodar, tiró un mordiscón a mi brazo. Traté de evitarlo, pero no con suficiente rapidez. Uno de sus caninos enganchó la piel de mi antebrazo, abriéndola hasta el codo y reabriendo la herida de la mañana. Me quedé sin aire al sentir el dolor en el brazo. No lo solté, pero aflojé mi mano izquierda. A Brandon le bastó para liberarse. Clay llegó un segundo tarde. Brandon ya corría por el corredor. El otro extremo seguía congestionado de gente, pero de algún modo lograron abrir paso al ver venir a Brandon.

Clay iba a perseguir a Brandon, pero yo extendí la mano y lo tomé de la camisa.

-No. Dije- No debemos salir juntos.

-Cierto.. Tú síguelo. Yo saldré de nuevo por la ventana.

No sabía cómo podría lograrlo, a menos que hubiese desarrollado la capacidad de escalar muros, pero no había tiempo de debatir la cuestión. Asentí y corrí por el corredor. Al salir por la puerta me encontré en medio de un caos mucho peor que el que había habido dentro del local. La multitud se había detenido a la salida. Alguna gente se veía conmocionada. El resto no se movía porque no quería perderse nada. Además había llegado toda la fuerza policial de Bear Valley y un batallón de agentes del estado, la mayoría de los policías seguían medio dormidos, dando vueltas en confusión. Aullaban las sirenas. Los policías ladraban instrucciones. Nadie los escuchaba. No había señal de Brandon.

Me quedé allí un minuto, orientándome. Finalmente pude filtrar los necesarios centrarme en las pistas. A mi izquierda había una barricada volcada. Uno de los de la fiesta señalaba el camino. Tres policías corrían hasta él. Los seguí. Cuando logré pasar la barricada caída encontré que otro grupo de policías ya lo perseguía. Cubrían el camino, gritando instrucciones y señalando un callejón. Cuando dos agentes comenzaron a correr hacia allí, alguien los detuvo, diciendo que no había por qué correr, era un callejón sin salida. Brandon estaba atrapado.

Librodot

Yo estaba estudiando la zona, viendo si podría llegar a Brandon antes que los policías y preferentemente sin interceptar ninguna bala suelta. Cuando bajé del cordón, alguien me tomó del brazo. Me volví para ver un agente del estado, cuarentón.

-Vuelva detrás de la línea, señorita. No hay nada para ven

-Gracias a Dios -suspiré-. He estado tratando de encontrar a alguien. Nadie presta atención... todos... -Me detuve a respirar -Adentro. hay... hay un perro, un perro inmenso. Gente lastimada. Mi novio...

El agente maldijo y dejó caer mi brazo. Se volvió al grupo más cercano de policías que se dirigían hacia el camino.

-¡Hay gente adentro! – gritó - ¿Alguien se fijó si hay heridos?

Un policía se volvió y dijo algo que no escuché. Me deslicé hacia atrás mientras los dos agentes gritaban y gesticulaban. Aparentemente. Ninguno de los dos sabía quién estaba a cargo o si habían pedido ambulancias o si alguien había entrado. Otros más sumaron sus opiniones. Varios corrieron hacia el local. Yo crucé la calle. Nadie se dio cuenta.

Aún había suficientes agentes haciendo guardia a la entrada del callejón como para que yo no pudiera meterme allí y enfrentar a Brandon. Busqué una salida. Avanzaba por un callejón cercano, cuando escuché sonar un tacho de basura. A la distancia vi movimiento iluminado por la Luna. Una figura de cuatro patas apareció sobre una pared de ladrillo. Se agachó y saltó. Obviamente el callejón no estaba tan bloqueado como esperaban los policías aunque hay que reconocer que por cierto no iban a esperar a que un animal saltara sobre un muro de tres metros de alto.

Iba a correr hacia el muro cuando advertí que Brandon escapaba en dirección opuesta hacia mí. Esperé. Cuando Brandon se acercó lo suficiente como para verme, corrí y salté por sobre su espalda, cayendo a tierra detrás de él con una vuelta de carnero y aterrizando en pose de corredor. Fue un movimiento absolutamente perfecto que no podría repetir jamás. Por supuesto que no había nadie allí para apreciarlo. Calculé correctamente. El deseo de Brandon de perseguirme superó su instinto de supervivencia. Cuando di vuelta a una esquina me siguió. Corrí por los callejones, alejándolo de la calle bloqueada y de la policía. Una o dos veces sentí el olor de Clay. Estaba cerca, a la espera de poder emboscarlo, pero el lugar no era apropiado. Finalmente miré a lo largo de un callejón que salía a un camino. Al otro lado, la sección industrial se abría a un parque con árboles. Perfecto. Un lugar para Cambiar y emboscar a Brandon sin peligro y luego sacar su cuerpo.

Corrí hacia el camino. Desgraciadamente, olvidé la norma más elemental del jardín de infantes. Salí al camino sin mirar. Cruce directamente delante de un camión, tan cerca que el viento me hizo caer. Rodé a un costado del camino y me puse de pie de un salto. Al girar, escuché un disparo. Brandon cruzaba el camino cuando el disparo lo alcanzó. Su cabeza estalló en una explosión de sangre y cerebro. La fuerza del estallido lo lanzó a un costado, delante de un auto. El auto lo golpeó, produciendo un ruido enfermante, luego se salió de control, con el cuerpo de Brandon incrustado en la parrilla. No necesitaba ver más. Brandon había muerto en cuanto le dio la bala. Las balas de plata eran un buen toque gótico, pero no hacían falta para matar a un licántropo. Cualquier cosa que mate a un ser humano o un lobo nos puede liquidar también a nosotros.

Se juntaba una multitud en torno del cuerpo maltrecho de Brandon. Todo lo que podían ver era un canino marrón muy grande y muy muerto. No se volvería humano. Esa era otra falsedad respecto de los licántropos. De acuerdo al mito, los licántropos se vuelven humanos cuando son heridos. Hay millones de leyendas de granjeros o cazadores que matan un lobo, pero cuando rastrean a la bestia herida se encuentran -¡ay Dios!- con huellas humanas ensangrentadas. Lindo truco, pero no funciona así. Lo que es bastante bueno, porque de lo contrario estaríamos cambiando de forma cada vez que un hermano de la Jauría nos pellizca un poco fuerte. En realidad sería muy inconveniente. La verdad es que si mueres siendo lobo mejor te olvidas de los planes para un funeral de cuerpo presente. Los restos de Brandon serían llevados a la Sociedad Protectora de Animales de Bear Valley y se desharían de ellos

sin ceremonia ni autopsia. Jamás encontrarían a Scott Brandon, el asesino escapado de Carolina del Norte.

-Carajo, espero que le den un entierro apropiado - dijo una voz detrás de mí-. El pobre bastardo desorientado seguro que merece un buen entierro, ¿no le parece?

Me volví hacia Clay y sacudí la cabeza.

-Hice un desastre.

-No. Está muerto. Ese era el objetivo. Hiciste las cosas bien, cariño.

Puso su brazo en torno de mi cintura y se inclinó para besarme. Me le escapé.

-Tenemos que irnos. dije- A Jeremy no le gustaría que nos quedáramos.

Clay intentó tomarme nuevamente, tratando de decir algo. Giré rápidamente y caminé calle ~ Él vino enseguida trotando detrás de mí. La caminata hasta el estacionamiento fue silenciosa.

Dimos la vuelta a la esquina del almacén, donde habíamos dejado el Exploren. El estacionamiento estaba oscuro, las luces se apagaban al cerrar los negocios: Bear Valley era la clase de lugar en donde la luz aún se usaba para los clientes y no pensando en la seguridad. El Explorer estaba estacionado en el fondo del lote, junto a una verja de cadenas. Había algunos autos más cuando llegamos pero ahora no, dado que los bares legales habían cerrado hacía rato. Saqué las llaves de la cartera. Sonaron fuerte en el silencio.

-Hijo de puta -murmuró Clay.

Me di vuelta, pensando que el sonido de las llaves lo había sobresaltado, pero miraba al Explorer. Anduvo más lento y sacudió la cabeza.

-Parece que alguien logró tomar el vuelo de la noche - dijo. Seguí su mirada. Había un joven de pelo claro y barbado sentado en el asfalto, apoyado en la rueda delantera del Explorer con los tobillos cruzados. Un bolsón a su lado. Logan. Sonreí y empecé a correr. Detrás de mí, Clay gritó. Lo ignoré. Había esperado un año paro ver a Logan. Clay podía meterse los celos en el culo. Mejor aún, podía irse caminando a Stonehaven, maldiciendo. Al fin de cuentas, yo tenía las llaves.

-¡Ey! -exclamé-. Llegas una hora tarde. Te perdiste el entretenimiento.

Ahora podía oír a Clay corriendo, gritando mi nombre. Me detuve delante de Logan y le sonreí.

-Te vas a quedar sentado o...

Me detuve. Los ojos de Logan miraban al otro lado del estacionamiento. En blanco. Sin ver. Muertos.

-No -susurré-. No.

Escuché apenas a Clay que me alcanzaba corriendo y sentí sus brazos tomándome cuando caía hacia atrás. Un aullido ensordecedor partió el silencio de la noche. Alguien aullaba. Era yo.

DOLOR

No recuerdo cuando volví a Stonehaven, Supongo que Clay me metió en el Explorer. Luego colocó el cuerpo de Logan en el compartimiento de atrás y nos llevó a casa. Recuerdo vagamente haber entrado a la casa por la puerta del garaje y ser recibidos por Jeremy en el corredor preguntando lo qué había pasado con el callejero. Debe de haber visto algo en mi rostro porque no terminó la pregunta. Pasé junto a él. Detrás de mi escuché a Clay decir algo, escuché la maldición de Jeremy, oí correr a los demás que habían escuchado y comenzaron a aparecer de los lugares donde habían estado esperándonos. Yo seguí hacia la escalera. Nadie trató de detenerme. O quizás si y no l recuerdo. Fui a mi cuarto, cerré la puerta, descorrí la cortina de mi cama y me metí en su santuario oscuro y silencios.

No sé cuánto tiempo pasó. Tal vez horas. Probablemente fueran minutos, el tiempo que necesitó Clay para explicar el asunto a los demás luego escuché los pasos de él en la escalera. Se detuvo frente a mi puerta y golpeó. Como no respondí, golpeó más fuerte.

-¿ Elena? -me llamó.

-Vete.

La puerta se quejó como si él se apoyara en ella.

-Quiero verte.

-No.

-Déjame entrar a hablar contigo. Sé cuánto te duele...

Me levanté y grité:

-No tienes idea de lo que me duele. ¿Por qué habrías de tenerla? probablemente estés contento de que no esté más. Un obstáculo menos para que te preste atención. Es todo lo que era para ti, ¿verdad? Un obstáculo para tenerme a mí.

Respiró hondo.

-No es verdad. Sabes que no es así. No importa lo que sintiera porque Logan estuviera cerca de ti, no dejaba de quererlo como a un hermano. -La puerta volvió a quejarse. -Déjame entrar, cariño. Quiero estar contigo.

-No.

-Elena, por favor. Quiero...

-¡No!

Estuvo en silencio un momento. Escuché su respiración, oí que dejaba de respirar un instante para tragar saliva. Luego hizo un sonido bajo de angustia que se transformó en un rugido de dolor. Sus zapatos chirriaron cuando giró de pronto, después estrelló el puño contra la pared del otro lado del corredor. Una lluvia de yeso llegó al suelo. La puerta de su cuarto se cerró de un portazo. Luego otra cosa se estrelló contra la pared, algo más grande esta vez: un velador o una lámpara. En mi cabeza, seguí el alboroto, viendo pedazos del mobiliario que se hacía trizas y deseando poder hacer lo mismo. Quería lanzar cosas, destruirlas, sentir el dolor de mis manos golpeando la pared, golpear todo lo que hubiera alrededor hasta que mi pena y mi furia fueran tragadas por el cansancio. Pero no podía hacerlo. Me detuvo una parte racional de mi cerebro, que me recordó que eso tendría consecuencias. Cuando recuperara el control iba a avergonzarme de haber perdido el control produciendo una destrucción por la que otro tendría que pagar. Miré a las pastorcitas de Dresden sobre mi vestidor y pensé en lanzarlas contra el piso, ver sus rostros insípidos en medio de vidrios rotos. Sería una sensación maravillosa, pero no lo iba a hacer. Recordé cuánto costaron, el tiempo que Jeremy había dedicado a escogerlas para mí, lo que lo lastimaría si destruía su regalo.

Por más que quisiera explotar, no podía hacerlo. No me podía dar ese lujo. Y odié a Clay porque él sí podía hacerlo.

Incapaz de descargar mi dolor; pasé las horas que siguieron acurrucada sobre la cama, sin moverme hasta que se me acalambraron los músculos de las piernas y me rogaron que

cambiara de posición. Mantuve la mirada fija en las cortinas de la cama. la mente lo más en blanco que podía, con miedo a pensar o a sentir alguna cosa. Horas más tarde seguía así cuando Jeremy golpeó a mi puerta. No respondí. La puerta se abrió, luego se cerró. Las cortinas susurraron y el colchón se hundió cuando Jeremy se sentó junto a mí. Su mano descansaba sobre mi hombro. Cerré los ojos y sentí el calor de sus dedos que atravesaba mi camisa. Durante varios minutos no dijo nada. Luego sacó una hebra de pelo de mi rostro y la metió detrás de mi oreja.

No me merecía su bondad. Yo lo sabía. Supongo que era por eso que siempre cuestionaba sus motivos. Al principio, cada vez que él hacía algo amable, trataba de descubrir el mal oculto tras ese gesto, una motivación nefasta. Al fin de cuentas, era un monstruo. Tenía que ser malvado. Cuando advertí que no había nada malo en Jeremy, recurrí a otra excusa; que era bueno conmigo porque no podía quitarme de en medio, porque era un tipo decente e incluso porque sentía cierta responsabilidad por lo que su hijo adoptivo me había hecho. Si me llevaba a ver teatro en Broadway y a cenar a lugares elegantes, era porque me quería tener tranquila y contenta, no porque disfrutara de mi compañía. Quería que disfrutara de mi compañía pero no podía creer en eso porque no veía mucho en mí que lo mereciera. Y no es que creyera que no era merecedora de amor y atenciones, pero no de alguien del calibre moral de Jeremy. Yo no había logrado ganarme el afecto de una docena de padres adoptivos, así que no podía creer que ahora si lo hubiera ganado, de alguien que valía más que todos esos hombres juntos. Aun así hubo momentos en que me permití creer que Jeremy de veras me quería, cuando estaba demasiado dolida como para negarme esa fantasía. Y ésta era una de esas veces. Cerré los ojos, sentí su presencia y me permití creerlo.

Nos quedamos en silencio un rato y luego dijo con suavidad:

-Lo enterramos en el fondo. ¿Hay algo que quieras hacer?

Sabía que me estaba preguntando si había algún rito humano de entierro que pudiera hacerme sentir mejor. Deseé que así fuera. Deseé poder encontrar dentro de mí algún ritual de muerte tranquilizador, pero mis experiencias religiosas juveniles no me habían dado confianza en el poder de un ser todopoderoso. Mi recuerdo más vívido de la iglesia era estar sentada en un banco en medio de una de las parejas que me adoptó, mi madre adoptiva inclinada hacia delante, tratando de oír al pastor y tratando de ignorar el hecho de que la mano de su marido estaba explorando los misterios espirituales ocultos bajo mi pollera. Sólo aprendí a rezar para que se me liberara de ese tormento. Dios debe haber estado ocupado con algo más importante. Me ignoró y yo aprendí a responder del mismo modo.

Aun así, y a pesar de mis creencias, consideré que tenía que hacer algo para marcar la muerte de Logan, por lo menos ir al lugar donde estaba enterrado a despedirlo. Cuando le dije eso a Jeremy; se ofreció a acompañarme, cosa que acepté con un movimiento de cabeza. Me ayudó a levantarme, me tomó del codo y me condujo suavemente escaleras abajo. Si hubiese sido otro o en otro momento, habría rechazado la ayuda. Pero en ese momento se lo agradecí. El suelo parecía moverse y hundirse bajo mis pies. Bajé con cautela los escalones y salimos al corredor de atrás. Se abrió la puerta del estudio y Antonio asomó la cabeza, con una copa de brandy a medio llenar en la mano. Miró a Jeremy, transmitiendo una pregunta silenciosa. Cuando Jeremy sacudió la cabeza Antonio asintió, luego retrocedió al cuarto. Cuando salimos por la puerta, oí que se abría nuevamente. Sin necesidad de mirar sabía quién estaba saliendo. Jeremy miró por sobre su hombro y alzó una mano. No oí que se volviera a cerrar la puerta, ni oí que los pasos de Clay nos siguieran. Lo imaginé en el corredor mirando cómo nos alejábamos, y caminé un poco más aprisa.

Habían enterrado a Logan en medio de una arboleda, en el bosque de atrás de la casa. Era un lugar bonito, donde el sol del mediodía bailaba en las hojas y caía sobre las flores silvestres. Pensé en eso y luego advertí lo absurdo de escoger un lugar agradable para enterrar a los muertos. Logan no podía verlo. No le importaba dónde yacía. El lugar elegido cuidadosamente era sólo reconfortante para los vivos. Y a mí no me reconfortaba.

Me incliné a tomar unas flores blancas diminutas para dejarlas sobre la tierra removida. Tampoco supe por qué hacia eso. A Logan no le importaría. Otro gesto sin sentido que

buscaba ofrecer un pequeño grado de consuelo, el consuelo de un ritual realizado sobre los cuerpos de los muertos desde que los seres humanos comenzaron a velar a sus muertos. Parada junto a la tumba, aferrando mi patético ramito de flores, recordé el último y único funeral en el que había estado. El de mis padres. La mejor amiga de mi madre -la que intentó adoptarme- había hecho los arreglos para el pequeño funeral. Más tarde supe que mis padres no tenían seguro de vida, así que estoy segura de que la amiga de mi madre debió costearlo todo. Me llevó al funeral, se quedó junto a mí y me tuvo de la mano. Fue la última vez que la vi. El sistema de adopción imponía como regla la separación total.

Ese día me quedé parada allí, mirando las tumbas y esperando. Volverían. Lo sabía. Había visto los ataúdes y pude ver a mi madre dentro de uno de ellos, vi a los hombres bajar los cajones y cubrirlos de tierra. No importaba. Volverían. No tenía ninguna experiencia con la muerte real, sólo la cosa ruidosa y chillona que se veía en los dibujos animados los sábados por la mañana, en los que el coyote moría y volvía a morir pero siempre volvía para intentar otro plan idiota antes de que se terminara el asunto. Así funcionaba. La muerte era temporaria, sólo duraba lo suficiente como para provocar la risa en niños vestidos con piyamas, sentados de piernas cruzadas delante del televisor, llenándose de cereales. Hasta había visto un truco cuando mi padre me llevó a un show de magia en la fiesta de Navidad de su oficina. Habían puesto a una mujer en una caja, la cortaron por la mitad e hicieron girar la caja. Cuando reabrieron la puerta, salió de un salto, sonriente y completa, recibiendo los vítores y las risas de la gente. Y mis padres saldrían de sus cajas enterradas del mismo modo, sonrientes y enteros, la cabeza de mi padre donde debía estar. Era una broma. Una broma maravillosa y aterrorizante. Todo lo que tenía que hacer era esperar a que se terminara. Parada junto a las tumbas de mis padres, comencé a reír. El pastor se volvió hacia mí, condenándome con la mirada por ser una niñita sin sentimientos. No me importó. Él no sabia de la broma. Me quedé allí, sonriente y esperando... esperando.

Mirando la tumba de Logan, anhelé que esa fantasía retornara, que me permitiera pensar que él iba a volver, que la muerte era sólo temporaria. Pero ahora sabía la verdad. Muerto es muerto. Enterrado es enterrado. Se fue. Caí de rodillas, aplastando las flores en mis puños. Algo se quebró dentro de mí. Caí hacia delante y aullé mi pena sobre una tierra indiferente. Aullé hasta que mis gritos se transformaron en hipos y gañidos, el único sonido que salía de mi garganta maltrecha. Luego me acurruqué sobre la tierra removida y la sentí bajo el peso de mi cuerpo, como si la tumba se abriera para recibirme. Me cubrí el rostro con los brazos y empecé a sollozar. Pasados unos minutos, una voz logró llegar a mi mente. No era la de Jeremy, que estaba en silencio junto a mí, sabiendo que no debía interferir. Aquél era el único que se atrevía a interferir.

- Ahora! -gritaba Clay-. No puedo escucharla y no...

La voz de Jeremy, palabras dichas en un susurro suave y contenido.

-¡No! -gritó Clay-. No pueden hacerle eso. A Logan. Ni a ella. No me voy a quedar quieto...

Otro murmullo que lo interrumpió.

-¡Dios! Cómo puedes... -La voz de Clay se ahogó en su propia furia.

Escuché algo, un roce en las ramas, Jeremy alejando a Clay, llevándoselo al interior del bosque, dejándome con mi dolor. Echada sobre la tierra, los escuché. Clay quería ir en busca del asesino de Logan, ni mañana, ni esta noche. Ahora mismo. Jeremy trataba de disuadirlo, diciéndole que aún era de día, estaba demasiado enojado, necesitaban planificar la cosa. No importaba lo que Jeremy dijera ni si lo que decía tenía sentido. La tormenta de la furia de Clay ahogaba toda lógica. Sabía cuál sería el resultado. Sabía lo que Clay iba a hacer con o sin permiso de Jeremy. Al frotar mis manos llenas de tierra sobre mi rostro húmedo, el miedo superó el dolor. Mientras discutían me levanté, salí silenciosa del bosque y fui rápido a la casa.

Diez minutos más tarde, Clay abrió la puerta de su auto y se dejó caer pesadamente en el asiento detrás del volante.

-¿A dónde vamos? -pregunté. Mi garganta apenas me permitía susurrar.

Se sobresaltó y volviéndose me vio acurrucada a su lado.

-Vas por él -dije antes de que pudiera decir nada-. Quiero estar allí. Lo necesito.

Eso era cierto en parte. Necesitaba exorcizar de alguna manera mi dolor y, al igual que Clay, sólo conocía una manera de hacerlo. La venganza. Cuando pensaba en que un callejero había matado a Logan, la furia que me llenaba casi me daba miedo. Se retorcía dentro de mi cuerpo como una víbora demoníaca, incitando a cada parte de mi cuerpo a sentir la furia, moviéndose tan rápido y tan sin control que tuve que apretar los puños y contenerme para evitar golpear algo. Había pasado por momentos de furia así desde la niñez. Entonces me había sentido frustrada por mi incapacidad de usarla, de actuar de algún modo efectivo. Hoy podía usar la furia más de lo que jamás creí posible. Lo que la hacia aún más aterrorizante. Ni siquiera sabía qué pasaría si me entregaba a ella. Saber que estaba poniéndome en acción al salir en busca del asesino me ayudaba a controlar mi ira.

Había otro motivo para ir con Clay. Temía dejarlo solo, temía que si yo no estaba allí para cuidarlo habría otra tumba en el bosque. Esa idea me hizo sentir cosas que ni siquiera podía admitir.

-¿Estás segura? -preguntó, girando la cabeza hacia mí-. No tienes que venir.

-Sí, tengo que hacerlo. No trates de detenerme o le diré a Jeremy que te has ido. Le diré que te lo prohíba. Y si ya te has ido, lo llevaré hasta ti.

Clay extendió la mano para tomarme, pero yo miré por la ventana. Luego de un momento de silencio, se abrió la puerta automática del garage con un chirrido y el motor del auto se encendió con un rugido. Retrocedió por el camino de salida a toda velocidad y ya estábamos en la ruta hacia Bear Valley.

Camino de Bear Valley, la bruma de dolor y furia que giraba en mi cerebro se disipó ante la perspectiva de acción: acción clara y definitiva. Centré mi mente en eso. Cualquier impulso de correr a Bear Valley y buscar enloquecidamente al asesino de Logan se disipó bajo el peso frío de la realidad. Necesitábamos un plan. Al entrar en Bear Valley, quedamos en medio del tráfico y tuvimos que esperar todo un cambio de luces en el semáforo antes de poder girar a la izquierda de una calle principal a otra.

Cuando el segundo semáforo se puso rojo, Clay lo pasó, ignorando los bocinazos.

-¿Sabes a dónde vas? -le pregunté.

-A estacionar.

-¿Y luego...?

-A encontrar al hijo de puta que mató a Logan.

-Buena idea. Un plan preciso. -Me tomé de la manija de la puerta cuando Clay giró en la entrada del único estacionamiento público del centro del pueblo. -No podemos cazarlo ahora. Es de día. Y si encontramos al callejero, no podemos hacer nada.

-¿Qué sugieres? ¿Disfrutar de la cena mientras el asesino de Logan anda suelto?

Aunque no había comido desde la noche anterior, mi estómago rechazó la idea de comer. Quería ir en busca del asesino de Logan tanto como Clay, pero debía ser cautelosa. Por más que me repeliera la idea de que algo pudiera distraernos de vengar a Logan, eso era lo que teníamos que hacer. Distraernos unas horas.

-Debemos investigar lo que pasó anoche.

Clay se metió en un espacio para estacionar.

-¿Qué?

-Descubrir cómo reacciona el pueblo ante lo que sucedió en la fiesta de anoche. Evaluar el daño. Aún buscan más perros salvajes? ¿Van a hacer algo con el cuerpo de Brandon? ¿Té vio alguien saltar desde la ventana de un piso alto? ¿Alguien me vio con el callejero?

-Por Dios, ¿a quién le importa lo que vieron o pensaron?

-¿A ti no? ¿No te preocupa que estudien lo que queda de Scott Brandon y encuentren algo un poco extraño? Es tu patio trasero Clay. Tu hogar. No te puedes dar el lujo de que no te importe.

Clay hizo un ruido, mezcla de suspiro y gruñido de frustración.

-Bueno. ¿Qué sugieres?

Me di un respiro, ya que aún no lo había pensado. La imagen de Logan aún inundaba mi cerebro. La hice a un lado para concentrarme en los siguientes pasos. Luego de unos minutos dije:

-Compramos el diario, vamos al café y leemos escuchando hablar a la gente. Luego planeamos cómo rastrear el callejero. Y cuando anochece lo hacemos.

-Leer un diario no nos va a ayudar a encontrar al asesino de Logan. Mejor comemos.

-¿Tienes hambre?

Apagó el motor y se quedó en silencio un momento.

-No.

-Entonces a menos que tengas una manera más productiva de pasar un par de horas, ése es el plan.

RASTRO

Luego de comprar un diario, busqué un teléfono público para llamar a Jeremy. Contestó Peter, así que no necesité en realidad hablar con él. Le pedí a Peter que le dijera que estaba con Clay y que lo había convencido de que no era el momento de ir tras el asesino de Logan. En vez de eso, estábamos haciendo inventario del daño causado la noche anterior. Por supuesto que no dije que rastrearíamos al asesino de Logan luego. Era todo cuestión de interpretación. No estaba mintiendo. De veras.

Bear Valley tenía tres cafés, pero The Donut Hole era el único que importaba. Los otros dos estaban reservados a gente de fuera del pueblo, camioneros y cualquier otra persona que saliera de la carretera para reanimarse con un poco de cafeína y azúcar. Al entrar al Hole, sonó el cencerro sobre la puerta. Todos se dieron vuelta. Unas cuantas personas sonrieron desde el mostrador, una alzó la mano a modo de saludo. Yo podía resultarles vagamente conocida, pero a quien reconocieron fue a Clay. En un pueblo de ocho mil habitantes, un tipo con el aspecto de Clay tenía tantas chances de no hacerse notar como su Porsche Boxster en el estacionamiento local. Clay odiaba que le prestaran atención. Para él, la maldición era su rostro, no su sangre de licántropo. Clay no quería otra cosa que pasar inadvertido como un ser humano más. Creo que se habría deshecho del Boxster si hubiera podido, pero al igual que mi cuarto, era un regalo de Jeremy, el último de una serie de autos deportivos que fueron comprados para satisfacer el placer que le daba a Clay manejar rápido y tomar las curvas a toda velocidad.

Aun así, Clay tenía suerte en Bear Valley. Aunque su auto y su rostro hicieran volver las miradas, nadie lo molestaba como hubieran hecho en una ciudad. Estaba exento de la atención indebida de las mujeres por el anillo de oro que llevaba en el cuarto dedo de su mano izquierda, siendo Bear Valley un lugar donde un anillo de casamiento aún significaba que uno no está a disposición del sexo opuesto. El anillo tampoco era un engaño. Clay no se rebajaría a tal cosa. Su anillo era igual al que habíamos comprado para mí hacía diez años, antes de que la pequeña cuestión de una mordida en mi mano acabara con la felicidad marital para siempre. A Clay no le importaba el hecho de que no hubiera habido casamiento. La ceremonia en sí era irrelevante, un ritual humano sin sentido. Lo que le importaba era el compromiso de fondo, la idea de una compañera de por vida, algo que el lobo que había en él reconocía, llámese matrimonio o apareo o lo que se quiera. Así que llevaba el anillo. Eso lo podía soportar, lo consideraba otra fantasía de su cerebro dominado por las ilusiones. Fue cuando me presentó como su esposa que la cosa se puso fea.

The Donut Hole era un café típico, incluyendo los asientos de vinilo rojo rajado de los reservados y el persistente olor de la achicoria quemada. No había modo de escapar a la sección de fumadores:
aunque pudiera encontrar un reservado sin cenicero, el humo de las mesas cercanas le llegaba a una en segundos, ignorando el tiraje de un sistema de ventilación demasiado débil. Las meseras eran todas mujeres maduras, que probablemente ya habían criado una familia y que, habiendo decidido pasar sus años de nido desierto ganando un poco de dinero, descubrieron que ése era el único empleo para el que el mundo las consideraba calificadas. A esa hora del día, la mayoría de los clientes eran trabajadores, que venían en busca de una última copa antes de irse a casa o que se demoraban allí para evitar volver a casa más temprano de lo necesario.

Mientras yo buscaba un reservado, Clay fue al mostrador y vino con dos cafés y dos porciones de tarta de manzana casera. Hice a un lado la comida y abrí el Bear Valley Post sobre la fórmica de la mesa. El incidente en el boliche ocupaba parte de la primera plana. El diario hacía referencia a una gran fiesta privada llena de "actividades ilegales», lo que lo hacía aparecer como algo mucho más divertido de lo que era en realidad. Si bien el diario no lo decía explícitamente, insinuaba que la mayoría de los fiesteros eran de fuera de Bear Valley. Claro.

Los detalles respecto del «incidente» eran escasos, debido a una combinación de factores mitigantes, es decir, que la mayoría de los testigos estaban borrachos o drogados y que el criminal era un perro muerto, lo que lo hacía doblemente difícil de entrevistar. Los hechos se reducían a esto: un gran canino había masacrado a tres personas en una fiesta antes de que lo matara la policía. No era exactamente material como para llenar la primera plana, por lo que el reportero lo había inflado con suficiente especulación como para conseguir un trabajo en un diario sensacionalista. Se suponía que el canino muerto era un perro y todos parecían contentos con esa explicación, lo que significaba que las autoridades no tenían intención de llamar a expertos en vida salvaje o enviar los restos a un laboratorio caro de la ciudad. Lo que quedaba de Brandon ya había sido «eliminado", es decir, incinerado en la sociedad protectora de animales. Ni siquiera habían hecho pruebas para ver si tenía rabia, probablemente porque se consideraba que cualquiera que hubiese participado de la fiestita merecía soportar unas cuantas inyecciones antirrábicas, aunque más no fuera para que se avisparan un poco. Además, el reportero dio por supuesto que el perro muerto estuvo involucrado en el asesinato de la joven de la semana anterior, aunque la policía no descartaba la posibilidad de que hubiera más perros salvajes en el bosque, especialmente porque esos muchachos habían visto dos caninos la noche anterior. Finalmente, y más allá de tanta especulación, no había ninguna mención de que alguien hubiese visto a un hombre o a una mujer rubios que parecieran estar involucrados en el incidente. Tal como yo esperaba, Clay y yo no habíamos sido más que dos testigos en medio del caos.

-Es una pérdida de tiempo -se quejó Clay. Había estado leyendo el artículo al revés. -No hay nada.

-Bien. Eso es lo que queríamos, así que no fue una pérdida de tiempo que nos aseguráramos.

Resopló y clavó su tenedor en la tarta, provocando una explosión de costra. Luego la alejó sin probarla.

-Estás seguro de que a quien olfateaste en Logan -inhalé para soportar la pena que me produjo pronunciar su nombre-fue a alguien que no reconociste.

- Si -los ojos de Clay se nublaron y luego chispearon de ira Un callejero. Un puto callejero. Dos en Bear Valley. De todos...

-No podemos ponemos a pensar en eso ahora. Olvida cómo y por qué. Concéntrate en quién.

-No reconocí el olor. Y ninguno de los otros lo reconoció. Lo que quiere decir que es un callejero con el que no nos hemos cruzado lo suficiente como para reconocerle el olor.

-O es nuevo. Igual que Brandon.

Librodot

Clay frunció el entrecejo.

-¿Dos callejeros nuevos? Uno ya es bastante raro, pero...

-Bueno, dejémoslo ahí. No lo reconociste. Veamos si podemos oír a alguien hablar de lo de anoche.

Clay se quejó. Ignorándolo, me recosté en el respaldo para oír la conversación en derredor, mientras pretendía beber café. La experiencia era deprimente, no porque nadie hablara del «incidente», sino porque lo que la mayoría estaba discutiendo no daba una imagen demasiado positiva de la vida de la gente común. De todos los rincones del cuarto llegaban quejas de patrones injustos, compañeros de trabajo traidores, hijos desagradecidos, vecinos entrometidos, trabajo aburrido y matrimonios aún más aburridos. Nadie sonaba feliz. Quizá no fuera tan malo como parecía. Quizá las relaciones impersonales en los cafés de pueblo chico fueran perfectas para descargar las frustraciones triviales de la vida que la gente de las grandes ciudades llevaría a un terapeuta, invirtiendo mucho más que un dólar en café para descargarse.

Mientras escuchaba, comenzó a aflorar en mí una antigua ira y resentimiento. ¿Por qué la gente siempre se quejaba de sus empleos y cónyuges e hijos y demás parientes? ¿No se daban cuenta de que eran afortunados al tener esas cosas? Aun de niña odiaba oír a los chicos quejarse de sus padres y hermanos. Quería gritarles: si no les gusta su familia, me la dan a mí, yo me la quedo y nunca me quejaré de tener que ir temprano a la cama o de que me moleste mi hermana menor. Al crecer estuve rodeada de imágenes de familia. Parecían estar en cada libro, cada programa televisivo, cada película, cada publicidad. Madre, padre, hermano, hermana, abuelos, mascotas y hogar. Palabras tan familiares para cada niño de dos años que cualquier otro tipo de vida sería impensable. Impensable y equivocada, simplemente equivocada. Cuando superé la etapa de la autoconmiseración, advertí que haberme perdido estas cosas en la niñez no significaba que tenía que perdérmelas para siempre. Podía tener una familia cuando creciera. Ni siquiera tendría que ser el tradicional marido, tres chicos, perro y un lindo chalet. Cualquier variación sería buena. La cuestión era que tenía el poder de cambiar mi vida y conseguir todo lo que la vida me había negado. Y entonces, en el momento en que llegaba a ser adulta, me volví mujer lobo.

Mis planes para el futuro desaparecieron en una noche. Podía forjarme una vida en el mundo humano, pero nunca sería lo que había imaginado. No tendría marido. Vivir con alguien ya era bastante arriesgado, compartir la vida con alguien era imposible: había demasiado que no podría compartir. Nada de niños. No había antecedentes de una mujer lobo que diera a luz. Aunque estuviera dispuesta a correr el riesgo, no podía someter a un niño a la posibilidad de vivir como licántropo. Nada de marido ni hijos y, faltando eso, ninguna esperanza de formar una familia o tener un hogar. Todo eso se me había quitado, tan lejos de mi alcance como cuando era niña.

Clay me miraba, con los ojos llenos de preocupación.

-¿Estás bien?

Me buscó, no con una mano conmiserativa ni con una palmada en la rodilla, ni nada tan obvio. En cambio, deslizó su pierna hacia delante hasta tocar la mía y siguió estudiándome el rostro. Me volví para mirarlo. Al encontrarse nuestras miradas, quería gritarle, decirle que no estaba bien, que nunca estaría bien, que él se había asegurado de que así fuera. Había robado todos mis sueños y toda esperanza de tener una familia en un gesto de egoísmo imperdonable. Retiré mi pierna bruscamente y desvié la mirada.

-¿Elena? -dijo, inclinándose sobre la mesa-. ¿Estás bien?

-No. No estoy bien.

Me detuve. ¿De qué serviría decir algo más? Estábamos aquí para cazar al asesino de Logan, no para pelearnos por nuestros problemas personales. No era el momento. Y en el fondo sabía que nunca llegaría el momento. Si lo hablábamos, quizá pudiéramos solucionar la cosa. Era un riesgo que no estaba dispuesta a correr. No quería olvidar y no quería perdonarlo jamás. No me lo permitiría.

Arreglar las cosas con Clay significaría rendirme. Significaría darle la victoria, reconocer que morderme valió la pena. El tendría la compañera que deseaba, sería la concreción de sus sueños. Pero yo tenía mis propios sueños y Clay no tenía ningún lugar en ellos. Licántropo o no licántropo, no soportaba la idea de renunciar a ellos, especialmente ahora que había visto las posibilidades que se me abrían con Philip. Tenía un hombre bueno y decente, alguien que reconocía y alentaba mi potencial para ser buena y normal, cosas que Clay no veía, que ni siquiera le importaban y por cierto que nunca las alentaba. Tal vez el casamiento, los chicos y la casa en los suburbios no fueran nuestro destino pero, como dije, cualquier variante era buena. Con Philip podía imaginar una variante satisfactoria, con un compañero, un hogar, una familia. 'Todo lo que tenía que hacer era salir de este lío con la Jauría, volver a Toronto y aprovechar la oportunidad que se me brindaba.

-No -repetí-. No estoy bien. Logan está muerto y su asesino anda suelto y estoy en un estúpido café con... -Me tragué el resto. - Se supone que escuchemos los rumores, ¿recuerdas? Cállate y escucha.

Hice un esfuerzo por volver a concentrarme en las conversaciones en derredor. La gente seguía quejándose de sus vidas, pero lo ignoré y me concentré en tratar de escuchar lo que quería oír. Junto con la desesperanza general, aquí y allí los clientes comentaban los eventos de la noche anterior con ese tono cansino que dice "a dónde iremos a parar", que la gente probablemente ha usado desde que los primeros hombres vieran a sus vecinos caminar en dos patas. Si bien la mayoría de la gente repetía lo que decía el artículo del diario, unos cuantos hacían nacer rumores que andarían por todo el pueblo para el anochecer. Una mujer en un rincón al fondo dijo que había escuchado que no se trataba de un animal salvaje, sino de un perro guardián de un pariente del alcalde que se había escapado, y que habían sobornado o amenazado a la policía para que dijera que había sido un perro salvaje. Algunos incluso pensaban que el perro no tuvo nada que ver. Sino que la gente enloquecida por las drogas los había matado. Se volvieron locos, se inició el pánico y los policías mataron a un pobre perro. La gente a veces puede ser muy creativa. Surgieron otras historias aquí y allá, aunque ninguna tan interesante como ésa. Pero lo cierto es que nadie hablaba de lobos demasiado grandes ni exigía una investigación para saber por qué la bestia actuó como lo hizo. 'Todos daban por supuesto que era perfectamente natural que un perro se descontrolara y masacrara a varias personas en un local atestado de gente. Mientras yo prestaba atención a la conversación, Clay hacía de cuenta que leía el diario. Digo "hacía de cuenta" porque yo sabia que no le importaba un carajo lo que sucediera en Bear Valley o en ningún otro lugar del mundo. Al igual que yo, trataba de pescar algún rumor; aunque no lo admitiera.

-¿Podemos irnos ya? -preguntó finalmente.

Sorbí mi café frío. Me quedaban tres cuartos de la taza. Clay ni siquiera había probado el suyo. Y ninguno de los dos había tocado la tarta. Por una vez el hambre era una preocupación distante.

-Supongo que podemos empezar -dije, mirando por la ventana-. Falta mucho para que oscurezca, pero probablemente nos lleve un tiempo encontrar un rastro. ¿Empezamos por el estacionamiento?

No podía decir «el estacionamiento donde encontramos a Logan», pero Clay sabía a cuál me refería. Asintió, poniéndose de pie y me abrió la puerta sin decir más.

Cuando íbamos acercándonos al estacionamiento del almacén, me detuve antes de doblar la esquina, para no ver el lugar donde habíamos encontrado a Logan. Mi corazón latía tan aprisa que tuve que concentrarme para poder respirar.

-Puedo hacerlo yo -dijo Clay, poniendo su mano en mi espalda-. Quédate aquí. Yo encontraré el rastro y veré a dónde conduce.

Me alejé de su mano.

-No puedes. El olor ya se había desvanecido mucho anoche. Será peor ahora. Necesitas de mi olfato.

-Puedo intentarlo.

-No.

Di vuelta a la esquina, vacilé, casi me detuve, luego me impulsé hacia delante. Cuando vi el lugar dónde había estado estacionado el Explorer, desvié la mirada, pero fue demasiado tarde. Mi mente ya estaba reproduciendo la escena de anoche: yo corría hacia delante, Clay me llamaba y corría tras de mí. El advirtió lo sucedido antes que yo. Por eso intentaba detenerme. Ahora lo entendía, aunque su motivo no importaba ahora. Era sólo una distracción sin sentido que atravesaba mi mente, evitando que pensara en lo sucedido aquí la noche anterior.

De día, el estacionamiento parecía otro lugar. Había gente yendo de los autos a los negocios y viceversa. Al igual que el café, el estacionamiento estaba lleno de trabajadores, la mayoría en jeans, algunos en traje. Cargaban bolsas con la cena de la noche o leche o pan comprado de camino a casa. Nadie nos prestó atención cuando pasamos rumbo a un lugar cerca de la verja posterior. El lugar estaba vacío, quedaba demasiado lejos del negocio como para que lo usaran, salvo en los días en que había más clientes.

Me quedé del lado derecho, donde había estado la puerta del acompañante del Explorer. Cerré los ojos e inhalé. El olor de Logan me inundó el cerebro. Sentí que se me aflojaban las rodillas. Clay me tomó del codo. Me afirmé, luego volví a aspirar, tratando de bloquear el olor de Logan. No funcionó. Su rastro desplazaba todos los olores menos familiares. Con los ojos cerrados podía imaginármelo parado delante de mí, lo suficientemente cerca para tocarlo. Abrí los ojos. La luz del día hizo retroceder la fantasía hacia las sombras de mi mente.

-Yo... -traté de hablar-. Tengo problemas.

-Está aquí -dijo Clay-. Muy leve, pero registro algo. Espera un segundo y veré si puedo pescarlo.

Fue a la izquierda, se detuvo, sacudió la cabeza, luego volvió y se dirigió en otra dirección. En su segunda ronda de los cuatro puntos cardinales, volvió a mí.

-Lo tengo -dijo. -El rastro viene del este, pero el callejero salió por aquí

No había nada en un rastro que pudiera decirle siquiera al mejor rastreador si alguien venía o se iba. Clay sabia porque el rastro de acercamiento también traería el olor de Logan, aunque no lo dijo.

-Ven aquí e inténtalo -dijo.

Al alejarme del lugar comencé a tranquilizarme. Clay estaba parado cerca de una minivan. Fui junto a él y olfateé. Sí, aquí estaba el rastro. Un licántropo desconocido. El rastro me condujo a través del estacionamiento, alejándome del almacén hacia el negocio de artículos de caza y ferretería. De allí iba al Oeste por la vereda, luego volvía hacia la calle principal, donde lo seguimos hasta el centro. Si eso suena increíblemente rápido y fácil, no fue así. Caminando directo del punto A al B, hubiéramos tardado quince minutos. Pero nos llevó más de una hora, perdíamos a cada momento el rastro, retrocedíamos para descubrir dónde había doblado el callejero y vuelta a empezar. Una o dos veces perdí el rastro por completo. El rastreo como humana hacía el asunto aún más difícil, no sólo porque tenía menos olfato, sino porque no pedía poner la nariz contra el suelo para oler. Bueno, podía, pero la sociedad educada por lo general rechaza tales acciones y normalmente conducen a una visita al psiquiatra más cercano. Alguien que olfatea o anda en círculos ya provoca sorpresa. Así que debía ser discreta. Aunque pudiera convencer a Clay de esperar hasta medianoche, no podríamos Cambiarnos a lobos. Después de todo lo que había sucedido en Bear Valley, eso no sería un riesgo, sería suicida.

El centro de Bear Valley cerraba a las cinco, permitiéndoles a los empleados llegar a sus casas a tiempo para cenar e ignorando el hecho de que todos trabajaban hasta las cinco y necesitaban ir de compras después. Semejante descuido pedía ser la explicación de la cantidad de locales vacíos en el centro, lo que afectaba a un negocio, luego al siguiente y al siguiente, hasta que la cuadra entera se veía como un aviso gigante de la Inmobiliaria de Bear Valley. Para cuando llegamos allí, ya eran más de las siete y hasta el más dedicado de los

clientes se había ido. Las calles estaban vacías. Todo el pueblo parecía haber cerrado. Pude disimular menos con el rastreo y avanzamos otros ochocientos metros en veinte minutos. El rastro llegaba a un Burger King que había sido separado de sus similares en el lado este del pueblo. Aparentemente el callejero se había detenido aquí para cargar combustible. Pasados otros veinte minutos de dar vueltas y avances y retrocesos volví a encontrar el rastro. Diez minutos más tarde estábamos parados en el estacionamiento del Big Bear Motor Lodge.

-Esto sí que no fue ninguna genialidad -murmuré mientras estudiábamos la colección de pick Up. y autos de cuatro puertas-. Hay dos hoteles. No era muy difícil encontrarlo.

-Tú fuiste la que insistió en que empezáramos por el estacionamiento del almacén.

-No te oí proponer otra cosa.

-Eso se llama instinto de supervivencia, cariño. Sé cuando cerrar la boca.

-¿Desde cuándo...? -me detuve, advirtiendo la presencia de una mujer junto a su puerta que no intentaba ocultar que escuchaba nuestra conversación. Siempre es lindo saber que se puede ofrecer entretenimiento cuando se terminan los teleteatros de la tarde.
Di la vuelta a una pick up y miré el edificio de dos plantas.

-¿Cuántos cuartos hay?

-Treinta y ocho - dijo Clay sin un segundo de dilación-. Diecinueve en cada piso. Una puerta principal abajo. En la planta alta una entrada principal y una de emergencia.

-Si fuera yo, me conseguiría un cuarto en la planta baja -dije-. Acceso directo. Más fácil entrar y salir a cualquier hora.

-Pero el segundo piso tiene balcones, cariño. Y una gran vista.

Miré al otro lado del camino, a un lote vacío tapado de yuyos, bloques de cemento derruidos y suficiente basura como para tener a un grupo de niños exploradores ocupados todo un día.

-Planta baja -Dije- Yo empiezo. Ve a esconderte.

-Si. Ya jugamos este juego. Yo me oculto. Tú nunca buscas. Soy lento pero empiezo a ver tu juego.

-Ve.

Clay sonrió, me tomó de la cintura y me besó, luego se escapó antes de que pudiera castigarlo. Si bien era bueno ver que estaba de mejor ánimo, sería aún mejor que no fuera la perspectiva de un asesinato lo que le produjera tal cosa. Yo también estaba de mejor ánimo. En las últimas dos horas de rastreo había olvidado el resentimiento que había salido a la superficie en el café. Eso pedía ser señal de que le escapaba al asunto o una disminución de la capacidad mental, pero en realidad era una técnica de supervivencia. Si me concentraba en mi ira contra Clay cada segundo que me veía obligada a pasar con él, me habría convertido en una bruja amargada muchos años atrás. Algunos por supuesto podrían sostener que había cruzado esa puerta hacía mucho tiempo, pero ésa no es la cuestión.

Mientras Clay iba en busca de un lugar adecuado para esperar, yo miré para ver si podía encontrar algo que justificara mi presencia Cerca de un Impala oxidado vi una hoja de papel. Era un recibo por un nuevo autoestéreo, que esperé que no se hubiera incorporado al Impala, porque si era así, el dueño había gastado más en el sistema de audio que en el auto. Quité una hoja mojada de la boleta, la alisé, luego la doblé por la mitad y me dirigí a la vereda a la que daban los pisos de la planta principal. Empecé desde la salida de emergencia y lentamente fui por la vereda, haciendo de cuenta que estudiaba la boleta y permitiéndome detenerme en forma prolongada delante de cada puerta a olfatear. La mujer chismosa había vuelto a su cuarto. Dos personas salieron de una pieza cerca del fondo, pero ignoraron a la joven que tenía tal dificultad para encontrar el número del cuarto escrito en su papel. La gente considera que las rubias tienen menos capacidad mental.

Cuando llegué al final, encontré el rastro del licántropo, que se dirigía a la recepción. Aquí el olor era fuerte, lo que indicaba que había pasado varias veces por este lugar. Un cuarto de la planta alta al que sólo se podía acceder por esta entrada. Quizá le gustara ver el amanecer sobre un lote vacío. Atravesé la playa de estacionamiento. Clay salió de atrás del edificio antes de que pudiera buscarlo.

-Arriba -dije.

-¿Ves, cariño? Nunca nadie dijo que los callejeros tienen cerebro.

Tiré la boleta en medio de los arbustos y fuimos hacia la puerta principal. Al ingresar a la recepción, Clay me tomó de la cintura y empezó a quejarse de una cena imaginaria en un comedor local. Mientras él parloteaba, yo vi las escaleras a la izquierda del mostrador e hice que nos encamináramos hacia allí, asintiendo mientras Clay se quejaba de haber tenido que esperar la cuenta veinte minutos. El show no era necesario. El empleado ni siquiera alzó la vista cuando pasamos.

Arriba, el rastro llegaba a la tercera puerta de la izquierda. Clay tomó la manija y la rompió con un ruido apagado. Mientras yo vigilaba para anunciar la posible presencia de pasajeros del hotel, Clay esperó a ver si alguien dentro del cuarto respondía al sonido de la cerradura al romperse. No escuchó nada y abrió suavemente la puerta. Las cortinas estaban corridas y el cuarto a oscuras. Se abrió una puerta más allá por el corredor. Empujé a Clay hacia adelante y nos introdujimos en el cuarto antes de que pudieran vemos.

Clay miró en el baño para asegurarse de que el callejero no estuviera allí, luego sacó una moneda del bolsillo.

-Cara, nos quedamos a esperarlo, cruz lo buscamos.

-Debemos quedarnos aquí -dije-. Investigar, buscar pistas mientras esperamos.

Clay alzó la vista.

-Bueno -dije-.Tira la bendita moneda.

Cuando salió cara, le saqué la lengua. Intentó tomarme la lengua con los dedos pero la retiré a tiempo.

-La próxima vez seré más rápido -dijo, luego miró en derredor-. ¿Qué esperas encontrar?

-Cualquier cosa que explique por qué tuvimos dos licántropos nuevos en Bear Valley en una semana. ¿Eso no te preocupa ni despierta tu curiosidad?

-Por supuesto, corazón. Pero estoy dejando la preocupación y la curiosidad para otro momento. Habrá bastante tiempo para analizarlo cuando este callejero haya muerto. No voy a esperar a que este hijo de puta los ataque a ustedes mientras intento averiguar qué hace aquí.

-¿Y tú crees que te estoy haciendo perder el tiempo?

-No, creo que tratas de usar el tiempo en forma eficiente. Eso está bien. Sólo digo que no esperes que me muestre demasiado dispuesto a rebuscar en los cajones del armario mientras el callejero anda por nuestras calles.

-Entonces ve a mirar por el balcón mientras busco.

Por supuesto que Clay no hizo eso. Me ayudó a buscar, después de dejar en claro que no lo entusiasmaba. A mí tampoco, pero sé que no hay que dejar pasar una oportunidad. Además, buscar entre las cosas del callejero me tenía ocupadas las manos y la mente, con lo que me quedaba poco tiempo para pensar en por qué rastreábamos a este callejero.

Clay empezó por el baño. Habían pasado unos diez minutos antes de que dijera:

Gran novedad. El tipo usa el champú y el jabón del hotel. No rompió el sello del inodoro. Hay una afeitadora descartable, no hay señales de cepillo de dientes, pasta dental o enjuague. Así que buscamos a un tipo con mal aliento. ¿Esto te sirve de algo, corazón?

Me resistí a contestar. Las paredes eran demasiado delgadas como para andar gritando. Además, yo tampoco había encontrado gran cosa. Encontré dos pares de jeans, tres camisas y varios pares de medias y ropa interior, todo usado y dejado en una silla para lavar. Había dibujado pentagramas y cruces invertidas en la Biblia sobre el velador. Maravilloso. Y demasiado poco original. Quiero decir que si uno quiere dibujar símbolos satánicos en una Biblia lo menos que se puede hacer es no dibujar cosas que se encuentran en cada edición del World Weekly News. Un licántropo poco creativo y obviamente desinformado. Se desilusionaría de saber que un licántropo probablemente conoce más la receta para hacer carne al horno que un rito satánico. En diez años, el diablo nunca había tomado contacto conmigo con instrucciones especiales o siquiera para saludar. Pero tampoco lo había hecho Dios. Quizás eso significa que no existen. Lo más probable era que ninguno de los dos quisiera hacerse responsable de mí.

-Dios, tendrías que ver lo que hay aquí, corazón -dijo Clay saliendo del baño-. Colonia y desodorante. Si no pudiéramos saber que el callejero era nuevo por su olor, lo sabríamos por la manera en que usa el olfato. Dicho de otro modo, ningún licántropo con experiencia usaría colonia, por lo menos no si le funciona el sistema olfativo. El olor de sí mismo ahogaría todo rastro, con lo que su nariz sería inútil. Yo ni siquiera uso jabón perfumado. Y no es tan fácil encontrar productos de toilette femenina sin perfume. La industria del cosmético parece obsesionada con hacer que las mujeres huelan distinto de lo que son. Y nos ponemos esas cosas sin siquiera tratar de producir un olor uniforme, mezclando el champú con olor a frutillas con el desodorante con olor a talco de bebé y jabón de lila, agregado a la última fragancia de Calvin Klein. Cuando tenía la desgracia de subir a un ascensor lleno por la mañana temprano, la mezcla de olores me dejaba con dolor de cabeza hasta el mediodía.

Luego de mirar por la ventana unos minutos, Clay se acercó a donde yo revolvía el tacho de basura junto a la cama.

-Te' ofrecería ayuda -dijo- pero pareces tener todo bajo control.

-Gracias.

-¿Has mirado debajo de la cama?

-No puedo. El marco llega al piso. -Usé la lapicera del hotel para correr un pañuelo de papel usado. No diré para qué había sido usado, pero los licántropos no se resfrían ni sufren de gripe.

-Miraré debajo del colchón -dijo Clay.

Lo había olvidado. Los licántropos muchas veces usan identificación falsa y ocultan su documentación auténtica en algún lugar bajo el colchón.

-Nada de identificación -dijo Clay-. Sólo este cuaderno de recortes. Supongo que no te interesa.

Me levanté tan rápido que me golpeé con el brazo extensible de la lámpara. Clay sonrió y sostuvo un álbum azul lejos de mi alcance.

-Mío -dijo, con sonrisa más ancha. Teniéndolo fuera de mi alcance, pasó unas páginas, luego recogió los labios y cerró el libro. -Pensándolo bien, es todo tuyo. Que lo disfrutes, corazón. Yo me quedaré junto a la ventana. Luego me haces una síntesis.

Tomé el álbum y me senté en el borde de la cama. Era un álbum de fotos, del tipo que tiene una película transparente que se puede separar de las páginas y colocar debajo las fotos. En vez de fotos, el callejero había llenado ese álbum con recortes de diario. No recortes al azar. sino uno que seguía un tema específico: asesinos seriales. Pasé página tras página de artículos, viendo algunas caras conocidas -Berkowitz, Dahmer; Bundy- y otras que nunca había visto. Todos los recortes eran sobre asesinos en serie pero además contenían un elemento clave; algo que el callejero destacaba: la cantidad de gente asesinada. Incluso utilizaba distintos colores, resaltador amarillo para la cantidad de gente que el asesino decía haber asesinado, azul para la cantidad de cuerpos encontrados y rosa para la cantidad que las autoridades le atribuían. En los márgenes, el callejero había escrito notas, con los totales y comparaciones entre las cifras, como un fanático que recopilara estadísticas de algún evento deportivo macabro.

Los artículos llenaban la mitad del álbum. Estaba por cerrarlo, cuando advertí que había más recortes cerca del final. Pasé las páginas vacías y encontré otro artículo. A diferencia de los otros, éste no tenía que ver con las estadísticas. En realidad ni siquiera hablaba de un asesino. El artículo, fechado 18 de noviembre de 1995, del Chicago Tribune, simplemente decía que se había encontrado el cuerpo de una joven. El siguiente artículo daba más detalles, diciendo que había estado desaparecida una semana y que parecía haber estado cautiva, antes de que la estrangularan y la tiraran detrás de una escuela primaria. Pasé rápidamente las siguientes páginas. Se encontraron tres mujeres más, con el mismo patrón del crimen. Luego escapó una, que contó una historia horrorosa de una semana de violaciones y torturas mientras estaba cautiva en el sótano de una casa abandonada. La policía había ido a la casa y rastreó a un tal Thomas Le Blanc, técnico de laboratorio médico de treinta y tres años. Sin embargo, cuando llegó el momento de que la mujer identificara a Le Blanc, no pudo hacerlo.

Su atacante sólo había estado con ella a oscuras y nunca le habló. Lo que es más, Le Blanc había estado filera de la ciudad por trabajo la semana que desapareció la tercera mujer. En una foto de diario Le Blanc podría haber pasado por el hermano mayor de Scott Brandon, no por ninguna similitud física sino por la total banalidad del rostro, bien arreglado, más o menos elegante y totalmente insignificante, el blanco anglosajón típico de Wall Street, libre de todo rasgo étnico o de interés. El rostro del amable asesino serial de su barrio.

Pese a una investigación extensa, la policía no pudo encontrar suficientes evidencias para enjuiciar a Le Blanc. En el último artículo del Tribune, Le Blanc había empacado y salido de Chicago. Aunque el sistema judicial no había podido condenar a Le Blanc, el pueblo de Illinois silo había hecho. Ése era el último artículo de Chicago, pero el álbum no terminaba allí Conté seis artículos más de los últimos años, que seguían el rastro de mujeres desaparecidas a través del medio oeste hasta California, para volver luego a la costa este. Thomas Le Blanc había estado moviéndose. El último recorte estaba fechado hacia ocho meses y era de Boston.

-Mierda -dijo Clay, haciéndome sobresaltar-. No puede ser, carajo. Deja el álbum, cariño. Tienes que ver esto.

Fui hasta la ventana. Clay corrió la cortina lo suficiente para que pudiera mirar. Cerca de la puerta de la entrada se había estacionado un Acura. Salían tres hombres de él. Cuando vi el rostro del hombre que salía del lado del conductor no me conmocionó ver la cara que aparecía en las fotos del Tribune: el alto Thomas Le Blanc, de cabello oscuro, que no se veía tan bien como en las fotos. Por supuesto que Clay no lo reconoció y ni siquiera sabía a esa distancia que era un licántropo. Los otros dos hombres fueron los que llamaron su atención. Karl Marsten y Zachary Cain, dos callejeros que ambos conocíamos muy bien.

-¿Marsten y Cain? ¿Qué demonios hacen juntos? -dijo Clay.

-¿Quién es el otro tipo? Debe ser el que buscamos.

-El asesino de Logan -dije-. Thomas Le Blanc. Tenemos que salir de aquí.

-Un momento -dijo Clay, manteniéndose firme cuando intenté arrastrarlo hacia la puerta-. No vamos a ninguna parte. Vinimos para esto, cariño.

-Vinimos a matar a un callejero. Un callejero sin experiencia. Tres contra dos ya es malo, pero...

-Podemos dominarlos.

-¿Sin dormir ni comer en veinticuatro horas?

-Podríamos...

-Yo no puedo.

Clay se detuvo. Se quedó callado un momento.

-Si te quedas yo me quedo -agregué-. Pero no estoy en condiciones de pelear. Estoy exhausta y hambrienta y aún me duele el brazo por las mordidas del perro y de Brandon.

Lo estaba golpeando por debajo de la cintura, pero no me importaba. La expresión de Clay cambió, primero fue de incertidumbre y luego decidida.

-Bien -dijo-. Nos vamos. ¿Queda tiempo...?

-El balcón. Tendremos que bajar. Nada de saltar.

-¿Tu brazo? -miró la herida cicatrizada. Nosotros nos curamos rápido y se veía bien, pero no iba a admitirlo. No ahora.

-No me voy a morir -dije.

Clay fue hasta la puerta del balcón, hizo a un lado las cortinas y abrió la puerta.

-Yo bajo primero y te atajo si no puedes sostenerte.

Él ya había bajado antes de que yo pudiera salir al balcón. Pasé una pierna sobre el borde, entonces miré hacia atrás y vi el álbum sobre la cama. Debí haberlo tomado. Habría más pistas para ayudarme a entender a Le Blanc y encontrar la manera de matarlo.

-Enseguida voy -le dije a Clay desde arriba.

-¡No!

Ya había vuelto al cuarto. Tomé el álbum de la cama justo cuando sentí que metían una tarjeta en el cierre electrónico.

-No funciona -dijo una voz desconocida al otro lado de la puerta-. Tendría que encenderse la luz verde.

Me lancé de la cama al balcón, enredándome con un calzoncillo y saliendo disparada por la puerta. Cuando me lanzaba del balcón, alguien probó la puerta, descubrió que estaba abierta y la empujó. Yo me dejé caer. Clay no estaba allí para recibirme. Cuando me volví lo vi corriendo hacia la puerta de la recepción. Iba a gritar su nombre, lo pensé mejor y en vez de eso corrí y le hice un tache. Caímos al suelo justo delante de la puerta del primer cuarto. El álbum escapó de mis manos y le dio bajo el mentón con fuerza.

-Up -dije-. Lo siento.

-Casi suena como si lo dijeras en serio -gruñó, con el álbum en una mano-. ¿Volviste por esto?

-Lo necesito.

Murmuró algo. No pude escuchar lo que dijo y probablemente tampoco quería hacerlo. Seguíamos despatarrados en la vereda, yo encima de él. Alcé la cabeza para escuchar. Alguien salió al balcón en el cuarto de Le Blanc. Escuché el crujido de la baranda cuando la persona se inclinó, mirando el estacionamiento. Pero nosotros estábamos ocultos a su mirada.

-Shh-susurré.

-Ya sé -movió los labios en silencio.

Se movió debajo de mi, llevando sus manos a mi trasero. No era una posición incómoda -no es que quisiera estar allí- pero dadas las circunstancias... Ay; no importa.

-Me hiciste asustar -susurró.

Llevó una mano a mi cabeza, me empujó hacia él y me besó. Cerré los ojos y lo besé. Al fin de cuentas, si teníamos que estar acostados en la vereda frente a un hotel, al menos tendríamos que estar haciendo algo que pudiera explicarlo, ¿verdad? Pasado un minuto vi que sus ojos se movían hacia la derecha y se cerraban un poco. Me aparté, y él se deslizó de abajo y centró la mirada iracunda en una persona a mis espaldas. Miré sobre el hombro y me encontré con la mujer que nos vio discutir antes. Estaba de nuevo junto a su puerta, tomando una lata de Coca Diet, mirando el espectáculo.

-¿Quiere pochoclo también? -dijo Clay, poniéndose de pie y sacudiendo su ropa.

-Es un país libre -contestó la mujer.

Clay tenía poca paciencia con los humanos en general, pero aún menos con los humanos que invadían su privacidad y no sabían como justificarse. Apretó los dientes y pasó junto a mí. Se detuvo de espaldas a mí, mirando a la mujer. Le llevó un segundo. Los ojos de la dama en cuestión se ensancharon, retrocedió y cerró la puerta de un golpe y con cerrojo. Clay no había dicho nada. Sólo le había dirigido su mirada de pura malevolencia que nunca deja de hacer huir a los humanos. Traté de perfeccionar la mirada una vez. Cuando creí que ya lo había logrado, la probé con un idiota que me molestaba siempre en un bar. En vez de asustarlo, los motores se le encendieron a pleno. Aprendí mi lección. Las mujeres no podemos con la malevolencia.

A esta altura el que había salido al balcón de Le Blanc ya no estaba allí. El paso siguiente podría ser que bajaran para mirar afuera, dado que Marsten y Cain podrían oler que Clay y yo habíamos estado en el cuarto de Le Blanc y probablemente supondrían que no nos habíamos ido hacía mucho. Empujé a Clay hacia delante y fuimos por la vereda, pegados al edificio. Crucé los dedos con la esperanza de que no salieran. No es que no pudiéramos escapar. Podíamos hacerlo. Pero Clay no lo haría. Si venían y lo veían, no iba a correr.

Por suerte dimos la vuelta al edificio y pudimos irnos sin que nos vieran. La vuelta hasta el auto fue rápida. En menos de veinte minutos íbamos de regreso a Stonehaven en busca de refuerzos.

SINCRÓNICO

-De ninguna manera -dijo Jeremy, levantándose de su silla para ir junto a la chimenea.

Estábamos todos en el estudio. Los otros nos habían estado esperando. Clay y yo estábamos sentados en el sofá, Clay en el borde, listo para saltar al instante ni bien Jeremy dijera que podíamos ir tras los callejeros. Nick estaba parado junto a Clay, tamborileando con los dedos en el respaldo del sofá, igualmente ansioso, pero esperando que Clay le diera la orden. Peter y Antonio estaban sentados al otro lado del cuarto. Los dos se veían llenos de furia por las novedades, pero se mantenían compuestos, gracias al mayor control que les daban la edad y la experiencia-

-No puedo creer que me lo pregunten -continuó Jeremy-. Los dos se fueron cuando expresamente prohibí a Clayton ir tras ese callejero. Después Elena me llama para decir que sólo están tratando de averiguar cómo siguió lo de anoche y de algún modo terminan...

-No fue intencional -dije-. Pero encontramos el rastro. No podíamos dejar pasar la oportunidad.

Jeremy me dirigió una mirada que me aconsejaba cerrar la boca antes de que me enterrara más. La cerré.

Jeremy volvió junto a su silla, pero no se sentó.

-Nadie va a ir tras estos tres esta noche. Estamos todos exhaustos y nerviosos por lo de anoche, especialmente ustedes dos. Si no hubiera confiado en lo que me dijo Elena cuando llamó, hubiera ido allí esta tarde para traerlos de vuelta.

-Pero no hicimos nada -dijo Clay, poniéndose de pie.

-Sólo porque no tuvieron oportunidad.

-Pero...

-Ayer teníamos un callejero en el pueblo. Hoy está muerto y aparecen tres más. No sólo eso, sino que dos de los cuatro son

Karl Marsten y Zacary Cain, dos callejeros que serían bastante problema cada uno por su lado.

-¿Están totalmente seguros de que eran Marsten y Cain?- -preguntó Antonio-. Son los dos callejeros que más difícil me resulta imaginar juntos. ¿Qué podrían tener en común?

-Los dos son callejeros -dijo Clay.

-Yo sospecho que no están asociados en equipo -dije-. Marsten debe de tener dominado a Cain por algún motivo. Es claramente una relación de líder y seguidor. Karl quiere territorio. Hace años que lo quiere.

-Si quiere territorio, tiene que unirse a la Jauría dijo Jeremy.

-Carajo -escupió Clay-. Karl Marsten es un ladrón, un tramposo hijo de puta que le clavaría un puñal en la espalda a su padre para conseguir lo que quiere.

-Y no se olviden de los nuevos reclutas -dije-. Brandon y Le Blanc son asesinos. Asesinos humanos. Alguien -probablemente fuera Marsten- los encontró, los mordió y los entrenó. Está formando un ejército de callejeros. Y no son callejeros cualesquiera, sino gente que sabe acechar y matar. Saben hacerlo y les gusta.

Antonio sacudió la cabeza.

-Aun así no me imagino a Marsten detrás de esto. Que sea parte del asunto sí. Pero eso de crear nuevos callejeros, no es... fino. ¿Y reclutar a Cain? Ese tipo es un idiota. Pesado, pero idiota. Son demasiadas las posibilidades de que haga desastres. Marsten lo sabría.

-¡Qué importa, carajo! -dijo Clay, explotando desde su asiento-. Tenemos tres callejeros en el pueblo. Uno de ellos mató a Logan. ¿Cómo pueden quedarse ahí sentados discutiendo las motivaciones de los tipos y...?

-Siéntate, Clayton -dijo Jeremy con voz contenida.

Clay iba a sentarse, luego se detuvo. Por un instante se quedó allí, con dos instintos batallando en su interior. Entonces apretó los puños. Se enderezó, giró, y fue hacia la puerta del estudio.

-Si te vas, no vuelvas -la voz de Jeremy era poco más que un susurro, pero detuvo a Clay-. Si no puedes controlar el impulso, Clayton, entonces ve abajo, a la jaula. Te encerraré hasta que se te pase. Pero si el problema es que no quieres controlarlo y te vas, entonces no serás bienvenido aquí.

Jeremy no quería decir eso. Bueno, si, pero no como sonó. Si Clay se iba y Jeremy lo había amenazado con desterrarlo, tendría que hacerlo. Pero no dejaría ir a Clay sin luchar. La amenaza era la mejor manera de evitarlo. Clay se quedó allí, con la quijada moviéndosele como si masticara la furia y las manos apretadas a los costados, listas para golpear a alguien o algo. Pero no se movió. No lo haría. El destierro sería la muerte para Clay, no por fuerzas exteriores, sino internas, la muerte lenta de separarse de aquello en lo que más creía. Nunca dejaría a Jeremy o a la Jauría. Era su vida. Lo mismo podría Jeremy haberlo amenazado con matarlo si se iba tras los callejeros.

Lenta y deliberadamente, Clay se volvió hacia Jeremy. Sus miradas se encontraron. Luego Clay salió por la puerta, hacia la izquierda, no hacia el garaje o la puerta de adelante sino hacia el fondo de la casa. La puerta de atrás se abrió y luego se cerró con un portazo. Lo miré a Jeremy y luego seguí a Clay.

Seguí a Clay al bosque. Caminó hasta que ya no podían vernos ni escucharnos desde la casa y entonces golpeó el árbol más cercano con su puño y lo hizo sacudirse y gemir. Volaron gotas de sangre.

-No podemos dejar que Cain y Marsten se salgan con la suya. -dijo-. No podemos dejarlos creer que retrocedemos. Tenemos que actuar. Ahora.

No dije nada.

Giró para mirarme.

-Está equivocado. Estoy tan seguro de que se equivoca.

Cerró los ojos y respiró hondo, con el rostro descompuesto. La idea misma de cuestionar a Jeremy lo atravesaba hasta el alma como la peor traición posible.

-Tiene razón -continuó Clay luego de un instante-. No estamos listos. Pero no puedo quedarme quieto mientras el asesino de Logan anda por ahí, sabiendo que los callejeros podrían atacarte a ti o a Jeremy. Tiene que saberlo.

No dije nada, sabiendo que no buscaba una respuesta, que sólo trataba de entender las cosas por sí mismo.

-¡Carajo! -le gritó al bosque-. ¡Carajo, carajo, carajo!

Nuevamente golpeó con el puño el árbol más cercano. Pasó la mano por sus rulos y escamas rojas de sangre seca se desparramaron por sus cabellos dorados. Cerró los ojos, su pecho subía y bajaba convulsivamente. Luego soltó el aire, temblando, y me miró. En sus ojos brillaba la ira frustrada, mezclada con el temor.

-Lo estoy intentando, cariño. Sabes que lo intento. Todo en mí me grita que vaya tras ellos, que los cace, que les destroce la garganta. Pero no puedo desobedecerle. No puedo.

-Lo sé.

Se acercó a mí, me abrazó, su boca sobre la mía. Sus labios tocaron los míos levemente, tentativos, esperando ser rechazados. Yo podía sentir el sabor de su pánico, su lucha por controlar los instintos que bramaban en su interior con más fuerza que cualquier cosa que yo pudiera imaginarme. Lo abracé, subiendo las manos hasta enredarías en su pelo, acercándolo a mi. Lo sacudió una queja de alivio. Dejó caer el manto de control y me tomó, empujándome contra un árbol.

Rasgó mi ropa, arañando mi piel con sus uñas al quitarme la camisa y los pantalones. Yo no lograba abrir sus jeans, los dedos torpes porque se me había contagiado su desesperación como fuego. Se bajo los jeans y los lanzó lejos.

Librodot

Sus labios volvieron a los míos y me lastimaron. Enredé la mano en su pelo, atrayéndolo hacia mí. Lanzó un quejido ronco. Sus manos recorrieron mi cuerpo desnudo, amasando, aferrando, mi cadera, mi cintura, mis pechos. Se me clavó la corteza del árbol en la espalda. Cuando sus dedos me llegaron al rostro, olí la sangre en sus manos, sentí que volvía a sangrar y su sangre caía sobre mis mejillas cuando me acarició la cara. La sangre goteó sobre nuestros labios y yo la saboreé, metálica y familiar.

Sin aviso, sus manos cayeron encima de mi trasero, levantándome del suelo y cargándome sobre su cintura. Gruñó al deslizarse dentro de mí. Mis pies colgaban en el aire y él quedó en control. Golpeó contra mí. Sus ojos, fijos en los míos, parecían atravesarme cada vez que empujaba. Del interior de su pecho salió un gruñido rítmico de deseo desesperado. Sus dientes apretados. Cuando sus dedos se hundieron en mis caderas, sentí que el borde de su anillo de casamiento me cortaba. Entonces los ojos se le nublaron. Vaciló y su cuerpo se sacudió convulsivamente. Lanzó un quejido bajo y sin aliento y luego fue bajando el ritmo, hundiendo el rostro en mi clavícula, y sus manos subieron para proteger mi espalda del árbol. Siguió moviéndose lentamente dentro de mí, aún duro. Aún no había alcanzado el clímax. Era una liberación de otro tipo, un abatimiento repentino de la violencia que lo había atravesado.

Sus manos acariciaron mi espalda y me apretaron contra él. Con su rostro aún aplastado contra mí, susurró:

-Te amo, Elena. Te amo tanto.

Lo abracé, metiendo mi nariz en su oído y murmurando sonidos sin palabras. Sin dejar de moverse dentro de mí, me separó del árbol y dio un paso atrás y fue dejándose caer al suelo conmigo encima de él. Lo envolví con mis piernas, luego me alcé en el aire y bajé, retomando el ritmo. Incliné la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y sintiendo el aire fresco de la noche en el rostro. Podía escuchar la voz de Clay, como si viniera de muy lejos, repitiendo mi nombre. Me escuché contestar, diciendo su nombre al bosque silencioso. El clímax vino lento, casi lánguido, cada ola me atravesó con gloriosa singularidad. Sentí su clímax, igualmente lento y descendente, y su quejido de liberación acompasado con el mío.

Levantó los brazos y me aplastó contra su pecho, hundiendo mi cabeza bajo su mentón. Por largo tiempo no nos movimos. Yo me quedé allí, escuchando los latidos de su corazón y aguardando el momento temido en el que volveríamos a la realidad. Sucedería. Se abriría la bruma del amor y él diría algo, haría algo, exigiría algo que nos lanzaría rugiendo el uno contra el otro. Lo sentí tragar, sabía que saldrían las palabras y deseé poder taparme los oídos para no escucharlas.

-Quisiera correr - dijo suavemente.

Me quedé silenciosa un momento. No estaba segura de haberlo escuchado bien. Esperaba una nueva frase.

-¿Correr? -repetí.

-Si no estás demasiado cansada.

-¿Aún necesitas sacarte la tensión?

-No. Sólo quiero correr. Hacer algo. Algo contigo.

Vacilé y luego asentí. Nos quedamos unos minutos más antes de levantarnos para buscar un lugar donde Cambiar.

Lo hice lentamente y el Cambio me resultó sorprendentemente fácil. Luego me quedé parada en el claro y me estiré, girando la cabeza, moviendo las orejas, estirando mis patas traseras y agitando la cola. Me sentía gloriosamente bien, como si no hubiera Cambiado en largas semanas. Parpadeé para habituar la vista a la oscuridad. El aire olía delicioso y lo inhalé ávida, hasta llenarme los pulmones, para resoplar luego y ver como salían apenas unas plumas de condensación de mis orificios nasales.

Estaba por volver al claro cuando sentí un golpe fuerte en el costado que me arrojó en el aire. Vi un fulgor dorado, luego me encontré de nuevo sola con un leve dejo del olor de Clay

como única compañía. Me puse de pie con desconfianza y di unos pasos. Nada sucedió. Incliné la cabeza y olisqueé. Nada aún. Di tres pasos más y nuevamente me golpeó, y caí de costado contra un arbusto, sin ver un pelo siquiera de mi atacante.
Esperé, recuperé el aliento, luego me puse de pie y empecé a correr. Detrás de mí, escuché a Clay aparecer de nuevo en el claro y aullando al no ver a su presa. Corrí más rápido. El suelo me castigaba las zarpas y la adrenalina me recorría todo el cuerpo. Detrás de mí sentí que Clay atravesaba los arbustos. Virando, me lancé en medio de unas plantas y me dejé caer. Pasó una mancha dorada. Me puse de pie de un salto y comencé a volver por donde había venido. A Clay le llevó unos segundos advertirlo, pero pronto pude escuchar que volvía a perseguirme.

A la siguiente vez que salté a un costado del camino, debo de haber tardado una milésima de segundo de más, permitiéndole ver por un instante mis patas traseras o mi cola. Acababa de agacharme detrás de un arbusto, cuando sus cien kilos de músculos cayeron sobre mí. Luchamos unos minutos, ladrando y gruñendo, mordiendo y pateando. Logré meterle mi hocico bajo la garganta y lanzarlo hacia atrás y luego me puse de pie. Dientes afilados tomaron mi pata trasera y la retorcieron, haciéndome rodar. Clay saltó y me atrapó. Se quedó un minuto encima de mí, con sus ojos azules triunfales. Entonces, sin aviso, saltó y se fue corriendo al bosque. Ahora yo debía perseguirlo.

Perseguí a Clay unos ochocientos metros. Salió del camino en un punto y trató de perderme en la maraña del bosque. El truco le dio una ventaja de diez metros, pero no más. Esperaba otro ardid cuando una pequeña sombra salió corriendo en el claro adelante. La brisa me trajo olor a conejo. Clay disminuyó su velocidad y giró para intentar rodear entre los dos al conejo que huía. Yo aceleré, me tensé y le salté sobre la espalda. Demasiado tarde. Ya no estaba.

Al recuperar el equilibrio, sentí un chillido agudo que cortaba el silencio, seguido de un fuerte crac. En segundos, Clay volvió a través de los arbustos, el conejo muerto colgando de sus mandíbulas. Me miró y sacudió el conejo, sus ojos transmitían el mensaje: ¿Lo quieres? Al sacudir el conejo, hizo caer sangre al suelo. El olor me llegó mezclado con el de la carne caliente. Di un paso adelante, olisqueando. Mi estómago lanzó un quejido. Él hizo un sonido en el fondo de su garganta, un medio gruñido que casi sonaba a risa y alejó el conejo de mí. No hagas bromas», le dije con la furia de mi mirada. Hizo de cuenta que me lanzaría el conejo pero no lo soltó. Rugiendo, me abalancé sobre él. Bailoteó hacia atrás, con el conejo lo suficientemente cerca de mí como para que su olor me inundara el cerebro y me hiciera retorcer el estómago. Le dirigí una mirada de desconsuelo y luego miré el bosque. Había mucha cena por allí.

Cuando me iba, Clay arrojó el conejo a mis pies. Lo miré, y luego a él, a la espera de otro truco. Él en cambio se sentó y esperó. Lo miré, luego mordí el conejo y me tragué la carne caliente. Clay se acercó y se frotó contra mí, lamiendo la sangre que manchaba mi hocico y mi cuello. Paré de comer lo suficiente como para agradecerle con una caricia de mi hocico. Cuando volví a comer, él corrió de vuelta al bosque en busca de su propia cena.

Cuando desperté a la mañana siguiente, estaba acostada sola en la grama cubierta de rocío. Me alcé y miré en derredor en busca de Clay. Lo último que recordaba era haber Cambiado de vuelta. Luego nos acurrucamos para quedarnos dormidos. Extendí la mano y toqué a mi lado el lugar seco donde había estado él, para convencerme de que había estado allí. Al mirar en derredor del claro vacío, me atravesó un toque de ansiedad. Clay no me dejaba así. El problema por lo general era deshacerme de él. Al levantarme sentí agua fresca cayendo en mi cabeza. Vi a Clay parado sobre mí, sonriente. Caía agua de sus manos. Seguía desnudo; no nos molestamos en buscar nuestra ropa la noche anterior; sin saber muy bien a dónde la habíamos dejado y menos si estaba en condiciones de volver a usarse.
-¿Me buscabas? -preguntó, dejándose caer junto a mí

-Pensé que esa jauría de perros salvajes podría haberte encontrado.

-Te veías preocupada.

-Lo estaba. Dios sabe la indigestión que podrías haberles dado a esas pobres criaturas.

Rió y se puso en cuatro patas, mientras me empujaba al suelo y me besaba. Lo besé, enredando mis piernas en las de él, y retiré enseguida los pies al sentir los suyos helados y mojados.

-Fui a ver la laguna -dijo Clay antes de que le preguntara-. Pensé que podíamos ir a nadar. La primera vez en esta estación. Nos terminaría de despertar.

-¿Hay comida allí?

Rió.

-¿No te bastó el conejo anoche?

-Ni de lejos.

-Bueno, entonces éste es el trato. Si no puedes esperar, comemos y después nadamos. Si no, ven a nadar conmigo ahora y te prepararé el desayuno después, cualquier cosa, todo lo que quieras.

No vacilé mucho antes de aceptar la segunda opción. No porque quisiera que alguien me preparara el desayuno, sino porque sabía que si íbamos a la casa primero, no vendríamos a nadar. Pasaría algo. El mundo real destruiría este mundo de fantasía que habíamos construido con tanto cuidado desde anoche. No quería que se acabara. Unas pocas horas más, un poco más de tiempo para hacer de cuenta que realmente podía ser así, Clay y yo juntos como amantes y compañeros de juegos, sin pasado ni futuro que viniera a interrumpir nuestra utopía.

Cuando dije que "sí" a nadar primero, Clay sonrió y me besó y se puso de pie de un salto.

-¿Una carrera? ¿El que llega primero arroja al otro al agua? Hice de cuenta que lo pensaba, y entonces me puse de pie y escapé. Cinco segundos tarde, advertí que había escogido el camino equivocado al oír a Clay corriendo en medio de los arbustos a mi izquierda. Y aunque giré hacia allí, fue demasiado tarde. Al llegar corriendo al claro en torno a la laguna vi a Clay parado en la orilla alta del norte, sonriente.

-¿Te perdiste, cariño? -Dijo.

Me fui hacia él, arrastrando el pie derecho.

-Malditas enredaderas -murmuré-. Creo que me torcí el tobillo.

Una pensaría que pasados tantos años él sabría que lo estaba engañando. Pero cuando llegué a la orilla, se me acercó lleno de preocupación. Esperé a que se agachara para mirar mi tobillo y lo lancé a la laguna.

Una hora más tarde íbamos tropezando hacia la casa, aún desnudos, sin darnos cuenta y sin que nos importara. Luego de nadar hicimos el amor al borde de la laguna, así que habíamos quedado como si hubiéramos estado luchando en el barro, lo que era verdad en cierto sentido. Nos lavamos rápidamente en la laguna, pero Clay aún tenía barro en una mejilla. Eso lo hacía verse como un niño travieso, además del fulgor en sus ojos y la sonrisa perdurable que se volvía risa cada vez que tropezábamos con algo por el camino.

-Panqueques, ¿verdad? -dijo mientras me ayudaba a pararme después de que me había tropezado con una raíz oculta.

-Empezando por lo primero. Nada de atajos.

-Y jamón supongo. ¿Qué más?

-Un bife.

Rió y puso su brazo en mi cintura cuando la senda se hizo lo suficientemente ancha como para que camináramos a la par.

-¿Bife? ¿Para el desayuno?

-Dijiste que podía comer lo que quisiera.

-¿Un poco de fruta para equilibrar la comida?

-No, pero puedes buscar tocino. Tocino y huevos.

-¿Puedo atreverme a pedirte que me ayudes con la comida?

-Yo haré el café.

Volvió a reír.

-Muchas gra...

Se detuvo. Habíamos llegado al límite del bosque y entramos en el patio trasero. Allí, a menos de quince metros, estaba Jeremy... rodeado de cinco o seis rostros humanos poco conocidos, todos los cuales se dieron vuelta en el instante en que salimos del bosque. Clay gruñó y se puso delante de mí para cubrir mi desnudez. Jeremy se volvió rápidamente y llevó al grupo al costado. Tardaron unos segundos en moverse y algunos más en dejar de mirar.

Cuando los visitantes desaparecieron por el costado del garaje, tomé a Clay del brazo y corrimos hacia la puerta de atrás, sin parar hasta llegar arriba. Antes de que él pudiera decir algo, lo empujé a su cuarto y entré al mío. Sólo había alcanzado a ponerme ropa interior y un corpiño cuando escuché que se abría la puerta de Clay. Pensando que iría hacia abajo para enfrentar a los intrusos fui hasta mi puerta y la abrí. Pero él estaba allí.

-Ey -dijo, sonriente-. Si estás tan ansiosa porque entre a tu cuarto, debiera ofrecerte hacer el desayuno más a menudo.

-Estaba... no estás... ¿estás bien?

-Muy bien, cariño. Vine a buscarte para el desayuno mientras Jeremy se deshace de nuestros visitantes no invitados. Se inclinó hacia delante, puso una mano en mi espalda y me besó. -Y no, no voy a salir a ayudarlo. Estoy con demasiado buen humor para dejar que un montón de humanos me lo arruinen. Jeremy puede manejarlos.

-Bien -dije, poniendo los brazos en torno de su cuello.

-Me alegro de que lo apruebes. Así que vamos a preparar el desayuno, entonces podemos imaginar algunas maneras de distraernos hasta que Jeremy esté dispuesto a revelarnos sus planes para Marsten y Cain.

Cuando se inclinaba para besarme nuevamente, alguien carraspeó en la puerta. Miré por sobre el hombro de Clay y vi a Jeremy con los brazos cruzados y una leve sonrisa.

-Lamento interrumpir -dijo- pero necesito a Elena abajo. Preferentemente vestida si es que queremos deshacernos alguna vez de estos hombres.

-Si, señor -dije, separándome de Clay-. Enseguida voy.

-Un momento -dijo Clay cuando Jeremy salía del cuarto- necesito hablarte.

Salieron. Pude escuchar a Clay que le pedía disculpas por su conducta de la noche anterior, pero rápidamente dejé de escucha; para no entrometerme. Terminé de vestirme, me pasé un peine por el pelo, me miré al espejo y luego salí al corredor. Jeremy y Clay seguían allí.

-Voy a hacer el desayuno -dijo Clay, yendo hacia las escaleras -. Que te diviertas, cariño.

-Estoy segura de que si -dije. Al bajar, miré por sobre el hombro a Jeremy. -Lamento que hayamos andado por el bosque desnudos. No esperábamos visitas.

-No tenían por qué -dijo, mientras me llevaba hacia la puerta de atrás-. No tienes que pedir disculpas. Aquí deberías poder ir y venir como quisieras. Estos malditos intrusos... -Sacudió la cabeza y no terminó.

-¿Qué pasa esta vez?

-Otra persona desaparecida.

-¿El muchacho del otro día?

Jeremy sacudió la cabeza y me abrió la puerta para que pasara.

-Esta vez se trata de uno de los hombres que encontramos en nuestra propiedad el jueves. El hombre maduro. El líder.

-¿Está desaparecido?

-No sólo desaparecido, sino que además sucede que le dejó un mensaje a un amigo diciéndole que venía aquí anoche para investigar otra vez. Algo acerca del lugar le molestaba. Quería volver a mirar.

-Ay, mierda.

-Dicho sintéticamente.

DESCONFIANZA

El grupo estaba conformado por seis personas, tres policías locales y tres civiles. Jeremy, Peter, Nick y yo salimos a ayudarlos a investigar, mientras Antonio volvía a la casa para vigilar a Clay, en caso de que no mantuviera su disposición a no interferir. Los cuatro cumplimos el papel de buenos ciudadanos, sensibles, investigando en el bosque y a la vez manteniendo alerta la nariz por cualquier cosa que no quisiéramos que encontraran los humanos. Una cosa que habría preferido que no encontraran apareció rápidamente.

-¡Tengo algo! -gritó uno de los hombres.

-Es Mike -gritó otro, alejándose a la carrera.

Cuando todos convergían en la escena, la voz de Nick resonó, ahogada de risa apenas contenida.

-Olvídenlo. No... no es nada importante.

-¿Qué carajo quieres decir? -dijo el primer hombre. -Quizá para ti esto sea una broma, hijo, pero...

El resto de la oración se perdió cuando llegamos al claro para encontrar a uno de la partida mirando una camisa rasgada. Había ropa rasgada por el suelo y colgando de los arbustos. Nick alzó una bombacha blanca y me sonrió.

-¿Perros salvajes? ¿O fue Clayton?

-Ay, Dios -murmuré.

Fui a quitarle la bombacha, pero la sostuvo sobre su cabeza, sonriendo como un niño.

-Veo París, veo Francia, veo la bombacha de Elena -canturreó.

-Todos han visto mucho más que eso -dijo Jeremy-. Creo que podemos continuar con la búsqueda.

Peter quitó la camisa de Clay de una rama y la alzó para poder mirar a través de un agujero que tenía en el medio.

-Caray; ustedes sí que saben hacer daño. ¿Dónde está la cámara oculta cuando uno la necesita?

-¿Así que esto no 1o hicieron perros salvajes? -preguntó uno de los de la partida.

Peter sonrió y dejó caer la camisa.

-No. Sólo hormonas salvajes.

Los otros hombres, que finalmente habían dejado de mirarme de soslayo después del incidente en que me vieron «desnuda en el patio", ahora me miraban con renovado interés. Sonreí, esforzándome por no gruñirles y luego volví rápidamente al bosque.

Jeremy, dos de la partida y yo estábamos revisando los arbustos en el cuadrante nordeste del bosque cuando escuchamos un grito, esta vez tan urgido que corrimos al lugar. Cuando llegamos, Nick y dos de la partida estaban junto a un cuerpo. Nick alzó la vista y me dirigió una mirada que decía que había intentado evitar que los hombres vinieran a este lugar. Jeremy y yo fuimos junto al cuerpo y lo miramos. Era el hombre desaparecido. Su camisa estaba rasgada en el cuello y llena de sangre. Tenía la garganta abierta, con colgajos de carne. Las cuencas vacías donde habían estado sus ojos nos miraban. Lo habían encontrado los cuervos o los buitres antes que nosotros. Además de los ojos, le habían picoteado el rostro y habían dejado agujeros sangrientos a través de los cuales se veía el hueso blanco. Su camisa y su cabeza estaban rodeadas de pedazos de carne, como si la gente hubiese espantado las aves de rapiña cuando se daban su festín.

-Igual que los otros -dijo un hombre y luego dejó de mirar.

-Hay una diferencia -dijo otro-. No se lo comieron. Por lo menos no los perros. Supongo que lo hicieron los pájaros; los hijos de puta no perdieron el tiempo.

Un hombre más joven de pronto se dio vuelta y corrió al bosque. Segundos más tarde lo oímos vomitar. Dos de los hombres sacudieron la cabeza en una expresión de conmiseración, y los dos se veían también un poco verdes. Mi estómago tampoco estaba del todo bien, aunque eso no tenía nada que ver con el cadáver. Cuando el hombre más joven terminó de vomitar, se quedó callado un momento y después salió corriendo de la espesura.

-¡Vengan! ¡Tienen que ver esto!

Sabía lo que había encontrado. Lo sabía y temía entrar en la espesura para confirmar mis sospechas, pero Jeremy me empujó hacia delante. Cuando me metí entre los árboles, el olor del vómito me provocó más nauseas. Luego miré el suelo, siguiendo la dirección que indicaba el joven con el dedo. En el suelo húmedo había huellas de animal.

-Miren el tamaño -dijo el joven-. Dios, son grandes como platos. Como dijeron esos chicos. ¡Estos perros son inmensos!

Al observar los árboles, alcancé a ver algo en un espino. Un poco de pelo dorado que brillaba incluso a la sombra. Mientras todos los demás miraban las huellas, fui hasta el arbusto, me paré delante, extendí la mano hacia atrás y metí el pelo en mi bolsillo. Luego busqué a ver si había más. Como no encontré, miré las huellas, tan reconocibles como las huellas de un par de zapatos familiares. Al mirarlas me sentí mal. Después la desilusión se convirtió en otra cosa. Furia.

-Tengo que irme -murmuré mientras me empezaba a alejar.

Nadie intentó detenerme. Los humanos supusieron que era una reacción demorada por el cadáver y la Jauría no quería hacer escándalo.

-¡Clayton! -grité al dejar que se cerrara la puerta detrás de mi.

Clay apareció en la puerta de la cocina, con una cuchara de madera en la mano.

-No tardaron mucho. Ven y haz el café.

No me moví.

-¿No me vas a preguntar si encontraron al hombre desaparecido?

-Eso implicaría que me importa.

-Lo encontraron.

-Me alegro, así que se irán. Tanto mejor. Ahora ven y...

-Encontré esto junto al cuerpo -dije, sacando los pelos de mi bolsillo.

-Parece mío.

-Es tuyo. Y también estaban tus huellas allí.

Clay se apoyó en el marco de la puerta.

-Mi pelo y mis huellas en el bosque. Qué curioso. Espero que no estés insinuando lo que creo, cariño, porque si lo recuerdas, yo estuve contigo toda la noche, que es cuando Tonio dice que desapareció este tipo.

-No estabas conmigo esta mañana cuando me desperté.

Clay casi deja caer la cuchara.

-¡Me fui cinco minutos! ¿Cinco minutos para rastrear a un tipo y matarlo? Soy bueno, pero no tanto.

-No tengo idea de cuánto tiempo te fuiste.

-Sí que lo sabes, porque te lo estoy diciendo. -Los vestigios de buen humor desaparecieron del rostro de Clay al acercárseme.

-No lo hice. Usa la cabeza, Elena. Si hubiese perdido el control y matado a ese tipo te lo habría dicho. Te habría pedido que me ayudaras a deshacerme del cuerpo y a decidir qué decirle a Jeremy. No habría estado retozando en la laguna mientras hubiera un humano en nuestro bosque, a la espera de que lo encontrara otro grupo de cazadores.

-Creíste que tenías más tiempo. Pensabas ocultar el cuerpo más tarde, luego de quitarme de ahí.

-Eso es mentira; lo sabes. No te oculto nada. No te miento. No te engaño. Nunca.

Me adelanté con el rostro en alto.

-¿De veras? No sé por qué olvido la discusión que tuvimos antes de que me mordieras, cuando me dijiste lo que pensabas hacer. Supongo que es una amnesia conveniente.

-No lo planeé -dijo Clay, erguido delante de mí. La cuchara de madera se rompió en dos cuando apretó el puño. -Ya hablamos de eso. Sentí pánico...

-No quiero oír tus excusas.

-¿Nunca quieres oírlas, verdad? Más bien quieres hablar de cosas que no hice. y después meter eso en el medio cuando aparece la oportunidad. ¿Por qué me molesto en defenderme? Tú ya sabes todo lo que hago y no hago y los motivos. Nada que yo diga puede cambiar eso.

Se dio vuelta y volvió a la cocina. Yo giré en sentido contrario, caminé hasta el estudio y cerré la puerta de un golpe.

Sentada en el estudio, advertí sorprendida que no tenía el impulso de huir. Mi pelea con Clay no me había dejado con el impulso irresistible de escapar de Stonehaven. Lo de anoche había sido un error, pero del que había aprendido algo. Había bajado la guardia, cediendo a mi deseo inconsciente de volver a estar con Clay ¿Y qué pasó? A las pocas horas me estaba mintiendo. En el momento mismo en que estábamos en el bosque, mientras yo dormía, él estaba dando rienda suelta a su lado más oscuro. No cambiaría. No podía cambiarlo. Era violento, egoísta y no se podía confiar en él. Me hizo falta una noche para volver a darme cuenta de eso, y valió bien la pena.

Unos veinte minutos más tarde, se abrió la puerta del estudio y Nick miró al interior; Yo estaba acurrucada en el sillón. Cuando abrió la puerta me enderecé.

-¿Puedo entra?? -preguntó.

-Huelo comida. Si la compartes eres más que bienvenido.

Entró al cuarto y puso un plato de panqueques y jamón en el banquito. Los panqueques no tenían ni manteca ni jarabe de arce.
Tomé uno y lo tragué demasiado rápido como para sentirle el gusto, para no recordar quién los había hecho y por qué.

-¿Se acabó? -pregunté.

Nick se dejó caer en el sofá y se estiró.

-Casi. Llamaron a más policías del pueblo. Están allí ahora. Jeremy y Peter me enviaron.

Antonio atravesó la puerta.

-¿Están investigando? -preguntó mientras sacaba las piernas de su hijo de encima del sofá para sentarse.

Nick se encogió de hombros.

-Supongo que sí. Trajeron cámaras y una bolsa de cosas. Viene alguien de la morgue a buscar el cuerpo.

-¿Crees que encontrarán algo? -me preguntó Antonio.

-Con suerte, nada que no vincule el asesinato a un perro salvaje -dije-. Si parece claro, probablemente cierren la investigación rápido y dediquen sus esfuerzos a encontrar los penos. No tiene sentido buscar evidencias cuando los presuntos asesinos nunca irán a juicio.

-Tan sólo un disparo de escopeta -dijo Antonio-. Si ven la mínima señal de una pelambre en el bosque, van a disparar. Cuando necesitemos correr, vamos a tener que encontrar algún lugar lejos de aquí y de Bear Valley.

-Carajo -dijo Nick, sacudiendo la cabeza-. Cuando sepamos quién es el responsable, va a pagar por esto.

-Yo tengo idea de quién es el responsable.

Saqué el pelo de mi bolsillo y lo tiré a sus pies. Nick lo miró un momento, confundido. Luego se abrieron grandes sus ojos y me miró. Evité su mirada, para no ver la incredulidad que se dibujaría en ellos. Antonio miró una vez el pelo, luego se recostó en el respaldo y no dijo nada.

Una hora más tarde me encontraba otra vez en el estudio, mientras los demás se habían ido a cumplir obligaciones menos sedentarias o en busca de una compañía más amable. Sentada allí, mi mirada fue hasta el escritorio al otro lado del cuarto. Estaba cubierto con las habituales pilas de papeles y revistas de antropología. Me hizo acordar de cómo había conocido a Clay, de cómo me metí en este lío. Cuando yo era estudiante de la Universidad de Toronto, tenía un interés menor en la antropología. En mi primer año había hecho un trabajo sobre religiones antropomorfas, que era la especialidad de Clay, y yo había estudiado suficientes trabajos de él como para reconocer su nombre al ver un aviso de su serie de conferencias. Sus apariciones en público eran tan escasas que ya estaba cubierto el cupo de inscripción y yo me metí de contrabando. El mayor error de mi vida.

No sé qué vio en mi Clay que lo hizo dejar de lado su desprecio por los humanos. Dice que vio en mí algo que reconocía en sí mismo. Eso es basura, por supuesto. Yo no era parecida a él en nada o, si lo era, fue a partir de que me mordió. Si me hubiera dejado tranquila, yo habría crecido, me habría asimilado al mundo humano y habría sido una persona feliz, bien adaptada, que habría dejado atrás toda la carga y la furia de la infancia. Estoy segura.

-Sangre -dúo Clay, abriendo con tanta fuerza la puerta del estudio que dio contra la pared y agregó una más a las marcas acumuladas a lo largo de las décadas. ¿Dónde está la sangre?

-¿Qué sangre?

-Si maté al tipo, habría sangre en mí.

-Te lavaste en la laguna. Por eso inventaste eso de que fuiste a ver la temperatura del agua, para explicar por qué estabas mojado.

-¿Que lo inventé? Carajo... -se detuvo, tomó aire y empezó de nuevo-. Bueno, suponiendo que me lavé en la laguna y decidí que sería más fácil inventar una excusa de por qué estaba mojado en vez de secarme, aun así habría olido a sangre. El olor no se va tan fácil.

-Ya se habría debilitado. Tendría que haber estado buscándolo para percibirlo.

-Bueno, hazlo ahora. Vamos. -Me miró a los ojos. -Te desafío.

-Has tenido mucho tiempo para lavarte.

-Entonces ve a ver mi ducha. Fíjate si está mojada. Mira mis toallas. Fíjate si están húmedas.

-Ya habrías ocultado el rastro. No eres tan estúpido.

-No, sólo lo suficientemente estúpido como para dejar un cuerpo en el bosque con mis huellas y pelos por todas partes. ¿Para qué me molesto? Nada que pueda decir te hará cambiar de idea. ¿Sabes por qué? Porque quieres creerlo. Así puedes encerrarte aquí y pensar en lo estúpida que fuiste en venir a buscarme anoche, maldecirte por haber cedido ante mí, por haber olvidado qué monstruo soy.

-Eso no es lo que...

-¿No? -Dio un paso adelante. -Mírame a los ojos y dime que no es lo que has estado haciendo en la última hora.

Lo miré con odio y no dije nada. Clay se quedó allí al menos un minuto, luego alzó las manos y se fue furioso.

Al rato entró Jeremy. Sin decir nada, fue hasta donde estaba el pelo de Clay, lo tomó, luego lo dejó y se sentó en su silla.

-¿No crees que lo hizo, verdad? -dije yo.

-Si digo que no, tratarás de convencerme de que sí. Si digo que sí, lo usarás en contra de él. No importa lo que yo crea. Lo que importa es lo que tú crees.

-Una vez me atendí con un terapeuta que hablaba así. Lo abandoné después de dos sesiones.

-No me cabe duda.

No sabía cómo contestar, así que no lo hice. En cambio hice de cuenta que estaba enormemente interesada en los dibujos de la alfombra turca. Jeremy se recostó en su silla y me miró un rato antes de continuar.

-¿Lo has llamado?

-¡A quién? -dije, aunque sabía a quién se refería.

-Al hombre de Toronto.

-Tiene nombre, estoy segura de que lo sabes.

-¿Lo llamaste?

-Lo llamé anteayer. Ayer fue un día un poco terrible, como recordarás, y yo estaba preocupada esta mañana con otras cosas.

-Tienes que llamarlo todos los días, Elena. Que sepa que estás bien. No le des ninguna excusa para llamar aquí o aparecerse.

-Sólo tiene el número de mi celular.

-No me importa. No puedes correr ese riesgo. Clay sabe que existe, aunque trata de olvidarse de eso. No le des motivo para recordarlo. Y no me acuses de proteger los sentimientos de Clay. Estoy protegiendo a la Jauría. No podemos damos el lujo de que Clay se distraiga por la presencia de ese hombre aquí. Y no podemos darnos el lujo de que ese hombre se aparezca. Ya tuvimos suficientes visitas.

-Voy a llamar.

-Aún no. Envié a Nick a convocar a una reunión.

-Me puedes informar luego.

-Una reunión implica una reunión del grupo -dijo Jeremy-. Una reunión del grupo implica que se espera que todos los miembros del grupo estén presentes.

-¿Qué pasa si no soy miembro del grupo?

- -Lo eres mientras estés aquí.

-Podría remediarlo.

Jeremy levantó los pies y recostó la cabeza contra el respaldo.

-¿Lindo clima verdad?

-¿Alguna vez discutes algo que no quieres?

-Es el privilegio de la edad.

Resoplé.

-Es el privilegio del poder.

-Eso también.

Jeremy hizo una leve sonrisa y sus ojos negros destellaron. Reconocí la mirada, pero tardé unos minutos en entenderla. Un desafió. Esperaba que reiniciara un debate en el que estábamos sumidos desde que me integré a la jauría. Como persona que en un tiempo había sido humana en una sociedad democrática, la idea de un líder todopoderoso e incuestionable me molestaba. ¿Cuántas noches pasamos Jeremy y yo en este cuarto debatiéndolo, tomando brandy hasta que yo estaba demasiado cansada y borracha como para subir a mi cuarto y me quedaba dormida aquí, pero despertaba más tarde en mi cama?

Lo había extrañado. Incluso ahora, viviendo en la misma casa que él durante casi cinco días, lo extrañaba. Todos los demás me habían dado la bienvenida sin hacer preguntas y sin resentimientos. Pero Jeremy no. No se había mostrado inamistoso, pero no había actuado como siempre. Me mantenía a distancia, como si no estuviera dispuesto a comprometerse en la relación hasta tener la certeza de que yo no iba a escaparme de nuevo. El problema es que yo tampoco estaba segura.

Traté de pensar una respuesta, con el cerebro herrumbrado, esforzándome por recordar los argumentos. Mientras pensaba, los ojos de Jeremy se cerraron y desapareció su sonrisa. Vi que se me pasaba la oportunidad y me lancé a tomarla. Cuando abría la boca, lista para decir lo que me viniera a la mente, se abrió la puerta. Entraron los demás y mi momento a solas con Jeremy se evaporó.

La primera cuestión que se abordó en la reunión fue que Jeremy nos prohibió correr en la propiedad hasta que se hubiese arreglado el lío con la policía. Cuando llegara el momento de correr, iríamos todos a los bosques del norte. No tengo nada en contra de correr en grupo

y, en circunstancias normales, me encanta correr con la Jauría, pero en eso de convertir una corrida de la Jauría en un evento organizado a plazo fijo había algo que le restaba placer. Sólo faltaba que nos alquiláramos un ómnibus de excursión, leváramos sándwichess y fuéramos cantando canciones de campamento.

El segundo tema tenía que ver con el plan de acción de Jeremy. Nuevamente los planes de Jeremy no le gustaron a Clay. A mí tampoco, pero yo no fui quien se levantó para contestar antes de que Jeremy terminara.

-No puedes dejarme aquí -gritó Clay.

Jeremy alzó las cejas un milímetro.

-¿No?

-No debes. Es estúp... No tiene sentido.

-Tiene perfecto sentido. Y tú no eres el único que se queda.

Me quejé, pero con calma, en silencio y para mí misma, si bien los ojos de Jeremy efectivamente espiaron en dirección a mi cuando lo hice.

Jeremy continuó.

-No admito que vengan tú y Elena, cuando están tan enfrentados.

-¡Pero yo no hice nada! -dijo Clay-. Ni siquiera me han acusado de matar a ese tipo. No saben si lo hice. Por qué castigarme...

-No es un castigo. No importa si lo hiciste o no. Mientras estén peleados entre sí, los quiero aquí, donde sólo pueden causarse daño el uno al otro... y al mobiliario.

-¿Por qué dejarnos a los dos? -pregunté.

-Porque no los necesito a ninguno de los dos. No pienso rastrear ni pelear contra nadie. Sólo se trata de reunir información. Aunque no estuvieran enfrentados, probablemente no los llevaría. Es un riesgo innecesario. Quiero saber más de esos perros. No quiero basarme en información de segunda mano, así que voy yo y me llevo a Antonio y a Peter como respaldo. Nick tampoco vendrá y no lo oigo quejarse.

-No suena muy divertido -dijo Nick.

Jeremy sonrió.

-Exactamente.

-Pero... -dije yo.

-Ya pasó la hora del almuerzo -dijo Jeremy, poniéndose de pie-. Debemos comer antes de irnos.

Se fue antes de que pudiéramos discutir nada. Ésa era probablemente su intención. Cuando él salió, me puse de pie.

-Creo que voy a preparar algo de comer.

Nick se ofreció a ayudarme. Por una vez, Clay no lo hizo. Ni siquiera nos siguió a la cocina.

Luego del almuerzo, Jeremy, Antonio y Peter se fueron en misión de reconocimiento. Ésa era la manera que tenía Jeremy de manejarse ante la pelota con efecto que habían lanzado los callejeros. No tenía experiencia en manejar un ataque de varios callejeros a la vez, entonces se tomaba su tiempo, para reunir información antes de hacer planes de cómo íbamos a actuar. En sentido lógico, tenía razón. Pero eso resultaba insatisfactorio para las emociones. Yo hubiera preferido planificar una acción directa contra los callejeros y al carajo con los riesgos. Por eso Jeremy era el Alfa y yo apenas soldado.

Cuando se fueron, volví a retirarme, esta vez a mi cuarto, desde donde llamé a Philip. Le dije que tardaría unos días más.

Tomó aire.

-Bueno.- Un momento de silencio. – Te extraño

-Yo…

-No es que lo haga hacerte sentir culpable, cariño. Es sólo que… te extraño. Sé que haces lo correcto y no te pediría que abandonaras a tus primos. Sólo que no pensaba en que

tardarías tanto- -Hizo una pausa y entonces hizo un chasquido con la lengua. – Ya sé. Me iré para allá. ¿Qué tal mañana? Estoy libre.
Voy a hacer mi trabajo en el avión.

Apreté el auricular mientras mi cerebro gritaba: «¡mierda!" Apreté los dientes y me obligué a controlarme.
-¿Y perderte unas vacaciones? -dije en el tono más liviano que pude. –Me prometiste una semana en el Caribe. En un recreo con todo incluido. ¿Recuerdas? Aunque me encantaría verte, si eso significa renunciar a una semana de tome todo lo que pueda de alcohol y de sol…
Río.

-Es mal sustituto un día de ayudarte a cuidar a tres niños, ¿verdad? Eso lo entiendo. Quizá pueda arreglar algo con James, trabajar el sábado que viene en vez de... Aunque parece que de todos modos voy a tener que trabajar el sábado y probablemente también el domingo.

-Sí. No sigas haciendo tratos o tal vez no pueda verte por varias semanas incluso después de haber vuelto a casa.

-Entendido. Voy a sobrevivir a unos días de soledad. Pero si es más que eso...

-No 1o será.

Hablamos unos minutos más y luego cortamos. Unos días más. Y no más que eso. Esta vez no tenía alternativa. Si no volvía a Toronto en unos días, Philip podía encontrar la manera de que le dieran un día franco y aparecerse en Nueva York. Eso sería... bueno, era más de lo que me atrevía a pensar.

Cuando finalmente corté la comunicación con Philip, me estiré en la cama y descansé. Dormité un poco para recuperar el sueño perdido de dos noches. Pero no funcionó. Me preocupé por la posibilidad de que Philip se apareciera en Stonehaven y mi nivel de estrés subió media docena de puntos. Entonces recordé por qué seguía en Stonehaven y pensé en Logan. Sentí que volvía el dolor y me inundaba la mente y no pude pensar en nada más, especialmente en dormir. Finalmente Nick vino en mi rescate; entró al cuarto sin golpean

-¿Nunca golpeas? -dije, enderezándome en la cama.

-Nunca. Me perdería todo. -Saltó sobre la cama, miró a través de las cortinas v sonrió con malicia. -¿Me perdí algo?

-Todo.

-Supongo que entonces yo mismo tendré que iniciar algo – dijo - mientras descorría las cortinas y se dejaba caer a mi lado en la cama-. Se está bien aquí. Hay silencio y es muy privado.

-Perfecto para dormir.

-Es demasiado temprano para dormir.. Tengo en mente algo mejor.

-Estoy segura de que sí.

Sonrió y se inclinó para besarme, luego evitó mi cachetazo.

-En realidad pensaba en otra cosa. Dado que no podemos correr aquí, pensé que quizá los tres podríamos ir ti algún lado a correr esta noche.

-Corrí anoche.

-Pero yo no y voy a necesitar Cambiar pronto. Empiezo a sentirlo.

-Entonces ve con Clay. No hay motivo para que vayamos los tres.

-Ya hablé con él. Sólo va si vienes tú. No quiere que nadie se quede solo aquí, por las dudas de que los callejeros ataquen por sorpresa.

-Estoy segura de que no lo harían... -me detuve al darme cuenta de que no estaba tan segura. La sola idea me dio escalofríos. -¿Tiene que ser esta noche? Ha sido un día largo y...

-Pensaba en cazar.

-No estoy segura de que...

-Cazar un ciervo.

-¿Un ciervo?

Él rió.

-Ahora a ella se le alzan las orejas. ¿Cuánto hace que no cazas nada más grande que un conejo? Por lo menos por tu cuenta.

-Tiene razón -la voz de Clay vino del otro lado de las cortinas y nos sobresaltó. Al darme vuelta, vi su silueta, pero él no descorrió las cortinas.

-Sería buena idea ir de caza -continuó Clay-. Para mantenernos ocupados mientras esperamos a Jeremy. Nick necesita Cambiar y no puede hacerlo aquí. Y yo no te voy a dejar sola, Elena. Estoy seguro de que puedes soportar nuestra compañía una o dos horas.

Abrí la boca para contestar, pero giró y salió del cuarto. Vacilé un momento, luego me volví hacia Nick y asentí. Sonrió y salió trotando del cuarto, sabiendo que lo seguiría.

ACECHO

Llevamos mi auto. Nick manejaba. Clay se sentó adelante con él. Yo me senté atrás y dormité por el camino, principalmente para no tener que participar de la conversación. No necesitaba preocuparme. Clay no pensaba hablar conmigo inútilmente y Nick llenó el vacío charlataneando para el que quisiera escuchar.

Nick hablaba de su último negocio, algo que tenía que ver con el comercio electrónico y una nueva empresa que estaba financiando. La cuestión no era si la nueva empresa tendría éxito, sino cuánto perdería. Las cifras exactas en dólares no eran importantes, ya que los Sorrentino eran lo suficientemente ricos como para que Jeremy pareciera de clase media. Antonio tenía tres empresas multinacionales. Nick no había heredado el toque de Midas de su padre. De hecho, estaba excluido de todos los negocios de Antonio. Nick era un playboy, así de simple. Se metía en una interminable serie de negocios, con todo lo cual no ganaba más que amigos y amantes, que era todo lo que quería de la vida en realidad. ¿Cómo reaccionaba Antonio frente a eso? Lo alentaba. Antonio advertía que ese estilo de vida era el único al que su hijo podía adaptarse, y si a él lo hacía feliz y podían darse ese lujo, ¿por qué no? Yo, que había ahorrado de a centavos la mayor parte de mi vida, no podía entender realmente esa filosofía. Envidiaba, no tanto la cantidad de dinero, sino que Nick tuviera a alguien en el mundo que lo quisiera tanto y se interesara tanto por su felicidad y tan poco por lo que lograra en la vida.

Nick nos llevó a un bosque que ya habíamos utilizado; pasamos una entrada y recorrimos el camino abandonado de una maderera, raspando la base del piso del auto contra el suelo demasiadas veces. Mi auto no estaba en buen estado, y yo sospechaba que abajo tenía más herrumbre que chapa, aunque nunca me decidí a poner a prueba mi teoría. Jeremy me ofrecía restaurarlo o comprarme otra cosa. Hice suficiente escándalo como para que nunca se sintiera tentado de "sorprenderme" con un auto nuevo o restaurado. No es que me molestara arreglar mi Camaro, aunque más no fuera para prolongarle la vida útil, pero me aterrorizada la idea de que si yo le permitía a Jeremy meter mano, él lo haría pintar de rosa.

En el interior del bosque, Nick detuvo el auto y lo dejó con el cambio puesto. El motor se apagó con un sonido poco sano. Traté de no pensar en el asunto, porque podía implicar que no se volvería a encender y eso sería realmente malo. Estar varada en un bosque del estado de Nueva York, fuera del alcance del celular, con un auto muerto y dos tipos que no distinguían el aceite del anticongelante.

Mientras nos internábamos en el bosque, Nick siguió hablando.

-Luego de arreglar este asunto, tendríamos que hacer algo. Ir a alguna parte. Tomarnos unas vacaciones. Quizás a Europa. Clayton tenía que ir a esquiar conmigo a Suiza este invierno pero no fue.

-No me eché atrás -contestó Clay. Caminaba adelante, abriendo el camino en medio de la maleza, quizá tratando de ayudar, pero lo más probable es que no quisiera caminar conmigo-. Nunca dije que iría.

-Sí que lo dijiste. En Navidad. Tuve que perseguirte para preguntártelo. -Nick se volvió hacia mí - Apenas apareció durante toda la semana que la Jauría estuvo en Stonehaven. Estaba tan metido en sus estúpidos libros y papeles. Esperaba que aparecieras tú y como no fue así.. Clay le dirigió una mirada y Nick se detuvo. Como sea, dijiste que vendrías a esquiar. Te pregunté y gritaste algo que sonaba como sí.

-Hmmm.

-Exacto. Eso. Bueno, no fue realmente un sí, pero tampoco un no. Así que me debes un viaje. Iremos los tres. ¿A dónde quieres ir cuando se acabe todo esto, Elena?

Iba a decir "a Toronto", pero no lo hice. Rechazar los planes de Nick cuando intentaba suavizar las cosas era como decirle a un hijo que Papá Noel no existe porque uno ha tenido un mal día. No era justo y él no lo merecía.

- Veremos -dije.

Clay me miró a los ojos por sobre el hombro. Sabía exactamente lo que quería decir. Con una mueca de disgusto, volvió a mirar hacia delante, quitó una rama del camino y fue en busca de un lugar para Cambiar.

-No estoy segura de que sea una buena idea -le dije a Nick luego de que se fuera Clay-. Tal vez sería mejor que yo esperara en el auto.

-Vamos. No hagas eso. Puedes descargarte un poco. Ignóralo.

Estuve de acuerdo con él. Bueno, en realidad no alcancé a estar de acuerdo. sino que Nick se fue antes de que pudiera discutirle y él seguía teniendo las llaves de mi auto.

Ignóralo. Buen consejo. Un muy buen consejo. Pero en términos prácticos tenía tanto valor como decirle a alguien que tiene miedo a las alturas que no mire hacia abajo.

Cuando salí de la naturaleza luego de Cambiar. Clay estaba allí. Dio un paso atrás, olisqueando. Luego abrió la boca con la lengua colgando y con una sonrisa de lobo como si no nos hubiésemos peleado. Por más que quería. no pude sentir ira, como si la hubiese dejado en la espesura junto a mi ropa.

Lo vigilé por un momento, y luego con cautela comencé a esquivarlo. Casi lo había pasado cuando, se dio vuelta y me atacó de costado, tomándome la pata trasera para hacerme caer. Saltó sobre mí. Rodamos por la maleza hasta dar contra un arbolito y hacer huir a una ardilla hacia otro lugar más seguro, mientras nos mascullaba sus quejas a la carrera. Cuando finalmente logré zafarme, me puse de pie y empecé a correr. Detrás de mí, Clay venía trotando en medio del bosque. A los diez metros de carrera, oí un chillido y luego sentí temblar el suelo con la con la caída de Clay. Miré sobre el hombro para verlo mordiendo y tironeando de una enredadera enganchada en su pata delantera. Me detuve para darme vuelta e ir a buscarlo, pero entonces vi que se liberaba y volvía a correr. Advirtiendo que se me acercaba, giré para continuar y choque contra algo sólido, di una vuelta de carnero y fui a caer sobre unas ortigas.

Alcé la mirada y vi a Nick parado sobre mí. Con un gruñido toda la dignidad que pude reunir, me puse de pie. Nick dio un paso atrás u miró, riendo con los ojos mientras me desenganchaba de las ortigas. Por el rabillo, vi que Clay se le acercaba a Nick sigilosamente por detrás. Se agachó, con la cola en el aire, y saltó contra Nick, que fue a caer sobre las ortigas. Cuando Nick luchaba por ponerse de pie, fui junto a él y le lancé un resoplido: “Te lo mereces”. Me tomó de la pata delantera y me hizo caer. Luchamos un minuto antes de que yo lograra liberarme y colocarme junto a Clay.

Mientras Nick se quitaba las ortigas, Clay frotó su hocico contra el mío y su aliento caliente me agitó la piel del cuello. Mientras lo frotaba con mi hocico, una parte aturdida de mi cerebro me recordó que estaba enojada con él, pero no podía recordar por qué y no me importaba. Nick caminó en torno de nosotros, frotándose y olisqueando a modo de saludo.

Cuando pasó un poco demasiado tiempo olisqueando cerca de mi cola. Clay gruñó y Nick retrocedió.

Luego de unos minutos, nos separamos y comenzamos a correr. Clay y yo nos peleábamos por ir primeros. Nick iba contento con quedarse detrás. El bosque estaba lleno de olores, incluso de rastros de ciervos, pero mayormente eran rastros viejos. Tuvimos que correr unos mil metros antes de percibir el olor que estamos buscando. Un ciervo vivo. Sentí un estallido de energía y corrí hacia delante. Detrás. Nick y Clay me seguían en medio del bosque casi en silencio. Sólo los delataba el susurro de las plantas muertas bajo sus pies. Entonces cambió el viento y nos lanzó el olor del ciervo a la cara. Nick lanzó un gañido de excitación y se puso a mi lado, tratando de tomar la delantera. Le tiré un mordisco, que alcanzó a atrapar un pedazo de su oscura piel mientras él se apartaba de mi camino.

Al ocuparme de Nick, advertí que Clay no venía detrás. Me detuve, luego me di vuelta y caminé hacia atrás. Estaba parado a unos cinco metros, olisqueando el aire. Cuando llegué junto a él. Me miró a los ojos y supe por qué se había detenido. Ya estábamos suficientemente cerca. Era el momento de hacer un plan. Puede parecer tonto pensar que el ciervo es peligroso, pero no somos cazadores humanos que nunca se acercar a más de treinta metros de su presa. Los cuernos pueden desjarretar a un lobo. Un casco que dé en el blanco puede destrozar un cráneo. Clay tiene una cicatriz de treinta centímetros donde le dio el casco de un ciervo. Hasta los lobos salvajes saben que cazar un ciervo requiere cautela y planificación.

Planear no quiere decir discutir el asunto, ya que la comunicación a tan alto nivel es imposible en nuestra forma de lobos. A diferencia de los humanos, sin embargo, teníamos algo mejor: el instinto y un cerebro con patrones de conductas incorporados que habían dado buenos resultados a miles de generaciones. Podíamos evaluar la situación, recordar un plan y comunicarlo con la mirada. O, al menos, Clay y yo podíamos hacerlo. Al igual que sucedía con muchos licántropos, Nick no sintonizaba Los mensajes que le enviaba su cerebro de lobo, o su cerebro humano no confiaba en ellos. No importaba. Clay y yo éramos el Alfa allí, de modo que Nick seguiría nuestras órdenes sin necesidad de explicaciones.

Fui hacia el este, olfateé el aire y volví a pescar el olor del ciervo. Era un macho solitario. Eso era bueno porque no tendríamos que alejar a un ciervo de una manada. Pero un macho era más peligroso, especialmente en la primavera, cuando tienen los cuernos plenamente crecidos. Clay se me acercó y olfateé el ciervo, luego me, dirigió una mirada que decía: “Qué diablos, sólo se vive una vez”. Resoplé ni acuerdo y fui junto a Nick. Clay no me siguió. En cambio, volvió a meterse en el bosque y desapareció. El plan estaba decidido.

Nick y yo dimos una vuelta por el bosque, para colocarnos a contraviento antes de volver a seguir el rastro. Encontramos al macho pastando en un bosquecillo. Mientras Nick esperaba la señal, se frotó contra mí, gimiendo demasiado bajo como para que el ciervo pudiera oír. Gruñí en lo profundo de mi garganta y se detuvo. El ciervo alzó la cabeza y miró en derredor. Cuando volvió a pastar, me agaché y me abalancé. El ciervo sólo tardó un milisegundo en saltar unos arbustos y lanzarse a galopar. Nick y yo lo perseguimos, pero la distancia entre nosotros y el ciervo aumentaba. Los lobos son corredores de resistencia, no velocistas, y la única posibilidad que teníamos de alcanzar un ciervo a la carrera viniendo desde atrás era cazarlo.

Como sucede a menudo, el ciervo cometió el error fatal de poner toda su energía en el primer esfuerzo. No habíamos ido muy lejos cuando empezó a perder velocidad, lo oía resoplar; tratando de tomar más aire y demasiado asustado como para regular su marcha. Yo también me estaba cansando un poco, después de haber gastado ya toda una cantidad de energía en encontrar y perseguir al macho, lo que me hacía seguir era su olor, ese perfume denso que me hacía gruñir el estómago.

Encontré el rastro de Clay en el aire y arrié al ciervo en esa dirección, abriéndome a un costado con un breve impulso, lo que lo hizo ir en la dirección opuesta. En la carrera, el temor del ciervo se convirtió en pánico. Iba a pleno galope, saltando árboles caídos y atravesando a toda carrera la maleza. Los árboles y los arbustos lo lastimaban y en el aire

comenzó a haber olor a sangre. Cuando dábamos una vuelta, Clay saltó de los arbustos y tomó al ciervo de la trompa.

El macho se detuvo resbalando y comenzó a sacudir la cabeza enloquecido, tratando de quitarse a Clay. Entonces llegamos nosotros. Me metí debajo del ciervo y hundí los dientes en su estómago. Probé la sangre caliente bajo una capa de grasa y comenzó a hacérseme agua la boca. Nick atacó al ciervo por el flanco, embistiendo y mordiendo y saliendo del alcance de los cascos y los cuernos del animal. Clay estaba siendo zamarreado de un lado a otro, pero no soltó. Ésa era una estratagema surgida de la memoria subconsciente: si a la presa se le muerde la cara, estará demasiado ocupada tratando de liberarse de] peligro más evidente como para molestarse con los otros atacantes.

Asida del ciervo, le abrí la panza a dentelladas, bailoteando todo el tiempo para esquivar los cascos. Cuando logré abrir un agujero, solté y metí el hocico más arriba. Comenzaron a salir las entrañas por el primer agujero y el olor casi me volvió loca. La sangre también chorreaba por donde había atacado Nick, lo que hacía resbaladizo y difícil de agarrar el cuero del animal. Mordí más fuerte y sentí que mis dientes atravesaban la piel, alcanzando órganos vitales. Por fin las piernas delanteras del ciervo cedieron. Clay soltó la trompa y le abrió la garganta. Entonces el ciervo cayó al suelo.

Cuando cayó el ciervo, Nick retrocedió y se acostó en un lugar cercano. Clay bajó la cabeza y se volvió para mirarme. Tenía el hocico cubierto de sangre. Lo lamí y me froté con él, sintiendo el temblor que provocaba la adrenalina. Aún temblaban las patas del ciervo, pero sus ojos miraban fijos hacia delante, sin vida. Cuando lo abrimos por el costado, se formó vapor en el aire fresco de la noche. Comenzarnos a devorarlo, arrancando pedazos de carne y tragándolos sin masticar.

Cuando acabamos y nos alejamos, se acercó Nick y comenzó a comer. Clay fue hasta un claro y me miró por sobre el hombro, lo seguí y me dejé caer junto a él. Clay se acercó, puso una pata en mi cuello y comenzó a lamerme el hocico. Cerré los ojos mientras trabajaba Cuando acabó de quitarme la sangre del cuello y de los hombros, yo empecé a limpiarlo a él. Nick terminó de comer luego se acercó, acurrucándose con nosotros. Terminamos de higienizarnos y luego nos dormimos en un enredo de patas y piel variopinta.

No habíamos dormido mucho cuando Clay se levantó y se puso a sacudirnos a Nick y a mí. Me desperté de golpe cuando mi cabeza dio contra una piedra; me puse de pie, tensa y alerta al peligro. Estábamos solos en el claro. Había caído la noche, y trata tan sólo los sonidos normales de la noche, los llamados de los cazadores y los chillidos de las presas. Le gruñí a Clay y ya estaba por volver a acomodarme, cuando él me dio en las costillas con el hocico y me indicó que olfateara. Lo miré con ira pero hice lo que me pedía. Al principio no percibí nada. Entonces el viento cambió y supe lo que lo había hecho saltar tan rápidamente. Había alguien aquí. Otro licántropo: Zachary Cain.

En cuanto comprobó que yo le había entendido, Clay se fue. Detrás de mí, Nick seguía sacudiéndose la bruma del sueño interrumpido. Lo miré, luego comencé a correr, sabiendo que me seguiría aunque no supiera por qué. En el borde del claro, el olor de Cain se volvió más fuerte, seguí el rastro hasta un bosquecillo cercano. Había estado allí, lo suficientemente cerca como para poder meter el hocico entre las zarzas y observarnos dormir. Había algo extraño, pero no estaba segura de qué podía ser. La parte humana de mi cerebro quería quedarse a analizar el problema, pero el instinto de lobo lo dominó y puse mis pies en movimiento. Había un intruso y teníamos que ocuparnos de él.

A pesar de que yo vacilé cerca del bosquecillo, Nick no. Metió el hocico, inhaló profundo, retrocedió y comenzó a correr tras Clay. Por una vez quedé a la retaguardia Los otros dos se habían adelantado tanto que no podía verlos ni oírlos y tuve que seguir el rastro de Clay. Se metía en el bosque, atravesando arboledas tan densas que ocultaban la luz de la Luna y de las estrellas. Por buena que fuera mi visión nocturna, necesitaba luz, aunque más no fuera luz reflejada. Aquí no había nada. Sólo podía discernir las formas de los troncos de

árboles y los arbustos, sombras oscuras sobre un fondo aún más oscuro- Al atravesar la maleza, advertí que no era tan capaz de deshacerme de mis sentidos humanos como me gustaba creer. Aún dependía demasiado de la vista. Desaceleré y puse la nariz en el suelo para seguir el rastro de Clay.

Al otro lado de la espesura, los árboles se abrían y dejaban entrar un poco de luz de la luna. Comencé a aumentar la velocidad, luego escuché arbustos que se abrían hacía el norte al paso de algo grande. No era Clay ni Nick. Hasta Nick se movía en el bosque con más fineza. Abandoné el rastro de Clay y viré al norte. Había corrido unos quinientos metros cuando sentí la vibración de patas que daban en la tierra detrás de mí. Eran Clay y Nick. Lo sabía sin mirar, así que no reduje la marcha Pero como yo era la que abría el paso, no corría tan rápido como ellos y en poco tiempo escuché la respiración rítmica de Clay detrás de mí. Dimos la vuelta a unas rocas grandes y entonces escuchamos las ramas que se rompían detrás de nosotros. Giré para ver una sombra marrón rojiza inmensa que salta de atrás de la roca y corría en la dirección opuesta.

Clavé las garras en la tierra blanda para detenerme, giré y fui tras Cain. Sólo me siguieron las pisadas de Nick. Clay tomaba otro camino, con la esperanza de emboscar a Cain como lo había hecho con el ciervo. Cain siguió el sendero que había abierto yo, en dirección hacia el lugar de donde había venido. Después de unos cuatrocientos metros giró hacia el este. Iba hacía la carretera, con la esperanza de escapar. Me adelanté hasta acercarme lo suficiente como para que su cola me rozara la cara. Entonces mi pata dio en un accidente del terreno. No era un agujero ni nada lo suficientemente grande como para hacerme tropezar, simplemente un mínimo cambio de la altura del terreno que me hizo andar más lento. lo suficiente corno para que Cain lograra alejarme un poco. Nick me alcanzó. Entonces avancé más despacio para conservar energía. Adelante el bosque se abría a medida que nos aproximábamos a la carretera. Giré a la izquierda, esperando ganar unos metros al anticiparme a la ruta de Cain. Pero él no viró. En cambio, siguió corriendo, de vuelta hacia el bosque.

Viendo lo que hacia Cain, miré adelante y vi una zona menos densa del bosque al noroeste. Cain no fue hacia allí, pero yo sí. Nick siguió a Cain, no tanto para alcanzarlo como para cansarlo. Mi camino me llevó a una colina rocosa. Al subir sentí el olor de Clay. Había estado aquí, aunque no sabía cuánto tiempo antes. El terreno se hacía más difícil a medida que avanzaba, lo que me hacía andar más despacio y maldecir por haber elegido ese atajo. A mitad de la subida, una de mis patas delanteras resbaló en unas piedras, una de ellas lo suficientemente filosa como para cortarme la planta acolchada. Gruñí de dolor pero seguí adelante. En la cima de la colina, mi esfuerzo parecía dar sus frutos. Desde aquí podía mirar hacia abajo y ver todo el terreno. Hacia el este divisé un reflejo dorado, que era Clay moviéndose entre los árboles. Por ser un lobo negro, Nick no era tan fácil de ver de noche; pero, pasado un instante, vi sacudirse unos árboles abajo. Seguí con la mirada el camino de árboles y arbustos que se movían. Venían en mi dirección. Fui hasta el lugar donde pensó que saldría. Mi esfuerzo se vio premiado con una conmoción en la maleza directamente adelante. Unos segundos más tarde una forma inmensa salió de la espesura.

Al verme en su camino, Cain se detuvo. Gruñó y agachó la cabeza. Sus ojos verdes refulgieron y su pelambre rojiza se puso de punta, aumentando diez centímetros de tamaño, lo que era superfluo; Cain no necesitaba eso para verse imponente. En su forma humana media dos metros, con los hombros y el físico de un mariscal de campo de fútbol americano. En su forma de lobo, media el doble que yo. Retire los labios y gruñí, pero me sentí tan amenazadora como un pomerania enfrentando a un toro. Una parte de mi cerebro, lleno de adrenalina, insistía en que podía dominar a Cain, por más diferencia de tamaño que hubiera. Otra parte se preguntaba dónde carajo estaban Nick y Clay. Pero el grito más fuerte decía: "¡Corre, idiota, corre!"

Mientras lo pensaba, Cain de pronto se dio vuelta y... corrió. Por un momento no pude moverme, sin poder creer lo que veía, ¿Cain huía? ¿De mí? Por más que mi ego disfrutaba de la idea de que me temiera, el sentido común me decía que no era así. ¿entonces por qué

escapó? Nuevamente mi instinto de lobo no dejó que mi cerebro pensara el asunto. Justo cuando Cain desaparecía colina abajo, me dominó el instinto y lo seguí.

No había avanzado más que dos o tres metros cuando algo aterrizó en mi espalda, lanzándome al suelo. Giré para ver a Clay parado sobre mí. Traté de ponerme de pie pero él me lo impidió. ¿Estaba loco? Cain escapaba lo tiré un mordisco, tomándolo de su pata delantera, gruñendo. Me tomó de debajo de de la garganta y me inmovilizó. A cada segundo veía que Cain se escapaba más y más lejos. Me debatí, pero Clay me contuvo. Finalmente supe que ya era demasiado tarde. Cain se había ido. Al advertirlo, Clay hizo un sonido en lo profundo de su garganta. No era un gruñido, pero tampoco un sonido amigable. Entonces corrió, no siguiendo a Cain, sino en dirección opuesta. Cuando me puse de pie lo seguí. Seguí su rastro veinte metros hasta un claro donde podía oler su ropa. Aquí había Cambiado. Metí el hocico en medio de la maleza y vi a Clay Cambiando, la espalda arqueada, la piel pulsando, demasiado inmerso en la transformación como para notar mi presencia. Vacilé un segundo. Luego busqué mi ropa y Cambié.

Cuando salí del claro, Clay me esperaba

-¿Dónde está Nick? -dijo Clay antes de que pudiera articular una palabra-. ¡Carajo! Tiene las llaves. ¿No estaba detrás de ti?

-¿De qué hablas?

Clay se metió entre los arbustos, buscando.

-No lo entiendes? Nos estaba distrayendo, nos tenía ocupados.

-¿Nick?

-Cain. Clay ya no se ve la, sólo escuchaba su voz en el bosque. -Estábamos dormidos y no nos atacó. Lo perseguimos y no luchó ni trató de escapar. Anduvo en círculos. ¡Nicholas!

-¿Pero por qué...?

Jeremy. Fueron por Jeremy. ¡Carajo! Probablemente estuvieran vigilando la casa y nosotros ni siquiera... ¡Allí estás!

-Un momento -la voz de Nick salió de la oscuridad-. ¿Me das un segundo para ponerme los pantalones?

Clay salió de entre los arbustos, arrastrando a Nick de un brazo.

-Al auto. Los dos. ¡Muévanse!

Nos movimos.

EMBOSCADA

Camino de Bear Valley, Clay condujo, Nick fue atrás y yo me senté adelante donde eran mejores los cinturones de seguridad. Tal como lo temí, el Camaro no estaba entusiasmado por volver a andar. Cuando se resistió, Clay le apretó el acelerador hasta el fondo, llevó las revoluciones del motor hasta la zona roja, y luego empujó el cambio hasta la posición de marcha atrás, ignorando los ruidos que venían de abajo del motor. El coche se rindió y modosamente se dejó sacar la mugre durante todo el camino a Bear Valley.

-No, toma la salida siguiente -dije cuando Clay iba a tomar el primer camino a Bear Valley-. Ve al este. Al hotel.

-¿El hotel?

-No tiene sentido perseguirnos la cola por todo Bear Valley si los callejeros no han dejado siquiera su cuarto de hotel. Pero si se fueron, tal vez pueda seguirles la pista.

Clay apreté las manos. Sabía que estaba convencido de que los callejeros querían atrapar a Jeremy e ir al hotel significaba perder un tiempo precioso. Pero tenía sentido. En vez de contestarme, salió de nuevo a la carretera, delante de un camión cargado de troncos. Cerré los ojos el resto del camino.

Cuando llegamos al motel, Clay estacionó el auto en el lugar para discapacitados junto a la entrada y ya saltaba de su asiento antes de que se apagara el motor. Yo tomé las llaves y lo seguí. Esta vez no se esforzó por engañar al empleado del mostrador Por suerte no estaba allí. Clay subió los escalones de dos en dos. En el cuarto de Le Blanc, rompió la cerradura recién arreglada y entró sin esperar a ver si habrá alguien. Yo subía los últimos escalones cuando salió.

-No están -dijo, haciéndome a un lado para bajar. Cuando estaba a mitad de la escalera advirtió que yo seguía subiendo y se dio vuelta. -Dije que no están.

-No es el único cuarto -dije-. A Marsten no lo podrían convencer de que durmiera en el piso.

Clay gruñó algo, pero yo ya iba por el corredor, deteniéndome frente a cada puerta y tratando de percibir el olor de Cain o el de Marsten. Clay volvió a subir las escaleras y me siguió por el Corredor.

-No tenemos tiempo.

-Entonces ve -dije-. Vete.

No lo hizo. Me detuve a tres cuartos del de Le Blanc.

-Cain –dije- tomando la manija.

-Bien. Sigue adelante y encuentra el de Marsten.

Marsten tenía el siguiente cuarto. Clay estaba revisando el cuarto de Cain cuando rompí la puerta de Marsten y entré. El cuarto se veía deshabitado. Sólo vi una valija de cuero italiana en un rincón. La cama estaba hecha, las mesas limpias y las toallas estaban colgadas. Claramente era el cuarto de Karl Marsten. Si tenía que rebajarse a aceptar un cuarto en el Motel Big Bear, no iba a quedarse allí ni un minuto más de lo necesario. Estaba por salir del cuarto, cuando una brisa me trajo aire fresco y un olor familiar.

Jeremy -dijo Clay detrás de mi al entrar al cuarto.

Fue hasta la ventana y corrió las cortinas. La puerta estaba abierta un poco, como si alguien la hubiese cerrado desde afuera donde no había manija.

-Se fue -dije-. Debe haber venido a investigar.

Clay asintió y me pasó con rumbo a la puerta. Volvimos al auto. A continuación Clay recorrió los estacionamientos en busca del Mercedes o el Acura En realidad no los recorrió, se metió en ellos a toda velocidad, dio vueltas y salió despedido. En el estacionamiento detrás del negocio de ropa Drake's Family Wear, encontramos el Acura de Marsten.

Sólo me estaba suponiendo que el Acura era de Marsten, pero era una buena apuesta. Le Blanc pudo haber tenido un ingreso fijo mientras vivía una vida normal en Chicago, pero por lo que se veía en su cuarto de hotel, en estos tiempos no tenía plata para autos de lujo. Marsten, en cambio, era muy exitoso... en su carrera de ladrón. En realidad el robo es la ocupación principal de los callejeros. Su estilo de vida no los alienta a quedarse en un pueblo el tiempo suficiente como para tener un empleo fijo. Y aunque tuvieran la inclinación a echar raíces, no podía durarles. Por lo menos en Estados Unidos, la Jauría rutinariamente perseguía a los descastados que parecían acomodarse a una vida sedentaria. Formar un hogar significaba adueñarse de un territorio y eso sólo lo podía hacer la Jauría Por eso la mayoría de los callejeros iban de ciudad en ciudad, robando lo suficiente como para mantenerse vivos. A los descastados les iba mejor. Marsten se especializaba en joyas, es decir, joyas de los cuellos y de los cuartos de mujeres maduras y solitarias. Tenía dinero y se consideraba mejor que los otros callejeros. A la Jauría no le importaba que pudiera hablar cinco idiomas y no tocara un whisky que tuviera menos años que él. Un callejero era un callejero.

Clay desaceleró detrás del Acura, luego apretó el acelerador y salió del estacionamiento.

-¿No los estamos buscando? -preguntó Nick, inclinándose sobre el asiento.

-No me importa dónde están ellos. Me importa dónde está Jeremy.

Encontramos el Mercedes de Antonio a un par de cuadras en el estacionamiento de la fábrica papelera. Este rastro me resultaba más fácil de seguir, porque los olores me eran tan familiares que podía dejar que mi cerebro los procesara en piloto automático mientras yo me concentraba en buscar pistas.

El rastro daba la vuelta a la oficina del diario local, el depósito donde habla sido la fiestita, el Donut Hole y un bar donde Pasaban música country y western cerca de la calle principal. Podía entender la lógica de Jeremy en pasar por cada punto: el diario para las últimas noticias, el café en busca de chismes y el depósito en busca de pistas. Lo de la taberna era un poco más complicado, hasta que sentí el olor ácido de orina en el lugar donde Cain habla meado contra la pared trasera, presumiblemente la noche anterior después de beber. Desde ahí, el rastro llevaba hacia la fábrica de papel donde estaba el auto de Antonio.

-Están volviendo -dijo Nick-. Te apuesto a que nos cruzamos.

Caminamos cinco pasos cuando un gato hizo un sonido sibilante detrás de un tacho de basura. Nick le respondió de igual modo. El gato entrecerró los ojos, alzando la cola como un signo de exclamación ante la afrenta.

-Deja el minino -dije-. Demasiado flaco, sería apenas un bocado.

Al girar, vi algo que salía de debajo de las bolsas de basura. Al principio parecían una fila de cuatro guijarros pálidos y redondos que salían de dos bolsas. Eso parecía tan fuera de lugar que me acerqué, ignorando el hedor de la basura. Al acercarme entendí lo que veía: dedos.

-Mierda -murmuré-. Mira esto. Esos callejeros se están volviendo descuidados o dejan las cosas a la vista a propósito.

-Te apuesto veinte dólares a que es lo segundo - dijo Clay.

Dio un paso adelante y alzó la bolsa que lo tapaba para ver mejor. Los dedos estaban unidos a una mano, unida a un brazo.

Cuando Clay alzó más la bolsa, el cuerpo cayó al suelo de espaldas. La cabeza del hombre quedó en un ángulo imposible, con el cuello roto. Su pelo rojizo indómito brillaba aún en la oscuridad.

-Peter -susurré.

-No -dijo Clay-. Jeremy. ¡No!

Clay salió corriendo y sus pasos resonaron en la oscuridad del callejón. Los ojos de Nick se abrieron y encontraron los míos. Entonces algo le recordó que Jeremy no era el único que estaba con Peter. Corrió tras Clay. Los seguí, con el corazón bombeando tan fuerte que no me dejaba respirar. A cinco metros vi brillar un charco de un líquido rojo espeso bajo una luz medio apagada. De allí salían tentáculos de sangre, que convergían luego en un hilo hacia lo lejos. Seguí el rastro. Adelante, la camisa blanca de Nick se movía en la oscuridad. Escuchaba las pisadas de Clay pero no lo veía. El rastro de sangre daba la vuelta en dos esquinas. Al doblar la segunda, vi a Clay y a Nick adelante, detenidos y luego retrocediendo. Habían pasado el rastro, que terminaba en un charco de sangre junto a la esquina.

Me incliné, puse el dedo en la sangre y lo llevé a mi nariz.

-¿Es suya? -preguntó Clay.

-Es de Jeremy -susurré.

-Y hay mucha más aquí arriba si quieren mirarla de cerca

-dijo una voz grave.

La cabeza de Clay se volteó hacia atrás. Mirarnos en derredor y luego vimos un muelle de estibado a la derecha. Clay llegó primero. Subió de un salto y desapareció en una abertura oscura. Nick y yo lo seguimos. Jeremy estaba sentado en el fondo con su pierna derecha alzada sobre una caja de madera y Antonio hacía jirones su camisa. Cuando nos acercamos, Jeremy alzó el brazo izquierdo para sacarse el pelo de la cara, pero lanzó un quejido y cambió a la mano derecha, dejando caer la izquierda.

-¿Están bien? -pregunté.

-Peter está muerto -dijo Jeremy-. Nos emboscaron.

-Volvíamos al auto -dijo Antonio, agregando otra venda más a la pierna de Jeromy-. Yo fui a buscar un baño. Cinco minutos. Recién había doblado la esquina y.. -Se concentró en su tarea pero en cada palabra era evidente la culpa que sentía. -Menos de cinco minutos. Mientras fue a orinar...

-Esperaban una oportunidad -dijo Jeremy-. Cualquiera de nosotros podría haber ido atrás un momento y hubieran atacado a los otros dos.

Antonio miró sobre el hombro.

-El nuevo, el callejero que mató a Logan, atacó a Jeremy con un cuchillo.

-¿Un cuchillo? -Clay buscó confirmación de Jeremy, con tanta incredulidad como si Antonio hubiese dicho que atacaron a Jeremy con un Howitzer antiguo-. ¿Un cuchillo?

Jeremy asintió.

Antonio continuó.

Acusaron a Peter y a Jeremy. No hubo tiempo de reaccionar. Los hubiera seguido, pero Jeremy sangraba mucho.

-Yo no te hubiera dejado perseguirlos de todos modos –dijo Jeremy-. No tenemos tiempo de analizar las cosas ahora. Tenemos que limpiar e irnos.

Intentó pararse. Clay saltó una caja y lo ayudo a ponerse de pie.

-Dejamos a Peter en el lugar -dijo Jeremy

-Lo sé -dije-. Lo encontramos.

-En la basura -dijo Antonio, pasándose una mano por la cara-. Eso no estuvo bien. Lo siento, pero Jeremy estaba sangrando y yo...

-Tenías que encontrar un lugar para que nos ocultáramos rápido -terminó Jeremy por él-. Nadie te culpa. Lo iremos a buscar y lo llevaremos a casa.

Clay ayudo a Jeremy a bajar del muelle. Yo me coloqué a la izquierda para tomar el otro brazo, luego recordé que estaba herido y me conformé con caminar a su lado, lista para sostenerlo si cedía su pierna. Le di mis llaves del auto a Nick y él fue a llevar el Camaro hasta el callejón para poder cargar los cuerpos. Cuando llegamos a la pila de basura, Antonio destapó a Peter y lo limpió.

-Marsten va a pagar por esto -dijo Clay, mirando al cuerpo de Peter, apretando los puños-. De veras va pagar.

-Marsten no mató a Peter. Fue Daniel.

-Dan... -Clay se ahogó-. Mierda.

Volví a Stonehaven en el Mercedes de Antonio, sentada en el asiento trasero con Jeremy por si acaso empezaba a sangrar más. Antonio manejaba en silencio. Jeremy miraba por la ventana, sosteniéndose las vendas. Traté de concentrarme en otra cosa que no fuera mirar mi auto a través del parabrisas y pensar en el cuerpo de Peter en el baúl. En lugar de eso, pensé en los callejeros.

Así que era Daniel. Lo que significaba un problema serio. Daniel sabía cómo operaba la Jauría, cómo operaba cada uno de nosotros. Daniel había sido de la Jauría. Se habla criado con Nick y con Clay... o, más bien, creció en su "entorno». "Con ellos” suena como si hubieran sido amigos, cosa falsa. Antes de que llegara Clay, Nick y Daniel hablan jugado juntos a veces, acercados por su edad, como dos primos que juegan juntos en las reuniones familiares porque no hay nadie más con quien entretenerse. Entonces llegó Clay. Yo no conocía bien los detalles, pero me habían dicho que Clay y Daniel se odiaron a primera vista. El hecho desencadenante parece haber ocurrido la primera vez que se encontraron, cuando Daniel obsequió a la Jauría con la historia de cómo habían expulsado a Clay del jardín de infantes, que había tenido que ver con una disección del chanchito de la India de la clase para ver cómo era por dentro, pero, como fue, yo no conocía los detalles. Cuando le pregunté a Clay acerca de eso, lo único que dijo fue “ya estaba muerto", lo que supuestamente explicaba todo. Cualquiera que haya sido la historia, avergonzó a Jeremy, que habla ocultado los detalles cuando les explicó a los demás por qué Clay sólo había durado un mes en la escuela. Al molestar a Jeremy, Daniel se había ganado el rencor eterno de Clay.

En los años que siguieron, la relación entre los dos se volvió más difícil, porque Daniel y Clay luchaban por la posición suprema en la generación joven. O debería decir que Daniel

luchó por eso. Clay simplemente dio por sentado que le correspondía y aplastó las aspiraciones de Daniel con el desprecio aburrido de alguien que espanta un mosquito. Cuando los tres tenían poco más de veinte años, Jeremy se convirtió en Alfa. Ni vez he dado la impresión de que fue un ascenso sin sangre. No lo fue. Siete miembros de la Jauría respaldaron a Jeremy y cuatro no, incluyendo a Daniel y su hermano Stephen. La disensión se volvió más virulenta y Stephen intentó asesinar a Jeremy, pero Clay lo mató. Daniel insistió en que su hermano era inocente y que Clay lo había asesinado para aplastar la oposición a la conducción de Jeremy. Cuando Jeremy fue nombrado Alfa, Daniel decidió que no habla lugar para él en la nueva Jauría.

Desgraciadamente ése no fue el fin de la historia. Pese a que ya no eran hermanos de jauría, Daniel y Clay tuvieron muchos encontronazos desde entonces. Después de que aparecí yo, la cosa se puso peor. Daniel decidió que debía poseerme, aunque más no fuera porque yo le “pertenecía" a su archirrival. Cuando Daniel se me acercó por primera vez, llegué a pensar que era un tipo decente. Mi opinión cambió el día en que lo fin a visitar y lo encontré ocultando a una mujer en el ropero. No habría sido tan malo si la mujer hubiera estado viva. Aparentemente lo estaba justo hasta el momento en que toqué el timbre, momento en el que Daniel le rompió el cuello y trató de meterla en un ropero para que no lo encontrara con alguien. A partir de allí, empecé a creer más en las advertencias do Clay respecto de Daniel. La mujer en el ropero no era la primera que mataba Daniel. Cuando dejó la Jauría, abandonó sus enseñanzas y leyes y se convirtió en asesino. Como todos los callejeros asesinos exitosos y de vida prolongada, Daniel aprendió cómo convenía matar a humanos, el mismo truco que usa un lobo cuando se enfrenta a una gran manada: separar a los que están en el borde. Si uno se limitaba a los marginales – drogadictos, adolescentes escapados, prostitutas, gente sin hogar, había muchas probabilidades de que no lo agarraran. ¿Por qué? Porque no les importan a nadie. Por supuesto que dicen que si, los políticos y la policía y todos los que se suponen que defienden la ley, pero en realidad no. La gente puede desaparecer y, mientras no aparezca, no le importa a nadie. No hablo de dictaduras del tercer mundo ni de metrópolis de Estados Unidos famosas por sus tasas de criminalidad. En Vancouver desaparecieron treinta prostitutas de un solo barrio antes de que las autoridades sospecharan que había un problema. Créanme, si esas mujeres hubiesen sido estudiantes de la universidad de Columbia Británica, la gente se habría preocupado mucho antes. En eso fue que se equivocó Thomas le Blanc, al elegir como presa a hijas y esposas de clase inedia. Si se hubiera limitado a las prostitutas y chicos escapados, aún estaría haciendo grandes negocios en Chicago. En todas mis discusiones con Jeremy respecto del sistema jerárquico de la jauría siempre defendí el modelo democrático, donde todos supuestamente son igualmente importantes. Por supuesto que no es así. Si bien la jauría tenía una jerarquía estricta, no permitiría que quedara sin vengar la muerte incluso del último de sus miembros.

De regreso en la casa, Jeremy me pidió que lo ayudara con sus heridas. Quizá supuso que sería una enfermera más suave, más tolerable que los hombres. Correcto. Jeremy puede no saber mucho de mujeres, pero ha aprendido lo suficiente de ésta en particular como para no confundirme con la madre Teresa. Lo más probable es que haya pensado que, ante la opción de hacer de enfermera o cavar una tumba, sería mucho más feliz poniéndome cofia y uniforme. Mi último episodio junto a una tumba no era de los que hubiese querido repetir demasiado pronto. Al menos, si cuidaba de Jeremy, podía olvidar un poco lo que sucedía en otras partes.

Normalmente, Jeremy seria el encargado de las tareas de enfermería. Era el médico de la Jauría. No, ése no era un papel que se heredera a través de las generaciones de licántropos, Fue algo que Jeremy tomó a su cargo cuando Clay, de niño, saltó cinco pisos por el pozo del ascensor de un centro comercial (no pregunten) Y se fracturó el brazo en varias partes. Para no poner en riesgo la movilidad futura de Clay con un entablillado improvisado, Jeremy lo llevó a un médico. Aunque tuvo el cuidado de aducir motivos religiosos para impedir que se le hicieran estudios de sangre y otros tests de laboratorio, el médico los hizo igual. Los resultados pudieron haber pasado sin que nadie se sorprendiera, dado que no tenían mucho

que ver con un brazo roto, pero un técnico de laboratorio del turno de la noche que estaba aburrido descubrió algo extraño y llamó a Jeremy a las dos de la mañana. La sangre de licántropo tiene algo raro. No me pidan más explicación, apenas si aprobé biología en la secundaria. Lo que sé es que no debemos permitir que nos saquen sangre y la analicen. Lo que el técnico de laboratorio vio en la sangre de Clay le hizo pensar que tenía algún problema grave y ordenó a Jeremy que lo llevara inmediatamente al hospital. El resultado de todo ese lío fue que tanto el técnico como los resultados del análisis estaban desaparecidos por la mañana. A partir de allí, Jeremy compró y estudió un cargamento de libros de medicina. Hace unos años cometí el error de regalarle una copia de una guía de primeros auxilios, le gustó tanto que me hizo comprar ejemplares para todos para que los tuviéramos a mano y pudiéramos curar nuestras propias amputaciones. Podrán decir que soy una maricona, pero si alguna vez pierdo un miembro y no hay nadie cerca, me daré por muerta, aunque la guía tenga maravillosas instrucciones (con ilustraciones muy útiles) acerca de cómo se debe atar la herida con un palo y una bolsa de plástico para desperdicios.

-¿La pierna primero? -le pregunté a Jeremy cuando sacó su caja de provisiones médicas del armario del baño.

-El brazo. Yo me Coloco el hueso. Tú lo entablillas.

Eso no sonaba demasiado mal. Jeremy se sentó en el inodoro y yo me agaché a su lado mientras trabajaba. Como había sido un golpe limpio, sin fracturas, sólo tenía que retirar la basura de la piel y el hueso antes de realinearlo sosteniéndolo justo debajo de la muñeca- Luego traje una venda y siguiendo las instrucciones de Jeremy, la coloqué debajo de su codo y encima de la muñeca- Entonces hice un cabestrillo para mantenerle el brazo en alto. El entablillado llevó un rato pero fue fácil... al menos comparado con lo que quiso que hiciera a continuación.

-Tendrás que coserme la pierna –dijo.

¿Coser..?

-No puedo hacerlo con una mano. -Se puso de pie y, apoyado en el lavamanos, se desabrochó los jeans con su mano buena y se los quitó con esfuerzo. Necesitaría tu ayuda para sacármelos, si no es demasiado pedir.

-Seguro -dije-. Soy buena para desnudar hombres. En cambio no sé si soy buena para coser gente. Tal vez el corte no sea tan malo. Despegué la camisa empapada desangre del muslo de Jeremy. La piel y el músculo se abrieron como el Mar Rojo, analogía muy adecuada teniendo en cuenta el chorro de sangro que salió de allí. No tenía ningún problema de ver a Jeremy sin pantalones, pero esa visión interna era más de lo que quería ver.

-Toma la toalla de mano -me dijo sentándose rápidamente y apretando una toalla grande contra el corte.

Mojé la toalla de mano, lavé la herida y luego le puse antiséptico. No trabajé lo suficientemente rápido y para cuando estaba terminando tenía sangre derramándose por mis dedos.

-Toma la cinta adhesiva -dijo Jeremy-. No, esa cinta no. La otra. Bien.

Utilizando la cinta y haciendo unas maniobras complicadas, logramos detener la hemorragia antes de que Jeremy se desmayara. Tomo algo llamativamente parecido a aguja e hilo de su kit y me lo entregó.

-Déjate de vueltas, Elena. No te va a morder. Toma la aguja y empieza de una vez. No pienses en el asunto. Simplemente trata de hacer una línea lo más recta posible.

-Suena fácil, pero tú nunca viste mi letra.

-No, pero he tenido el gusto de sufrir tus dotes de peluquera. Como dije, trata de coser en línea recta.

-Siempre te corté derecho el pelo.

-Si pongo la cabeza en cierto ángulo, está perfectamente derecho.

-Cuidado. Tengo una aguja.

-Y quizá si te hago enojar lo suficiente, te decidirás a clavármela y empezar a coser antes de que me desangre.

Me di por aludida. Pese a lo que Jeremy dijo, no fue como coser tela y tampoco podía hacer de cuenta que lo fuera. La tela no sangra. Me concentré en hacer la cosa bien, sabiendo que si no lo hacía, me harían burla por el resto de mi vida por la cicatriz de Jeremy. Estaba terminando cuando sentí un ataque de ira por el hecho de que un callejero se hubiese atrevido a hacerle esto a Jeremy, lo que me hizo pensar en cómo sucedió, lo que me hizo recordar que Peter estaba muerto. Mis manos empezaron a tensarse. La vieja serpiente de la ira comenzó a moverse en mi interior. Me detuve, tomé aire y empecé de nuevo, pero no pude evitar que me temblaran los dedos.

-De modo que enfrentamos a tres callejeros experimentados -dijo Jeremy, interrumpiendo mis pensamientos.

Tragué el nudo en mi garganta y me rendí a su intento de distraerme.

-Y al menos uno nuevo.

-No lo he olvidado, pero me preocupan más los experimentados. Son buenos -como lo demuestran mi brazo y mi pierna -pero no están al nivel de Daniel.

Corté el hilo.

-Dices eso porque conoces a Daniel. Y aunque no conozcas tanto a Marsten y a Cain, sabes qué esperar de ellos porque son como tú. Piensan como tú, reaccionan como tú, matan como tú. Los nuevos no. Los licántropos no ahorcan a la gente. Así mató Le Blanc a Logan y lo logró porque es lo último que Logan hubiese esperado. Y luego te atacó con un cuchillo. Te esperarías eso tanto como un samurai estaría atento a una patada en las bolas. Por eso Le Blanc sigue vivo. Te sorprendió. Si...

-Ya cavamos la tumba -dijo Antonio, entrando al baño-. Lo siento. ¿Interrumpo algo?

-Nada que no pueda concluirse más tarde -dijo Jeremy, poniéndose de pie y probando los puntos. Como no saltaron ni sangraron, asintió. -Perfecto. Me vestiré y veré la tumba.

CONDENA

Fui con Jeremy al lugar donde hablan enterrado a Peter. No era algo que quisiera hacer; después de haber pasado por mí última crisis junto a una tumba hacía menos de treinta y seis horas. Y Jeremy no necesitaba mi ayuda para asegurarse de que la tumba estuviera bien oculta. Pero sí necesitaba mi ayuda en otro sentido, aunque no lo hubiera admitido ni pedido. Con su pierna recién cocida, no estaba en condiciones de caminar sin alguien que lo sostuviera. Así que lo ayudé a salir al patio trasero, aunque a cualquiera que viera la escena le hubiese parecido que Jeremy era el que me ayudaba a mí. Eso era intencional. El Alfa de la jauría no podía mostrarse débil, aunque acabara de salir de una batalla en la que habla estado en riesgo su vida. No es que Antonio, Nick o Clay fueran a aprovechar una oportunidad para disputarle a Jeremy el liderazgo. Pero como la Jauría le daba al Alfa el control total, la idea de que no estuviera a la altura de la tarea, aunque más no fuera en forma temporaria, podría desequilibrar a toda la Jauría.

Jeremy debía estar sufriendo un dolor tremendo, pero no lo demostró. Aceptó apoyarse en mi brazo para ir y volver de la tumba, pero nunca se apoyó más que un mínimo imprescindible. Sólo se detuvo un segundo al volver a la casa, presumiblemente para recuperar el aliento, aunque pareció estar mirando un ladrillo descascarado en el muro del jardín.

- Supongo que ahora tendríamos que dormir -dije, fingiendo que bostezaba. Yo lo necesito.

-Tú ve -dijo Jeremy-, has tenido un par de días duros. Me reuniré con los demás y te informo mañana.

-Todos deben de estar exhaustos. Podemos reunirnos por la mañana, ¿no es cierto? No quisiera perderme nada.

-Quisiera resolverlo esta noche. Si quieres estar allí, te puedes adueñar del sofá y dormitar mientras hablamos.

Bueno, olvidemos la sutileza. Hora de un ataque pleno y frontal.

-Tú eres el que necesita dormir tu pierna te debe estar matando y también tu brazo. Nadie va a pensar que pasa algo malo si demoras la reunión hasta mañana.

-Lo puedo hacer. No aprietes los dientes así, Elena; no soy dentista como para arreglarte los que se te rompan. Si quieres ayudar, reúne a los demás y llévalos al estudio, si es que no están allí ya.

-Si quieres que te ayude de veras, puedo desmayarte de un golpe hasta la mañana.

Me dirigió una sonrisa forzada que decía que mi sugerencia sonaba más tentadora de lo que quería admitir.

-Negociemos. Puedes reunir a los otros y prepararme un trago, preferentemente doble.

Antes de la emboscada, Jeremy había podido confirmar lo que Clay y yo ya sabíamos. Que había tres callejeros en Bear Valley. También descubrió algunas cosas más. Marsten había sido el primero en llegar; antes que Cain y Le Blanc. Se había alojado en el Big Bear hacía tres días, lo que significaba que estaba en el pueblo antes de la muerte de Brandon. Luego de que unos billetes de veinte ayudaran al empleado de la recepción a recordar reportó que un joven cuya descripción coincidía con la de Brandon lo había visitado a Marsten en el hotel varias veces. Ya no quedaba duda de que Brandon había estado involucrado con los demás. Me pregunté si Marsten había estado en la fiesta aquella noche, disfrutando de un whisky con soda mientras nos observaba a Brandon y a mí, su olor y forma ocultos en un rincón oscuro y lleno de humo. Sí, estaba segura de que había estado allí. Había visto a Brandon iniciar su Cambio, advirtió lo que iba a suceder y Se fue antes de que estallara el caos, abandonando a su protegido a su propia suerte. Los callejeros podían establecer relaciones entre sí, pero sólo mientras eran provechosas para ambas partes Una vez que Marsten vio que Brandon estaba en problemas, su única preocupación habrá sido salirse de ahí antes de verse metido en el lío.

Cain y Le Blanc llegaron al Big Bear la noche que murió Brandon. presumiblemente habían seguido a Logan desde Los Ángeles o lo encontraron en el aeropuerto. Atraparlo en Bear Valley hubiese sido poco menos que imposible. Mientras perseguíamos a Brandon, Logan ya estaba muerto, en el baúl de un auto alquilado, camino a Bear Valley. En algún punto deben de haber sabido por Marsten que Clay y yo estábamos en el pueblo, y allí surgió la idea de dejar el cuerpo de Logan cerca de nuestro auto. Supuse que era idea de Le Blanc. A Cain no le daba el cerebro para tanto y Marsten lo hubiera considerado algo denigrante para él.

No eran aún las siete cuando sonó la campanilla de la puerta. Todos alzamos la vista, sobresaltados. la campanilla de Stonehaven rara vez sonaba, porque la casa quedaba demasiado a trasmano para los vendedores y los Testigos de Jehová. Los envíos iban a una casilla de correo en Bear Valley. La Jauría tampoco usaba la campanilla, excepto Peter. Creo que todos lo recordarnos al escucharla. Nadie se movió hasta el segundo timbrazo, entonces Jeremy se puso de pie y salió del cuarto. Yo lo seguí. Desde la ventana del comedor podíamos ver un patrullero de la policía estacionado en la entrada.

-No necesitamos este –dije- . Realmente no lo necesitamos.

Jeremy se quitó el pañuelo que usaba a modo de cabestrillo y lo dejó en el perchero del corredor, luego tomó la camiseta de Clay que estaba allí. Le ayudé a ponérsela. La camiseta de mangas largas y grandes ocultaba el entablillado del brazo y los pantalones cubrían los vendajes de la pierna. Su ropa se vela limpia y sin arrugas, dado que se la habla cambiado hacía pocas horas. Pero los demás nos veíamos mal. Una mirada en el espejo del vestíbulo me bastó para ver que tenía la ropa cubierta de tierra y sangre, manchas en la cara, el pelo hecho un bollo.

-Llévate a los otros arriba para que se cambien -dijo Jeremy-. Diles a Clay, Tonio y Nick que se queden allí, Puedes reunirte conmigo en el porche de atrás.

-Debes invitarlos a pasar. Va a parecer sospechoso si los llevas atrás por segunda vez

-Lo sé.

-Invítalos a pasar y ofrécelos café. No hay nada aquí que pueda llamarles la atención.

-Lo sé.

-Bien, entonces nos encontramos en el estudio.

Jeremy vaciló. Saber que debía invitar a la policía a pasar era distinto que hacerlo. Los únicos humanos que llegaban a Stonehaven eran los que venían a arreglar cosas, y eso sólo cuando era absolutamente necesario, y se los sacaba de allí lo antes posible.

No había nada en Stonehaven que pudiera provocar sospechas, ni pedazos de personas en el freezer ni pentagramas en el piso de madera. Lo impresionante de Stonehaven era mi cuarto y no tenía intención de invitar a ningún policía allí, por bien que se viera en uniforme.

-El living -dijo finalmente cuando la campanilla sonó por tercera vez-. Estaremos en el living.

-Voy a hacer café -dije y me fui antes de que pudiera cambiar de idea.

Cuando negué al living, habla dos agentes con Jeremy. El mayor era el jefe, un hombre grueso y pelado de nombre Morgan. Lo reconocí de la mañana anterior, cuando la policía vino en busca del cuerpo de Mike el cazador. No reconocí al otro. Era joven y de cara blanda, la clase de tipo que uno tendría que ver veinte veces antes de recordarlo. En su chapa decía que se llamaba O'Neil. Ni el rostro ni el nombre me recordaron nada del día anterior, pero probablemente hubiese estado allí. La mirada que me dirigió indicaba que me recordaba, aunque parecía desilusionado de encontrarme vestida. Por lo menos llegué con café.

Cuando entré, Jeremy y Morgan discutían un reclamo de tierras de los lugareños. Jeremy estaba sentado en la silla y apoyado contra el respaldo, con los pies en la otomana, el brazo roto descansando contra su pierna. Su rostro estaba relajado, los ojos alertas e interesados, como si la policía viniera a su casa todos los días y no sólo supiera del reclamo de tierras, sino que le interesara, además de coincidir con las opiniones del jefe de policía con la tranquilidad de un artista consumado. El agente más joven, O'Neil, miraba el cuarto sin molestarse en disimular, como si tratara de recordar todos los detalles pera contárselos más tarde a amigos curiosos.

La conversación se interrumpió cuando entré yo. Puse el café en una mesa ratona y empecé a servir como una anfitriona perfecta.

-No tomo té -dijo Morgan, mirando la cafetera plateada como si pudiese morderlo.

-Es café -dijo Jeremy, con una sonrisa do disculpa-. 'Tendrán que perdonamos. No recibimos muchas visitas, así que Elena tiene que usar la tetera.

O'Neil se inclinó hacia delante para recibir su taza de café.

-Elena. Es un lindo nombre.

-Es ruso, ¿verdad? - preguntó Morgan, entrecerrando los ojos.

-Podría ser -deje, sonriendo ampliamente-. ¿Crema y azúcar?

-Tres de azúcar No vi a su marido por aquí- ¿Está durmiendo?

Me volqué café caliente en la mano y contuve un aullido. De modo que el invento marital de Clay había recorrido el espinel hasta que el rumor llegó al jefe de policía. Maravilloso. Maravilloso. El sentido común me indicaba que debía seguirle el juego. Al fin de cuentas, Bear Valley no es la clase de lugar que tolera mujeres que anden desnudas por el bosque con un hombre que no sea su marido. En realidad probablemente no se tolere lo de andar desnuda por el bosque y punto, pero ésa no era la cuestión. La cuestión era que eso de tranquilizar a la gente del lugar estaba bien, pero hasta cierto punto. Una cosa era permitirles entrar a la casa, tolerar su fisgoneo y dejarlos creer que no podamos diferenciar una tetera de una cafetera, pero confirmar oficialmente el rumor de que estaba casada con Clay, eso no. Una chica tiene que poner límites.

- Sí, está durmiendo – dijo Jeremy cuando me volvía para decirle cómo eran las cosas – Elena siempre se levanta temprano para prepararle el desayuno.

Le dirigí una mirada de odio para que supiera que me lo iba a pagar Hizo de cuenta que no lo advertía, pero pude ver el chispazo risueño en sus ojos. Le puse cinco cucharadas de azúcar en su café. Por supuesto que lo advertiría, pero tendría que tomarlo. Al fin de cuentas, seria una falta de amabilidad no tomar una bebida social con sus visitas.

-Como dije -comenzó Morgan-. Les pido disculpas por haber venido a verlos un domingo tan temprano, pero creí que querrían saberlo. Mike Braxton no fue asesinado en su propiedad. El forense está seguro. Alguien lo mató en otra parte y lo tiró en su propiedad.

-¿Alguien? -dijo Jeremy-. ¿Quiere decir una persona y no un animal?

-Bueno, diría que fue un animal, pero de la variedad humana. No tiene mucho sentido. Las otras dos decididamente fueron matanzas de animales, pero el forense dice que a Mike le abrieron la garganta con un cuchillo, no con dientes.

-¿Qué hay de las huellas que vimos? -No quería preguntar; pero teníamos que saber qué pensaba la policía.

-Creemos que son falsas. El que puso el cuerpo allí las marcó en la tierra para que pareciera que había sido otra vez un perro. Pero el tipo se equivocó. Eran demasiado grandes. Eso fue lo que nos alertó. Las huellas de perro no son tan grandes. Bueno, uno de mis hombres dice que hay una clase de perro, el mastín o algo así, que podría dejar huellas como aquéllas, pero no hay perros de esa raza por aquí. Nuestros perros de caza y ovejeros no crecen tanto, por más que les demos de comer. Recordarán que ayer fue que Mike le dejó un mensaje a alguien diciendo que venía para aquí. Resulta que se lo dijo a la esposa del muchacho, que ahora dice que pensó que Mike sonaba «raro», distinto, pero pensó que podía haber un problema en la línea telefónica. Lo más probable es que no fuera Mike quien dejó el mensaje. El que llamó debió de hacerlo para asegurarse de que viniéramos aquí y encontráramos el cadáver. Y juntando todo eso estoy seguro de que tenemos un asesino humano.

-Así que no hay perros salvajes en el bosque –dijo Jeremy-. Eso sí que es un alivio. Aunque no puedo decir que prefiera la idea de un asesino humano que ande suelto. ¿Tienen alguna pista?

-Estarnos trabajando en eso. Es probable que fuera alguien a quien Míke conocía. Mike era un gran tipo pero... -Morgan hizo una pausa, como si no quisiera hablar mal de un muerto.- Todos tenemos problemas, ¿verdad? Enemigos y cosas por el estilo. -Otra pausa. Un lento sorbo de café. -¿Y qué hay de ustedes? ¿Tienen alguna idea de por qué alguien quisiera dejar el cadáver de Mike en sus tierras?

-No -dijo Jeremy, con la voz firme. Yo mismo me lo preguntaba.

-¿No tiene enemigos en el pueblo? ¿Quizá tuvo un encontronazo con alguien?

Jeremy sonrió levemente. Estoy seguro de que usted es consciente de que no somos la gente más sociable del condado de Granton. No tenemos suficiente contacto con nuestros vecinos como para que haya problemas. Diría que hay dos soluciones posibles al misterio. Ya sea que el asesino pensó que culpar a los “extraños" alejaría las sospechas de él, o bien que no tenía intención de involucrarnos y pensó simplemente que éste era buen lugar para arrojar el cuerpo.

-¿Está seguro de que no hay nadie a quien ustedes puedan haber molestado? -dijo Morgan inclinándose hacia delante-. ¿Quizás alguien que piensa que usted le debe dinero? ¿Quizás un marido celoso -Morgan me miró- o una esposa?

-No y no. No jugamos ni tenemos deudas. En cuanto a lo otro, estoy seguro de que nadie me ha visto recorriendo los bares de solteros de noche y Elena y Clayton no tienen ni la inclinación ni la energía para buscar aventuras. –Bear Valley es un pueblo chico, comisario. Si hubiera rumores acerca de nosotros, usted haría preguntas más precisas.

Morgan no contestó. En cambio miró fijo a Jeremy durante dos minutos corridos. Quizás esa táctica funcionaba con sospechosos de vandalismo de dieciséis años de edad, pero no iba a quebrar a un Alfa de la Jauría de cincuenta y un años- Jeremy simplemente le devolvió la mirada, con expresión calma y abierta.

Luego de unos minutos, Jeremy dijo:

-Lamento que hayan tenido que venir dos días seguidos, pero le agradezco que haya venido a informarnos esta mañana.

Jeremy dejó a un lado su taza y se deslizó hasta el borde del asiento, Como Morgan y O'Neil se mantuvieron en sus asientes, se puso de pie y dijo:

-Si es todo...

-Queremos volver a investigar en sus tierras un poco más -dijo Morgan por fin.

-Por supuesto.

-Quizá queramos interrogar a sus invitados. Sugiero que no se vayan rápido.

-No lo harán.

Morgan mantuvo la mirada otro minuto. Como Jeremy ni siquiera parpadeaba, gruñó y se puso de pie.

-Un asesino arrojó el cuerpo en su propiedad -dijo-. Si yo fuera usted, trataría de pensar quién pudo haberlo hecho, y si se le ocurre algo llámenos.

-No dudaré en hacerlo -dijo Jeremy-. Espero que quien sea que haya arrojado el cuerpo del señor Braxton aquí no tenga nada contra nosotros, pero si es así, no quisiera ignorarlo y quedarme esperando su siguiente movida. Aquí nadie tiene deseos de meterse con un asesino. Estamos más que dispuestos a dejar que eso lo haga la policía.

Morgan gruñó y bebió lo que quedaba de su café.

-¿Algo más? -preguntó Jeremy

-Yo no andaría por ese bosque durante un tiempo.

-Ya dejamos de hacerlo -dijo Jeremy-. Pero gracias por su advertencia. Elena, ¿quieres acompañarlos hasta la puerta?

Lo hice. Ninguno de los dos policías me dijo nada, más que el "adiós" poco cortés de Morgan. Obviamente, siendo mujer, no valía la pena interrogarme.

Cuando se fueron los policías advertimos que Clay, Nick y Antonio también lo habían hecho. Si sólo hubiesen sido Clay y Nick, nos habríamos preocupado. Como Antonio había ido con ellos, Sabíamos que no estaban planeando ninguna venganza improvisada en Bear Valley

Habían pasado diez minutos desde que se habían ido los policías cuando apareció el Mercedes en la entrada. Nick saltó del asiento del acompañante. No advertí quién manejaba, porque mi atención estaba puesta en su totalidad en la gran bolsa de papel que traía Nick en la mano. Desayuno. No exactamente caliente y humeando, porque hablan tardado unos minutos en el regreso, pero yo tenía demasiada hambre como para que me importara.

Quince minutos más tarde, la bolsa estaba vacía, su contenido reducido a fantasmas de migas y marcas de grasa en los platos repartidos sobre la mesa del solario. Luego de la comida, Jeremy explicó lo que habla dicho el policía. Esperaba que Clay dijera algo, que proclamara su inocencia y esperara que le pidiera disculpas. No lo hizo. Escuchó a Jeremy, luego ayudó a Antonio a limpiar la mesa mientras yo me escapaba al estudio, ostensiblemente para leer el diario que habían traído del pueblo.

A Clay le llevó tres minutos encontrarme. Entró al estudio y cerró la puerta Y se quedó allí, mirándome leer durante dos minutos. Cuando ya no lo pude soportar, doblé el diario ruidosamente y lo lancé a un lado.

Bueno, no mataste al hombre –dije- Por una vez eres inocente. Pero si esperas que te pida disculpas por pensar que eres capaz de hacerlo...

-No lo espero.

Le lancé una mirada.

Clay continuó:

-No espero que me pidas disculpas por pensar que pude haberlo hecho. Por supuesto que podría hacerlo. Si el tipo nos hubiera visto corriendo o Cambiando o si nos hubiera amenazado de algún modo, lo habría matado. Pero te lo hubiera dicho. Eso fue lo que me enojó. Que pensaras que lo haría a tus espaldas, ocultando las evidencias y un mintiendo al respecto.

-No, supongo que no podría ocurrírsete que yo no querría que me lo dijeras. La idea de evitármelo no te entraría en la cabeza.

-¿Evitártelo? - Clay lanzó una risa áspera. -Tú sabes lo que soy, Elena. Si intentara negarlo, me acusarías de engañarte. No quiero que vengas a mí creyendo que he cambiado. Quiero que vengas a mí aceptando lo que soy. ¿No crees que ya habría cambiado por ti si pudiera? Quiero que vuelvas conmigo. No por una noche o unas cuantas semanas o siquiera un par de meses. Te quiero definitivamente conmigo. Me siento horriblemente cuando no estás aquí...

-Te sientes horriblemente porque no tienes lo que quieres. No porque me quieras a mí.

-Carajo -Clay extendió el brazo y su puño volteó un portalapiceras de bronce que estaba sobre el escritorio. -¡No escuchas! No escuchas y no quieres ver. Sé que te amo, que te quiero a ti. Carajo, Elena, ¿Si sólo quisiera una compañera, cualquier compañera, crees que me hubiera pasado diez años tratando de recuperarte? ¿Por qué no me di por vencido y busqué otra persona?

-Porque eres cabeza dura.

-No. Yo no soy cabeza dura. Tú eres la que no puede superar lo que hice por más que...

-No quiero hablar de eso.

-Por supuesto que no. Dios no quiera que la verdad te complique la existencia.

Clay se dio vuelta y salió del cuarto con un portazo.

Después de que se fue Clay, decidí quedarme en el estudio... o esconderme allí, según la interpretación que cada uno quiera darle a la cosa. Estudié la colección de libros en los estantes. No habla cambiado. En realidad no cambiaba desde hacía una década Los estantes soportaban una colección variada de literatura y libros de consulta. Sólo unos pocos de los libros de consulta eran de Clay. Compraba todos los libros y revistas relacionados con su carrera y los tiraba en cuanto terminaba de leer. No tenía memoria fotográfica, simplemente una capacidad increíble de absorber todo lo que leía, de modo que le resultaba inútil guardar cualquier cosa escrita. Casi todos los libros eran de Jeremy. Más de la mitad no estaban en inglés, lo que tenía que ver con la carrera inicial de Jeremy como traductor. Jeremy no siempre tuvo dinero como para regalar autos deportivos y camas a su familia adoptiva. Cuando Clay llegó a Stonehaven, Jeremy no tenía para pagar el gas, situación derivada enteramente de la costumbre de su padre de gastar mucho y negarse a hacer cualquier tipo de trato que pudiera generar ingresos- A partir de los veinte años, Jeremy trabajó como traductor, ocupación ideal para alguien con un don para los idiomas y la tendencia a recluirse. Más tarde la situación financiera de Stonehaven mejoré marcadamente debido a dos circunstancias: la muerte de Malcolm Danven y el lanzamiento de la carrera de Jeremy como pintor. Actualmente Jeremy vendía pocos cuadros, pero cuando lo hacia, entraba dinero suficiente como para mantener a Stonehaven por algunos años.

Mientras buscaba algo para leer, Jeremy vino a recordarme que llamara a Philip. No me había olvidado, Mi intención era hacerlo antes de la cena, y no me gustó que me lo recordara, como si Jeremy pensara que me hacia falta No sabía cuánto conocía Jeremy de Philip y no quería saberlo. Prefería la idea de que cuando salí de Stonehaven, había escapado a un lugar lejano del cual la Jauría no sabía nada. Bueno, era una ilusión, pero era una linda fantasía. Sospechaba que Jeremy había investigado a Philip, pero no me molesté en preguntárselo. Si se lo preguntaba, probablemente iba a decir que me estaba protegiendo para evitar que me involucrara con un tipo que tenía tres esposas o que golpeaba a sus novias. Por supuesto que Jeremy no haría eso de interferir con mi vida. Olvídalo.

Más allá de cuánto supiera Jeremy sobre Philip, no sabía lo que yo sentía por él. Y yo no pensaba decírselo. Sabía lo que podría decirme. Se recostaría en el respaldo del asiento, mirándome me un minuto, luego empezaría a hablar de lo difíciles que eran mis circunstancias, por Clay y por ser la única mujer loba, y que no me condenaba por estar confundida y querer explorar mis opciones en la vida. Aunque no lo dijera abiertamente, insinuaría que estaba seguro de que si me daba suficiente rienda como para que aprendiera de mis errores, eventualmente entendería que mi lugar estaba junto a la Jauría. A lo largo de la conversación se mostraría completamente calmo y comprensivo, sin alzar la voz ni ofenderse por nada que yo dijera. A veces pienso que prefiero los estallidos de ira de Clay.

En realidad quería a Philip más de lo que Jeremy podía imaginarse. Quería volver con él. No lo había olvidado. Pensaba llamarlo... más tarde.

Parecía el momento más indicado para que Jeremy nos pusiera al tanto de sus planes. No lo hizo, Pero nadie más pareció notarlo. Lo más probable era que no les importara. Los licántropos de la Jauría se criaban con un conjunto de expectativas. Una de las cuales era que su Alfa se ocuparía de ellos. Preguntarle a Jeremy cuáles eran sus planes implicaría que pensaban que él no tenía ninguno. Incluso Clay, por ansioso de actuar que estuviera, le daría a Jeremy mucho tiempo antes de insinuar algo respecto de sus planes. Esa actitud de confianza me volvía loca. No es que pensara que Jeremy no estaba haciendo planes. Sabía que era así. Pero queda conocerlos. Quería ayudarlo. Cuando finalmente se me ocurrió una manera sutil de preguntarle, lo encontré afuera con un par de revólveres. No es que pensara ir tras los callejeros armado como Billy the Kid. Tampoco estaba pensando en suicidarse. Estaba tirando al blanco, algo que hacía a menudo cuando reflexionaba No es exactamente el método más seguro de lograr la concentración, ¿pero quién soy yo para juzgarlo? los revólveres eran un par de piezas antiguas y hermosas que Antonio le había regalado hacía muchos años. Junto con las armas le entregó una bala de plata con las iniciales de Malcolm Danvers, una sugerencia medio en broma que, por supuesto, Jeremy no puso en práctica. Antonio le regaló las armas precisamente para que hiciera práctica de tiro.

Para entonces Jeremy ya dominaba el arco y la ballesta y quería un nuevo desafió. No me pregunten por qué eligió como pasatiempo el tiro. Por cierto que nunca usaba los arcos ni las armas de fuego fuera del campo de práctica. Sería lo mismo que si me preguntaran por qué pintaba. Eso tampoco es un pasatiempo típico de los licántropos. Pero nadie había acusado tampoco a Jeremy de ser un licántropo típico. Como sea, cuando salí y lo encontré practicando, decidí que no era un buen momento para importunarlo respecto de sus planes. Regla veintidós de supervivencia urbana: no molestar jamás a un hombre armado.

Dejé a Jeremy y fui a echarme un rato en mi cama. Un par de horas más tarde me desperté y bajé para el almuerzo. La casa estaba en silencio, con todas las puertas de los dormitorios cerradas, como si los demás también estuvieran recuperando el sueño. Cuando me dirigía a la cocina, Clay salió del estudio. Tenía los ojos enrojecidos y oscuros. Aunque estaba exhausto, no podía dormir. Habían muerto dos hermanos de la Jauría, su Alfa estaba herido y ninguno de ellos había sido vengado. Una vez que Jeremy nos comunicara sus planes, Clay podría descansar, aunque más no fuera para prepararse.

Se paró delante de mí, Cuando traté de pasarlo, apoyé las manos a cada lado del pasillo.

-¿Tregua? -dijo.

-Como quieras.

-Me encantan esas respuestas categóricas. Lo voy a tomar por un “sí”. No es que se haya acabado nuestra conversación, pero por ahora lo dejaré correr. Dime cuándo quieras retornarla

-Avísame cuando el diablo vaya a jugar en la nieve.

-Lo haré. ¿Quieres almorzar?

Cuando asentí, dio un paso atrás y me indicó que fuera a la cocina. Sentía que estaba muy enojado, pero se había puesto una máscara de felicidad, así que decidí ignorarlo. En una crisis los dos éramos capaces de ser lo suficientemente maduros como para saber que no podíamos darnos el lujo de desestabilizar a la Jauría con nuestras peleas. O, al menos, podíamos fingir por un tiempo.

Juntamos comida fría de la cocina, con platos llenos de carnes y pan y fruta, sabiendo que los otros se despertarían hambrientos. Entonces me senté en el porche y cargué un plato. Clay hizo lo mismo. No hablamos. Si bien no era inusual, el silencio tenía una calidad muerta

que me hizo comer un poco más rápido, ansiosa por acabar y salir del cuarto. Cuando miré a Clay, estaba despachando su alimento igual de rápido y sin placer. Por suerte, el cuarto donde se desayuna en una casa de licántropos no es un lugar muy aislado en la mañana. Estábamos a medio terminar cuando entraron Jeremy y Antonio.

-Necesitamos provisiones -dije-. Estoy segura de que es lo último que le preocupa a todos, pero no lo será si nos quedamos sin ellas. Iré a buscarlas al pueblo esta mañana.

-Voy a hacer un podido por teléfono -dijo Jeremy-. Suponiendo que el lió con la policía no habrá cambiado la relación con el negocio. Mejor vayan a buscar dinero para el caso de que ya no acepten mis cheques. Alguien tendrá que ir contigo, por supuesto. Nadie sale solo o se queda solo en esta casa.

-Yo voy -dijo Clay, con la boca llena de melón. Tengo un paquete en el correo.

-Seguro que sí-dijo.

-Es así -dijo Jeremy-. El cartero dejó un anuncio el otro día.

-libros que encargué a Inglaterra -dijo Clay.

-Cosa que necesitas ahora mismo -dije- para leer algo liviano entre un asesinato y otro.

-No debieran quedarse en el correo -dijo Clay-. Alguien podría sospechar

-¿De textos de antropología?

Antonio se inclinó sobre la mesa para tomar un racimo de uvas. Tengo que mandar un par de faxes. Iré con los dos para hacer interferencia.

Retiré la silla de la mesa.

-Bueno, entonces no hace falta que vaya yo, ¿no es cierto? Estoy segura de que ustedes pueden encargarse del pedido que hará Jeremy por teléfono.

-Pero tú eres la que quería ir-dijo Clay.

-Cambié de idea.

-Van los tres -dijo Jeremy-. Les vendrá bien como distracción.

Antonio sonrió.

-Y a ti no te vendrían mal un par de horas de paz y tranquilidad.

Cuando levanté la mirada, podría haber jurado que vi a Jeremy alzar los ojos, exasperado, pero el movimiento fue tan rápido que no lo puedo asegurar. Antonio se rió y se sentó a desayunar. Justo cuando yo iba a discutir, empezó a contar una anécdota acerca de que se encontró con un callejero en San Francisco la última vez que estuvo allí por motivos de negocios. Para cuando terminó, ya se había olvidado de lo que iba a decir, lo que probablemente había sido el motivo para contar la historia.

Una hora más tarde, mientras Antonio y Clay me llamaban al auto, recordé que no quería ir y trataba de encontrar la manera de evitarlo cuando Antonio me interrumpió. Para entonces ya era tarde. No podía encontrar a Jeremy, Antonio esperaba en el Mercedes y Nick desvalijaba la cocina, liquidando la poca comida que quedaba. Alguien tenía que ir a buscar las provisiones, y si no lo hacía yo, me pasaría maldiciendo mi terquedad para la hora del almuerzo, De modo que fui.

El Banco estaba frente al correo, Como Antonio pudo encontrar un lugar donde estacionar; los convencí de que era seguro para mí ir sola al Banco mientras Clay iba solo al correo. Desde su lugar, Antonio prodría vemos a ambos en todo momento. Y así se reducía un poco el tiempo que tenía que pasar yo con Clay

La cuenta bancaria de Jeremy también estaba a mi nombre y el de Clay, lo que nos permitía retirar dinero. Yo tenía una tarjeta para el cajero automático, pero me había deshecho de ella el año anterior al irme de Stonehaven. Ahora deseaba no haberlo hecho. Bear Valley era la clase de pueblo en el que la gente seguía yendo al mostrado; así que las máquinas siempre estaban libres. Haciendo la cola durante quince minutos, mientras un anciano le contaba al cajero acerca de sus nietos, miré con tristeza el cajero automático. Cuando empezó a mostrar sus fotografías, me pregunté cuánto tardaría yo en sacar una nueva tarjeta para la máquina. Suspirando, abandoné la idea. Probablemente tendría que llenar dos

formularios en triplicado y esperar a que volviera el gerente de su descanso de media mañana de una hora de duración. Como fuera, no pensaba quedarme en Stonehaven lo suficiente como para necesitarla.

Finalmente llegué hasta el mostrador y tuve que mostrar tres identificaciones firmadas y con fotografía antes de que me dejaran retirar un par de cientos de dólares de la cuenta. Puse el dinero en el bolsillo, fui hacia la puerta y vi una pick up marrón en el lugar donde se había estacionado el Mercedes. Pensando que debía de estar confundida respecto de dónde se había estacionado Antonio, salí y miré en derredor. El lugar detrás de la pick up estaba vacío. Había un Buick adelante. Miré en una y otra dirección. No habla señal del Mercedes.

PRISIONERA

Habla tantos Mercedes en Bear Valley como porches, así que no tuve que pasar mucho tiempo estudiando la calle para saber que el auto de Antonio no estaba allí. Sólo podía imaginar dos motivos para que me abandonaran. Uno, la mujer que controla los parquímetros andaba haciendo sus rondas y ninguno de los dos tenía una moneda para el parquímetro. Dos, no hablan podido verme en el Banco tan bien corno yo creía y, como tardé mucho, creyeron que me había escapado. Había una tercera posibilidad:
Clay estaba realmente enojado conmigo, desmayó a Antonio de un golpe y se fue, dejándome librada a mi suerte. Un lindo final dramático, pero no muy probable.

Había detrás del Banco un pequeño estacionamiento sin pavimentar para los empleados y los clientes que no quisieran gastar los diez centavos por hora en los parquímetros del frente. Miré allí y sólo había una miniván y otra Pick up. Me esforcé por escuchar. A tan pocos metros del camino todo estaba silencioso, como si los edificios de la calle principal estuvieran construidos para bloquear cualquier sonido y circunscribirlo al distrito comercial. A la distancia escuché un motor diesel bien armado. Definitivamente no era una Pick up. Cerré los ojos y eliminé todos los demás ruidos. El Mercedes estaba a pocas cuadras de distancia El sonido de su motor se desvanecía, luego volvía y se desvanecía parecía moverse lentamente en círculos. ¿Dónde? lógicamente en otro estacionamiento, donde Antonio daba vueltas, esperándome. ¿No había entendido alguna instrucción? ¿Debía encontrarlo en otro lugar? Eso no tenía sentido, ya que Clay ni siquiera quería que yo entrara sola al Banco. Bueno, cualquiera que frese el motivo, no tenía sentido que me quedara parada ahí pensando.

Había unas huellas angostas de auto que iban por un callejón en dirección al auto que daba vueltas. El pasaje estaba barroso y era apenas del ancho suficiente como para que el Mercedes compacto pudiera atravesarlo sin temor a raspar los espejos, pero sabía que a Antonio no lo preocuparía la tierra o los raspones. Tanto a Clay como a Antonio les gastaban sus autos caros, pero eran elementos puramente utilitarios, que les servían para llegar del punto A al punto B rápida y cómodamente. No les interesaba presumir.

Fui por el callejón, esquivando los charcos y las profundas huellas barrosas. A cierta altura, el callejón tenía una bifurcación hacia la derecha. No me hacía falta seguir las huellas del auto para saber que habla continuado en línea recta. Intentar una curva con tan poco espacio hubiera significado perder algo más que unas capas de pintura. Al alojarme cada vez más del camino principal, el callejón se ensanchó y se inclinó hacia arriba levemente, pasando del barro a la grava. A la derecha del pasaje se alineaban depósitos de basura, pero dejando suficiente espacio como para que pasara el Mercedes. El suelo más seco simplemente servía para que notara más la cantidad de agua barrosa que se habla metido en mis zapatos. A cada nuevo paso, mi calzado sonaba y mi ánimo empeoraba. Estaba pronta a darme vuelta, volver al Banco y llamar a Jeremy, pidiéndole que me viniera a buscar; cuando

vi un brillo plateado adelante. Me detuve. A unos treinta metros el callejón desembocaba en un lote vacío y lleno de malezas. Mientras miraba, el Mercedes pasó la entrada del callejón. Agité los brazos, pero el auto desapareció.

-Vamos, muchachos -murmuré-, es demasiado temprano para jugar a las escondidas.

Seguí adelante con mis zapatos mojados, agitando los brazos en dirección al Mercedes cada vez que cruzaba el callejón y repitiendo epítetos malévolos cada vez que seguía su ruta. Al pasar otra bifurcación del callejón, escuché un ruido suave, pero lo ignoré porque no estaba de humor para curiosear. Unos tres metros más adelante, sentí pisadas en la grava y vi una gran sombra a la izquierda de mi campo de visión. Clay Estaba a contraviento, pero no necesitaba olerlo para reconocer su clase de bromas.

Cuando giró para enfrentarlo, una mano me tomó de la camisa y me lanzó de cara al suelo. Bueno. No era Clay.

-Levántate -dijo una voz a la vez que una figura enorme pasaba sobre mi.

Alcé la cabeza, escupiendo grava y sangre.

-¿Qué? ¿Ninguna frase ingeniosa?

-Levántate.

Cain volvió a tomarme del cuello y me alzó, para después dejarme caer con tanta fuerza que se me torció el tobillo. Me recuperé rápidamente, me limpié la tierra del rostro y me pasé los dedos por el pelo.

-Esa no es manera de saludar a una chica, Zack -dije-. Por eso siempre tienes que pagar para tener relaciones sexuales.

Cain se quedó parado allí de brazos cruzados, sin decir nada. Medía al menos dos metros y sus hombros ocupaban la mitad del ancho del pasaje. Tenía pelo rubio oscuro sobre un rostro con rasgos que se correspondían más con los de un buldog que con los de un lobo.

-¿Esperas que corra? -pregunté-. ¿O sigues pensando tu respuesta?

Se lanzó hacia delante. Yo giré y corrí hacia el final del callejón. Un callejero siempre se queda parado y pelea. Un miembro de la Jauría siempre sabe cuándo corren Yo no podía vencer a Zachary Cain ni en mi mejor día y hoy no lo era. Medía la mitad que él pero era el doble de rápida Si podía llegar al final del callejón, estaría a salvo. Había dos tipos allí, cada uno de los cuales podía enfrentarse solo a Cain y yo no era lo suficientemente terca o estúpida como para negarme a pedir ayuda. A medio camino, el Mercedes volvió a pasar lentamente por la salida del callejón. Alcé los dos brazos para llamarlos y mi pie izquierdo se torció. Cuando me caía vi desaparecer lentamente el auto plateado.

Me puse de pie pero era demasiado tarde. Nuevamente Cain extendió la mano y me tomó de la parte de atrás de la camisa. Esta vez me levantó y me sostuvo en el aire. Mi pie izquierdo golpeó contra un tacho de metal y yo contuve un aullido de dolor. Con su mano libre, Cain me tomó de abajo del mentón y me estrelló contra la pared. Mi cabeza dio en los ladrillos y mi cráneo se llenó de relámpagos. Me sostuvo allí un momento, con los pies en el aire. Luego alzó la otra mano y me arrancó la camisa

-No hay mucho para ver, ¿no? -dije, esforzándome por hablar con la garganta apretada-. Ya sé, en estos tiempos esas cosas se arreglan. Me puedes llamar feminista, pero yo creo firmemente que el valor de una mujer no debe definirse por el tamaño de su busto, sino…

Golpeé su nuez de Adán con mi puño. Gruñó y dio unos pasos tambaleantes hacia atrás.

- ...por la fuerza de su gancho de derecha -dije, lanzándome contra él antes de que recuperara el equilibrio.

Cain se derrumbó. Cuando cayó, me quedé encima de él y le apreté la garganta contra el suelo.

-Sí, puedo hablar y pensar al mismo tiempo -dije-. La mayoría de la gente puede hacerlo, aunque supongo que no podrías saberlo...

Rugiendo, Cain intentó alzar un brazo. En el aire un zapato le empujó la mano de vuelta al suelo.

-No, señor -dijo Clay parado detrás de mí. -Ya jugaste bastante con Elena. Me toca a mi.

Esperé a que Clay pusiera su pie en la garganta de Cain y entonces lo solté. Antonio estaba parado a un costado.

-¿Una trampa? -pregunté.

Antonio asintió.

-Clay lo vio merodeando el callejón. Supusimos que vendrías a buscarnos

-De modo que dejaron un rastro y dieron vueltas en ese lote vacío, esperando que yo mordiera el anzuelo y que Cain me tomara a mí de carnada.

-Algo así.

Clay alzó a Cain. Habían desaparecido el color rojizo y las bolsas bajo los ojos de Clay- Ahora estaba totalmente despierto. Esto era lo que él había estado esperando.

Cain medía sus buenos quince centímetros más que él y lo superaba en peso por treinta kilos. Era una pelea entre pares.

Los dos dieron un paso atrás y se miraron. Entonces Cain dio un paso a la izquierda en dirección a Clay. Clay se adelantó hacia la derecha. Repitieron el movimiento, mirándose fijo a los ojos, cada uno vigilando al otro. El patrón de ese ritual estaba incorporado en nuestros cerebros. Dar un paso, girar, observar. Para ganar, había que lanzarse sin que el otro pudiera preverlo o advertir que el otro estaba por hacerlo y correrse. La cosa siguió varios minutos. Entonces Cain perdió la paciencia y se abalanzó. Clay se corrió, lo tomó de la cintura y lo lanzó contra el muro. Cain se recuperó en un instante y golpeó a Clay en el pecho, lanzándolo al suelo.

No voy a contar los detalles, en parte porque seria un aburrido recitado de golpe, codazo, gruñido, tropezón, recuperación, y también en parte porque no miré tan atentamente. No es que no me interesara, al contrario, no miraba porque estaba demasiado interesada. Quedarme sin hacer nada mientras golpeaban y pateaban y lanzaban a Clay contra la pared era más de lo que podía soportar. Y no es que de vez en cuando yo misma no quisiera hacerlo, pero esto era diferente. Me hubiera sentido del mismo modo viendo a cualquiera de mis hermanos de Jauría metido en una pelea. No era sólo por Clay. De veras.

Aunque no miraba la pelea, eso no me impedía olerla. Olí la sangre de Cain primero, pero en seguida la de Clay. Al levantar la mirada, caía sanare de la nariz y la boca de Clay, lo que lo hacía toser.

Antonio y yo tentamos que quedarnos mirando. Así luchamos. Uno contra otro, sin armas ni trucos. Era el lobo en cada uno de nosotros el que dictaba las reglas del combate: el lado humano nos llevaría a ganar a cualquier costo. Eso no quiere decir que fuéramos a permitir que Clay se hiciese matar. Si tal posibilidad llegaba a parecer cierta, la lealtad con el hermano de Jauría estaba por encima de todos los demás códigos de conducta. Pero hay mucha sangre y huesos rotos entre la vida y la muerte, y hasta que se cruzara esa línea no podíamos intervenir.

Terminó finalmente con Cain tirado en la grava. Como no se levantaba, pensé que estaba muerto. Entonces vi que su espalda se movía con un ritmo de respiración regular.

Inconsciente -dijo Clay agotado, pasándose la manga de la camisa par la nariz ensangrentada-. Ahora puedes mirar.

-Estaba mirando -dije-, me di vuelta porque pensé que oí algo al fondo del callejón.

Clay sonrió y un nuevo chorro de sangre saltó de su labio superior partido.

-No empiecen- dijo Antonio-. Tenemos que llevar a este callejero a Stonehaven para que Jeremy pueda interrogarlo. Elena, ¿puedes ir hasta el auto? Asegúrate de que no haya nadie a la vista. Clay, tú toma las llaves y abre el baúl. Yo lo cargo

El callejón terminaba en un lote vacío, tal como pensé. En un tiempo se podía acceder al camino hacia el norte, pero ahora había una barricada de vaciaderos de basura, de modo que la única salida era hacia el sur por el callejón. Los tachos que cerraban el paso no impedían pasar caminando, así que fui a vigilar desde allí. Detrás de mi, Antonio y Clay cargaron a Cain en el baúl. Luego Clay vino a mi lado.

-¿Estás bien? - preguntó

-Fuera de mi mejilla raspada, el tobillo torcido, una posible conmoción cerebral, las zapatillas embarradas y la camisa rota, estoy muy bien. Úsenme de carnada cuando quieran.

-Me alegro de que lo veas así

-Ten cuidado o tendrás algo más que tu nariz ensangrentada y el labio partido. -Le dirigí una mirada fugaz. -¿Es todo?

-Tal vez unas cuantas costillas lastimadas. Nada permanente.

Él se rasgó la camisa y usó la tela para contener la sangre.

Cuando llegamos al auto, Antonio estaba cerrando el baúl. El cuerpo inconsciente de Cain ocupaba hasta el último milímetro.

-No buscaremos las provisiones, supongo -dije.

-Parece que no -dijo Antonio- tendremos que comprar algo para comer camino a casa.

Creí que bromeaba. No era así. Antes de salir del pueblo, Antonio se detuvo en un centro comercial y fue en busca de sándwichess y ensaladas, dejándonos a Clay y a mí medio desnudos y sangrando en el auto y a Cain inconsciente en el baúl. No es para sorprenderse que yo esté tan ansiosa por volver a Toronto. Si una se pasa demasiado tiempo con esta gente, empiezan a no importarle la ropa ensopada en sangre y los tipos encerrados en el baúl del auto.

En Stonehaven, Antonio y Nick llevaron a Cain, aún inconsciente, a la jaula, mientras Jeremy inspeccionaba nuestras heridas. Me dio dos aspirinas para el dolor de cabeza, y desinfectante y conmiseración por mis raspaduras y golpes. Clay recibió unos puntos en su labio cortado, un corsé de vendas para las costillas y un llamado de atención por usarme de carnada Pese a lo que yo le había dicho a Clay, eso no me molestaba. Cazar a Cain valía una camisa desgarrada y un dolor de cabeza. Clay sabía que podía soportarlo y yo estaba contenta de eso. Me sentiría más enojada si él pensara que no me las puedo arreglar con los muchachotes. Por supuesto que no lo perdoné ni lo defendí. Al menos en voz alta. Si lo hubiera hecho, Jeremy se habría preocupado mucho más por el golpe en mi cabeza.

Una vez que Cain quedó enjaulado y Jeremy terminó con sus tareas curativas, pudimos almorzar Y después, Nick y Antonio fueron de nuevo al pueblo para buscar las provisiones, mientras Jeremy, Clay y yo hablábamos de la información que queríamos obtener de Cain. Alrededor de la media tarde, gritos y ruidos que llegaban desde el sótano nos dijeron que el prisionero estaba despierto. Lavamos los platos y luego Jeremy y Clay bajaron a la jaula para iniciar la tarea

Yo me quedé arriba. Podía bajar si quería, pero sabia lo que se iba a venir; así que me quedé en el estudio, donde podía oír lo que Cain dijera sin necesidad de ver lo que lo estaba obligando a hablar. Me incomoda la tortura. Tal vez suene tonto, considerando la cantidad de violencia de la que he sido testigo y en la que he participado en mi vida. Pero había algo respecto de que se maltratara a alguien que no podía defenderse que me producía escalofríos y pesadillas al dormir. Quizá fueran vestigios de mi patología de víctima en la niñez, enterrada en lo profundo de mi psiquis. Hace años fui a ver una película de terror con Clay. Cuando llegó una escena en la que quemaban gente con gasolina, yo me tapé los ojos y Clay miró sin mosquear. Aunque yo no pensaba que él le habría hecho eso a alguien, él ya había hecho cosas igual de terribles. Y yo lo sabía porque habla estado allí. Lo había visto hacerlas y lo que más me asustaba era su mirada. No ardían de excitación sus ojos como cuando perseguía a su presa. Se veían azul hielo e impenetrables. Cuando torturaba a un callejero, era completamente metódico y no mostraba ninguna emoción. Por supuesto que me preocuparía mucho más si eso lo hiciera feliz, pero hay algo igual-mente terrible en alguien que puede hacer cosas así tan concentrado. La mayoría de la gente tortura en busca de información. Clay lo hacia por otro motivo: para dar un ejemplo. Por cada callejero que mutilaba y dejaba vivo, habla cinco más que veían al callejero y aprendían una lección: “no se metan con la Jauría". Por cada uno que mataba, había una docena que se enteraba. El que pensara en atacar a un miembro de la Jauría sólo tenía que recordar esas historias para cambiar de idea. La

mayoría de los licántropos no temían morir, pero había cosas peores que la muerte y Clay Se aseguraba de que lo supieran

Sentada en el estadio y escuchando lo que sucedía abajo, tuve que reconocer que los métodos de Clay tenían otra ventaja. Cuanto más se conocía su reputación, menos tenía que hacer para mantenerla. No había chillidos que helaran la sangre mientras Clay interrogaba a Cain. En las cuatro largas horas de interrogatorio, escuché tres gruñidos de dolor cuando Clay presumiblemente golpeó a Cain por no responder. Que Clay estuviera allí parado y saber lo que podía hacer bastaba para hacer a hablar a Cain.

De los tres callejeros con experiencia en Bear Valley, Zachary Cain era la peor opción como informante. Los planes que Daniel y Marsten se hubieran dignado comentarle se habían perdido en el desierto de su cerebro. Según Cain, Jimmy Koenig también era parte del "alzamiento revolucionario", pero aún no había aparecido.

Cain se había sumado a ellos porque quería liberarse de la tiranía, frase sin duda asimilada por haber visto Corazón valiente demasiadas veces. Como dijo Cain de modo tan elocuente, estaba "cansado de tener que mirar para atrás cada vez que meaba para el lado equivocado". Como la Jauría nunca se interesaba en los hábitos urinarios de los callejeros. Supuse que aludía a que luchaba por su derecho a matar seres humanos sin temor a represalias. Cosa que estoy segura de que está cubierta por las subcláusulas para licántropos de la Constitución de los Estados Unidos- Según Cain, Koenig quería lo mismo: exterminar a la Jauría, del mismo modo que los asesinos sueñan con eliminar a la policía Por algún motivo, estaban convencidos de que si se terminaba la Jauría tendrían más libertad para ejercer el canibalismo sin temor a represalia. Daniel, como siempre, tenía planes más grandiosos. Quería liquidar a la Jauría y crear la suya propia. Probablemente pensando en alguna forma de mafia de licántropos. Cain no tenía claros los detalles y no le interesaba. En cuanto a Marsten, Cain no sabía por qué se les había unido. Y tampoco le importaba.

En cuanto a los nuevos reclutas, Daniel había ideado el plan. Había hecho investigaciones, encontrado a los sujetos y cumplido con el papel psicópata del Padrino: Les hizo una oferta que no pudieron rechazar. Si lo ayudaban a eliminar a unos cuantos viejos enemigos, les garantizarla el cuerpo del asesino perfecto. Ninguno se negó. A partir de allí, Daniel había asignado un recluta a cada uno de sus camaradas. Daniel se había hecho cargo de dos, mordiendo y entrenando a Thomas Le Blanc y al callejero que Jeremy había matado en la emboscada. Marsten se había hecho cargo de Scott Brandon. Aún no conocíamos al protegido de Cain. Aparentemente era un hombre llamado Victor Olson, que se había quedado esperando en el auto el día que Cain nos hizo perseguirlo por el bosque. Jeremy le preguntó a Cain qué habla hecho Olson en su vida humana. Ésa era la pregunta que habría hecho yo, y creo que Jeremy sólo la hizo para darme el gusto... y porque sabía que estaba escuchando. Cain no tenía en claro los detalles, porque le interesaba tan poco el pasado de Olson como cualquier otra cosa que no le concerniera directamente. Sólo sabía que Olson había estado preso por "meterse con un par de chicas y matar a una de ellas. Eso sonaba a violador en ascenso hacia el tipo de asesino que era Thomas Le Blanc. No era exactamente un asesino experimentado, pero Daniel debe de haber visto un potencial en él, ya que había enviado a Cain hasta Arizona para sacarlo a Olson de la cárcel.

Como Cain ya estaba filera de circulación, quedaban dos callejeros experimentados y dos nuevos. ¿Verdad? Ojalá. Como dije, Koenig aún no había llegado. Su recluta se recuperaba de haber sido mordido, pero pronto estarán en Bear Valley. Luchar contra esos tipos era como enfrentarse con una Hidra. Cada vez que cortábamos una cabeza, aparecían unas cuantas más. Clay trató de sacarle más cosas a Cain, pero no insistió mucho. Hasta entonces Cain no había tratado de guardarse nada, así que no era probable que empezara a hacerlo ahora. Su vida estaba en juego. Diría absolutamente todo con tal de salvarse de la tortura, aunque eso significara condenar a muerte a sus compañeros de conspiración. La lealtad de un callejero era algo que elevaba el espíritu.

Eran pasadas las diez cuando Jeremy subió. Vino al estudio donde yo estaba acurrucada en su silla.

-¿Algo más? -preguntó.

Sacudí la cabeza y volvió abajo. Hubo un grito, un sonido apagado, mitad furia, mitad ruego. Luego silencio. Segundos más tarde, se abrió la puerta del Sótano y escuché los pasos de Jeremy yendo hacia el patio trasero. Sabía que debía dejarlo sólo por un rato. Cuando se abrió la puerta por segunda vez, saqué la cabeza del estudio. Clay se frotaba la cara con una mano. Tenía la camisa llena de gotas de sangre. Se veía exhausto, como si se hubiese pasado las últimas cuatro horas aporreando a Cain en vez de quedarse callado y amenazante. Al verme, logró sonreír apenas.

-Ey.

-¿Listo? -pregunté.

-Sí. Está muerto. Lo sacaremos mañana. Ahora está en la jaula. -Se frotó la nuca. ¿Comiste?

Sacudí la cabeza.

-Tonio hizo un estofado. ¿Quieres? -pregunté.

-En este momento quiero bañarme, pero si calientas la cena, bajaré antes de que esté lista. Jeremy no va tener hambre por un rato, así que tendrás que comer conmigo. ¿Está bien?

Asentí y él subió las escaleras.

Una hora más tarde, Clay y yo entramos al estudio y encontramos a Jeremy allí, recostado en su silla con los ojos cerrados. Los abrió a medias cuando entramos.

-lo siento -dije-. ¿Quieres que nos vayamos?

Con su mano sana nos indicó que entráramos, luego volvió a cerrar los ojos. Yo me senté en el sofá mientras Clay preparaba unos tragos. Dejó uno junto a Jeremy, pero él no se movió.

-Así que tenemos cuatro en el pueblo -le dije a Clay cuando se sentó a mi lado-. Más otros dos en camino. La cosa es qué haremos.

-Matarlos a todos.

-Buen plan -murmuró Jeremy, sin abrir los ojos-, muy sucinto.

-Oye, si no quieres oír lo que pienso, no escuches.

-Yo llegué aquí primero.

-Creímos que dormías -dije.

Jeremy alzó una coja, luego volvió a quedarse en silencio, con los ojos aún cerrados. Clay pasó la mano detrás de mí en busca de su copa, tomó un sorbo, luego volvió a poner un brazo detrás de mi cabeza, con sus dedos tocándome el hombro.

-Debemos liquidar a Daniel primero -dijo-. Es el jefe. Nadie más sabe cómo organizar una Jauría. Si arrancamos el centro, todo se cae a pedazos.

-Cierto -dije-. Será fácil. Es tan fácil. El único motivo por el que no mataste a Daniel hasta ahora es que no puedes superar el profundo cariño que sientes por tu compañero de juegos de la infancia, ¿no es cierto?

Clay resoplé.

-Exactamente -dije-. Está vivo porque sabe cómo operas y no va a caer en una trampa como Cain. Yo digo que vayamos tras los dos nuevos primero. Son dos imponderables. Si nos deshacemos de ellos, sabremos exactamente con qué nos enfrentamos.

-No voy a perder mi tiempo con un par de callejeros nuevos.

-Entonces lo haré yo. Sin ti.

-Mierda. Golpeó la cabeza contra el respaldo del sofá. Jer, ¿estás escuchando esto?

-Ahora estoy dormido -dijo Jeremy.

Se quedó en silencio un momento. Como no retomamos la conversación, suspiró y abrió los ojos.

-Clay tiene razón en que hay que centrarse en Daniel -dijo Jeremy-. Pero matarlo no es tan fácil. Me conformaré con hablar con él,

-¿Rabiar con él? -dijo Clay-. ¿Por qué?

-Porque sé cómo es y quizá pueda ser más fácil apaciguarlo que poner en riesgo más vidas al luchar contre él. Si Daniel sale del cuadro, los otros se separarán, tal como dijiste. Entonces los atacamos individualmente y destruimos cualquier amenaza futura. En cuanto a Daniel mismo, será más fácil encargarse de él cuando esté solo. Toleré muchas cosas de él porque era de la Jauría y su padre era un buen hombre. Ya no. Le damos lo que quiere esta vez, después lo vigilamos. Si mata a un ser humano, aunque sea en Australia, morirá.

-¿Qué os lo que te hace pensar que Daniel va a negociar? -dije-. Cain parecía pensar que quiere eliminar a la Jauría

-Quizá, pero más que eso quiere venganza - dijo Jeremy-. Nos quiere de rodillas. Si le ofrecemos negociar, verá que ha tenido éxito. Cuando advierta que Zachary Cain está muerto, comenzará a preocuparse. Jimmy Koenig aún no aparece. Todo lo que tiene es a Karl Marsten.

¿Y los dos callejeros nuevos?

-Ellos no tienen nada que ganar en esta batalla. Se los ha reclutado para una guerra que no les concierne. Sólo pelean porque hicieron un trato con Daniel. Ya tienen lo que querían de él. Cuando vean que las cosas se les vuelven en contra, se irán. ¿Qué motivación los retiene aquí? No han tenido suficiente trato con la Jauría como para desear venganza. No han sido licántropos suficiente tiempo como para que les nazca la necesidad de tener territorio. Por qué habrían de pelear?

-Por diversión. -Me volví hacia CIay -Tú viste a Brandon en el bar, corno mató a ese hombre, el placer que le dio. ¿Alguna vez se vio a un licántropo actuar así?

-No estamos restándoles importancia, cariño -dijo Clay-. Le Blanc morirá por lo que le hizo a Logan y a Jeremy. No lo olvidaré.

La mano de Clay cayó del sofá a mi hombro y jugueteó con mi polo. Me recliné contra él, sintiendo el efecto de un trago con mucho alcohol y las noches sin sueño. Cuando Jeremy cerró los ojos nuevamente, yo hice lo mismo, mientras dejaba caer mi cabeza sobre el hombro de Clay. Él se inclinó hacia mí y apoyó su otra mano en mi pierna. Sentí el calor a través de mis jeans. Su aliento olía a whisky. Estaba a punto de dormirme cuando la puerta se abrió de golpe.

-¿Qué es esto? -dijo Nick- ¿Es hora de dormir?

Nadie contestó. Mantuve los ojos cerrados.

-Te ves contento, Clayton -continuó Nick, dejándose caer en el suelo-. ¿No tendrá nada que ver con el hecho de que Elena está acurrucada contra ti, verdad?

-Hace frío aquí -murmuré.

-No siento frío.

-Hace mucho frío -gruñó Clay.

-Podría encender un niego.

-Yo también podría hacerlo -dijo Clay-, con tu ropa Y sin quitártela.

-Te está sugiriendo algo, Nick -dijo Antonio desde la puerta-~ Sugiero que entiendas lo que te está diciendo. No tengo deseos de pasar mi vejez sin un hijo que me cuide.

Escuché a Antonio atravesar el cuarto. Sonaron vasos cuando sirvió dos tragos. Luego se acomodó en la otra silla. Nick se quedó en el suelo, estirado y apoyado en nuestras piernas. Pasados unos minutos, hubo silencio nuevamente, interrumpido sólo por ocasionales murmullos de conversación. Pronto la somnolencia que me afectaba encendió sus suaves tentáculos a los demás. Las voces se volvieron murmullos, la conversación se hizo escasa, y luego se evaporó en el silencio. Estiré mis dedos sobre el pecho de Clay, para sentir el latido de su corazón y dejar que me fuera arrullando hasta que me quedara dormida.

PRESENTACIÓN

Cuando me desperté, recordé vagamente haberme quedado dormida en el sofá y comencé a acomodarme en concordancia, con los brazos hacia afuera y las piernas hacia abajo para evitar deslizarme al suelo. Entonces advertí que mis miembros no estaban donde yo esperaba. Mis brazos estaban doblados debajo de una almohada y mis piernas enredadas en sábanas. Sentía olor a suavizante de ropa. Abrí un ojo para ver la silueta de una rama de árbol danzando sobre las cortitas de mi cama. Sorpresa y más sorpresa. No sólo estaba en una cama, sino que era la mía. Por lo general, si me quedaba dormida abajo con Clay, él me llevaba a su cuarto como un cavernícola que arrastra a su compañera hasta su guarida. Despertarme en mi cuarto fue una sorpresa cercana a una conmoción... hasta que me desperté lo suficiente como para sentir el brazo en mi cintura y los suaves ronquidos sobre mi espalda. Al moverme, los ronquidos cesaron y Clay se acercó.

-Es bueno que recuerdes cómo acomodarte en mi cama -dije.

-Estaba contigo cuando te quedaste dormida -murmuró adormilado. No me pareció que hiciera mucha diferencia que me quedara contigo.

Miré mi cuerpo desnudo.

-Recuerdo que estaba vestida cuando me dormí contigo.

-Quise que estuvieras cómoda

-Y tú también, según veo -dije, moviendo las piernas y sintiendo su piel desnuda contra la mía.

-Si quieres ver, tendrás que darte vuelta.

Resoplé:

-No es probable que lo haga

Se apretujó contra mi espalda. Su mano pasó de mi cadera a mi estómago. Volví a cenar los ojos, mi cerebro aún a la deriva en la niebla del semisueño. Sentía a Clay cálido contra mí, el calor de su cuerpo me defendía del fresco de la madrugada. Las cortinas mantenían la cama a oscuras e invitaban a quedarse. Fuera del cuarto, la casa estaba en silencio. No había motivo para levantarnos aún y ninguna necesidad de inventar un motivo. Estaba cómoda. Necesitábamos descansar. La idea y la sensación del cuerpo desnudo de Clay junto al mío generé algunas imágenes e ideas involuntarias, pero él no hacía nada que provocara la necesidad de resistirlas. Respiraba lento y profundo, como si estuviera durmiendo. Sus piernas estaban enredadas con las mías, pero quietas, al igual que sus manos. Pasados unos minutos, comenzó a besarme la nuca. No había motivo de alarma aún. Mi nuca difícilmente fuera una zona erógena, aunque lo que él hacía me resultaba agradable. Muy agradable, en realidad. Especialmente cuando movió su mano para sacarme el pelo del hombro y llevó la punta de sus dedos por mi quijada hasta mis labios.

Abrí un poco la boca y saqué la lengua para sentir el gusto de su dedo, luego pasé la lengua por la aspereza de su uña. Cuando abrí los labios, metió la punta de su dedo entre mis dientes. Lo mordisqueé, sintiendo las arrugas de su piel con los dientes. Bajó con sus labios por mi cuello. Su aliento me hizo cosquillas en el vello que habla por allí y me produjo un escalofrío. Mientras le mordisqueaba el dedo, sus labios y su otra mano me recorrieron la espalda y me pusieron la piel de gallina. Su mano se deslizó a acariciar la hondonada entre mis costillas y mi cadera. Cuando su mano bajó a mi estómago, solté su dedo y me volví hacia él. Me puso de costado, de cara a él y empezó a besarme. Los besos eran suaves y lentos, acompasados con el ritmo de sus manos que exploraban mi cuerpo, que se deslizaban por mis costados, mi espalda, mis brazos, mis hombros, mis muslos y mis caderas. Mantuve cenados los ojos, flotando en algún punto entre el sueño y el despertar. Me apreté a él, disfruté del calor de su piel y de los planos suaves y los tejidos de su cuerpo. Cuando sentí su dureza contra mi estómago, no había dudas de qué hacer a continuación. Mi cuerpo respondió sin instrucciones: se puso de espaldas, separé las piernas y...

-¿Lo llamaste ayer? -me preguntó Jeremy.

-¿Eh? -Estaba vaciando el lavaplatos. Mi mente aún seguía en la cama con Clay

-Tu amigo llamó antes de que te despertaras. Dejaste tu celular en el corredor de adelante.

Mi mente salió del dormitorio de un salto.

-¿Contestaste?

-¿Hubieras preferido que esperara a que Clay contestase? ¿No lo llamaste, verdad? -No esperé respuesta -No te preocupes, no dije nada, así que cualquiera sea la historia que inventaste, estás a salvo. Parece que esperaba que regresaras hoy

-Yo lo arreglo.

-Elena.

-Yo lo arreglo.

Dejé el último plato y encaré hacia la puerta.

No había llamado a Philip porque me había olvidado de él. Sonaba horrible, pero era la verdad. Amaba a ese hombre, lo sabía, y eso hacía que la cosa fuera aún peor. Si al menos pudiera decir que no estaba enamorada de él... ¿enamorada? ¿Sentía amor por Philip? Carajo, era una expresión tan tonta y gastada. Sentir amor. No existe eso de "sentir amor,,. Existe «sentir deseo», «sentir una fijación» y “sentir una calentura», tres sentimientos normalmente destructivos que no tienen nada que ver con el amor real y duradero. Olvidé a Philip porque así era como enfrentaba este lío, partiendo mi vida en dos compartimientos, el humano y el de la Jauría. Philip pertenecía al mundo humano, y pensar siquiera en él mientras estuviera en el mundo de la Jauría de algún modo degradaba lo que habla entre él y yo. Al menos esa fue la explicación que me di.

Estaba por buscar mi celular en el corredor de adelante cuando apareció Clay. Naturalmente no podía acusarme y correr arriba con el teléfono. Así que dejé el teléfono donde estaba y salí a caminar con Clay. Pensaba llamar a Philip cuando volviéramos, pero al negar a la puerta, Jeremy nos recordó que teníamos que deshacernos del cuerpo de Cain. A partir de allí las cosas se pusieron complicadas y a la luz de lo que pasó ese día, creo que se me puede perdonar que me haya olvidado de llamar a Philip... nuevamente.

En los viejos buenos tiempos cuando no imperaba la ley y había jueces de distrito, la Jauría podía tirar los cuerpos donde quisiera. Cuando los humanos comenzaron a preocuparse más por la gente muerta y desaparecida, la Jauría tuvo que comenzar a enterrar a los callejeros que mataba Hoy, con los análisis post mortem y las unidades de detectives vinculadas a través de computadoras y los tests de ADN, deshacerse de un cuerpo es un trabajo importante que exige medio día de preparación y de trabajo. Todos los miembros de la Jauría habíamos sido instruidos en la materia y podíamos deshacernos de un cuerpo mejor que el asesino humano más conocedor de las técnicas forenses.

Fuimos con el Explorer una hora hacia el norte, evitando todas las zonas que hubiésemos utilizado para cosas similares en las últimas décadas. Pasamos otra hora recorriendo un camino de aserradero y entrando con la 4x4 hasta lo profundo del bosque. Luego sacamos el cuerpo de Caja y lo arrastrarnos a un lugar apropiado donde lo desvestimos, lavamos y examinamos para ver las heridas. la única marca en el cuerpo eran dos manchas bajo la garganta, dejadas por los pulgares de Clay cuando le quebró el cuello. Por seguridad, Clay quitó los moretones. No quieran saber cómo. Prefiero no contar los detalles. Finalmente enterrarnos a Cain a dos metros de profundidad. Yo repuse cuidadosamente la tierra mientras Clay traía dos rocas demasiado pesadas como para que las alzara un ser humano y las colocó sobre la tumba. Fuimos hasta el Explorer, cubriendo nuestro rastro, y luego fuimos hasta un segundo lugar.

El segundo lugar se elegía con la misma cautela que el primero, pero a más de una hora de distancia. Aquí cavamos un pozo, tiramos la ropa, la identificación y las bolsas y telas que habíamos usado para transportar y limpiar el cuerpo. Las empapamos en kerosén y las incineramos, tratando de que hubiera la menor cantidad de humo posible. Reducido todo a cenizas, Clay enterré los restos y declaramos la tarea cumplida. Probablemente no fuera perfecto, pero nadie buscarla a Zachary Cain. Los callejeros no dejan deudos.

Estábamos a menos de veinte minutos de Stonehaven cuando vi el reflejo de luces azules en el espejo retrovisor. Miré camino arriba y camino abajo, segura de que las luces eran para otro. Sabía que no habla quebrado ninguna ley. La cosa más tonta que se podía hacer después de enterar un cuerpo era cometer una infracción de tránsito, motivo por el que manejaba yo en vez de Clay. El control de crucero estaba puesto a tres kilómetros por hora por encima del límite de velocidad: manejar exactamente en el límite siempre me pareció tan sospechoso como correr: Venia viajando por un camino recto en los últimos cincuenta kilómetros y no había habido ninguna posibilidad de hacer un giro ilegal no ver una señal de detención. Miré a ver si había autos delante y detrás, poro estábamos solos. Clay miró por sobre el hombro al patrullero.

-¿Cambió el limite de velocidad aquí? -pregunté.

-¿Límite de velocidad?

-No importa. Voy a parar.

-No hay problema. Está todo limpio.

Me detuve en la banquina y crucé los dedos, con la esperanza de que los policías siguieran de largo, convocados para alguna emergencia. En cambio, el patrullero se detuvo en la grava detrás de nosotros. Maldije en voz baja.

-Todo está limpio -dijo Clay-. Deja de preocuparte.

Uno de los agentes fue del lado del acompañante y golpeó en la ventanilla. Clay esperó lo suficiente como para expresar su descontento, pero no lo suficiente como para ser irrespetuoso, luego tocó el botón para bajar la ventanilla.

-¿Clayton Danvers? -preguntó el agente.

Clay miró al hombre pero no dijo nada.

El joven agente continuó.

-Mi compañero recorrió el vehículo. Esperábamos que estuviera en él. Nos ahorra un viaje hasta su casa.

Clay siguió mirando al hombre.

-¿Podría bajar del auto por favor; señor Danvers?

Nuevamente Clay vaciló el mayor tiempo que podía ser aceptable antes de abrir la puerta. Me quité el cinto de seguridad y baje también, pero me quedé de mi lado. El pánico pedía respuesta a mi memoria. El compartimiento de atrás estaba limpio, ¿verdad? Habíamos limpiado, ¿verdad? Nos deshicimos de todo, ¿verdad? Si, sí, sí. Al menos hasta donde yo sabía. ¿Qué sucedía si se nos había pasado algo por alto? ¿Había un jirón de tela que no vimos en la parte de atrás del Explorer? ¿Nuestra ropa olía tan fuerte a humo para las narices humanas como para la mía?

El otro agente, un hombre fornido, de cerca de cuarenta, dio una vuelta alrededor del Explorer, mirando por el parabrisas trasero, luego puso la cara pegada al vidrio oscuro, con la mano por encima de los ojos para ver hacia el interior.

-Hay mucho lugar para carga ~ ¿Cuánto pueden meter aquí?

-¿Cuánto qué? -parpadeé-. Ah, ¿valijas? Lo suficiente para unas vacaciones, calculo.

Rió.

-Si empaca como mi esposa, eso es mucho. -Miró al interior forzando la vista -Bien limpio. ¿No tienen chicos verdad? -Rió nuevamente y se puso en cuclillas para verificar las gomas y la base del auto. -Es uno de esos nuevos vehículos todo terreno, ¿verdad? Una 4x4 que no sirve como 4x4.

-Puede andar fuera del camino –dije esforzándome por mantener la calma mientras miraba debajo del Explorer-. Pero es demasiado grandote. Aunque para el invierno de Nueva York sirve.

-Supongo que sí. -Miró a Clay. -¿Qué capacidad de arrastre tiene uno de éstos?

-No tengo idea -dijo Clay, que se había mantenido a un lado, dejando que yo manejara las cosas. Era uno de sus trucos para controlarse. Evitar la confrontación.

-Nunca remolcamos nada - dije.

El policía mayor seguía mirando bajo el Exploren. Quizá mirara la suspensión, quizá buscaba otra cosa. Esperé todo lo que pude y luego pregunté:

-¿Venía demasiado rápido?

-Tuvimos un llamado -dijo el agente más joven, volviéndose hacia Clay-. Un llamado anónimo por el que nos dijeron que usted sabía algo del asesinato de Mike Braxton. Necesitamos que venga a la comisaría a contestar algunas preguntas.

Clay apretó los dientes.

-¿Espera que deje lo que sea que esté haciendo...?

Se detuvo. No dije nada, pero se dio cuenta de lo que yo estaba pensando. Enfrentarnos con los policías no iba a servir de nada. Si bien ponerse a la defensiva podría hacerlos retroceder si no tenían motivo para arrestarlo, era igualmente posible que enfrentaran la agresión con la agresión y que reaccionaran revisando el Explorer y a Clay mismo de modo exhaustivo. Los policías de los pueblos chicos no siempre tienen la reputación de cumplir con los procedimientos. Legalmente no podían obligar a Clay a hablar con ellos, poro al menos no iban a descubrir evidencias de nuestras actividades matutinas mediante una simple conversación.

Clay aceptó dedicarles una hora. Fue hasta la comisaría en el asiento trasero del patrullero. Yo los seguí en el Explorer. El autor del llamado anónimo" tenía que ser uno de los callejeros, así que esto podría ser una trampa. Si yo lo seguía en otro auto, los callejeros no iban a atreverse a intentar una emboscada Una vez dentro de la comisaría, estaríamos a resguardo, ya que no atacarían en un edificio lleno de humanos armados.

La sala de espera de la comisaría era más pequeña que mi dormitorio en Stonehaven y probablemente la habían amoblado a un coste menor de lo que valía mi espejo con marco de plata. Tenía más o menos tres metros cuadrados, con una puerta y dos ventanas. La ventana que daba al Sur era de vidrio espejado y daba a un cuarto aún más pequeño. El vidrio espejado no tenía mucho sentido si uno no tomaba en cuenta que toda la comisaría era en sus orígenes un centro de detención de la época de la depresión. La mayoría de los cuartos tenía que servir para una función doble. En el caso poco probable de que la policía necesitara observar a un sospechoso o mantener una entrevista importante, probablemente usara la zona de espera como sala de observación. Con Clay no lo utilizaron; lo habían llevado a un cuarto privado para interrogarlo en cuanto llegamos.

La segunda ventana, que tenía barrotes, daba a una jaula donde una recepcionista de veintitantos años atendía el teléfono, la recepción y la sala de espera, mientras respondía ininterrumpidamente a los agentes que le pedían que mecanografiara, archivara y les llevara café. No me pregunten por qué tenía barrotes la ventana. Tal vez por miedo a que ella se escapase. Las tres sillas de la sala de espera estaban tapizadas con una tela dorada carcomida por las polillas y arreglada con cinta aisladora. Escogí la mejor y me senté con cuidado, evitando que la tela tocara ninguna parte de mi piel y acordándome de que debía lavar mi ropa en cuanto llegara casa. Miré las revistas que habla en una mesa de aglomerado. Atrapó mi atención la palabra “Canadá” en un ejemplar de Time. Lo tomé, advertí que el artículo aludía al referendo de Quebec y dejé la revista. No sólo era un tema que curaba el insomnio del noventa por ciento de los canadienses sino que, a menos que algo menos drástico hubiese sucedido en la última semana, significaba que la revista era de hacía cinco anos. Muy actual.

Alcé la mirada y vi que la recepcionista me observaba con gesto desconfiado que la gente reserva habitualmente para los mendigos y los perros rabiosos. A través de la ventana podía ver al joven agente que había ido a Stonehaven, que estaba apoyado en el mostrador y hablaba con la recepcionista. Como los dos me miraban, supuse que era yo el tema de la conversación. Algo me dijo que no hablaban del lamentable estado de mis Reebok sucias. Sin duda él estaba contándole la historia de mis andanzas por el bosque. Justo lo que me hacía falta. Diez años dedicados a crearme una reputación decente en Bear Valley y se iba todo al diablo en un día, porque me vieron correteando desnuda por el bosque en una fría mañana de primavera y luego encontraron mi ropa hecha jirones, producto de algún extraño ritual sadomasoquista. Los pueblos como Bear Valley tenían un lugar especial para las mujeres como yo: invitadas de honor en el picnic y fogón anual del verano.

Mientras pasaba las hojas de las revistas, la puerta de la sala de espera se abrió. Alcé la vista para encontrarme con Karl Marsten, seguido de Thomas Le Blanc. Marsten llevaba pantalones de tela de algodón, zapatos de cuero que costarían mil dólares y una remera cara. No advertí lo que tenía puesto Le Blanc. Junto a Marsten, nadie se fijaría en él. Marsten entró con el aire descuidado, no fingido, de alguien que se ha pasado años estudiando cómo actuar así. 'Tenía las manos en los bolsillos, lo suficiente como para lucir relajado, no lo suficiente como para que sus pantalones se deformaran de un modo poco elegante. La media sonrisa en sus labios era la mezcla perfecta de interés, aburrimiento y diversión. Cuando le sonrió a la recepcionista, ella se enderezó y sus manos instintivamente acomodaron su blusa. Él murmuró unas palabras. Ella se sonrojó y se acomodó en la silla con los ojos brillantes. Marsten se acercó a los barrotes y dijo algo más. Entonces se volvió hacia mi y alzó la vista. Sacudí la cabeza. El único rasgo positivo de Karl Marsten es que sabia exactamente lo falso que era-

-Elena - dijo, sentándose a ni lado. Mantuvo baja la voz, aunque no susurró - Se te ve bien.

-No practiques conmigo, Karl.

Rió.

-Quiero decir que te vez sorprendentemente bien luego de haberte topado con Zachary Cain. Supongo que por eso tienes un raspón en la mejilla. También supongo que ya no está en el juego.

-Algo así.

Marsten se inclinó hacia atrás y cruzó los tobillos, obviamente muy preocupado por el deceso de su socio

-No te he visto por un tiempo. ¿Cuánto ha pasado, dos años? Demasiado. No me mires así. No estoy practicando contigo y no te ataco. Dios me ha dado unos gramos de cerebro. Simplemente quise decir que extraño hablar contigo. Aunque más no sea, tu compañía es siempre intrigante.

Le Blanc se había sentado al otro lado de mi. Lo ignoré. Dada la opción, prefería hablar con Marsten antes que con el hombre que había matado a Lagan.

-Leí un par de artículos tuyos en la revista -continué Marsten-. Muy bien escritos. Parece que tienes una carrera exitosa.

-No tanto como otros -dije, mirando su Roler-. ¿Lo compraste o es robado?

Le brillaron los ojos.

-Adivina.

Lo pensé.

-Lo compraste. Sería más fácil -y más barato- robarlo, pero tú no usarías el reloj de otra persona. Aunque no te molestaría comprarlo con el dinero que obtuviste robando las joyas de alguien.

-Cómo siempre, acertaste.

-Los negocios deben de andar bien.

Marsten volvió a reír.

-Me va bastante bien, gracias, considerando que soy un inútil para cualquier otra cosa Y hablando de eso, me encontré con algo hace unos meses que me hizo pensar en ti. Un collar de platino con un dije con la forma de una cabeza de lobo. Una artesanía exquisita. La cabeza está hecha de filigrana de platino con ojos de esmeralda. Muy elegante. Pensé en enviártelo, pero calculé que terminaría en el tacho de basura más cercano.

-Excelente predicción.

-Pero no me deshice de él. Si lo quieres, es tuyo. Sin condiciones. Te quedaría bien, un gesto irónico que sabrías apreciar.

-Sabes, me sorprende que estés involucrado en esto -dije.- Creí que no te gustaba Daniel.

Marsten suspiró teatralmente.

-¿Tenemos que hablar de negocios?

-Nunca te imaginé anarquista

-¿Anarquista? -rió-. Difícil. Los otros tienen sus motivaciones para querer liquidar a la Jauría, la mayoría de las cuales tiene que ver con poder practicar algunos hábitos sociales más bien malévolos. A mi la Jauría nunca me trajo problemas. Por supuesto que tampoco nunca hicieron nada por mi. Así que, como gesto de reciprocidad, no me importa lo que pase con la Jauría. Sólo quiero mi territorio.

-¿Si tuvieras eso te retirarías de la pelea?

-¿Y abandonar a mis compañeros anarquistas? Eso me convertiría en un ser despreciable e inconsciente. Alguien al que sólo le interesa su bienestar, a expensas de los demás. ¿Te suena como algo que yo haría?

Le Blanc hizo un ruido de impaciencia a mi lado. Antes de que pudiera retomar el tema con Marsten, agité la mano para llamar la atención del otro.

-Éste quería conocerte -dijo Marsten-. Cuando vinos que seguías a la policía hasta el pueblo, decidió que quería hablar contigo. Vine para presentartelo. Si empieza a aburrirte, grita. Yo leeré una revista. -Marsten tomó una de la pila – Revista de caza, hummm. Quizás encuentre buenos consejos.

Marsten se acomodó en su silla y abrió la revista Le Blanc le dirigió una mirada de desprecio. Obviamente había decidido ya que Marsten era un licántropo de tercera, que apenas merecía el título. Se equivocaba. Karl Manten era el segando callejero más peligroso del mundo, después de Daniel. ¿De dónde había sacado la reputación? ¿Matando más humanos que cualquier otro? Atormentando a la Jauría o causándonos problemas? No y no. Marsten era uno de los pocos callejeros que no mataba humanos. Como tantas cosas, eso no era digno de él. En cuanto a la Jauría, cuando se encontraba con nosotros era tan cortés y amable como lo había sido ahora conmigo. Pero lo seguíamos más de cerca que a cualquier otro callejero fuera de Daniel. ¿Por qué? Porque poseía un poder de concentración y una fuerza de voluntad comparables con los de Clay. Cuando Marsten se mudaba a un pueblo nuevo, tomaba contacto con los licántropos que hubiera en el área, los llevaba a cenar a lugares caros, charlaba con ellos, les avisaba que debían irse del pueblo, y luego los mataba si no se iban para medianoche. Lo que Marsten quería, Marsten tomaba... sin sentirse compungido y sin rencor. Yo tenía una idea de por qué Marsten se había unido a Daniel. Quería territorio. Por varios años había estado diciendo que quería establecerse en un lugar, bromeando con que estaba llegando a la edad de jubilarse. La Jauría lo había ignorado. Ahora Marsten estaba cansado de esperar. Hoy se sentaría a mi lado y hablaría del trabajo y me ofrecería joyas. Mañana, si me ponía en su camino me "sacaría del juego». Nada personal. Era su manera de trabajar.

IMPRESIONES

Durante al menos diez minutos Le Blanc me estudió como si estuviera examinado alguna nueva especie de insecto. Quería irme. Tal vez era ése el plan. Dejar que esta basura se me quedara mirando suficiente tiempo como para que yo corriera al baño a lavarme las manos, donde él y Marsten pudieran arrinconarme. Traté de recordar únicamente que Le Blanc había matado a Logan, pero no pude. No dejaba de pensar en las mujeres que él había matado, los detalles que leí en su cuaderno de recortes. Por Logan quería matarlo. Por las otras lo quería muerto, pero no quería hacerlo yo misma, dado que eso exigiría tener contacto físico.

Me obligué a olvidar estas cosas y a concentrarme en analizarlo a él. La vida no se había portado bien con Thomas Le Blanc en los últimos años. Había caído muy abajo, comparado con el hombre acicalado que se vela en la foto de su arresto. Eso no quiere decir que estuviera sucio o sin afeitar o que tuviera mal aliento, cualquiera de las cosas que la persona promedio espera de un psicópata asesino serial. En cambio, se vela como un trabajador de treinta y tantos con jeans sin marca, una remera descolorida y zapatillas de Wall-Mart. Había aumentado de peso. Desgraciadamente en músculos, no en grasa.

-¿Quieres hablar conmigo? –dije finalmente.

-Me preguntaba por qué tanto lío. - Dijo, con una mirada que indicaba que aún seguía preguntándose eso.

Volvió a quedar en la posición de mirada silenciosa tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer junto a él. Me esforcé por mantener una visión amplia de las cosas: era un licántropo nuevo; yo era una mujer loba experimentada. No tenía por qué preocuparme. Pero a cada momento me cambiaba el marco de referencia. Él atacaba a mujeres; yo era mujer. Por más que lo racionalizara, por más que tratara de mostrarme dura, ese hombre me asustaba. Me asustaba en el fondo de las tripas, allí donde no llegaban la lógica ni la razón.

Pasados unos minutos, vi moverse una sombra en el cuarto al otro lado del vidrio espejado. Con ganas de una distracción, me levanté y fui hasta allí. Clay estaba en el otro cuarto. Solo. Estaba sentado frente a la mesa e inclinaba su silla hacia atrás con las piernas estiradas hacia adelante. No estaba esposado ni vigilado ni lastimado. Hasta ahí, todo bien.

-¿Es él? -dijo Le Blanc detrás de mi-. El infame Clayton Danvers. Di que no.

Seguí observando a Clay.

-Maldito Dios –murmuró Le Blanc-. ¿Dónde los encontró a ustedes dos la Jauría? ¿En un campeonato do voleibol? Lindo bronceado, me encantan esos rizos rubios -Le Blanc sacudió la cabeza-. Ni siquiera es tan alto como yo. ¿Qué mide, un metro ochenta? ¿Cien kilos con botas con puntera de hierro? Carajo. Esperaba un monstruo horrible, más grande que Cain, y con qué me encuentro? La próxima estrella de Baywatch. Su inteligencia podría ser lo suficientemente escasa. ¿Puede mascar chicle y atarse el zapato al mismo tiempo?

Clay dejó de jugar con su silla y lentamente se volvió hacia el espejo. Se levantó, miró el cuarto y se paré delante de mi. Yo estaba inclinada hacia delante, con una mano contra el vidrio. Clay puso sus dedos a la altura de los míos y sonrió. Le Blanc dio un salto atrás.

-Carajo -dijo-. Creí que era vidrio espejado.

-Lo es.

Clay volvió la cabeza hacia Le Blanc y dijo tres palabras. Entonces se abrió la puerta detrás de él y uno de los agentes lo llamó. Clay se encogió de hombros, me dirigió una última sonrisa y se fue con el agente. Cuando se iba sentí una confianza renovada.

-¿Qué dijo? -preguntó Le Blanc.

-Espérame.

-¿Qué?

-Es un desafío -dijo Marsten desde el otro lado del cuarto. No alzó la vista- de la revista. -Te invita a quedarte para conocerlo.

-¿Tú te vas a quedar? -dijo Le Blanc.

Los labios de Marsten formaron una sonrisa.

-A mi no me invitó.

Le Blanc resopló.

-Para ser un montón de monstruos asesinos, todos ustedes no son más que una broma, con sus reglas, desafíos y poses. -Agitó una mano hacia mi. -Como tú. Parada allí tan tranquila, haciendo de cuenta que no estás preocupada en lo más mínimo por tenernos a nosotros dos en el cuarto.

-No lo estoy.

-Deberías. ¿Sabes lo rápido que podía matarte? Estás parada a menos de un metro de mi. Si tuviera una pistola o un cuchillo en el bolsillo, estarías muerta antes de que tuvieras tiempo de gritar.

-¿De veras? Qué tal.

Le Blanc tuvo un tic en la mejilla

-¿No me crees, verdad? ¿Cómo –Como sabes que no llevo un arma?

No hay detector de metales en la puerta. Podría sanarla ahora, matarte y escapar en treinta segundos.

-Entonces hazlo. Sé que no te gustan nuestros jueguitos, pero dame el gusto. Si tienes una pistola o un cuchillo, sácalo. Si no, haz de cuenta- Demuestra que puedes.

-No necesito demostrar nada. Por cierto que no a una charlatana...

Sacó la mano en la mitad de la oración. Se la aferré y le quebré la muñeca. El sonido resonó en el cuarto. La recepcionista miró, pero Le Blanc estaba de espaldas a ella. Le sonreí y ella desvió la mirada.

-Maldita puta -dijo Le Blanc, tomándose el brazo-. Me quebraste la muñeca.

-Entonces gano yo.

Su rostro se puso violeta.

-Pedazo de...

-A nadie le gusta un mal perdedor -dije-. Aprieta los dientes y aguanta. No hay llorones en los juegos de los licántropos. ¿No te enseñó eso Daniel?

-No que ya no eres bienvenido -dejo Marsten, poniéndose de pie y lanzando la revista a la pila.

Como Le Blanc no se movía, Marsten se acercó a él e intentó tomarlo del brazo. Le Blanc se hizo a un lado, me miró con odio y luego salió del cuarto.

-Los placeres de cuidar niños -dijo Marsten-. Me voy entonces. Saluda a Clayton.

Marsten se fue.

Me quedé allí con el corazón golpeándome en el pecho. Lo había logrado. Oculté mi temor haciéndome la mala y Le Blanc ni siquiera notó la diferencia. Qué fácil. Podía ganarle a ese callejero sin problemas. ¿Entonces por qué mi corazón seguía saltando como un conejo en una jaula?

Veinte minutos más tarde yo seguía en la sala de espera, tratando de encontrar algo para leer. Un estudio de la revista Cosmo me llamó la atención. El título era: Discusiones constructivas; ¿Está fortaleciendo su relación con su amante o alejándolo. Interesante especialmente en la parte acerca de alejarlo, pero me obligué a dejar la revista. Cosmo nunca dice nada que tenga que ver conmigo. Sus estudios siempre hacen preguntas tales como "¿Cómo reaccionaría si su amante le anunciara que va a irse a trabajar a Alaska?. Y saltar de alegría no es jamás una de las elecciones. ¿Mudarme a Alaska? Carajo, mi amante tenía treinta y siete y a no se habla ido de casa. ¿Dónde estaban las preguntas relevante para mi vida? Qué tal: “¿Cómo reaccionaría si encontrara pelo y huellas de su amante junto a un hombro muerto?” Muéstrenme eso en Cosmo y tendrán una suscriptora más

Aún buscaba algo para leer cuando entró Clay. La recepcionista volvió a despertarse. Sonrió y murmuró algo que no escuché. Clay le respondió con una mirada y una mueca de desinterés. Cuando ella casi se desinfló y volvió a sus tareas casi me dio tristeza. Clay puedo ser encantador.

¿Pena de muerte? –pregunté cuando se me acercó.

-En tus sueños. Eran estupideces,, cariño. Puras estupideces y yo me quedé sin almuerzo.

-Deberías demandarlos.

-Tal vez lo haga. -Fue hasta la puerta y la abrió para mi.
-¿Así que tuviste visitas?
-Marsten y Le Blanc.
¿Quién? Ah, el tipo nuevo. ¿Qué quería Marsten?
-Me ofreció un collar.
-¿A cambio de… ?
-Nada. Karl actuando como Karl. -amable como siempre, sin preocuparse por la pequeña cuestión de que estamos en una batalla sangrienta y a muerte. Hablando de muerte, Le Blanc alardeó de que podía matarme en la sala de espera. Le quebré la muñeca. No se mostró impresionado.
-Bien. ¿Para qué vino?
-Para mirarme, creo. Me parece que tampoco se quedó muy impresionado con lo que no.
Clay resopló y fuimos hacia el estacionamiento.

Estacionamos en la entrada al llegar a Stonehaven. Jeremy nos esperaba en la puerta delantera.
-No llegaron para el almuerzo -dijo-. ¿Pasó algo malo?
-No -dijo Clay-. Me llevaron a la comisaría Para interrogarme.
-Después de que llevamos a Cain -dije, antes de que a Jeremy le diera un ataque al corazón-. La policía nos detuvo en la ruta cuando veníamos de vuelta. Parece que Daniel les dijo que Clay podía saber algo acerca de la muerte de Mike Braxton. Seguramente tenía la esperanza de que nos encontraran con el cuerpo de Cain en camino a deshacernos de él. Pero no tuvo suerte.
-¿Cuánto parecía saber la policía?
-No mucho –dijo Clay-. Las preguntas eran bastante generales. Salieron a la pesca?
-¿Registraron el auto?
-Difícil saberlo -dije-. Uno de ellos miró bastante por las ventanillas y por debajo. Actuó como si sólo le interesara el Explorer en general, cuánto carga, cómo anda fuera del camino, cosas ni. Por otro lado, pudo ser su manera de registrar a plena vista de modo sutil.
-Maravilloso -dijo Jeremy, sacudiendo la cabeza-. Vengan adentro. tendremos que irnos pronto.
-¿Se te ocurrió cómo enviar un mensaje a Daniel? -pregunté.
Jeremy agitó la mano.
-Eso no fue problema. Ya le transmití mi mensaje.
-¿Contestó?
-Sí, pero no tiene nada que ver con lo que vamos a hacer. Apúrense. No tenemos mucho tiempo.
-¿Adónde vamos? -preguntó Clay, pero Jeremy ya estaba en la casa.

Menos de una hora después, los cinco estábamos en el Explorer. Era la primera vez que los integrantes de la Jauría no necesitábamos usar varios vehículos para viajar juntos. Sólo quedábamos cinco. Por supuesto que ya lo habla advertido, pero no lo comprendí realmente hasta que pudimos salir a la rata en un solo auto. Que-dábamos cinco. Cuatro hombres y una mujer que no estaba segura de contarse como parte del grupo. ¿Si me iba, habría Jauría? ¿Se podía considerar a dos padres y a dos tíos una jauría? Dejé de lado la idea. Con o sin mi, la Jauría sobreviviría. Siempre lo había hecho. Además, no había ninguna necesidad urgente de que yo declarara mi independencia ahora y ni siquiera en el futuro cercano. Aún pensaba en volver a Toronto cuando esto se acabara, pero como Jeremy había dicho, no había necesidad de tomar una decisión apresurada respecto de mi estatus en la Jauría.

Librodot

Íbamos al aeropuerto a encontrarnos con Jimmy Koening. Llamémoslo un comité de recepción sorpresa. Jeremy habla sabido que Koenig llegaba hoy a la ciudad de Nueva York en el vuelo de las seis y diez proveniente de Seattle. No me pregunten cómo lo supo. Supongo que obtuvo la información a resultas de varías llamadas telefónicas, unas cuantas mentiras y muy buenos modales. Ése era el método habitual de Jeremy Era asombroso lo que se podía obtener de los empleados de las aerolíneas, el personal de reservas en hoteles, los representantes telefónicos de tarjetas de crédito y otros empleados de servidos al cliente, simplemente armando una buena historia y siendo muy amable al contarla. Como decía, supuse que eso era lo que Jeremy había hecho. No se molestó en comentar «cómo" cuando transmitió la información. Nunca lo hacía. Si fuera otro, sospecharía que estaba alardeando, como un mago que sacan un conejo de la galera sin revelar el truco. Yo sabía que Jeremy no tenía tal motivo. En todo caso él pensaría que dar una explicación sería alardear, como si esperan que lo aplaudieran por su inteligencia.

El plan era esperar a Koenig a la salida, ayudarlo con su equipaje y escoltarlo a Bear Valley con gran estilo, luego de retornar con relaciones tomando unos tragos en el "21". De veras.

Bueno. Ése no era el plan.

El plan era acabar con el pobre callejero antes de que pudiera ver el Empire State. Se había terminado el período de explorar cuidadosamente el problema. Por fin, entrábamos en acción.

VENGANZA

El vuelo desde Seattle llegó cuarenta minutos tarde, lo que era bueno, dado que nosotros no llegamos hasta veinte minutos después de lo que tenía que arribar el avión. Un tractor volcado en la rata nos atrasó casi una hora. Antonio entró al estacionamiento del aeropuerto a las seis y media haciendo chirriar las ruedas, sorteando el tráfico como un taxista de Nueva York y nos dejo en la entrada un par de minutos más tarde. Para cuando encontró un lugar donde estacionar y se unió a nosotros en la terminal, el vuelo de Koenig estaba aterrizando. Llegamos apenas a tiempo. No sabía si interpretarlo como buen o mal presagio.

Nos mantuvimos lejos de la multitud de amigos, parientes y chóferes y vimos desembarcar a los pasajeros. Jimmy Koenig resultaba fácil de divisar. Era alto y flaco, con una cara que podía confundirse con la de Keith Richards en un día malo. Representaba los sesenta y dos anos que tenía, la venganza de su cuerpo por quince años de estar sometido a toda prueba de estrés conocida por el hombre. Demasiado alcohol, demasiadas drogas y demasiadas mañanas de despertarse en un cuarto de hotel extraño junto a mujeres aún más extrañas. La gente que hace los guiones de los avisos de la campaña 'Dígale no a la droga" tendría que contratar a tipos como Jimmy Koening Si pasaran su cara por la televisión, cualquier chico con un gramo de vanidad abandonaría la bebida y la droga de por vida. Créanme.

Koenig no viajaba solo. Bajó del avión con un tipo que se veía como su escolta del FBI: de treinta y tantos, bien afeitado e higienizado, con un traje oscuro y anteojos de sol. Aunque sus ojos estaban ocultos tras los cristales, su cabeza giraba de un lado a otro como si vigilara constantemente. Casi esperaba ver a Koenig esposado a él. Cuando llegaron al pie de la rampa de salida, se detuvieron. Intercambiaron unas palabras. El tipo del FBI se veía enojado, pero Koenig no renunciaba a sus opiniones. Luego de unos minutos, el tipo del FBI se fue a buscar sus maletas. Koening fue hacia la sala de espera y se dejó caer en la silla más cercana.

-Clay, Elena, encárguense de Koenig -dijo Jeremy-. Tonio y yo iremos por su amigo, ¿Nick?

-Me quedo con Clay -dijo Nick.

Jeremy asintió y él y Antonio se dirigieron hacia la zona del equipaje. Clay y yo analizamos por un minuto la táctica, luego Clay y Nick se metieron entre la gente. Esperé a que estuvieran fuera de mi vista, luego di la vuelta a una ruidosa reunión familiar y me puse detrás de Koenig. Cuando estuve detrás de su asiento, me quedé esperando. Tardó un par de minutos en alzar la cabeza de pronto. Olfateó el aire y giró lentamente.

-¡Bu! -dije.

Reaccionó igual que todos los callejeros cuando los enfrento. Saltó de la silla y corrió hacia la salida más cercana, temblando de terror. En mis sueños. Me miró y comenzó a buscar a Clay con la mirada. Nunca fallaba. No importa lo sólida que fuera mi reputación como luchadora, los callejeros sólo temblaban cuando yo aparecía porque por lo general significaba que Clayton andaba cerca. Yo no era más que el heraldo de la muerte.

-¿Dónde está? -preguntó Koenig, entrecerrando los ojos y mirando la multitud.

-Estoy sola –dije.

-Sí, claro.

Di la vuelta a las sillas y me senté a su lado. Tenía poco aliento a whisky, lo significaba que había una sola copa en el avión. Tampoco estaba segura de si eso era bueno o malo. Estando sobrio era como un león sin dientes, malévolo pero no mordía. También significaba, sin embargo, que su cerebro y sus reflejos funcionaban bien.

-Clay fue a encargarse de tu amigo, el de los anteojos -dije.

-Amig... -Koenig se detuvo y gruñó.

-Se imaginó que yo podía encargarme de ti.

Los ojos de Koenig se movieron abruptamente, obviamente se consideraba insultado. Murmuró algo. Estaba por pedirle que lo repitiera cuando vi que se acercaba Nick por el otro lado. Lo observé y maldije. Koenig giró la cabeza para miran Cuando vio a Nick, su primera reacción fue de alivio. Empezó a relajarse, pero se volvió a tensar. Nick podía no ser tan malo como Clay, pero para Koenig era decididamente más motivo de preocupación que yo.

-Hijo de puta -me quejé-. No debía interferir

Nick sonrió, no amigable, sino con la sonrisa depredadora de un cazador que huele la presa. Sus pasos se alargaron mientras se acercaba. Su mirada fija en Koenig.

-Nicholas... -le advertí al ponerme de pie.

Koenig se lo creyó. Pensando que estaba ocupada en prepararme para hacerle frente a Nick, huyó. Nick me dirigió una sonrisa de victoria y lo perseguimos. A pesar de que Koenig corría, no había ido muy lejos. Era como correr a través de un bosque denso. Se veía obligado a esquivar gente y sillas y sólo lograba evitar una para chocar con la siguiente. Nick y yo lo seguimos caminando a paso rápido. No sólo era más fácil esquivar obstáculos, Sino que no parecía que estuviéramos siguiendo a Koenig. Considerando el aspecto de Koenig, a nadie le parecía extraño que atravesara corriendo la sala del aeropuerto, escapando de perseguidores invisibles. La tenté probablemente creía que estaba borracho, drogado o que estaba rememorando los sesenta. Lo maldecían cuando atropellaba a alguien, pero nadie se metió con él.

Nick y yo lo seguíamos, uno a cada lado. Era la misma técnica que usarnos con el ciervo unos días antes. Hacer que corra y llevarlo hacia la línea de llegada. ¿Y adivinen quién esperaba allí? Casi me sorprendo de que Koenig cayera en la trampa. Digo "casi", porque sabía que no tenía que llamarme la atención. Los callejeros no cazan ciervos. Koenig podía tener el truco en el subconsciente, pero nunca lo había usado, así que no lo reconocía cuando se lo hacían a él.

Seguí el rastro de Clay y arriamos a Koenig fuera de la sala atestada, por un corredor desierto y detrás de una escalera estrecha. Clay saltó de allí, tomó a Koenig de la garganta y le quebró el cuello. Un anticlímax en realidad, pero no podíamos darnos el lujo de interrogarlo en el aeropuerto lleno de gente. Jeremy dijo que había que matarlo, así que eso fue lo que hizo Clay, con absoluta eficiencia. Antes de que el cuerpo de Koenig se aflojara, Clay ya lo estaba metiendo en las sombras bajo las escaleras.

¿Lo dejaremos aquí? -pregunté.

-No. Hay una puerta de salida allí. Vi tachos grandes de basura. Si ustedes montan guardia, yo lo llevo.

-¿Nos necesitas a ambos? -pregunté-. Tal vez Tonio y Jeremy necesiten ayuda.

-Buena idea. Ve. Nick puede vigilar.

Me fui.

Para cuando llegué a la zona de recolección de equipaje, la mayoría de la gente del vuelo de Koenig ya se había ido. Sólo quedaban los inevitables rezagados junto a la cinta transportadora, mirando con tristeza. Con cada tanda de equipaje que pasaba, se despertaban, miraban, con pocas esperanzas de que apareciera el suyo, pero negándose aún a creer que habla sido devorado por el dios demoníaco de las maletas. El tipo del FBI no estaba entre ellos. Y tampoco Jeremy y Antonio. Miré por última vez y volví sobre mis pasos.

Junto a los baños, alcancé a ver al tipo del FBI. Traté de sentir su rastro de licántropo, pero se perdía en medio del hedor de los extraños. Tampoco vi a Jeremy ni a Antonio, pero eso no me Sorprendió. Primero, con todo el tráfico humano que iba y venta por allí, tenía suerte de haber percibido un rastro. Segundo, Jeremy probablemente había escogido otro camino, dado que se sentía menos inclinado a hacer tonterías infantiles como llegar junto a su blanco y decir "BU".

Seguí el rastro del nuevo licántropo, cuidándome de no chocar con él y joderle los planes a Jeremy. Pensaba que el rastro del callejero llevaría al hall central donde había estado esperando Koenig. No era así. En vez de eso, se dirigió hacia una salida de emergencia. Miré en derredor, luego probé la puerta. Como no sonaron alarmas, salí y me encontré en un camino que parecía una zona de carga. El rastro del callejero llevaba al estacionamiento.

Nuevamente me sorprendió su nimbo. En vez de ir al estacionamiento, dobló por otro camino. Cuando iba a doblar, el silencio se vio sacudido por un cornetazo agudo y yo me di vuelta para encontrarme con un levanta cargas que se me venía encima. Cuando la máquina pasó a ni lado, el conductor señaló el estacionamiento con el dedo, poro no bajó la velocidad, obviamente demasiado atareado como para preocuparse por turistas que se metían en lo que probablemente era un área restringida. A partir de allí avancé pegada al muro, lista para ocultarme si aparecía otra persona.

Corrí hasta el fin del callejón, poro el callejero había desaparecido. Busqué su rastro. Se había perdido en medio de los olores de máquinas y caños de escape. Empecé a sospechar que Jeremy y Antonio no andaban por allí. El aire se sentía denso, con olor a nafta y diesel. Ellos probablemente se habían dado por vencidos. Estaba por regresar cuando, dando la vuelta a una esquina, vi al callejero a cinco metros. Rápidamente me oculté, me detuve, escuché y evalué mis opciones. Si estaba segura de que Jeremy y Antonio no andaban cerca, debía retirarme. Jeremy me arrancaría la piel viva si atacaba sola al callejero, aunque tuviera éxito. Lo sabía, poro la tentación era demasiado grande. diciéndome que sólo quería mirar mejor, me adelanté sigilosamente.

Cuando volví a doblar la esquina, el callejero ya no estaba Avancé por la calle, manteniéndome cerca del edificio que estaba a mi izquierda. Caminamos otros cuatro o cinco metros. Entonces se detuvo y miró en derredor, como si tratara de ubicarse. Yo me aplasté contra la pared y esperé. Cuando comenzó a caminar nuevamente, yo me quedé en mi lugar y lo dejé que se alejara. Estaba tan ocupada Concentrándome en mi presa que no escuché pasos detrás de mi. Demasiado tarde. Giré. Una mano me tomó de la garganta y me empujó contra la pared.

-Elena- dijo Le Blanc-. ¡qué sorpresa! ¿Tú por aquí?

Giré la cabeza para mirar por el callejón, esperando ver al tipo del FBI que volvía. Se había ido.

-¿Es amigo tuyo? -preguntó le Blanc.

-Tuyo, mío no.

Le Blanc alzó las cejas y entonces se rió.

-Ah, ya veo. Tu lo seguiste porque lo viste hablando con Koenig. Así que pensaste que era uno de los nuestros. Pero te equivocas. Y cuánto. El protegido de Koenig no sobrevivió. No pudo soportar el Cambio. Murió ayer. Qué lástima. Daniel me envió a buscar al viejo. Los vi a ustedes por ahí, así que me oculté y vi el espectáculo. Entonces te vi alejarte y pensé que tal vez se iban a cumplir esta misión.

Mientras hablaba, me preparé para un ataque, pero antes de que pudiera golpearlo, sacó algo de su bolsillo. Un arma. Le Blanc alzó la pistola y la puso en el medio de mi frente. Sentí que se movía el piso, parecía que mis rodillas no podrían sostenerme. Basta, me dije. Es un juego No es la clase de juego al que estás acostumbrada, Pero es un juego. Si, me apunta con un arma, pero ya encontraré la manera de salir de esto. Los callejeros son bestias predecibles. Le Blanc no me mataría porque yo resultaba ser una presa demasiado valiosa como para malgastarla en unos pocos segundos de placer asesino. Yo era la única mujer loba. Podría tratar de violarme o de secuestrarme o golpearme un poco, pero no me matarla.

Me tragué el temor la bravuconada había servido la vez pasada. Úsala nuevamente.

-Los licántropos no usamos armas –dije.- Las armas son para los maricas. Ustedes lo saben, ¿verdad?

Cállate –dijo Le Blanc, inclinando la pistola hacia arriba

-Creo que tienes razón en cuanto a que no somos demasiado inteligentes –dije- Si fuera inteligente te habría roto la muñeca derecha. ¿Y cómo anda la izquierda? ¿'Te molesta?

-Cállate.

-Es para pasar el rato.

-Si quieres hablar –dijo Le Blanc-, sugiero que empieces por pedirme disculpas.

-¿Por qué?

Su rostro se puso colorado, los ojos llenos de sentimiento que tardé un momento en reconocer. Odio. Odio puro, diez veces más fuerte de lo que había visto en la comisaría esa mañana. ¿Tanto lo enojaba que le rompiera la muñeca? Me produjo una conmoción. Por supuesto que la mayoría de las personas se enojaban por cosas así, pero los callejeros normalmente no se preocupaban demasiado, especialmente si era yo las que les bacía daño. En realidad habitualmente se reían, como si en algún sentido perverso les gustara que yo tuviese el coraje de hacerlo. Hace años le arranqué una oreja a Daniel. No quedó resentido. En todo caso se sentía orgulloso de que le faltara esa oreja y le respondía a cualquier callejero que le preguntara cómo fue que la perdió, como si demostrara que teníamos una relación estrecha y personal. Nada es mayor índice de amor que la mutilación permanente.

-¿Es por la muñeca? -le pregunté-. Tú fuiste el que quiso demostrar que podías clavarme un cuchillo. Yo sólo demostré que podía defenderme.

-No digas estupideces. Te pareció gracioso humillar al tipo nuevo. ¿Qué te parece que hizo Marsten cuando volvimos a la casa? Les contó a Daniel y Olson. Y los dos se rieron bastante. -Martillé el arma. ~-Quiero que te disculpes.

Lo pensó un segundo. Pedir disculpas no era gran cosa Por supuesto que no lamentaba lo que había hecho pero él no tenía por qué saber eso. Con todo, las palabras se me quedaron pegadas en el gaznate. ¿Por qué tendría que disculparme? Bueno, estúpida, porque el tipo te apunta a la cabeza con un arma. Poro si estaba segura de que no iba a usarla... No importaba. No tenía sentido agravar la cosa

-Lo siento -dije-. No quería avergonzarte.

-De rodillas.

-¿Qué?

-Pide disculpas de rodillas.

-Ni mierda voy a...

Le Blanc me metió el arma a la fuerza en la boca. Yo lo mordí involuntariamente. Sentí aguijones de dolor en la quijada cuando mis dientes chocaron contra el metal. Traté de moverme, pero él me sostenía contra la pared. Cuando me enterré el cañón del arma en el fondo de la boca, me dio una arcada. El gusto del metal era fuerte y repugnante. Traté de

retirar la lengua, poro el cañón estaba metido demasiado adentro. Mi corazón daba saltos, pero no sentía pánico. Más allá de lo que Le Blanc dijera, yo sabía que no iba a matarme. Su expectativa era que la amenaza de muerte bastara para forzarme a hacer lo que él quisiera. Iba a darse cuenta de su error muy pronto. En cuanto Se me ocurriera cómo sacarme el arma de la boca. En el momento en que lo pensé, me di cuenta de que la respuesta era simple. Odiaba hacerlo, pero era la manera más simple.

Alcé una pierna, haciendo el gesto de que estaba dispuesta a arrodillarme. Le Blanc hizo una sonrisa retorcida y me quitó el arma de la boca.

-Buena chica -dijo Le Blanc-. Loba o no, eres mujer. Cuando las cosas se ponen difíciles, sabes cuál es tu lugar.

Yo apreté los dientes y mantuve gacha la mirada, lo que parecía ser para él la demostración de que estaba adecuadamente acobardada.

-¿Y bien? Dijo.

Incliné la cabeza hacia delante, dejando que mi pelo ocultara mi rostro. Entonces empecé a lloriquear.

-¿Ya no eres tan valiente, verdad? -rió Le Blanc.

Podía percibir el tono de triunfo en la voz de Le Blanc. Lloriqueé un poco más y alcé la mano para secarme los ojos. A través del pelo solo podía ver la mitad inferior de Le Blanc. Bastaba. Pasados unos segundos de llanto, bajó la mano con la pistola a su costado. Alcé ambas manos para taparme el rostro. Después las bajé de nuevo, me envolví con la mano izquierda el puño derecho y golpeé fuerte a Le Blanc en la entrepierna. Cuando trastabilló hacia atrás, me le tiré encima. Lo lancé al suelo y comencé a correr. A la mitad del callejón escuché el primer disparo. Instintivamente, me lancé al suelo. Algo dio en mi hombro izquierdo. Di en el pavimento con una media vuelta de carnero. Logré ponerme de pie y seguir corriendo. Siguieron dos disparos, pero ya había doblado la esquina.

Al correr, empezó a bajar sangre por, mi hombro, pero el dolor era mínimo, no era más que un rasguño. Hombro izquierdo, pensé. Y unos quince centímetros debajo de mi hombro izquierdo, mi corazón. Apuntaba a mi corazón, Me controlé para no dejar que me dominara el pánico. Detrás alcanzaba a escuchar que me perseguía. Di vuelta en la primera esquina, la siguiente y la siguiente, corriendo sólo trechos cortos en línea recta para que no pudiera volver a disparar. Funcionó unos cinco minutos, pero entonces me lancé por un largo callejón sin otra salida que la del otro extremo. Me incliné hacia adelante y corrí lo más rápido que pude. Pero no lo suficiente. Le Blanc dobló la esquina antes de que llegara final del callejón. Otro disparo. Otra vez al suelo. Esta vez el disparo no fue preciso o yo me había movido más rápido. La bala dio en el costado de un tacho de basura. Había un auto derecho hacia delante y otro a su lado y otro y otro. Era un estacionamiento. Sentí un chispazo de felicidad, Un lugar público. Salvada.

Di la vuelta a la esquina, ya filera de su alcance. Al correr; miré alrededor buscando la mayor concentración de actividad humana. Ésa era la clave. Acercarme lo suficiente a un grupo de gente como yo llamaría la atención con gritos: un recurso femenino casi tan efectivo como llorar. A primera vista no vi a nadie, pero era difícil mirar mientras corría a toda velocidad. Di vuelta y me lancé en medio de una fila de autos, reduciendo la velocidad detrás de una minivan. Miré en derredor. No había nadie en el lado este del estacionamiento. Miré a través de la ventana del lado del conductor para observar el lado oeste. No había nadie. Absolutamente nadie. Estaba en Un estacionamiento para empleados o para estadías prolongadas

Sentí el olor de Le Blanc notando en la brisa.

Me puse de manos y rodillas en el suelo. Tomé aire, dominé el pánico que me volvía y bajé la cabeza para estudiar el terreno al nivel del suelo. Unos quince metros a mi derecha, habla un par de zapatilla Le Blanc. Giré. Rodé debajo de la miniván y moví el cuello para poder ver mujer. Las filas de gomas parecían llegar hasta el infinito en todas direcciones. Finalmente decidí que la fila de gomas a mi derecha parecía la más corta. Me arrastré boca abajo hasta el frente de la minivan, saqué la cabeza y miré a la derecha. Más allá del

estacionamiento no se veía nada. Entonces vi pasar un auto al final de la fila. Luego otro. Un camino. Quizá sólo una ruta de servicio, pero donde había autos tenía que haber gente. Salí de abajo de la miniván y me lancé hacia delante, agachada detrás de los autos.

-Sal, sal de allí -canturreaba Le Blanc. Una breve pausa y luego: -No me gusta jugar, Elena. Si me fuerzas a buscarte lo lamentarás. Puedo hacer que lo lamentes. Viste mi álbum de recortes. Sabes lo que puedo hacer.

Me deslicé por detrás de un auto grande y miré al otro lado antes de cruzar un lugar vacío. Alcancé a ver un movimiento y retiré la cabeza- Por abajo del auto, vi las zapatillas de Le Blanc. Me quedé paralizada y verifiqué el viento. Sudeste. El viento le llevaría mi olor por más quieta que me quedara. Las zapatillas pasaron por el otro lado del auto y siguieron. Le Blanc ni siquiera se detuvo. Cerré los ojos y solté lentamente el aire. No estaba usando el olfato. Una preocupación menos. Esperé hasta que sus zapatillas desaparecieron, luego seguí avanzando por el estrecho pasaje entre las dos filas de autos. Cada vez que llegaba a un espacio vacío, miraba antes de cruzar. Más de una vez no hubo espacio para pasar entre dos autos. Esto era más complicado que cruzar espacios vacíos. Podía pasar por encima o por debajo. La primera vez intenté pasar por encima y sacudí el auto. Pasé unos minutos sin respirar parada allí para estar segura de que Le Blanc no lo había advertido. A partir de entonces, cuando no había espacio entre medio, Iba por debajo. Más lento pero también más seguro.

Ya había pasado quince autos y estimaba que me mataban otros diez cuando escuché pasos a mi izquierda. Me dejé caer, no me moví y escuché. Sabia que Le Blanc estaba a mi izquierda, poro la última vez que verifiqué, estaba atrás. Estos pasos venían de la izquierda y adelante. No sonaban como zapatillas. Zapatos de suelo dura en el pavimento. Quien fuera que estuviera a mi izquierda con sus zapatos de suela se movía rápido y venía casi directo hacia mí. Me tiré boca abajo y miré bajo los autos. Zapatos marrones por la fila inmediatamente a mi izquierda. Una mujer que iba hacia su auto. Pensé en pararme, agitar los brazos, llamar la atención. ¿Una testigo bastaría para evitar que Le Blanc disparase?

-Ajá -gritó Le Blanc.

Alcé de pronto la cabeza y golpeé en la base del auto fuertemente. Le Blanc maldijo y comenzó a correr. Miré en todas direcciones, tratando de ver sus pies o descubrir para dónde corrían. La mujer: tenía que correr el riesgo e ir hacia ella. Pero no podía oír sus pasos. ¿Ya había subido a su auto?

-¡La puta que lo parió! -gritó Le Blan-. No lo puedo creer. ¡Elena!

Dejé de moverme. ¿Por qué me llamaba? Él sabía dónde estaba yo, ¿no es cierto? Aunque no me hubiese estado llamando, tenía que haber oído el golpe de mi cabeza contra el auto. El golpe fue tan fuerte que reverberó por todo el estacionamiento. Le Blanc seguía maldiciendo. Seguí el sonido y vi las zapatillas de Le Blanc a unos cinco metros. Y junto a los zapatos de Le Blanc, el cuerpo de una mujer; tirado en el pavimento, con sus ojos abiertos mirándome bajo un cráter sangriento en el medio de la frente. Cuando Le Blanc gritó no me vio a mí. El ruido que escuché no era de mi cabeza golpeando el auto. Había visto un movimiento, una mujer moviéndose rápido, alcanzó a ver su pelo claro y disparó. Al ver a la mujer muerta empecé a temblar. Me dije que el horror que sentía era por ella, muerta inocentemente en un estacionamiento. No era cierto. El nudo en mi garganta y los fuertes latidos en mi pecho no eran por ella sino por mí. Observé su cuerpo que miraba la eternidad sin ver, y me imaginé yaciendo allí. Se suponía que era yo. Muerta en un segundo. Un breve segundo. Viva y corriendo. Entonces muerta. Terminado. Todo. ¿Habría oído el disparo? ¿Lo habría sentido? Podría haber muerto hoy en este estacionamiento. Aún podía morir. Esta mañana podría haber sido la última vez que me había despertado. El almuerzo mi última comida. Hacia una hora en el aeropuerto, la última vez que hubiera visto a Antonio, Nick, Jeremy... Clay. Empecé a temblar más. Podía morir. Realmente. Pese a todas mis batallas, nunca lo había pensado. Nunca pensé realmente lo que significaba. El fin podía llegar en un segundo imposiblemente corto. Ahora tenía miedo. Más miedo que nunca en mi vida.

Sentí dolor en mis puños apretados. Los abrí y el dolor disminuyó, sentí un tirón, una pulsación como sí algo se moviera bajo mi piel. Lo ignoré. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Pero la sensación no se iba. Se puso peor. Miré mis dedos que se retraían hacia el interior de mis manos, el pelo que me salía del dorso. Parecían estar cambiando, pero yo no había hecho nada para precipitar el Cambio, ni siquiera lo había pensado. Sacudí mis manos y las flexioné, deseando detener la transformación. Al mover los dedos, sentí nuevos dolores en mis brazos. Entonces mis pies empezaron a cosquillear. Cerré los ojos y ordené a mi cuerpo que se detuviera. Se arqueó mi espalda. Comenzó a romperse mi camisa "¡No!», gritó mi cerebro. "¡Ahora no! ¡Detente!» Pero no se detuvo. Mis piernas tuvieron espasmos, queriendo meterse debajo de mi cuerpo, pero no habla espacio suficiente. Estaba metida bajo el auto con apenas centímetros de espacio. No podía alzarme en cuatro patas. No podía poner mis piernas y brazos en posición. Apreté los ojos y me concentré. Nada sucedió. Sentí la primera alarma Y el Cambio se aceleró, mi ropa se desgarré y mi cuerpo intentó contorsiones imposibles. Era el temor. El temor de estar atrapada en este estacionamiento con un asesino era lo que había provocado el Cambio y ahora el temor a quedar atrapada bajo el auto lo hacía peor. Sabía lo que tenía que hacer. Tenía que salir. Una nueva chispa de temor hizo que mi torso se alzara, golpeando mi espalda contra la base del auto. Esta vez supe que el ruido era real. Escuché apenas las zapatillas de Le Blanc chillando contra el pavimento. Lo oí decir algo. Lo oí reírse....

Me lancé hacia delante, al costado del auto. Mis uñas rasparon el pavimento. A medio camino mis piernas se trabaron y caí de cara al suelo, Todos los músculos de mis brazos y piernas tuvieron espasmos simultáneos. Salió un aullido de agonía de mi garganta. Apreté los dientes. Mis codos se me salían de las órbitas por el dolor. Demasiado tarde para revertir el Cambio. Ya había pasado el punto medio, ir hacia delante llevaría menos tiempo que volver atrás. Concentré mi energía en terminar, alimentándome de miedo. Por fin, la última fase me produjo una oleada de agonía tan terrible que me desmayé. Me despabilé en cuanto mí hocico dio en el pavimento, luego quedé boca abajo, jadeando y tratando de respirar. No quería moverme. Podía escuchar sus pasos que se acercaban. Me había oído. Sabía aproximadamente dónde estaba y reducía el área de búsqueda. Por un momento me sentí demasiado exhausta como para que me importara. Entonces giré la cabeza y vi a la mujer muerta. Con gran esfuerzo me puse de pie y comencé a correr.

Abandoné toda idea de escapar con cautela y sigilo, dominada por la necesidad de alejarme lo más rápido posible. Salí de entre los autos al camino abierto y corrí a toda velocidad. No me puse a escuchar ruidos de persecución. No podía gastar energía en eso. Puse todo lo que tenía en correr. Escuché vagamente un grito. Y luego un disparo. Luego otro. Los dos pasaron sobre mi cabeza No anduve más lento ni cambié de dirección. Me cerré a todo y seguí adelante. Finalmente se terminó la fila de autos. Estaba en un camino. Alguien tocó una bocina. Pasó un ventarrón de un camión que agitó mi piel. Sin embargo, no reduje la marcha. Al otro lado del camino había dos edificios. Corrí entre ellos, sin saber a dónde iba, sólo que tenía que escapar.

Al emerger entre los dos edificios, escuché un grito. Mi nombre. Alguien me llamaba. El sonido venía de cerca. Corrí más rápido. De pronto un muro de ladrillos. Traté de detenerme, pero demasiado tarde. Me deslicé y di contra el muro. Detrás de mi, Le Blanc seguía corriendo, gritando mi nombre. Me puse de pie y me di vuelta a tiempo de ver la figura de mi perseguidor. No había tiempo de escapar. No había terminado de girar y ya me lancé contra él. Mientras yo iba en el aire, se llevó el brazo a la garganta para cubrirse. Le di en el pecho y caímos Alcé la cabeza y le mostré los dientes. Al intentar morder, la niebla roja de pánico que me enceguecía se desvaneció y vi a quién tenía debajo. No era Le Blanc. Era Clay

Me contuve justo a tiempo. El cambio de dirección me lanzó de costado. Cuando intenté pararme, Clay me tomó y me sostuvo. Susurró algo, pero no entendí. Al ver que no comprendía, esperó un segundo y volvió a hablar, lentamente.

-Se ha ido – dijo- No te preocupes. Se ha ido.

Vacilé y miré entre los dos edificios, segura de que Le Blanc aparecería en cualquier momento, pistola en mano. Clay sacudió la cabeza

Se fue, cariño. Cuando cruzaste el camino se fue. Demasiado público.

Seguí esperando y temblando. Clay hundió sus manos en mi piel y trató de acercarme a él, pero me resistí. Teníamos que estar listos para correr. Empezó a decir algo cuando escuché pasos haciendo eco. Me puse de pie de un salto, pero Clay me retuvo. Jeremy, Antonio y Nick dieron la vuelta al edificio. Me quedé un momento parada, con las piernas temblando, olfateando para asegurarme de que los ojos no me engañaran. Sí, estaban ahí. Todos. Estaba a salvo. Esperé un segundo y me dejé caer al suelo.

PROMESA

Clay se sentó a mi lado en el camino de regreso a Stonehaven. Yo seguía temblorosa, tal vez conmocionada, pero él no trató de acercarse o consolarme. Sabía que no debía hacerlo. En cambio, me tomó de la mano y me miraba de tanto en tanto, viendo si quería hablar. Yo no quería hacerlo.

Casi habíamos llegado a casa cuando Clay quebró el silencio, indinándose para llamar la atención de Jeremy que iba adelante.

-No nos dijiste qué exigió Daniel -dijo-. Quiere a Elena, ¿verdad?

-Sí - dijo Jeremy suavemente, sin darse vuelta.

Antonio salió de la carretera.

-Es como un secuestrador de aviones que pide diez mil millones de dólares. Sabía que ni siquiera lo íbamos a pensar, así que es una manera de decir que no negocia.

-No es sólo eso -dijo Clay-. Nos está alertando. Sabe que no le entregaremos a Elena. Nos está avisando de su próxima movida. Quiere atraparla.

Jeremy asintió.

-Si me hubiera dado cuenta hace unas horas nos hubiéramos salvado de correr un riesgo muy serio. Pensó, igual que Tonio, que sólo estaba diciendo que no iba a negociar

Nick se inclinó sobre el respaldo de nuestro asiento desde su lugar en la parte de atrás.

-¿Entonces ese callejero en el aeropuerto intentaba secuestrar a Elena?

-No -dije-. Trataba de matarme.

-Un callejero no haría eso, Elena -empezó a decir Jeremy-. Eres demasiado valiosa viva. Puede haberte parecido...

-No estuviste allí. Había una mujer caminando apurada por el estacionamiento. Él creyó que era yo y le hizo un agujero en la cabeza. No fue un tiro para dominarla Fue una ejecución.

La mano de Clay apreté la mía. Jeremy se recostó en el asiente, Nadie habló al menos por cinco minutos.

-¿Por qué haría eso? -preguntó-. Si Daniel te quiere viva, ¿por qué trataría de matarte?

-Porque a Le Blanc no le importa un carajo lo que quiere Daniel -dije-. Quizá sea porque es nuevo o porque ha estado matando por su cuenta tanto tiempo, la cosa es que no parece que tenga el instinto de obedecer a un lobo más fuerte.

-¿Pero por qué matarte? -dijo Nick-. Como dice Jeremy, a esos callejeros nuevos no les interesa esta pelea, fuera de lo que le hayan prometido a Daniel. Si Daniel no te quiere muerta, ¿por qué se tomaría el trabajo de tratar de matarte?

-Thomas Le Blanc persigue a las mujeres. Las tortura y las viola y las mata. Los hombres así odian a las mujeres y se sienten amenazados fácilmente. Yo lo olvidé. Después de todo lo que dije de que no había que tratar a hombres así igual que a otros callejeros, hice

exactamente eso. Lo humillé en la comisaría, me burlé de él, lo insulté y le quebré la muñeca delante de Marsten. Ahora quiere dominarme. Tiene que hacerlo.

Clay frotó su pulgar en mi muñeca, pero no dijo nada. Y nadie abrió la boca

Cuando llegamos Stenehaven, fui a mi cuarto. Nadie intenté detenerme. Mientras subía las escaleras, escuché a Clay detrás, pero no dije nada. Fui basta mi cuarto y dejé la puerta abierta. La cerró él al entrar. Llegué a mitad de camino en la cama y me detuve. Me quedé allí con Clay parado detrás en silencio. Sentí un gusano frío recorriendo mi cuerpo y comencé a temblar. Tragué el aire y cerré los ojos, tratando de controlar el miedo. Estaba bien, Estaba en casa y a salvo. Y casi me habían matado. El temor recorrió todo mi cuerpo, mezclado con ira y odio, todo se fundió en algo rojo fuego. Quería arrojarme a la cama y ocultarme bajo las mantas, Quería lanzar algo contra la pared y verlo estallar. Quería volver junto a esos callejeros y gritarles: «¡Cómo se atreven!"

Cuando miré a Clay, vi mis emociones reflejadas en su rostro, la ira y el odio y algo tan extraño que apenas si lo reconocí, un fantasma oculto a medias detrás de sus ojos. Miedo. Extendió la mano y me aplasté contra él. Volví mí rostro hacia el suyo, encontré sus labios y lo besé. Se abrieron sus labios. Lo besé más fuerte, cerrando los ojos y apretándome contra é. Al besarlo, una chispa de vida penetró en mi cerebro muerto. Lo perseguí, besándolo más fuerte, más profundo, aplastando mi cuerpo contra el suyo. La chispa se convirtió en llama y todos mis sentidos volvieron a la vida. El mundo se alejó y todo lo que podía sentir, todo lo que quería sentir, era él. Lo probé, lo olí, lo vi, lo escuché, lo sentí y gocé de esas sensaciones como quien sale de un coma.

Fuimos hacia la cama. Nuestros pies se enredaron y caímos a la alfombra. Una vez en el suelo, tomé la camisa de Clay y la jalé hacia arriba, pero tenía sus brazos en derredor y no podía soportar que me soltara, como si un segundo en el que se rompiera el contacto pudiera hacerme caer de vuelta en el temor y la conmoción. Tomé su camisa por detrás y la desgarré. Cuando el material se rompía, dejé de jalar. Era mucha molestia, tiempo perdido. Llevé mis manos a sus jeans, abrí su bragueta y deslicé las manos sobre sus caderas. Sin dejar de besarme, se tos sacó a las patadas, luego trató de quitarme los míos. Quité sus manos y me saqué yo misma los pantalones. Cuando estaba empujándomelos hacia abajo, Clay me arrancó la ropa interior y la lanzó a un lado. Su mano pasó de mi trasero al interior de mis muslos. Metió los dedos dentro de mí.

-No -dije, sacándole la mano.

Lo tomé y lo hice penetrarme. Se abrieron sus ojos. Empecé a moverme contra él. Cuando se retiró para tomar impulso y volver, lo aferré de las caderas y lo hice quedarse quieto.

-No –jadeé-. Déjame a mí.

Se sostuvo quieto sobre mí. Arqueé las caderas y me froté contra él. Sentí oleadas de pura sensación. Tiré la cabeza hacia atrás y lo jalé hacia abajo, luego arriba. Encima de mí, Clay tomó aire. Lo sentí temblar y lo alejé para poder verlo. Mientras yo me movía, él tenía sus ojos fijos en los míos, con la punta de la lengua entre los dientes, luchando por mantenerse quieto. Me lancé contra él y me sostuve allí, gozando del control, la sensación de tomar el control luego de haberlo perdido tan completamente hacía pocas horas. Llevé una mano a su pecho y la sostuve contra su corazón. Podía sentir vida latiendo bajo mis dedos.

-Bueno- susurré

Clay se enterró en mí y lanzó un quejido. Yo me arqueé para encontrar su cuerpo. Nos movimos juntos unos minutos. Cuando sentí que venía el climax, me retiré. No quería cederlo aún.

-Espera -dije agitada-. Sólo espera.

Cerré los ojos y tomé aire. Su olor era abrumador, casi me bastaba para llegar a mi punto más alto. Apreté mi rostro contra el hueco de su hombro e inhalé con avaricia. Cuando lo aspiraba, el mundo pareció detenerse y la mezcla de sensaciones se deshizo hasta permitirme experimentarlas una por una. Podía sentir todo, el movimiento de los bíceps de Clay bajos

mis manos mientras se sostenía sobre mí, el sudor que caía de su pecho al mío. La presión rasposa de su media contra mi pantorrilla, la leve pulsación de él dentro de mí. Quería mantener todo así hasta que lo tuviera grabado en la memoria. Eso es lo que sentirse viva significa.

Me apreté más, escuché su quejido y mi propia respuesta. La perfección del momento se desvaneció en una repentina necesidad de alcanzar otra clase de perfección, otra imagen perfecta de la vida.

-Ahora -dije-. Por pavor.

Clay inclinó su rostro hacia el mío y me besó con fuerza mientras se movía dentro de mí. Sentí las olas del orgasmo que crecían, las saboreé en su beso. Me enredé en él, mis piernas con las suyas, los brazos atrayéndolo hacia mí. Justo cuando me perdía en él, salió del beso y extendió las manos para enredarlas en mi pelo. Pero no retiró su cabeza. Mantuvo su rostro sobre el mío, los ojos tan cerca que no veía más que azul.

-No vuelvas a asustarme así -dijo ronco-. Si te perdiera... No puedo perderte.

Llevé mis manos a su pelo y lo besé. Volvió a detenerme en la mitad del beso.

-Promételo -dijo-. Prométeme que nunca correrás un riesgo así.

Se lo prometí y él inclinó su rostro hacia el mío para besarme, mientras dejábamos que todo vestigio de control desapareciera.

Jeremy golpeó a la puerta antes de que la luz del amanecer hubiese penetrado a través de los árboles fuera de mí ventana. Clay abrió los ojos, pero no intentó moverse ni responder.

-Los necesito á ambos abajo -dijo Jeremy a través de la puerta cerrada.

Miré a Clay y esperé que contestara No lo hizo.

-Ahora -dijo Jeremy.

Clay se quedó callado otros treinta segundos y luego gruñó:

-¿Por qué?

Lodito con un tono que nunca le habla oído usar con Jeremy. También desconcertó a Jeremy y durante varios largos segundos no contesté.

-Abajo -dijo finalmente-. Ahora.

Los pasos de Jeremy se alejaron por el corredor.

-Estoy cansado de esto -dijo Clay, quitándose las mantas y haciéndolas a un lado-. No estamos llegando a nada. Lo único que hemos hecho es perseguirnos la cola. Perseguir, escapar, perseguir, escapar. ¿Y qué hemos logrado? Murió Logan, mataron a Peter y casi te matan a ti. Ahora estás en peligro, y mejor que él esté pensando qué hacer.

-Es así -nos llegó la voz de Jeremy desde la escalera-. Por eso les pido que bajen.

las mejillas de Clay se pintaran de rojo. Había olvidado que Jeremy podía escucharlo tan bien desde el pie de la escalera como desde la puerta del cuarto. Murmuró algo que sonó a disculpa y salió de la cama.

Antonio y Nick ya estaban en el estudio, comiendo de un plato de fiambres y quesos. Cuando entramos, Jeremy puso café junto al sofá para nosotros.

-Sé que estás preocupado por Elena, Clayton -dijo Jeremy cuando nos acomodamos. Todos lo estamos. Por eso la voy a mandar a otra parte.

-¿Qué? -me enderecé-. Un momento. Sólo porque anoche me asusté no significa...

-No eres la única que se asustó anoche, Elena, Daniel te tiene en la mira y ahora parece que Le Blanc también. Uno te quiere capturar. El otro quiere matarte. Realmente crees que voy a esperar a ver cuál de los dos tiene éxito? Perdí a Logan y perdí a Peter. No quiero perder a nadie más. No voy a correr ni el riesgo más remoto de perder a nadie más. Cometí un error ayer al dejar que fueras con nosotros sabiendo que Daniel quiere atraparte. No voy a cometer otro error permitiendo que te quedes un día más.

Miré a Clay, esperando que él también protestara, pero sostenía el café a medio camino de sus labios, mirando la tasa como un adivino que buscara respuestas en el fondo. Pasado un instante, dejó la taza, sin probar el café. Incluso Jeremy lo miró y esperó una discusión, pero no la hubo.

-Extraordinario -lije-. Un ataque de pánico y ya soy una carga que hay que poner a resguardo. ¿Sabré donde me vas a ocultar? ¿O no puedes confiarme esa información?

Jeremy siguió con el mismo tono.

-Vas al último lugar que se le ocurriría a los callejeros. De vuelta a Toronto.

-¿Y qué carajo voy a hacer allí? ¿Esconderme mientras los hombres libran batalla?

-No estarás soja. Clay irá contigo.

-¡Un momento! -Me puse de pie de un salto. -¿Es una broma verdad? -Me volví hacia Clay. Él no se movió. -¿No lo escuchaste? Di algo, carajo.

Clay se quedó callado.

¿Qué tenemos que hacer en Toronto? -pregunté-. ¿Escondernos en un cuarto de hotel?

-No, harás ni más ni menos que lo que habitualmente haces. Volverás a tu departamento, retomarás tu trabajo si quieres, volverás a las viejas rutinas. Eso es lo que te tendrá a salvo. Lo conocido. Conoces tu edificio, las calles por las que caminas, los restoranes y los negocios que frecuentas. Estarás en mejores condiciones de detectar peligros potenciales. Y estarás cómoda

¿C6moda? -se me escapó la saliva entre los labios. No puedo llevar a Clay a mi departamento. Lo sabes.

Clay alzó la cabeza como si saliera de un sueño.

-¿Por qué?

Al mirarlo a los dos, advertí que no sabía que estaba viviendo con Philip. Abrí la boca para decir algo, pero la mirada en su rostro me impidió hablar.

-Tendrás que deshacerte de él -dijo Jeremy- lo llamas y le dices que se vaya.

-¿Deshacerte de quién? ¿Llamar.,? -Clay se detuvo. Un gesto descompuesto pasó por su rostro. Me miró durante un largo momento. Luego se puso de pie y salió del cuarto.

Jeremy tiene más talentos que ninguna otra persona que yo conozca y en mayor medida que nadie. Podía hablar y traducir más de una docena de idiomas, podía poner un hueso en cabestrillo y hacerlo sanar como nuevo, podía pintar escenas que yo ni siquiera podría imaginar. Y podía detener a un lobo de cien kilos con una mirada Pero no sabía ni mierda de las relaciones afectivas.

-Gracias –dije cuando Nicholas y Antonio se fueron-. Muchas gracias

-Creí que él lo sabía. -dijo Jeremy

-¿Y si no era así? ¿Decidiste humillarlo delante de Nick y Tonio?

-Dije que creí que él sabía.

-Bueno, lo sabe ahora, y tendrás que arreglarlo con él.

-No vendrá a Toronto conmigo, si es que voy.

-Te irás y él también. En cuanto a ese hombre, él se mudó a tu casa, ¿verdad? Era tuyo el departamento.

No pregunté cómo lo sabía Jeremy. Y tampoco contesté.

-Entonces puedes pedirle que se vaya -dijo Jeremy

-¿Tomo el teléfono y lo llamo y le digo que volveré mañana y que quiero que para entonces ya no esté?

-No veo por qué no.

Contesté con una risa áspera y dije:

-No se termina por teléfono con alguien con el que una está viviendo. No se corta toda relación de un momento para otro. No se da veinticuatro horas para irse de un departamento, al menos no sin una maldita buena razón.

-Tú tienes una buena razón.

-Eso no es... -me detuve y negué con la cabeza-. Déjame ponerlo en términos que puedas entender. Si yo lo llamo y le digo que se terminó, él no va a irse. Querrá una explicación, y se quedará hasta recibir una que lo satisfaga. En otras palabras, él va a causar problemas. ¿Es ésa una razón suficientemente buena?

-Entonces no termines con él. Vuelve.

-¿Con Clay también? Jamás en mi vida Si tienes que enviarme con una niñera, envía a Nick. Él se comportará adecuadamente.

-Clay conoce Toronto. Y nada lo distraerá de protegerte. Jeremy caminó hacia la puerta - Te reservé asiento en un vuelo de la tarde temprano.

-No voy a...

Jeremy ya se había ido.

Clay fue el siguiente con el que discutió Jeremy. No los espié, pero hubiese tenido que salir de la casa para no escucharlos. Y dado que la conversación tenía que ver con mi futuro, no veía motivo para no escuchar. A Clay no le gustaba el arreglo más que a mí. Su instinto más fuerte era proteger a su Alfa y no podía hacerlo desde unos cientos de kilómetros de distancia. Desgraciadamente, el instinto de obedecer a Jeremy era casi igual de fuerte. Mientras los escuchaba batallar -con Clay protestando en voz lo suficientemente elevada como para ahogar la tranquila insistencia de Jeremy- yo rezaba para que Clay ganara y se le permitiera quedarse con los demás. Jeremy se mantuvo firme. Yo iba a irme y, dado que Clay era responsable de haberme introducido en esta vida, era responsable de asegurar mi supervivencia.

Me quedé en el estudio echando humo. Entonces me decidí No volvería a Toronto y no me llevaría a Clay conmigo a ninguna parte. Nadie pedía obligarme a eso.

Salí al corredor, tomé mis llaves y mi billetera de la mesa y salí por la puerta del garaje. Iba a dar la vuelta a mi auto, pero me detuve. ¿A dónde iría? ¿A dónde podía ir? Si me iba, no podría volver a Toronto ni a Stonehaven. En vez de escoger entre dos vidas, estaría abandonando ambas. Apreté las llaves y me lastimé la palma de la mano con el metal. Tomé aire y cerré los ojos. Pero si me quedaba, tendría que obedecer a Jeremy. Nadie podía tener semejante poder sobre mí. No iba a permitírselo.

Al dar la vuelta al auto, escuché el frote de la suela de goma de un zapato sobre el cemento y alcé la vista para encontrarme con Jeremy parado junto a la puerta del acompañante, que ya tenía abierta

-¿A dónde vamos? -preguntó con calma

-Me voy.

-Así lo veo. Y tal como te pregunté, ¿a dónde vamos?

-No vamos... -Me detuve y miré en derredor del garaje.

-El auto de Clay está allí -dijo Jeremy, con la voz aún tranquila y controlada-. Tienes las llaves, pero no el control remoto de la alarma. El Explorer está afuera. No tienes que pasar la alarma, pero está a quince metros, El Mercedes está más cerca, pero no tienes las llaves. ¿Corremos hasta el Explorer? ¿O prefieres correr por la salida y ver si puedes dejarme atrás?

-No puedes...

-Si que puedo. No te vas. La jaula sigue estando ahí abajo. Y no vacilaré en usarla.

-Esto no es...

-Sí, es terriblemente injusto. Lo sé. Nadie te haría esto en el mundo humano, ¿verdad? Entenderían que tienes derecho a matarte.

-No voy a...

Si te vas sola de aquí, te estarás suicidando. No te dejaré hacerlo. Te vas a Toronto con Clay o te encierro aquí hasta que aceptes.

Tiré las llaves al suelo y di la espalda a Jeremy. Pasado un minuto, dije:

-No me obligues a llevarlo. Sabes cómo he tenido que esforzarme para crearme una vida allí, Siempre dijiste que lo apoyarías, aunque no estés de acuerdo. Envíame a otro lugar o envía a otro conmigo. No me hagas ir allí con Clay. Va a destruir todo.

-No lo haré.

La voz de Clay era tan suave como la de Jeremy, tanto así que dudé, pensando que había confundido a Jeremy con Clay. Cuando me di vuelta lentamente, Jeremy ya no estaba y Clay se encontraba parado junto al auto. La puerta de la casa se cerró.

-Protegerte es lo más importante para mí ahora -dijo Clay-. No importa lo enojado que esté, eso no cambia las cosas. Puedo encajar en ese mundo, Elena. Que no lo haga no quiere decir que no pueda. He estudiado y practicado para encajar desde los ocho años. Durante quince años no hice más que estudiar la conducta humana. Cuando lo entendí y supe que podía encajar, dejé de intentarlo. ¿Por qué? Porque no es necesario. Mientras pueda modificar mi conducta en público lo suficiente como para no tener que preocuparme de que me ataquen turbas con balas de plata, será suficiente para Jeremy y el resto de la Jauría. Si hiciera más, me estaría traicionando. Y no voy a hacer eso sin alguna razón. Pero protegerte es suficiente razón. Ese hombre podrá considerar que no soy la persona más agradable del mundo, pero no tendrá motivo para pensar nada peor. No destruiré nada.

-No te quiero allí.

-Y yo no quiero estar allí. Pero ninguno de los dos puede decidir al respecto, ¿verdad?

Nuevamente se cerró la puerta. Cuando me di vuelta, Clay ya no estaba. Jeremy había vuelto y sostenía la puerta abierta. Lo miré con odio, luego desvié la mirada y volví a la casa sin decir una palabra más.

Esa tarde, Clay y yo nos encontrábamos en un avión rumbo a Toronto.

DESCENSO

Esto iba a ser una catástrofe.

Al ganar altura el avión, mi ánimo cayó a pique. ¿Por qué le permitía a Jeremy hacerme esto? ¿Sabía cuánto iba a arruinar mi vida? ¿Le importaba? ¿Cómo podía llevar a Clay al departamento que yo compartía con Philip? ¿Cómo podía hacerle eso a Philip? Iba a llevar al hombre con el que me había estado acostando al hogar del hombre con el que me había comprometido. Cuando escuchaba de gente que había hecho algo así, meter a un amante de contrabando en sus hogares como ama de llaves, niñera, jardinero, siempre me había provocado repulsión y desprecio. El que hiciera eso era una basura en bancarrota moral... lo cual era una buena descripción de cómo me veía yo a mí misma en ese momento.

Llamé a Philip esa mañana y le dije que llevaba a un invitado. le expliqué que Clay era mi primo, hermano del que había sufrido el accidente, y le interesaba mudarse a Toronto, así que había aceptado alojarlo una semana mientras buscaba trabajo. Por supuesto que Pihlip se había portado maravillosamente bien, aunque cuando dijo que le gustaría conocer a mis primos sospeché que quería decir invitarlos a cena; no compartir nuestro departamento diminuto.

¿Y Clay, por qué aceptaba esto? Jeremy debía saber cuánto lastimaría esto a Clay. ¿Tampoco le importaba? ¿Cómo debíamos llevarnos Clay y yo en estas circunstancias? Teníamos que convivir en un departamento muy pequeño sin nadie de la Jauría para que actuara de intermediario. No habíamos hablado una palabra desde que Clay salió del garaje esa mañana. Estábamos a treinta minutos de Toronto y seguíamos sentados codo con codo como completos extraños.

-¿Dónde vives? -preguntó Clay.

Me sobresalté. Lo miré, pero él miraba hacia delante, como si le hablara al apoyacabezas del asiente de adelante.

-¿Dónde vives? -repitió.

-Eh... cerca del lago -dije-. Entre el lago y la estación de tren.

-¿Y dónde trabajas?

-Por Bay-Bloor.

Sonaba como una conversación ociosa, pero yo sabía que no era así. Detrás de los ojos de Clay, su cerebro estaba en pleno funcionamiento, sacando cálculos de la geografía y de las distancias.

-¿Seguridad? -preguntó.

-Bastante buena. El edificio donde vivo tiene una entrada con llave y portero eléctrico. Tengo cerrojo y cadena en mi puerta.

Clay resoplo. Si un callejero quisiera entrar en el edificio, todas las cerraduras del mundo no podrían detenerlo. Lo sabía, pero poner un sistema de seguridad parecía excesivo. Una vez se lo mencioné a Philip, pero la idea de él era que el único buen sistema de seguridad consistía en una póliza de seguro. No podía decirle que temía que me atacaran. Eso difícilmente se correspondía con la personalidad de una mujer que se iba de caminata a las dos de la madrugada.

-En el trabajo hay un guardia de seguridad en la planta baja- dije-. Y se necesita una tarjeta de identificación para entrar a mi empresa. Además es un lugar concurrido. Si me muevo en el horario de trabajo, nadie me va a atacar allí. En realidad ni siquiera necesito volver a trabajar, realmente...

- Sí, es mejor que lo hagas. Jeremy tiene razón. Mantén tu rutina normal. Clay miró por la ventana. -¿Quién se supone que soy?

-Mi primo segundo. Que estás en la ciudad en busca de trabajo.

-¿Es necesario?

-Sonó bien. Si eres mi primo, entonces estaría obligada a darte alojamiento...

-Me refería a la parte de “buscar trabajo” No voy a buscar trabajo, Elena, y no quiero tener que andar justificándome con nada complicado. Quiero lo más parecido a la realidad que sea posible. Estoy en la ciudad trabajando en la universidad, mi trabajo normal. Tomaré contacto con alguna gente que conozco allí, iré al departamento de antropología, quizás haga un poco de investigación.

-Seguro, pero sería más fácil decir...

-No. No estoy actuando, Elena. Sólo lo que sea imprescindible.

Se volvió hacia la ventana y no dijo nada más por el resto del vuelo.

Por más que me pasó rumiando durante el vuelo acerca de lo que íbamos a hacer, sólo terminé de recibir el impacto cuando llegamos al aeropuerto. Había buscado el equipaje e íbamos en busca de un taxi cuando me di cuenta de que estaba por llevar a Clay al departamento que yo compartía con Philip. Se me cerraba el pecho, el corazón me retumbaba, y para cuando llegamos a la puerta, ya me encontraba en medio de un ataque de pánico.

Clay estaba un paso adelante. Extendí la mano y lo tomé del brazo

-No tienes que hacer esto -dije.

No me miró.

-Si tengo que hacerlo, es lo que quiere Jeremy.

-Pero eso no significa que tienes que hacerlo. Él me quiere a resguardo, ¿verdad? Tiene que haber otra manera de hacerlo,

Clay siguió sin darse vuelta.

-Dije que me quedaría contigo. Y eso es lo que voy a hacer.

-Puedes hacerlo sin ir a mi departamento.

Se detuvo y giró lo suficiente como para que pudiera ver un cuarto de perfil de su rostro.

-¿Y cómo voy a hacer eso? ¿Dormir en el callejón afuera de tu edificio?

-No, quiero decir que ninguno de los dos tiene que ir a mi departamento. Yo no tengo que ir. Iremos a otro lado. A un hotel.

-¿Y tú irás conmigo?

- Por supuesto.
-¿Y te quedarás conmigo?
-Exacto. Lo que quieras.

Podía sentir la desesperación en mi voz y me produjo repugnancia, pero no podía contenerme. Me temblaban tanto las manos que la gente comenzaba a mirarme.

-Lo que quieras -repetí-. Jeremy no lo sabrá. Dijo que no nos contactaría por teléfono, así que no va a saber si estamos en el departamento. Estaré a salvo y tú estarás conmigo. Eso es lo que importa, ¿verdad?

Por casi un minuto, Clay no se movió. Entonces lentamente se volvió hacia mí. Cuando lo hacía, alcancé a ver un destello de algo que parecía esperanza en su mirada, pero desapareció en cuanto vio mi expresión. Apretó los dientes y me miró a los ojos.

-Bien -dijo ¿Lo que quiera? -Fue hacia unos teléfonos públicos y tomó el auricular del más cercano. -Llámalo.

-Dijo que no podíamos llamarlo. Nada de contacto telefónico.

-A Jeremy no. A ese hombre. Llámalo y dile que se acabó. Que se puede quedar con el departamento. Que irás a buscar tus cosas luego.

-Eso no es...

-No es lo que quisiste decir, ¿verdad? Me pareció que no. ¿Entonces cuál es el plan? ¿Ir y volver entre los dos hasta que te hayas decidido?

-Ya me decidí. Todo lo que pasó en Stonehaven fue un error, como siempre. Nunca te engañé. Tú sabías que tenía una pareja y nunca lo oculté. Es la misma maldita cosa que pasa cada vez que voy a ese lugar. Me quedo atrapada. Me pierdo.

-¿Qué es lo que te atrapa? ¿La casa? ¿Un montón de ladrillos?

-Ese lugar -dije, apretando los dientes. Ese mundo y todo lo que hay allí, incluyéndote a ti. No es lo que quiero, pero cuando llegó allí, no puedo resistirme. Me domina.

Solté una carcajada áspera.

-No digas estupideces. No hay nada en este mundo o aquel mundo o cualquier otro mundo que no puedas enfrentar, Elena. Sabes en qué consiste el encantamiento mágico de ese lugar? En que te hace feliz. Pero no lo admites porque no es la clase de felicidad que quieres permitirte. Para ti la única felicidad aceptable es la del mundo "normal", con amigos «normales» y un hombre "normal». Estás decidida a ser feliz en esa clase de vida, aunque mueras en el intento.

La gente nos miraba, dejando de lado todo disimulo. Tendría que haber escuchado campanas de alarma en mi cabeza, que me advirtieran que estábamos actuando de manera inapropiada para el mundo humano. Pero no era así. No me importaba. Me di vuelta y miré con rabia a dos mujeres mayores que hacían comentarios a mis espaldas. Retrocedieron, con los ojos abiertos. Empecé a alejarme.

-¿Cuándo fue la última vez que lo llamaste? -me preguntó Clay.

Me detuve. Clay se me acercó y bajó la voz para que nadie más pudiera oír.

-Sin contar esta mañana cuando llamaste para decirle que íbamos a venir -dijo-. ¿Cuándo lo llamaste?

No contesté.

-El domingo -dijo-. Hace tres días.

-Estuve ocupada -dije.

-No digas estupideces. Te olvidaste de él. ¿Crees que te hace reliz? ¿Crees que esta vida te hace feliz? Bueno, entonces aquí tienes tu oportunidad. Llévame allí. Muéstrame lo feliz que te hace. Demuéstralo.
-Vete a la mierda -le gruñí y fui hasta la puerta.

Clay me siguió pero llegó tarde. Salí del aeropuerto y subí a un taxi antes de que pudiera alcanzarme. Cerré la puerta y casi le aplasté los dedos. Le di al chofer una dirección. Al alejarnos, me di la pequeña satisfacción de mirar por el espejo del costado y ver a Clay parado en la vereda.

Lástima que no le había dicho con mayor precisión dónde vivía. “cerca del lago” era una zona muy grande... con un montón de edificios de departamentos.

Cuando llegué a mi edificio, toqué el portero eléctrico. Contestó Philip. Sonó un poco sorprendido cuando me anuncié. No había perdido la llave. No me pregunten por qué toqué el timbre para que me dejara pasar. Esperaba que Philip tampoco me lo preguntara.

Cuando llegué arriba, Philip me esperaba junto al ascensor.

-Tendrías que haber llamado desde el aeropuerto -dijo-. Esperaba para irte a buscar. -¿Dónde está nuestro invitado? -preguntó.

-Demorado. Quizá para siempre.

-¿No vendrá?

Me encogí de hombros y fue un bostezo.

-Vuelo complicado. Mucha turbulencia. Sólo pensaba en llegar aquí y descansar No sabes lo feliz que estoy de haber llegado a casa.

-No tan feliz como estoy yo de tenerte en casa, dulce. -Philip me acompañó al interior del departamento.

-Ve a sentarte, dulce. Compré pollo asado. Voy a calentarlo.

-Gracias.

Ni siquiera me había quitado los zapatos cuando alguien golpeó a la puerta. Pensé en no prestarle atención, pero no serviría de nada. Aunque Philip no escuchara tan bien como yo, sordo no era.

Abrí la puerta de un tirón. Clay estaba allí con nuestro equipaje.

-Cómo encontraste... -empecé a decirle.

Alzó mi bolso. De la manija colgaba una etiqueta con mi nombre y dirección.

-Un chico que vino a entregar pizza me abrió la puerta. Muy buena seguridad.

Se abrió la puerta de la cocina a mis espaldas. Me puse tensa y escuché los pasos de Philip. Se me quedó atascada la presentación en la garganta. ¿Qué pasaba si Clay no me seguía el juego? ¿Qué pasaba si había decidido no presentarse como mi primo? Era demasiado tarde para cambiar mi historia? ¿Era demasiado tarde para echarlo?

-Llegaste -dijo Philip, acercándose y tendiendo su mano-. Debes de ser el primo de Elena.

-Clay -logré decir-. Clayton.

Philip sonrió.

-Un gusto. ¿Qué prefieres? ¿Clayton o Clay?

Clay no respondió. Ni siquiera miró a Philip desde que entró al cuarto. En cambio, siguió con sus ojos fijos en los míos. Vi la furia que brillaba allí con la ira y la humillación. Me preparé para un estallido. No sucedió. En vez de eso, se conformé con ser inconcebiblemente mal educado, ignorando a Philip, su saludo, su pregunta y su mano extendida, y pasando directamente al living.

La sonrisa de Philip se alteró sólo un segundo, luego se volvió hacia donde estaba parado Clay frente a la ventana, de espaldas a nosotros.

-El sofá cama está aquí -dijo, señalando donde había dejado una pila de ropa de cama recién lavada-. Espero que no sea demasiado incómodo. Nunca lo hemos usado, ¿verdad, dulce?

Clay apreté los dientes, poro continuó mirando por la ventana

-No -dije. Traté de pensar algo que decir, cambiar de tema, pero no Se me ocurrió nada

-Se supone que tenemos vista al lago -dijo Philip, con una pequeña risa-. Creo que si te ubicas a tres pasos a la izquierda de la ventana, puedes alcanzar a ver una diminuta franja del Lago Ontario. Al menos en teoría.

Clay siguió sin decir nada. Yo tampoco. El silencio puso sordina al cuarto, como si Philip hablara al vacío. Sus palabras no dejaban eco ni impresión.

Philip continuó.

-El otro lado del edificio tiene una mejor vista de Toronto. Es una ciudad maravillosa, realmente. Me puedo tomar unas horas libres mañana por la tarde si quieres que te lleve a conocerla antes de que vuelva Elena a casa.

-No hace falta -dijo Clay. Las palabras salieron tan tensas que se perdió su acento. Sonaba como un extraño.

-Clay vivió en Toronto –dije-. Un tiempo. Hace unos años.

-¿De veras? .dijo Philip- Como Clay no contestó, se forzó a reír. - Volviste, así que supongo no fue una experiencia tan mala.

Clay se volvió y me miró.

-Tengo buenos recuerdos -dijo.

Siguió mirándome un momento, luego rompió el contacto visual y se fue al baño. En pocos segundos escuché la ducha.

-Puedes usar la ducha -murmuré, dirigiendo una mirada de exasperación a Philip-. El campeón de la amabilidad, ¿verdad?

Philip sonrió.

-¿Así que no es cansancio por el vuelo?

-Por desgracia, no. Debí alertarte. No lo tomes como algo personal. Creo que es un desorden antisocial de la personalidad sin diagnosticar. No tienes que soportarlo. Lo ignoras o le dices que se vaya a la mierda Eso es lo que hago yo.

Philip alzó las cejas. Al principio pensé que era debido a mi descripci6n de Clay, pero mientras Philip me miraba, pensé en lo que acababa de decir y escuché el sarcasmo y la acidez. No era la Elena a la que Philip estaba acostumbrado. Maldito Clay.

-Solo bromeaba –dije-. Fue un largo vuelo. Para cuando llegamos al aeropuerto perdí el control y nos peleamos.

-¿Perdiste el control? -dijo Philip con una leve sonrisa-. No pensaba que eso fuera posible.

-Clayton me provoca. Si tenemos suerte, no estará mucho aquí. Pero es de la familia, así que tengo que soportarlo -me volví hacia la cocina e hice como si olfateara-. Parece que el pollo está listo.

-¿No tendríamos que esperar a tu primo?

-Él no nos esperaría -dije y me dirigí a la cocina.

Lo único bueno que puedo decir de esa velada es que fue corta. Clay salió de la ducha (por suerte vestido), vino al living y sacó un libro de la biblioteca. Nosotros estábamos comiendo así que fui al living y se lo dije. Gruñó que comería más tarde y yo no insistí.

Para cuando terminamos de comer y limpiar, ya era lo suficientemente tarde como para decir que estaba cansada e irme a la cama. Phílip me siguió y rápidamente advertí que había olvidado un pequeño detalle acerca del arreglo. Sexo.

Me estaba poniendo el camisón cuando entró Philip. A mí no me interesa la moda nocturna, siempre dormí en ropa interior hasta los dieciocho, pero cuando Philip se mudó conmigo, vi que se ponía pantalones pijama para dormir y supuse que yo también debía ponerme algo. Probé todas esas cosas sensuales que se ven en las revistas femeninas. Pero los condenados encajes me picaban en lugares donde nunca antes había tenido picazón y el elástico me pinchaba y los breteles se retorcían, y decidí que tales cosas sólo se usaban cuando una tenía relaciones sexuales. Como a Philip no lo excitaba la puntilla negra y el satín rojo, tiré todo y me acostumbré a usar remeras grandes. Para Navidad, Philip me había comprado un camisón blanco, bonito y largo hasta las rodillas. Era muy femenino y anticuado y un poco demasiado virginal para mi gusto. Pero a él parecía gustarle así que lo usaba

Philip esperó a que empezara a cepillarme el pelo, entonces se acercó, se indiné y me besó en el cuello.

-Te extrañé – murmuró contra mi piel-. No quería quejarme pero fue una separación más larga de lo que esperaba. Si tardabas unos días más, habrías tenido una visita inesperada.

Oculté un ataque de tos con una risa. Philip en Bear Valley. Ése era un cuadro aún peor que el que estaba soportando ahora.

Los labios de Philip se fueron hacia mi nuca. Se apretó contra mí. Una mano se metió debajo de mi camisón y llegó hasta mi cadera. Me puse rígida- Sin pensarlo, miré la puerta del cuarto la mirada de Philip siguió la mía

-Ah -dijo, riendo- olvidé a nuestro huésped. Podríamos no hacer ruido, pero si prefieres esperar Un momento más privado...

Asentí. Philip volvió a besarme el cuello, suspiró, bromeando, y se dirigió a la cama. Yo sabía que tenía que reunirme con él en la cama, acariciarlo, hablar. Pero no podía.

Esto iba a ser una catástrofe.

ACOMODARSE

A la mañana siguiente me desperté sintiendo olor a panqueques y tocino. Miré el reloj. Casi las nueve. Philip normalmente se iba a las siete. Debió de haber decidido llegar tarde por una vez y preparar el desayuno. Siempre tan dulce.

Salí del cuarto y fui a la cocina. Clay estaba frente a la cocina, metiendo una espátula bajo una montaña de tocino. Se dio vuelta cuando entré. Sus ojos recorrieron mi camisón.

-¿Qué carajo es eso? -preguntó.

-Un camisón.

-¿Duermes con eso?

Si no sería un vestido, ¿verdad? -le ladré, inexplicablemente enojada de haberme equivocado respecto de quién estaba preparando mi desayuno.

A Clay le temblaron los labios, como si contuviera la risa.

-Es muy... dulce, cariño. Parece algo que te hubiera comprado Jeremy Ah, dicho sea de paso. Te mandó flores.

-¿Jeremy?

Clay negó con la cabeza.

-Están junto a la puerta de entrada

Fui hasta la entrada y me encontré con una docena de rosas rojas en un florero plateado. La tarjeta decía: '"Te dejé dormir. Bienvenida a casa. Te extrañé. Philip".

¿Ven? Nada había cambiado. Philip seguía tan atento como siempre. Tomé el florero con una sonrisa y pensé en dónde ponerlo. ¿La mesa del living? No, las flores eran demasiado altas. ¿En la mesita del recibidor? Demasiadas cosas. ¿La cocina? Abrí la puerta. No había lugar.

-El dormitorio -murmuré y retrocedí.

-Agua -me dijo Clay.

-¿Qué?

-Necesitan agua.

-Lo sé.

-Y sol -agregó.

No contesté. Hubiera recordado que necesitaban agua y sol... eventualmente. Debo reconocer que nunca entendí demasiado la costumbre de enviar flores. Seguro, se ven lindas, pero no hacen nada. No es que no me gustaran. Sí que me gustan. Jeremy siempre cortaba flores del jardín y las ponía en mi cuarto y yo disfrutaba de ellas. Claro que si él no las ponía en un lugar soleado y no les ponía agua, yo no habría disfrutado de ellas por mucho tiempo. Soy mucho más apta para matar cosas que para tenerlas vivas. Qué bien que nunca haya pensado en tener chicos.

Luego de ponerles agua y colocar las rosas en el cuarto, volví a la cocina. Clay puso dos panqueques en mi plato y estaba por servirme un tercero.

-Así está bien -dije, retirando mi plato.

Enarcó ambas cejas.

-Por ahora- Por supuesto que comeré más después de terminar con éstos.

-Es todo lo que comes cuando él está aquí? Me sorprende que puedas llegar al trabajo sin desmayarte. No puedes comer así, Elena. Tu metabolismo necesita...

Retiré mi silla. Clay se detuvo y sirvió tocino, luego se sirvió en su plato y se senté.

-¿A qué hora vas al trabajo? -preguntó.

-Llamé anoche y dije que estaría a las diez.

-Entonces mejor nos ponemos en marcha. ¿Cuánto tardas en caminar hasta allí? ¿Treinta, cuarenta minutos?

-Voy en el metro.

-¿En metro? odias el metro. Toda esa gente metida en un vagón, con extraños que te empujan y el olor...

-Me acostumbré.

-¿Para qué molestarse? Es una linda caminata por Bloor.

-La gente no va al trabajo caminando -dije-. Va en bicicleta, en patines, corre. No tengo una bicicleta ni patines y no puedo correr con una pollera.

-¿Vas con pollera al trabajo? Odias las polleras.

Alejé mi plato y me levanté de la mesa.

Traté de convencer a Clay de que él podía caminar hasta mi trabajo y que yo tomaría el metro sola. Pero no aceptó. Por mi seguridad y de acuerdo con la voluntad expresa de su líder, soportaría la tortura del metro. Debo reconocer que me dio demasiado placer verlo sufrir los siete minutos que duró el viaje. No es que se retorciera. Cualquiera que lo observara habría visto a un hombre parado en un vagón atestado, vigilando con impaciencia el cartel donde se veía el avance del tren. Sólo lo delataba su mirada, y para eso había que conocerlo lo suficiente. En el fondo de su mirada se veía un animal enjaulado, claustrofobia con partes iguales de indignación y pánico inminente. Cada vez que alguien lo rozaba, aferraba un poco más fuerte la barra. Respiraba por la boca y mantenía la vista clavada en el mapa; sólo desviaba los ojos para verificar el nombre de cada estación cuando el tren se detenía. Una vez me miró a mí. Le sonreí y le mostré que estaba relajada. Con ira, volvió a mirar el cartel y me ignoró el resto del viaje.

Fui a almorzar con mis compañeras de trabajo. Al volver, vi una figura familiar sentada en un banco frente al edificio donde estaba frente donde estaba mi oficina. Inventé una excusa para no volver y fui hasta donde estaba Clay.

-¿Qué pasa? -pregunté al acercarme por detrás. Se volvió y sonrió.

-Hola, cariño. ¿Fue un buen almuerzo?

-¿Qué haces aquí?

-Te estoy cuidando, ¿recuerdas?

Me detuve.

-Por favor, no me digas que has estado sentado aquí toda la mañana.

-Por supuesto. Pensé que no me dejarían estar en tu oficina.

-No puedes quedarte sentado aquí.

-Por qué no? Déjame adivinar. La gente normal no se queda sentada en bancos de la calle todo el día. No te preocupes, cariño. Si vienen a arrestarme, me cambiaré de banco, al otro lado de la calle.

Miré hacia el edificio, para asegurarme de que no salía nadie.

-No trabajo en mi oficina todo el día, sabes. Tengo entrevista con un concejal esta tarde, luego tengo que cubrir un acto en...

-Iré contigo. A prudente distancia, para asegurarme de que no tengas que soportar el horror de asociarte en público conmigo.

-Quieres decir que me vas a vigilar

Clay sonrió.

-Una habilidad que siempre es bueno practicar para mejorarla.

-No puedes quedarte aquí.

-Y volvemos a lo mismo...

-Por lo menos haz algo. Lee un libro, un diario, una revista.

-Claro, y dejar que algún callejero se me pase mientras hago el crucigrama.

Alcé las manos y volví al edificio. Cinco minutos más tarde, salí hasta su banco.

-¿Ya me estabas extrañando? Preguntó sin darse vuelta.

Dejé caer una revista por sobre su hombro en su falda. La tomó, miró la tapa y frunció el entrecejo.

¿Autos deportivos?

-Es una revista para tipos buenos -dije-, al menos haz que la lees.

Pagó unas páginas hasta detenerse en la foto de una pelirroja en bikini, tirada sobre la capota de un Corvefle Stingray. Miró el texto y examinó la foto.

-¿Qué hace la mujer allí? -preguntó.

-Está tapando un raspón en la capota. Era más barato que arreglarlo.

Pasó unas páginas más de mujeres con poca ropa y autos clásicos.

-Nick tenía revistas como éstas cuando éramos chicos. Pero sin autos. -Giró una foto de costado. -Y sin trajes de baño.

-Haz de cuenta que lees. ¿está bien? -dije, volviendo hacia la puerta-. Nunca se sabe. Quizá yo tenga suerte y encuentres algo que te guste.

-Creí que te gustaba mi auto.

Empecé a alejarme.

-No me refería a los autos.

Después de la cena, Clay y yo nos quedamos en el departamento jugando a las cartas. Para cuando negó Philip a casa, yo le iba ganando treinta dólares y cincuenta centavos. Acababa de ganar mi cuarto juego seguido y estaba jactándome de eso del modo más inmaduro cuando llegó Philip. En cuanto Philip pidió jugar. Clay decidió que era hora de ir a bañarse nuevamente. A ese ritmo, iba a ser el tipo más limpio de Toronto. Philip y yo jugamos un par de vueltas, pero no era lo mismo. Philip no jugaba por dinero. Lo que es peor, quería que yo jugara de acuerdo con las reglas.

Esa noche Jeremy se contactó conmigo para ver si estábamos bien. Aunque había prohibido las llamadas, no significaba que no estuviéramos comunicados. Como ya dije, Jeremy tenía su propio modo de contactarse con nosotros, a través de una especie de conexión psíquica nocturna Todos los licántropos tenían cierto grado de poder psíquico. La mayoría lo ignoraba. Porque era algo un tanto demasiado místico para criaturas más acostumbradas a comunicarse con los dientes y los puños que con sus mentes.

Clay y yo compartíamos una especie de vinculo mental, quizá porque él fue quien me mordió. No era que pudiéramos leernos las mentes ni nada tan impactante, Era algo más parecido a ese mayor entendimiento del que hablan los mellizos, cosas pequeñas como sentir un pellizco cuando él se hiere o saber cuando está cerca aunque no pueda vedo ni oírlo ni olerlo. Todo eso me ponía incómoda, así que no era algo que cultivara o ni siquiera aceptara.

La capacidad de Jeremy era diferente. Podía comunicarse con nosotros mientras dormíamos. No era como escuchar voces en mi cerebro ni nada así de dramático. Al dormir

soñaba que hablaba con él pero subconscientemente percibía que era más que un sueño y podía escuchar y responder racionalmente. Era bastante bueno, aunque nunca se lo diría a Jeremy.

Me desperté con el olor de los panqueques. Esta vez supe exactamente quién estaba preparando el desayuno y no me molestó. La comida era comida. Para mí no hay nada mejor que un desayuno listo para comer. Yo era incapaz de cocinar a la mañana Para cuando me levantaba, estaba demasiado hambrienta como para preparar algo. A veces hasta el tostador me resultaba demasiado lento. Y mejor aún que eso de que alguien me preparara el desayuno era poder salir de la cama e ir directo a la mesa, sin preocuparme por la ducha, la ropa, el pelo y el cepillo de dientes, las cosas necesarias para ser una compañía agradable en la mesa. A Clay no le importaba. Había visto cosas peores. Me enterré bajo las mantas. Cuando el desayuno estuviera listo, Clay me traería un café. Sólo tenía que esperar.

-Esto es maravilloso. No comemos panqueques muy seguido. A Elena no le interesa demasiado el desayuno. Por lo general se conforma con cereal frío y tostadas. No sé si ella va a comer esto, Pero yo sí.

Me senté de pronto. No era la voz de Clay.

-¿Cómo llaman a esto en el sur? -continuó Philip-. ¿Flapjacks? ¿Johnny cakes? Nunca me acuerdo. ¿De ahí vienes verdad? Quiero decir, ahí naciste. Con ese acento. Supongo que serás de Georgia o quizá de Tennessee.

Clay gruñó. Salté de la cama y corrí hasta la puerta Entonces me vi en camisón en el espejo. Una bata. Necesitaba una bata.

-Tu hermano Jeremy no tiene acento -dijo Philip-. Al menos no lo noté cuando hablé con él por teléfono.

¡Mierda! Busqué en el ropero. ¿Dónde estaba la bata? ¿Tenía una bata?

-Mi hermanastro -dijo Clay.

-¿Ah si? Ah, claro, tiene sentido.

Busqué ropa y me la puse a toda velocidad. Salí casi corriendo del cuarto y me detuve entre Clay y Philip.

-¿Tienes hambre? -preguntó Clay, aún mirando la cocina.

Philip se inclinó para besarme en la mejilla y trató de alisarme el pelo enredado.

-No dejes de llamar a mamá esta mañana, dulce. No quería planear la despedida de Betsy sin ti. -Miró a Clay. -Mi familia adora a Elena. Si no me caso con ella pronto, querrán adoptarla.

Su mirada se quedó fija en Clay. Clay puso tres panqueques en una gran pila, se dio vuelta y los trajo a la mesa, sin ninguna expresión en el rostro. Philip frunció el entrecejo. Probablemente se había cansado de hablar sin que le contestara

-La manteca está en 1... -dijo Philip, pero Clay ya tenía abierta la puerta de la heladera-. Ah, y el jarabe de arce está sobre la cocina en el arma...

Clay sacó de la heladera un frasco de vidrio de jarabe de arce, del tipo que se compra en los negocios para turistas a precio de oro.

-Eso es nuevo -dije, sonriéndole a Philip- ¿Cuándo lo compraste?

-No, yo no fui.

Miré a Clay.

-Lo compré ayer -dijo.

-No estoy seguro de que a Elena le guste... -Philip se detuvo y su mirada fue de mí a Clay y viceversa-. Sí, bueno, muy amable de tu parte.

El timbre del teléfono me rescató del esfuerzo inútil por encontrar algo que decir.

-Yo atiendo -dijo Philip y se fue al living.

-Gracias -le dije a Clay entre dientes. Tenías que hacerlo, ¿verdad? Primero el desayuno, ahora el jarabe. Le demuestras que sabes lo que me gusta y lo haces quedar mal.

-Pero si yo no dije nada. Tú mencionaste el jarabe.

-¿Y no habrías dicho nada?

-Por supuesto que no. ¿Para qué iba a hacerlo? Yo no estoy compitiendo, Elena. Vi cuando hice el desayuno ayer que no tenías jarabe del bueno. Sé cómo te quejas en esos casos, y entonces pensé que se te había acabado y compré.

-¿Y el desayuno? Dime que no significa nada que me prepares el desayuno?

-Seguro que sí. Significa que estoy preocupado porque no comes bien y quise asegurarme de que al menos tuvieras una comida docente. Seguro que él piensa que estoy tratando de ayudar. Hice lo suficiente como para que hubiera para él también.

-Hiciste suficiente para todo el Edif. ... -Me detuve al advertir que sólo habla suficiente comida como para alimentar a tres personas normales.

-El resto está en el horno -dijo Clay-. Lo oculté cuando oí que él se despertaba. Te haré un paquete para que te lo lleves al trabajo. Si alguien te pregunta, puedes decir que no alcanzaste a desayunar en casa.

Traté de pensar qué decir y me salvó otra interrupción. Era Philip que volvía a la cocina

-Del trabajo -dijo, haciendo una mueca-. ¿Qué otra cosa podía ser? Si una mañana voy más tarde, llaman. No te preocupes, dulce. Dije que estoy desayunando contigo y llegaré más tarde. –Tomó una silla se sentó y se volvió hacia Clay.

-¿Y cómo va esa búsqueda de trabajo?

Ese día había acordado encontrarme con Clay para almorzar en la esquina. Trajo un almuerzo de una casa cercana de comidas para llevar y fuimos al terreno de la universidad a comer. El lugar no fue elección mía. Yo ni siquiera advertí que íbamos allí hasta que llegamos. Aunque trabajaba a pocas cuadras de la Universidad de Toronto, no había visitado el lugar en los nueve meses que llevaba trabajando en la revista. Tampoco había ido allí en ninguna de mis visitas a Toronto durante los últimos diez años. Fue en la universidad donde conocí a Clay donde me enamoré de él, donde pasé el año más feliz de mi vida. También fue el lugar donde él me engañó, me mintió y me traicionó. Cuando advertí a dónde íbamos, me dio miedo. Pensé en una docena de excusas y en una docena de lugares para ir a comer que no fuera ése. Pero ninguno llegó a mi boca. Con el recuerdo fresco de lo que él me había dicho acerca de Stonehaven, me daba demasiada vergüenza reconocer que no quería ir a la universidad. Era sólo un lugar, un “montón de ladrillos y cemento”. Pero acaso fuera algo más que vergüenza. Tal vez no quería admitir cuánta resonancia emocional tenía esa pila de ladrillos y cemento para mí. Tal vez no quería que él supiese cuánto recordaba eso y cuánto me importaba. Así que no dije nada. Nos sentamos en un banco cerca de la entrada principal. Era época de exámenes y sólo un puñado de estudiantes daban vueltas por ahí; el apuro por llegar a las clases era un recuerdo que se desvanecía. Un grupo de jóvenes estaba jugando al fútbol, sus chaquetas de primavera y sus bolsos abandonados en una pila al costado. Mientras comíamos, Clay habló del trabajo que había escrito sobro el culto del jaguar en Sudamérica. Cuanto más hablaba, más retrocedía mi mente, recordando conversaciones del pasado en ese lugar y borrando los años transcurridos. Podía ver a Clay tantos años atrás, sentado en el banco, comiendo el almuerzo y hablando, tan centrado en nosotros que sobre su cabeza volaban discos y él ni siquiera lo notaba. Siempre se sentaba en la misma posición, con las piernas estiradas y sus pies enganchados
en los míos, los brazos sobre la mesa, las manos en continuo movimiento, poniendo énfasis, como si alguna parte de él tuviera que estar siempre en movimiento. Su voz sonaba igual, tan familiar ahora que yo podía seguir sus inflexiones, predecir cada cambio de tono, cada acentuación.

Incluso en aquel entonces, él quería saber qué pensaba y qué opinaba yo acerca de cada cosa. Ningún pensamiento de mi mente joven en demasiado trivial o aburrido para él. Con el tiempo le conté todo, de mi pasado, de mis aspiraciones, mis temores, mis esperanzas y mi inseguridad, cosas que nunca pensé que podría compartir con otra persona. Toda mi vida

había temido abrirme a alguien. Quería ser una mujer fuerte e independiente, no una damita dañada con antecedentes dignos de un melodrama dickensiano. Tenía miedo de dar lástima de modo que mantenía a los amigos y a los novios a distancia. Todo eso cambió con Clay. Quise que supiera todo de mí, para que estuviese seguro de saber quién era yo y que aún así me amaba. Escuchó y se quedó. Lo que es más, fue recíproco. Me habló de su niñez, de que había perdido a sus padres en circunstancias traumáticas que no recordaba, que había sido adoptado, que no encajaba en el colegio, que hacía continuamente el ridículo y quedaba marginado, metido en problemas, y lo expulsaron tantas veces que parecía pasar por los colegios como yo cambiaba de familia adoptivas. Me contó tanto que estaba segura de que lo conocía, lo conocía por completo. Entonces descubrí lo equivocada que estaba. A veces la decepción duele mucho más que una mordedura.

TURBULENCIA

Cuando Philip llegó a casa pasada la medianoche, Clay y yo estábamos mirando una película. Yo, estirada en el sofá. Clay estaba en la reposera, acaparando el pochoclo. Philip entró, se paró detrás del sofá y miró la pantalla unos minutos.

-¿Una película de terror? -dijo-. No he visto una de terror desde que estaba en la universidad. -Dio la vuelta al sillón y se sentó a mi lado. -¿Ésta cuál es?

-Los muertos vivos II -dije, extendiendo la mano para tomar el control remoto-. Estoy segura de que habrá otra cosa.

-No, déjalo -miró a Clay-. ¿Te gustan las películas de terror?

Clay se quedó en silencio un momento, luego gruñó algo poco claro.

-A Clay no le gusta el terror -dije-. Demasiada violencia. Le molesta. Tengo que cambiar de canal si la cosa se pone sanguinaria.

Clay resopló.

-Ésta es tonta -le dije a Philip. Es la segunda de una serie. Y como todas las segundas de terror, es mala.

-El grito 2-dijo Clay.

-Es una excepción y sólo porque los guionistas sabían que las segundas partes siempre son malas le agregaron cosas.

-Sí -dijo Clay-. La idea... -Se detuvo y miró a Philip que seguía la conversación como un torneo de ping-pong y se llenó la boca de pochoclos.

-Dame -dije.

-Lo compré yo.

-Y lo preparaste en mi microondas. Dame.

-Hay dos bolsas más en la cocina.

-Yo quiero ésa, dáme.

Tiró el recipiente sobre la mesa y me lo acercó con el pie.

-¡Está vacío! -dije.

Philip rió.

-Veo que se conocían de chicos.

Se hizo silencio. Entonces Clay se puso de pie.

-Me voy a duchar -dijo.

El día siguiente era sábado. A la mañana Philip se fue a jugar al golf antes de que yo me despertara. El golf es un deporte que no me interesa. Me exige demasiado poco físicamente y demasiado en cuanto a comportamiento. El otoño pasado acepté intentarlo, entonces Philip me dio dos listas de reglas de su club. Una era de reglas para jugar. La otra tenía que ver con

la vestimenta y el comportamiento mientras Se juega. Soy consciente de que ciertos deportes requieren determinada vestimenta para protegerse, poro no entiendo por qué una blusa sin mangas plantea problemas de seguridad. Dios no quiera que al ver mis hombros desnudos los golfistas se pongan nerviosos y lancen pelotas por todas partes. Y tengo suficientes preocupaciones en la vida sin tener que medir si el largo de mis pantalones cortos es adecuado a las normas de la cancha. Además, luego de un par de vueltas con Philip, concluí que el golf realmente no me interesa. Darle fuerte a la pelota servía para descargar tensiones, pero aparentemente no era el objetivo del juego. De modo que Philip jugaba al golf. Yo no.

Después del golf, fuimos los tres a almorzar y resultó ser la primera vez en diez años que no disfruté de una comida Durante veinte minutos Philip trató de hacer hablar a Clay. Hubiera tenido mejor suerte si intentaba hacer hablar a su ensalada. Para salvarlo, empecé a monologar, y tuve que continuar hasta que llegó la cuenta, pasados treinta y ocho minutos y veinte segundos. En ese momento, Clay recuperé milagrosamente la voz, y sugirió que camináramos de regreso al departamento, sabiendo que habíamos venido con el auto de Philip y que éste se vería obligado a volver solo. Antes de que pudiera discutir, Philip de pronto recordó que tenía algo que hacer en la oficina y si no nos importaba volver caminando se iría con el auto. Después de ponerse de acuerdo, los dos hombres corrieron a la puerta como escapados de la cárcel, con lo que tuve que dejar yo la propina.

El domingo por la mañana, mientras Philip jugaba al golf, Clay y yo hicimos las tareas aburridas de la semana, como limpiar la casa, lavar la ropa y comprar víveres. Cuando volvimos de las compras, habla un mensaje de Philip en el contestador. Lo llamé.

-¿Qué tal tu partido? -pregunté cuando contestó.

-No fue muy bueno. Te llamaba por la cena.

-¿No vas a poder venir?

-En realidad quería invitarte a comer afuera. A algún lugar lindo. -Hizo una pausa -Los dos solos.

-¡Qué bien!

- ¿No es problema?

-Para nada. Clay se las puede arreglar solo. No le gustan las comidas en lugares finos. Además no trajo ropa de vestir.

-¿Y qué se pone cuando busca trabajo?

Bueno, bueno.

-Es trabajo académico -dije-. No hay problema con la ropa

-Bueno -otra pausa-. Después de la cena pensé que podríamos ir a ver algo. Tal vez podamos encontrar entradas a mitad de precio para algo.

-Quizá no sea tan fácil en un fin de semana largo con feriado, pero podemos buscar algo.

-Se me ocurrió que podíamos -carraspeó- ir solos. Los dos solos.

-Es lo que pensé. ¿Quieres que consiga las entradas?

-No, yo me arreglo. Estaré allí para las seis. Dile a Clayton que llegaremos tarde. Iremos a cenar y a ver algo y luego a tomar algo.

-¡Suena bien!

Philip se quedé en silencio un momento, como si esperara que dijera algo más. Como no lo hice, me saludó y cortamos la comunicación.

La cena fue otra pesadilla. Y no es que haya pasado nada malo. Casi hubiese deseado que así fuera. Si no nos hubieran reservado la mesa o la comida hubiese llegado fría, al menos así habría habido algo de qué hablar. Pero en vez de eso nos pasamos una hora actuando como dos personas que se encontraran por primera vez y tuvieran claro que no iban a volver a salir Parecía como si no hubiéramos sabido de qué hablar. Y no es que no habláramos. Philip me contó de la Campaña en la que trabajaba, para un condominio junto al

lago. Yo conté una pequeña anécdota graciosa acerca de un lapsus del primer ministro en la última conferencia de prensa. Hablamos de los planes que habla para renovar el puerto de Toronto. Nos quejamos del anuncio de aumento de las tarifas de transporte. Hablamos de la posibilidad de que el equipo local de béisbol pudiera ganar el campeonato. En síntesis, hablamos de todo lo que dos perfectos extraños podrían hablar en la cena. Y, peor aún, hablamos de esos temas con la desesperación de dos extraños aterrorizados del silencio. Para el postre ya nos habíamos quedado sin tema. Detrás de nosotros tres jóvenes apenas más que adolescentes, festejaban su éxito con acciones de empresas punto.com con voces suficientemente estridentes como para que la gente que pasaba por la calle se enterara. Estuve por hacerle algún comentario crítico a Philip, pero me contuve. No estaba segura de cual sería su reacción. ¿Sonaría demasiado negativa? ¿Cínica? Era el tipo de comentario que le haría a Clay. ¿Y Philip? No estaba segura, así que me quedé callada.

Cuando el mozo nos volvió a llenar las tazas de café, Philip carraspeo.

-Y bien -dijo-. ¿Cuánto tiempo más va a estar tu primo con nosotros?

-Probablemente se quede unos días mas. ¿Es demasiado? Sé que es un pesado...

-No, no. No es eso. -logró sonreír tibiamente. -Debo decir que no es muy agradable, pero voy a sobrevivir. Pero ha sido... raro.

-¿Raro?

Philip se encogió de hombros.

-Supongo que se debe a que ustedes se conocen desde hace tanto tiempo. Es como si... No sé. Siento... -Sacudió la cabeza.

-Soy yo, dulce. Me siento desplazado. No es una actitud madura. No sé. Tocó la taza de café con un dedo y luego me miró.

-¿Hubo algo...? Se interrumpió.

-¿Qué?

-No importa. -Un sorbo de café. -¿Ha tenido suerte con la búsqueda de empleo?

Consiguió algo en la Universidad de Toronto. En cuanto se concrete, se mudará.

-Así que se queda en Toronto?

-Por un tiempo.

Philip abrió la boca, vaciló, luego tomó otro sorbo de café.

-Y bien -dijo-. ¿Escuchaste el último discurso de Mayor Mel?

No pudimos conseguir entradas para nada bueno, así que fuimos a ver una película y luego a tomar unos tragos en un bar donde tocaban jazz. Eran casi las dos cuando llegamos al departamento. Clay no estaba allí. Cuando Philip iba al cuarto en busca de su teléfono celular para ver si tenía mensajes, Clay entró por la puerta, agitado.

-Ey -dijo, buscando a Philip con la mirada.

-Está en el cuarto - ¿Fuiste a correr?

-¿Sin ti?

Clay fue a la cocina. Volvió con una botella de agua, la destapó, tragué la mitad y me ofreció el resto. Sacudí la cabeza.

-Por favor, dime que estuviste haciendo ejercicio en el gimnasio.

Clay tomó otro trago de agua.

-Carajo -murmuré, dejándome caer en el sofá-. Prometiste no seguirme esta noche.

-No, tú me dijiste que no te siguiera. Yo no contesté. Mi trabajo es protegerte. Y es lo que voy a hacer cariño.

-No necesito...

Philip reapareció.

-Malas noticias. -Miró a Clay y luego a mi. -¿Interrumpo algo?

-¿Qué pasa? -pregunté.

-Hay una reunión de apuro mañana -suspiró-. Sí, es el día de la Reina Victoria. Lo sé. Lo siento, dulce. Pero llamé a Blake y arregló para jugar al golfa las ocho, así que tendré tiempo

de jugar y llevarte a almorzar antes de la reunión. Realmente esperaba poder pasar más tiempo contigo este fin de semana.

Me encogí de hombros,

-No importa. Clay y yo nos podemos buscar algo para hacer.

Philip vaciló, parecía dispuesto a decir algo, luego miró hacia la cocina y cerró la boca,

El lunes al mediodía, cuando estaba esperando que Philip me viniera a buscar, llamó para decir que hubo un problema en el club de golf y empezó a jugar una hora más tarde. Acababan de terminar. Así que no podríamos almorzar juntos.

Después de que llamó Philip, Clay y yo decimos caminar hasta el barrio chino y comer allí. Pasamos el resto del día descansando, descubriendo nuevos barrios, bajando por calles residenciales, luego corriendo por la playa antes de volver al departamento con bifes para la cena. Alrededor de las siete alguien tocó el timbre. Yo estaba en el baño, así que le grité a Clay que atendiera. Cuando salí, tenía otro florero, éste de greda, con iris de distintos colores.

-Lamenta no haber podido llevarte a almorzar -dijo Clay-. ¿Las quieres en el cuarto con las otras?

Me quedé quieta, mirándolo con las flores. Me quedé esperando.

-Dilo.

-¿Qué diga qué?

Tomé las flores de sus manos.

-Sé lo que estás pensando. Si realmente le importara, habría dejado el golf

-No iba a decir eso.

-Lo estabas pensando.

-No, tú lo estabas pensando. Tú lo dijiste.

Fui rumbo a mi cuarto.

-Agua -me dijo.

Gruñí y me desvié hacia el baño. Metí agua en el florero y al hacerlo se me cayeron unas bolitas verdes al lavabo y otras al suelo. Tomé las que se habían caído al lavabo, miré las que habían caído al suelo y decidí que las recogería cuando hiciera limpieza.

-A diferencia de alguna gente -dije, volviendo al vestíbulo- Philip no considera que una pareja tenga que estar pegoteada todo el tiempo. Y yo no tengo problema con eso. Al menos manda flores.

Silencio desde el living. Dejé el florero en mi mesita de luz, junto a las rosas y volví junto a Clay. Estaba sentado en el sofá, leyendo el borrador que yo había traído a casa del trabajo el viernes.

-Dilo.

Alzó la vista.

-¿Qué diga qué?

-Has esperado toda la semana para decirme lo que piensas de Philip. Vamos. Dilo.

¿Quieres conocer mi opinión verdadera? Apreté los dientes.

-Sí.

-¿Estás segura? los apreté más.

-Sí.

-Creo que es un tipo decente.

Me empezaban a doler los dientes.

-¿Y eso qué quiere decir?

-Exactamente lo que dije, cariño. Creo que es un tipo decente. No es perfecto, ¿pero quién lo es? Obviamente te quiere. Trata de ser considerado. Es muy paciente. Si yo fuera él, me habría echado de aquí hace rato. No ha hecho otra cosa que mostrarse amable. Buen tipo.

-Pero no va a funcionar - alzó la mano cuando le iba a protestar-. Vamos Elena. Tú sabes por qué escogiste a este tipo, ¿verdad? Y no me refiero a que quieres una casa y una familia y todo eso. ¿Crees que no sé que eso es lo que quieres? Sí que lo sé. Y te diría que lo tienes

debajo de tus narices, pero no quieres escuchar. La pregunta es: ¿por qué escogiste a este tipo en particular para cumplir esas fantasías? Lo sabes, ¿verdad cariño?

-Porque es un buen tipo. Es...

-Bueno y paciente y cariñoso. ¿No te hace acordar a alguien?

-No a ti.

Clay se deslizó del sofá, riendo.

-Decididamente no se parece a mí. -Dejó mi carpeta en la mesa y estudió mi rostro. -Realmente no lo entiendes, ¿verdad cariño? Bueno, cuando lo entiendas, sabrás por qué no puede funcionar Puedes querer a este tipo, pero nunca será como lo que hay entre ti y yo. No puede ser. Por más decente que sea, lo escogiste por razones totalmente equivocadas.

-Estás equivocado.

Se encogió de hombros.

-Siempre hay una primera vez. ¿Qué te parece si hacemos los bifes? Pásamelos y tú puedes preparar las verduras.

Después de comer, fuimos a caminar por un buen rato. Cuando volvimos al departamento, Philip ya había pasado por allí y había dejado una nota en la mesa anunciando que los socios lo habían invitado a una reunión en Montreal a la mañana siguiente. Había venido a llevarse un poco de ropa en una bolsa y ya estaba en viaje a Québec.

-¿Así que no vendrá esta noche? -preguntó Clay, leyendo la nota por sobre mi hombro.

-Así parece.

-Qué lástima. Supongo que tendremos que encontrar algo con qué entretenernos. -Fue hasta el almanaque. -Veamos. Cinco días desde que tú Cambiaste. Toda una semana en mi caso. Sabes qué significa eso.

Lo sabía. Era hora de salir a correr.

FUEGOS ARTIFICIALES

Discutimos si era mejor ir en auto o a pie hasta las barrancas -Aunque era una caminata larga, a ninguno de los dos nos molestaba caminar. Era la caminata de regreso luego de una corrida agotadora lo que no parecía tan atractivo. Casi habíamos acordado ir en auto cuando mencioné que el auto era de Philip y Clay decidió que era una noche tan bella que sería un crimen no caminar. No discutí. El auto de Philip por lo general era una molestia. Encontrar un lugar de estacionamiento cerco de las barrancas no era fácil y siempre me preocupaba que me pusieran una multa o se llevaran el auto y tendría que explicar a Philip qué estaba haciendo en ese lugar en mitad de la noche.

Era medianoche cuando llegarnos a las barrancas. Nos separamos. Yo encontré un bosquecito y me desvestí. Al comenzar mi Cambio, de pronto sentí una sensación que nunca antes había sentido, al menos en Toronto. Estaba alistándome para mi Cambio con toda la preparación mental que necesitaría para cepillarme los dientes, Mientras mi cerebro estaba ocupado con otras ideas, mi cuerpo se ponía en posición, como si lo que hacía fuera la cosa más natural del mundo. Ahora, pasados diez años, la rutina debía volverse bastante automática y así era... cuando estaba con la Jauría o en Stonehaven. No es que doliera menos, pero mentalmente la transición se hacía más tranquila Yo era humana y al instante siguiente loba. Nada importante. Al fin de cuentas soy mujer loba. Pero Cambiar - en Toronto era algo diferente. El noventa y cinco por ciento del tiempo vivía como cualquier ser humano normal. Me levantaba, iba al trabajo, volvía en metro a casa, comía, pasaba la noche con mi novio y me iba a la cama. Una rutina perfectamente normal interrumpida por la necesidad ocasional de convertirme en loba, correr por el bosque, cazar un conejo y aullar a la Luna. La

yuxtaposición era tan impactante que a menudo llegaba a las barrancas, me quitaba la ropa y me quedaba parada allí desnuda pensando:
¿Qué es lo que se supone que estoy haciendo? Casi pensaba que me pondría de rodillas, trataba de concentrarme en Cambiar y no pasada nada... excepto quizá que me despertaría dentro de un chaleco de fuerza con un lindo doctor diciéndome por millonésima vez que la gente no puede convertirse en lobo.

Cuando me empecé a preparar esa noche, parecía perfectamente natural. Lo que probablemente tuviera mucho que ver con que Clay estuviera allí. Él era como un puente entre dos mundos. Si él estaba allí, yo no podía olvidar lo que era. No es que fuera una gran sorpresa. Lo chocante es que no me importaba, incluso me gustaba. Había intentado reprimir ese aspecto de mi naturaleza tanto tiempo, convencida de que tenía que convertirme en otra cosa para caber en el mundo humano. Ahora empezaba a ver la posibilidad de otra opción. Quizá Clay tuviera razón. Quizá me estaba complicando la vida más de lo necesario. Estando Clay cerca, era casi imposible mantener la personalidad humana de Elena Me comportaba como de costumbre: agresiva, llena de voluntad y argumentos. Incluso en el trabajo y con Philip, parte de eso salió a la superficie esa semana. Y nadie parecía notar la diferencia o, si lo notaban, no les importaba. Quizá no tuviera que ser la “buena” Elena, amable y recatada y silenciosa. No es que debiera estallar de ira cuando Philip dejaba el asiento del inodoro levantado o golpear a los extraños que me pisaran en el metro, pero quizá no tuviera que retroceder cada vez que Philip se enojaba o sonreír dulcemente cuando algún borracho me pisaba por décima vez. Si permitía que más aspectos de mi personalidad normal se metieran en mi “personalidad humana", quizá vivir en el mundo humano sería más sencillo, hasta podría parecer más natural. Tal vez ésa fuera la clave.

Los arbustos se movieron, trayéndome de vuelta a la realidad. Vi una parte de la piel de Clay. Hizo un gruñido impaciente. Reí y volví a ponerme en posición para iniciar mi Cambio, pensando en lo extraño que era que la persona que más odiaba el mundo humano pudiera ser la que más me ayudaba a vivir dentro de él. No era exactamente lo que Clay quería. ¿Pero entonces por qué me ofreció su consejo? Dudé, pensándolo un momento. Entonces Clay volvió a gruñir y metió el hocico por entre los arbustos.

-Un momento -dije-. Espera un momento.

Sacudí la cabeza para despabilarme, luego me preparé para el Cambio.

Después de correr, volvimos a Cambiar y nos quedamos en un claro sobre el pasto, descansando y hablando. Era la parte más oscura y silenciosa de la noche, ya pasado largamente el anochecer y aún con mucho por delante hasta la madrugada. Pese al fresco, no nos habíamos vestido. La corrida nos había calentado tanto la sangre que probablemente hubiésemos podido quedarnos en una montaña de nieve hasta el amanecer sin darnos cuenta. Me acosté de espaldas, disfrutando de la sensación del viento frío contra mi piel. Los árboles nos ocultaban las estrellas y la Luna. Pasaba sólo la suficiente luz como para que la oscuridad no filera total.

-Tengo algo para ti -dijo Clay, cuando ya hablamos descansado un rato. Buscó algo en la oscuridad, tomó dos alambres largos de su campera y los agitó sobre su cabeza

Me levanté.

-¿Trajiste estrellitas?

-Es un fin de semana de fuegos artificiales, ¿verdad? ¿Creíste que me olvidarla de tus estrellitas?

Me encantaban las estrellitas. Bueno, probablemente fuese la única mujer en el mundo de treinta años que se ponía feliz con alambres cubiertos de sulfuro, pero no me importaba. Al menos no me importaba cuando estaba con Clay. Él no sabía que la gente adulta no jugaba normalmente con estrellitas y yo no pensaba explicárselo. Uno de mis pocos recuerdos con mis padres era de una fiesta en el día nacional de Canadá. Sabía que era esa festividad porque recordaba una torta con la forma de la bandera- También veía fuegos artificiales, muchos. Escuchaba música y risas. Olía sulfuro y mantas de campamento. Recuerdo a mi padre

entregándome una estrellita, la primera de mi vida. Recordaba a mi madre bailando conmigo con los pies desnudos sobre el pasto mojado, agitando las estrellitas como varitas mágicas, riendo y girando, mirando la estela de luz de hadas que dejábamos detrás.

Clay tomó fósforos de su campera y encendió la primera estrellita. Me puse de pie y la tomé. Saltaban chispas anaranjadas. La alcé y tracé una línea en el aire. Demasiado despacio. Lo hice más rápido y la imagen se mantuvo unos segundos, una línea de fuego en la oscuridad. Giré y miré el destello de las chispas. Escribí mi nombre en el cielo, y la primera E desapareció antes de que terminara la A Lo intenté nuevamente, más rápido. Esta vez mi nombre se quedó allí un instante.

-Se acaba- dijo Clay-. Arrójala y pide un deseo.

-Eso es con las velas de cumpleaños -dije-. Pero no las arrojas, las apagas a soplidos.

-Una vez las arrojaste. Con torta y todo.

-Te las la arrojé a ti. Y el deseo que pedí no puede repetirse.

Clay rió.

-Bueno, siempre te deshaces de las estrellitas, así que pide un deseo. Una nueva superstición de mujer loba. La estrellita se apagó cuando moví el brazo hacia atrás. Clay encendió otra y me la entregó. La alcé sobre mi cabeza y dibujé un ocho, Juego bajé el brazo y di vueltas tan rápido que casi me tropiezo con Clay. Rió y puso una mano en la parte de atrás de mi pantorrilla para sostenerme. Cuando recuperé el equilibrio no retiró su mano. Lo miré, tirado de espaldas.

-Te amo. -dijo

Parpadeé y me quedé tiesa.

-¿Mal momento? –dijo con un sonrisa. Quitó la mano de mi pierna. –mejor así?

-Yo... -iba a decir algo y me contuve. No sabía lo que iba a decir, lo que quería decir.

-No intento seducirte, Elena la corrida, las estrellitas, no conducen a nada. Los últimos días intenté hacerte fáciles las cosas. Nada de trucos. Nada de presión. Quiero que puedas ver las cosas claramente. Cuando lo hagas, podrás elegir. Elegir lo correcto.

-Y eso serías tú.

Señaló mi estrellita.

-Mejor te apuras Ya casi se apaga. Es la última hasta el próximo día de fuegos artificiales.

Miré y vi que casi se extinguía. Miré los árboles, moví el brazo hacia atrás y la tiré a lo alto. Saltó al cielo, hizo un arco, y luego cayó como una estrellita fugaz, Miré a Clay. Él miraba la estrellita y sonreía con tanta felicidad infantil como yo había sentido mientras bailaba en el claro con mi varita mágica. Volví a mirar la luz, cerré los ojos y pedí un deseo.

Mi deseo fue saber lo que quería.

POSIBILIDADES

Dormimos en el bosque hasta el amanecer, luego nos vestimos y nos fuimos antes de que los caminantes y trotadores de la mañana se metieran en nuestros dominios. Encontrarnos un café abierto y tomamos el desayuno en el patio delantero. Había bastante clientela, pero todos se llevaban su desayuno. Era gente de paso que quería un café con leche y un bizcocho antes de ir a trabajar. Era un día laborable. Nadie tiene tiempo de detenerse o sentarse. Teníamos el patio para nosotros y el personal no nos molestó aún cuando ya había pasado una hora. Estaba inclinada hacia atrás en mi silla, con los ojos cerrados, tocando mi taza de café caliente con los dientes, escuchando el continuo comentario de Clay acerca del tráfico matutino y la gente que pasaba corriendo.

-Te ves feliz –dijo de pronto.

-Lo estoy –dijo sin abrir los ojos. Incliné la cabeza hacia atrás y sentí el calor del sol en mi rostro. Sabes, no me imagino vivir en un lugar sin cambio de estaciones.

-¿No?

-Estaciones de verdad. Extrañarla el cambio, la variedad. El ski en invierno, las caminatas en otoño, nadar en verano. Y especialmente la primavera. No podría vivir sin primavera. Los días como hoy valen por todas las tormentas de nieve y los charcos de barro. Para marzo ya parece como que el invierno no se acabará nunca. Esa nieve y ese hielo que parecían tan maravillosos en diciembre, te vuelven loca. Pero sabes que viene la primavera. Cada año esperas ese primer día cálido, luego el siguiente y el siguiente, cada uno mejor que el anterior No puedes dejar de ser feliz. Te olvidas del invierno y tienes la oportunidad de empezar de nuevo. El mundo está lleno de nuevas posibilidades.

-Un nuevo comienzo.

-Exactamente.

Clay dudó, luego se inclinó hacia adelante, pero se detuvo y volvió a recostarse en la silla.

Llegamos al departamento después de las nueve. Se me había hecho tarde para el trabajo, pero estaba de demasiado buen humor como para que me importara. Podía pasarme trabajando la hora del almuerzo o quedarme hasta más tarde. No era importante.

Cuando íbamos rumbo al ascensor, Clay me hablaba de un par de matones que habían intentado robarle el auto cuando fue a Nueva York el invierno pasado. Para cuando llegamos al departamento, me reía tan fuerte que casi me caigo al abrir la puerta.

-¿De veras? -dije al cerrar la puerta.

Clay no contestó. Cuando lo miré, no reía. Ni siquiera me miraba. Miraba por encima de mi hombro. Giré y me encontré con Philip en la reposera, de brazos cruzados, con el aspecto de un padre que se había quedado despierto toda la noche a la espera de un niño travieso. Abrí la boca, pero no salió nada de allí. Mi cerebro andaba a toda velocidad, preguntándome desde cuándo había vuelto y qué excusa sería apropiada. ¿Había vuelto por la mañana? Si era así, podía decirle que habla salido a desayunar temprano. Cuando entramos, se paró.

-Quiero hablar con Elena ~

Clay se fue hacia el baño. Philip se interpuso en su camino. Clay se detuvo, sus hombros se tensaron de modo reflejo. Empezó a volver la mirada hacia Philip, luego se detuvo, mirando más allá. Trató de esquivarlo, como si no viera a nadie.

-Dije que quiero hablar con Elena –dijo Philip, con la voz baja pero firme-. Quiero que salgas.

Clay se volvió y fue hacia el sofá. Nuevamente Philip se paró delante de él y nuevamente Clay se tensó. Cerró los puños una vez y luego se relajó. Philip estaba desafiándolo y a él le costaba un enorme esfuerzo ignorarlo. Estaba por intervenir yo cuando Clay se volvió y me miró pidiendo respuesta.

-Por favor -dije.

Asintió y se fue hacia la puerta murmurando «estaré abajo» al pasar junto a mi. Cuando se cerró la puerta, me volví hacia Philip.

-¿Cuándo volviste? -pregunté.

-No fui.

-Así que...

-Estuve aquí toda la noche.

Traté de dilatar la cosa, mientras pensaba una excusa.

-Así que cancelaron la reunión,

Levanté la vista.

-Te mentí, Elena -dijo-. Pero quería demostrarme que irás sospechas eran equivocadas.

-Tú crees que Clay y yo...

-No. Me lo pregunté, pero si ustedes estaban... haciendo algo, no habrían necesitado dejar el departamento anoche. Eso no me hace sentir mucho mejor. Algo pasa, pero no es lo obvio. -Philip se detuvo. -¿Sabes que está enamorado de ti, ¿verdad?

Cuando abrí la boca, alzó su mano.

-No -continué-. No importa si lo sabes o si estás de acuerdo o no. Es así. Cualquiera se daría cuenta, cada vez que te mira, cómo te habla. No sé qué sientes por él. No puedo darme cuenta. Cuando entro a un cuarto los dos están riendo o discutiendo o ambas cosas a la vez. No lo entiendo. No entiendo muchas cosas que has hecho desde que volviste.

-Se irá pronto.

-Pronto no. Hoy

Se volvió y fue al cuarto. Mientras pensaba si seguirlo volvió con un montón de papeles. Me los entregó. Miré el primero. Era una hoja de una inmobiliaria que presentaba las características de una casa en Mississauga. Hojeé los papeles y encontré tres avisos más de casas en los suburbios.

-No fui a jugar al golf el domingo, Elena. Estuve buscando una casa para nosotros.

-¿Quieres que nos mudemos a una casa?

-No, yo... Sí, quiero que nos mudemos a una casa, pero...

-Hizo una pausa, cruzó los brazos y los descruzó. Quiero decir que deseo que nos casemos. Eso es lo que quiere decir una casa para ni. Un compromiso, casarnos, tener hijos. Todo. Eso es lo que quiero.

Lo miré fijo. Philip dio un paso hacia mi, luego se detuvo, cruzando y descruzando los brazos otra vez, como si no pudiese decidir qué hacer con ellos.

-¿Te sorprende tanto? -dijo suavemente.

Sacudí la cabeza.

-Es... tan de repente. Clay y yo estuvimos bebiendo y estoy un poco... No estoy segura de que pueda…

-No contestes, entonces. Dame tiempo a comprarte un anillo y hacer las cosas bien.

Metió las manos en los bolsillos y se quedó allí, a pesar de lo dicho, como si esperara respuesta. Yo no dije nada.

-Ve a trabajar -dijo-, piénsalo.

Nos quedamos allí, incómodos, entonces me alejé. Fui hacia la puerta, vacilé, volví y abracé a Philip. Me abrazo y me retuvo uno o dos segundos después de que lo solté. Lo besó, murmuré algo acerca de que volvería para las siete y escapé.

Fui al trabajo tan mareada que estaba sorprendida de poder bajar en la parada correcta. Estaba sentada en mi escritorio cuando recordé a Clay. No estaba a la entrada del edificio cuando salí y no lo busqué. No tardaría en descubrir que había ido al trabajo y me seguirla. ¿Qué hacer cuando él apareciera? ¿Qué podía decirle? Me saqué las preguntas de la cabeza. No quería pensar en Clay ahora.

Philip me había propuesto casamiento.

La idea resucitó esperanzas y sueños que pensé que habían muerto diez años antes. Sabía que no podía casarme, pero la cuestión se había mantenido tan lejos de mis posibilidades tanto tiempo que había olvidado cuánto había anhelado eso. ¿Aún lo deseaba? El dolor en mi pecho contestaba mi pregunta. Me dije que estaba siendo tonta, anticuada, débil. El casamiento era para las mujeres que querían que alguien las cuidara. No necesitaba eso. No lo quería. Pero había cosas que sí quería. Estabilidad. Normalidad. Un lugar permanente en el mundo humano. El casamiento me daría eso. Philip podía darme eso. Pero yo no podía casarme. ¿O sí? Había vivido bastante tiempo. ¿Se podía mantener eso para siempre? Una vocecita en mi cabeza me preguntó si quería estar con Philip para siempre, pero la hice callar. En este momento la pregunta no era si quería casarme con Philip, sino si era posible.

¿Lo era?

Quizá.

Podría adaptarme mejor si tuviéramos una casa. Podía asegurarme de que compráramos algo cerca de un bosque. Podía empezar a trabajar desde casa y Cambiar en el bosque durante el día para no tener que desaparecer de la cama en medio de la noche. Reapareció la voz, preguntando esta vez si podía imaginarme Cambiando a la luz del día, escapándome y haciéndolo a las apuradas, sin atreverme a correr o a cazar ni ninguna otra cosa que pudiera ser demasiado peligrosa de día. Nuevamente hice callar esa voz. Estaba evaluando las opciones, no tomando decisiones.

Tal vez podría seguir ocultándole mi secreto a Philip, ¿pero quería hacerlo? Si bien nunca sentí necesidad de decirle la verdad, eso podía cambiar con el tiempo. Tal vez algún día me pesara tanto engañarlo que ya no lo pudiera soportar. Recordaba a Clay cuando éramos novios y era obvio que se había sentido terriblemente incómodo. ¿Cómo habría reaccionado yo si Clay me hubiese dicho la verdad? Lo habría aceptado. Lo amaba tanto que no me hubiese importado. Philip decía que me quería, ¿pero me amaba tanto? Por más que me quisiera, tal vez no lograría manejar el asunto. Aunque aceptara lo que soy, ¿Se sentiría resentido por tantas mentiras? Me defendí, insistiendo en que no había habido alternativa. Por más que quisiera a Philip, habría sido imposible decirle la verdad. Entonces por qué seguía enojada con Clay porque me había mentido? Dejé de lado esa pregunta. Se trataba de Philip, no de Clay. No era lo mismo. Yo no mordería a Philip. La idea era impensable. ¿Y qué pasaba si él lo quería, si quería unirse a mí? Sentí un escalofrío. No. Nunca. Ni que lo quisiera. Ésa era una parte de mi vida de la que no quería que Philip fuese parte.

Sonó el teléfono de mi escritorio. Antes de atender, ya supe quién llamaba. Lo sabía y contesté.

-¿Dónde estás? -Dijo Clay a modo de saludo.

-En el trabajo.

Se quedó callado un momento.

-Es una pregunta estúpida Si te llamo al trabajo y contestas, debería estar claro dónde estás. Me sorprende que no te burlaras de mí por eso.

No dije nada.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Nada.

-Cariño, cada vez que dejas pasar la oportunidad de burlarte de mí pasa algo malo.

-No es nada.

Otra pausa.

-Es por esos papeles. Los de las casas. Los vi en la mesa cuando fui a buscarte. Esperaba… ¿Es eso verdad?

No contesté. Clay alejó el teléfono de la boca y maldijo. La línea siseó e hizo ruidos como si él estuviera sacudiendo el auricular. Escuché un golpe y chisporroteo. Luego silencio. Iba a cortar cuando volvió la voz de Clay, ahogada y luego clara.

-Bien -dijo-. Bien. Tomé aire y el sonido me llegó por la línea. Tenemos que hablar. Enseguida voy y hablamos.

Otra vez no contesté.

-Tenemos que hablar -repitió-. Nada de trucos. Lo prometo y me voy a mantener en eso, Elena. Nada de trucos. Ya no quiero ganar de esa manera. Vamos a un lugar público, donde te sientas cómoda, y hablamos. Escúchame y luego puedes irte cuando quieras.

-Bien.

-Quiero decir Yo sé... se detuvo-. ¿Está bien?

-Es lo que dije.

Vaciló, luego continuó.

-Bueno. Dame diez minutos, quince a lo más. Tomaré el metro y te veo en la puerta del edificio.

Colgó sin esperar respuesta.

Ni bien corté, bajé las escaleras. Al salir me pregunté qué estaba haciendo ahí. ´¿Por qué aceptaba encontrarme con Clay? ¿Qué esperaba que me diera? ¿Philip te propuso matrimonio? Qué bien querida, me alegro tanto por ti. Pero no volví a entrar. No serviría de nada. No podía esconderme. No quería esconderme. No tenía que tener necesidad de esconderme.

El estómago me empezó a molestar. Ansiedad. Cerré los ojos y traté de tranquilizarme, pero sentí más nauseas. El suelo empezó a moverse. Tropecé hacia un costado, luego me enderecé rápidamente, tratando de ver si alguien lo había advertido. Mi cuerpo se enderezó de pronto, tenso, alarmado. Miré en derredor; pero no vi nada fuera de lo común. Cuando me estaba dando vuelta para mirar atrás, sentí un mareo. Todo se oscureció.

Un hombre maduro me sostuvo cuando caía. Es lo que supongo. Estaba parada en la vereda, mareada, y al instante estaba reclinada hacia atrás, mirando el rostro preocupado de un extraño. Mi salvador y su esposa me llevaron a un banco y me hicieron sentar. Dije algo de que no había desayunado. Se aseguraron de que estuviera bien, lograron que les prometiera que iba a comer algo y a salir del sol y después se fueron.

Fui al vestíbulo del edificio, me quedé parada y miré el reloj. Habían pasado quince minutos desde que me había llamado Clay. Tenía que estar por llamar en cualquier momento. El estómago aún me molestaba. Evidentemente era angustia, pero no podía encontrar la causa. Seguro, la cabeza me daba vueltas desde que Philip me había propuesto casamiento y no quería hablar con Clay, pero por algún motivo la angustia no parecía vinculada con ninguno de esos factores. Flotaba allí, extrañamente desconectada y distante,

Volví a pensar en Clay. Me prometió que no iba a venir con trucos. Ese compromiso iba a durar mientras él lograra lo que quería. Si yo decidía casarme con Philip o quisiera quedarme con él, Clay se volvería loco y se olvidaría de todas sus promesas. Lo sabía pero, para mi sorpresa, no tenía miedo. Después de tantos años, conocía tan bien sus maniobras que ya no iban a resultar efectivas. Cualquier cosa que él intentara, yo podría anticiparla. Estaría preparada. Él me había dicho anoche que yo tenía que elegir. Era cierto. Tenía que tomar una decisi6~ Y no iba a permitirle que lo hiciera por mí.

En algún lugar un reloj dio las once. Miré mi reloj. Son las once. Clay habla llamado a las diez y treinta y cinco. La angustia salió a la superficie. Veinticinco minutos era razonable. Quizá no pudo soportar el metro y decidió caminar. Pasa algo malo, me susurró la voz interior de antes. “No” le contesté. “No” No pasa nada.

Esperé diez minutes más. Pensé en volver a la oficina y esperar, pero no pude. La angustia aumentaba y el estómago me daba vueltas. 'Tenía que ir al departamento.

DESCUBRIMIENTO

Cuanto intenté abrir la puerta del departamento, dio en algo y reboté. La Volví a empujar. Se abrió unos centímetros y se trabó. Empujé más fuerte. Lo que estuviera allí era pesado, pero se movía, frotándose contra la alfombra. Mirando hacia abajo, vi una pierna estirada en el suelo. Me metí por la abertura estrecha, casi tropezando con la pierna.

Era Philip. Estaba tirado en el suelo. Al mirarlo, mi cerebro se negó a registrar lo que vela. Me quedé allí, mirando estúpidamente, pensando perversamente, no "ay Dios,,, sino cómo había llegado allí". Incluso al ver la sangre que caía de su boca, y la larga marca en la alfombra, mi cerebro sólo aceptaba explicaciones simples y ridículas. ¿Se había desmayado? ¿Tuvo un ataque al corazón? ¿Un infarto? ¿Un ataque de otra cosa? Todavía confundida, me arrodillé a su lado y comencé a hacer lo básico en primeros auxilios. ¿Estaba consciente? No.

¿Respiraba? Sí. Pulso? Ni fuerte ni débil. Alcé sus brazos, pero no sabía qué quería verificar. Al subirle la camisa, mis dedos rozaron su costado y se hundieron en una gran herida. Retiré la mano y miré mis dedos ensangrentados.

Clay.

Me dio una arcada; me aparté de Philip como si temiera mancharlo y vomité bilis en la alfombra. La conmoción se me pasó en un segundo y empecé a temblar, alternando entre el temor y la ira. Clay hizo esto. No, no pudo hacerlo. Si, pudo, pero no lo hubiera hecho. ¿No? ¿Por qué no? ¿Qué lo detendría? Yo no estaba aquí para impedírselo. Pero no haría algo así. No a mí ¿Por qué no? ¿Porque se había portado bien unos cuantos días? ¿Me había olvidado de lo que era capaz él? No de esto. Esto no. Clay no atacaba a los humanos. A menos que representaran una amenaza. Pero Philip no sabía lo que nosotros éramos, así que no era peligroso para la Jauría ni para nuestro modo de vida. ¿Quizá no para el modo de vida de la Jauría, pero sí para el de Clay...?

Philip se movió. Me puse de pie de un salto, recordando de pronto que había olvidado lo principal de los primeros auxilios. Corrí al teléfono, lo tomé y marqué el número de emergencias, 911. Tardé unos segundos en advertir que no escuchaba nada. Apreté el botón varias veces y volví a marcar Nada. Silencio. Miré bacía abajo. El cordón estaba enroscado en la pata de la mesa, cortado, y saltan cables de colores del extremo. Alguien había cortado el cordón. Supe entonces que no fue Clay quien le hizo esto a Philip. No es que no fuera capaz de hacerle esto a Philip, sino que no lo dejaría desangrarse lentamente. Ese sadismo no se correspondía con la naturaleza de Clay.

Corrí al ropero del corredor y lo abrí. El portafolio de Philip estaba en el lugar habitual y su celular adentro de él. Marqué el 911 en el celular. Dije a la operadora que mi novio estaba herido e inconsciente, que había vuelto a casa y lo encontré así y no tenía idea de si estaba muy herido o cómo había sucedido. No supe si me creyó y no me importaba. Anotó la dirección y prometió una ambulancia. Con eso bastaba

Fui hasta el ropero, tomé una sábana y la hice tiras. Mientras le vendaba a Philip el costado, me acerqué lo suficiente como para oler al que le había hecho esto. El olor que me llegó de su ropa no fue el de Clay, pero si el de alguien que conocía. Y su olor me sorprendió. Thomas Le Blanc Me pregunté cómo me había encontrado, dónde estaba, si volvería, pero no pasé tiempo con preguntas ni con respuestas. La primera prioridad era Philip. Entonces tendría que encontrar a Clay para decírselo.

Verifiqué la respiración y el pulso de Philip nuevamente. Seguía igual. Me incliné sobre él, acuné su cuello en una mano y empecé a alzarlo para ver si tenía más heridas en la espalda. Al acuclillarme, vi algo bajo la mesa del corredor. Una jeringa. Sentí alarma nuevamente.¿Le Blanc le había inyectado algo a Philip? ¿Lo había envenenado? Corrí hasta la mesa. Estaba por inclinarme para tomar la aguja cuando vi el anillo sobre la mesa. Un anillo de oro tan familiar que supe lo que era sin acercarme más. El anillo de matrimonio de Clay. Debajo había un pedazo de papel con una nota escrita a mano. Por un instante, pensé que Clay se había quitado el anillo, que había llegado antes que Le Blanc, se quitó el anillo, escribió la nota, luego me dejó. Alguna emoción comenzó a brotar en mí, pero antes de que pudiera analizarla, advertí que ésa no era la escritura de Clay. Comenzaron a temblarme las manos. Tomé la nota. El anillo rodó. Alcancé a tomarlo antes de que cayera a la alfombra y lo sentí frío. Leí la nota.

Elena.
Motel Big Bean Citano 211. Ma Sana. A tas 10:00.
D.

Me sentí desfallecer. Al inclinarme para tomar la jeringa, ya sabía lo que iba a oler. El olor de Daniel en el émbolo. El de Clay en la aguja

-No -susurré.

Saqué el émbolo y olfateé. Un fuerte olor medicinal, pero no supe qué-. Veneno, no, me dije. Daniel no usaría veneno. Le Blanc tal vez si, pero Daniel no. Si fuese veneno, habrían dejado a Clay y no sólo su anillo. El anillo y la nota eran una señal. Clay seguía con vida. ¿Seguía vivo? La idea me atravesó como un cuchillo helado, no que estuviera vivo sino que tuviera que pensar siquiera en esa alternativa, que tuviera jamás que pensar en esa alternativa.

-Ay Dios -susurré y vacilé, tomándome de la mesa para no caer.

Cálmate, me dije. Clay está bien. Daniel le dio algo para desmayarlo. Por eso me sentí mareada más temprano, una manifestación del vínculo simpático entre nosotros. Daniel lo drogó a Clay y se lo llevó, pero está bien. Si no, yo lo sabría. Ay Dios, cómo deseaba saber que estaba bien. Volví a mirar la nota. Un encuentro. Daniel tenía a Clay y quería que me viera con él a las diez en Bear Valley. Y si no aparecía...

Dejé caer el papel y corrí hacia la puerta. El cuerpo de Philip seguía bloqueando el paso.

-Lo siento –susurré-. Lo siento mucho.

Me incliné para correrlo. Cuando lo toqué, sus ojos se abrieron y su mano me tomó de la muñeca

-¿Elena? dijo, mirando confundido, sin poder hacer foco con la mirada.

-Estarás bien -dije-. Llamé una ambulancia.

-Habla un hombre... Dos hombres...

-Lo sé. Te hirieron pero estarás bien. Viene una ambulancia.

-Preguntaban por ti... No les dije. Luego Clayton... Luchó con ellos...

-Lo sé -empezaba a haber pánico en mi voz. Tenía que irme. Ya. -Voy a bajar a esperar la ambulancia.

-No... Podrían estar aquí aún... Buscándote...

-Tendré cuidado. -Traté de quitarme los dedos de Philip de la muñeca pero él apretó. Usando la menor fuerza posible me liberé, luego me puse de pie. Él se levantó unos centímetros y volvió a caer; bloqueando la puerta. Puso una mano en mí pierna

-No –dijo nuevamente- No puedes irte.

-Tengo que hacerlo,

-¡No!

Sus ojos ardían de fiebre y dolor. Sentí angustia, Yo le había hecho esto. Tenia que quedarme y ayudarlo. Si se enojaba conmigo, la cosa iba ponerse peor. Unos minutos no cambiarían nada. Apreté las manos. Con el anillo apretado en la palma derecha me enderecé. A las diez. Tenia que llegar a las diez. Tenía que irme ahora, Philip dijo algo, pero no lo escuché. Me dominé el pánico.

Tenia que irme. Tenia que irme ya.

Traté de razonar, calmarme, pero era demasiado tarde. Mi cuerpo ya respondía al temor. Un sacudón de dolor me dobló en dos. Fui consciente de que el anillo de Clay caía al piso, de que Philip se inclinaba sobre mi, diciendo algo. Mi cabeza se hundió en mi pecho. Di un alarido que me lastimó la garganta. Me ahogué. Trataba de respiran Mientras me derrumbaba hacia adelante, mis brazos se extendieron para amortiguar la caída. Philip me tomé de los hombros. Traté de alejarme, con la cabeza gacha, pero mis piernas tuvieron un espasmo y mi cabeza se volcó hacia atrás. A través de la bruma del dolor vi el rostro de Philip delante de mí, vi sus ojos, vi la repulsión y el horror. Me soltó y tropecé hacía atrás. Me puse en cuatro patas, hundiéndome en mi misma. Mi espalda se alzó. Se me rasgó la camisa Volví a aullar, un aullido de otro mundo. El Cambio se producía tan rápido y con tanta fuerza que no podía siquiera pensar en detenerlo. Mi cerebro dejó de funcionar. Quedó en blanco, lleno de temor y agonía, Mi cuerpo se convulsionó una vez y otra vez, con ataques tan fuertes que temía romperme en dos y no me importó, consciente de que terminaría con el dolor. Entonces terminó.

Alcé la cabeza y supe que era loba. Hubo un momento de cansancio total que desapareció rápidamente. En su lugar sentí pánico y terror. Alcé la vista. Philip yacía a unos pasos. Sólo podía ver sus ojos mirándome con horror impotente.

Giré, atravesé corriendo el cuarto, cerré los ojos y me lancé a través de las puertas que daban al balcón. El vidrio explotó. Pedazos de vidrio roto atravesaron mi piel, pero apenas los sentí. Sin pensarlo ni detenerme, salté la baranda del balcón. Por un momento estuve en el aire. Luego di en el pasto tres pisos más abajo. Se me torció la pata izquierda. Sentí dolor en la pierna. Alguien gritó. Yo corrí.

Di la vuelta al edificio y me metí en el garaje subterráneo. Oculta tras el primer auto, me detuve a escuchar si me seguían. No venía nadie. Me sacudí y traté de tranquilizarme y concentrarme. Aunque nadie me persiguiera, estaba atrapada. Mientras estuviese ansiosa y llena de pánico, no estaba segura de poder Cambiar. Y si lo lograba estaría desnuda en un garaje. Quizá pudiera conseguir ropa. ¿Y entonces? Mi billetera con el dinero, las tarjetas y la identificación estaban en el departamento. Sin esas cosas no podría salir de 'Toronto. No sólo necesitaría ropa, sino también volver al departamento. Pero no podía hacerlo. Philip me había visto y la ambulancia llegaría en cualquier momento. Quizá si esperaba... ¿Cuánto tiempo? ¿Cuándo podría volver? ¿Cuánto me llevaría encontrar ropa? La nota de Daniel. 10 de la mañana. La hora límite. La ansiedad volvió a surgir, desalojando todo pensamiento racional.

Ve.

Ve ahora.

Vaciló sólo un momento y luego obedecí.

Anduve por los callejones de Toronto cuando podía y por caminos laterales cuando no podía. Me vieron. Lo sabía, pero no importaba. seguí corriendo. Cuando salí de Toronto, corrí por campos y bosques. Por supuesto que mí corrida no tenía sentido. Mejor me hubiera quedado en el garaje, para volver al departamento luego de una hora o algo así y tomar un avión a Nueva York Pero eso no se me ocurrió. Cada fibra de mi ser se rebe1é ante la idea de esperar. El instinto me decía que debía actuar y lo hice.

Mi cerebro se apagó mientras corría, los instintos dominaban mis músculos. Horas más tarde llegué a un obstáculo que no podía manejar sólo por instinto: el cruce fronterizo de las cataratas del Niágara. Pasé casi una hora dando vueltas detrás de un depósito, con las ideas resbalándome en la mente como un auto con ruedas gastadas que giran en vano sobre el hielo. Finalmente me controlé lo suficiente como para analizar el problema y encontrar una solución. Había una inmensa fila de camiones sobre el puente, cumpliendo con alguna nueva norma de ingreso a los Estados Unidos. Gracias a la burocracia, tuve tiempo de escoger un camión con un acoplado cubierto por una lona y esconderme allí. Por suerte no verificaron la carga en la frontera y el camión continuó su viaje de Niágara en Ontario a Niágara en Nueva York. Me quedé en el camión hasta que salió de la ciudad y me dirigí al sudeste. Las tripas me gritaban que era la dirección equivocada y me encontré saltando del camión antes de que mi cerebro tuviera tiempo de protestar. Di duro contra el cordón y caí al costado de la calle. Cuando me puse de pie, la pata que se me había lastimado al saltar del balcón cedió. El estómago me avisó con un gruñido que era de noche y que había salteado dos comidas. Pensé en ir un poco más lento, buscar un bosque y cazar mi cena, pero me seguía dominando el pánico y me impedía toda forma de razonamiento superior. Corre, decía el pánico. Y así lo hice.

Para la noche sólo me empujaba el temor y la inercia. Por más hambre que tuviera, estaba segura de que si me detenía, no volvería a correr. «A las diez", gritaban mis tripas cada vez que pensaba en detenerme para descansar o comer “A las diez” Si te detienes un segundo, no llegarás. Y si no llegas...", me negué a pensarlo. Era más fácil seguir corriendo.

Debió de ser cerca de medianoche cuando sentí un terremoto en mi cabeza y caí en el pasto. Al levantarme volví a sentir el rugido. Lloriqueé, bajé la cabeza y la sacudí para rascarme la oreja derecho con la pata delantera. Tengo que correr. No puedo detenerme. Me lancé hacia delante.

"¡Elena!", el ruido en mi cabeza se convirtió en una voz y en una palabra. Jeremy. Su voz rugió otra vez y me partió el cráneo con su intensidad. "¡Elena! ¿Dónde estás?»

Bajé la cabeza y lloriqueé. Vete Jeremy. Vete. Me haces detener, No puedo detenerme.

-¿Dónde estás Elena? No pude conectarme con Clay. ¿Dónde demonios estás?

Traté de contestar, al menos para que se callara, pero mi cerebro no podía formar palabras, sólo imágenes. Jeremy se quedó callado y yo me quedé ahí, aturdida y preguntándome si lo había escuchado. ¿Estaba alucinando? ¿Estaba despierta, verdad? Jeremy no podía contactarse con nosotros cuando estábamos despiertos. Estaba durmiendo o me estaba volviendo loca? No importaba las diez, las diez, las diez. No llegarás. Corre.

Tropecé y volví a corren Pronto empecé a dejar de pensar. Seguía en movimiento, pero todo se desvanecía. Tenía las piernas entumecidas. Podía oler la sangre que manaba de mis patas. Un instante el suelo era como una cama de clavos bajo mis patas, al siguiente era como algodón y yo flotaba, corriendo más rápido que el viento. De pronto fue de día y luego de noche nuevamente. Corría por una ciudad. No, corría por Toronto, con la torre de CNN a la distancia. Escuché voces. Un grito. Una risa. La risa de Clay. Traté de ver en la oscuridad. La bruma venía del lago Ontario, pero podía oírlo reír. El cemento se volvió pasto. La bruma no venía del lago sino de una laguna. Nuestra laguna. Estaba en Stonehaven, corriendo por los campos. Clay corría delante de mí. Podía ver su piel dorada saltando entre los árboles. Me esforcé y corrí más rápido. De pronto se acabó la tierra. Estaba corriendo en el aire. Luego caía. Seguí cayendo. Traté de afirmarme en algo, pero no había nada más que una oscuridad total. Y luego nada.

ENJAULADA

Me desperté con una sensación de frío. Temblando, sentí el pasto mojado bajo mi piel desnuda. Árboles. Pastos altos. Un prado. Traté de alzar la cabeza pero no pude. Clay. Fue mi primer pensamiento, pero no sabía por qué. ¿Había estado corriendo con él? No podía olerlo. ¿por qué no podía alzar la cabeza? No había nada que me lo impidiera. Mis músculos se negaban a responder ¿Estaba muerta? Muerte. Clay. Recordé y mi cabeza se alzó de pronto. Sentí un dolor cegador en todo el cráneo.

Algo cálido y suave cayó de mis hombros. Me levanté, chillando de dolor al moverme. Tenía una campera sobre mi torso desnudo, con un olor tan familiar, pero tan imposible. ¿Soñaba? ¿Alucinaba? Sentí manos que me tomaban de abajo para alzarme, y eran tan familiares como el olor de la campera.

-¿Elena?

Un rostro inclinado sobre el mío. Jeremy, con el pelo oscuro cayéndole sobre la cara, empapado hacia atrás con mano impaciente. No era posible. No aquí. Cerré los ojos.

-Elena? -voz más fuerte ahora, preocupada.

Traté de moverme, pero me dolía demasiado. Decidí abandonarme a la alucinación y abrí un ojo.

C... - tratando de preguntarle cómo había llegado él hasta aquí- C... -No salía nada más.

-No trates de hablar- dijo- Y no trates de moverte. Voy a cargarte hasta el auto. Está allí.

C.. Cl...

-Lo tienen, ¿verdad? - Sentí que sus brazos me apretaban.

-D... diez..., a las... –logré decir y perdí el conocimiento nuevamente.

Esta vez me desperté sintiendo un calor artificial que soplaba sobre mi rostro. Escuché el zumbido de un motor, sentí las vibraciones y los pequeños saltos de un auto andando sobre

un camino plano. Olí a cuero viejo y me acomodé bajo la campera que me cubría. Estiré las piernas, pero el dolor me hizo sollozar y contraerlas.

-¿Demasiado calor? -la voz de Nick. Sentí que su brazo pasaba sobre mí y su mano acomodó la rejilla de ventilación para que no me diera en la cara.

-¿Está despierta? – Jeremy cerca. Delante. El asiento delantero.

-No estoy seguro -dijo Nick-. Probablemente puedes bajar el calor para que recuperé los colores.

El clic de un dial. El soplido se redujo a un zumbido grave. Abrí un ojo y luego el otro. Estaba reclinada en uno de los asientos del medio del Explorer, con la ventana a centímetros de mí cara. Pasaba el paisaje y pasaban autos a toda velocidad. Si movía los ojos, podía ver la cabeza de Antonio que conducía- Sus ojos me buscaron en el espejo retrovisor.

-Está despierta -dijo.

Se soltó un cinturón de seguridad. El frote de tela de vaquero en la funda de tela de los asientos. Nick se inclinó sobre mí.

-¿Está bien el calor? -preguntó-. ¿Necesitas algo?

-Ho… Ho…

-No hables Elena -dijo Jeremy-. Toma la botella de agua de la heladera, Nick, Está deshidratada. Déjala sorber un poco, pero no demasiado.

Nick buscó en la heladera. Entonces sentí una pajita de plástico en los labios. Me hice hacia atrás y negué apenas con la cabeza que se me llenó de relámpagos.

-Ho... .... ra- Qu... ho... ra.

-¿Qué hora? -Nick acercó su rostro al mío, confundido.

-¿Qué hora es? ¿Eso es lo que preguntas?

Asentí y hubo una lluvia de chispas ardientes en mi cráneo. Nick seguía confundido, pero miró su reloj.

-Once y veinte... casi once y treinta-

-¡No! -me alcé de pronto-. ¡No!

Nick se dio vuelta de pronto. El Explorer se bandeó y Antonio maldijo, luego volvió a enderezar el volante. Luché por salir de abajo de la campera de Jeremy.

-Elena -la voz de Jeremy y venía del asiento delantero, calma y firme-. Está bien, Elena. Cálmala Nick, antes de que le dé a tu padre un ataque al corazón.

-Me sorprendió –dijo Antonio-. Nick asegúrate...

No escuché el resto, Me liberé de la campera y la lancé a un lado, luego abrí con torpeza el cinturón de seguridad, Cada movimiento me producía un dolor insoportable pero no me importaba Estaba llegando tarde. Tenía que ir. Tenía que llegar. Ahora.

Nick tomó el cinturón de seguridad, pero yo ya lo había abierto y me lo quitaba. Nick me tomó de los hombros.

-¡No! -grité y me quité sus manos de encima.

Me tomó nuevamente, más fuerte esta vez. Luché, mostrándole los dientes y rasguñándolo donde pudiera.

-Paren el auto – Paren ahora.

El Explorer desaceleró, como si Antonio tratara de decidir qué hacer.

-No te detengas -dijo Jeremy- Está delirando. Continúa. Nick luchaba por mantenerme en el asiento, con rostro decidido. Sentí un ruido adelante. Por encima del hombro de Nick vi bajarse a Jeremy de su asiento. Junté fuerza y control y golpeé a Jeremy en el estómago. Abrió los codos y se dobló. Me horroricé de mí misma, pero no me importaba, la fiebre en mi cerebro incineraba cualquier sentimiento consciente. Tenia que escapar. Llegaba tarde. No importaba nada más.

Alejé a Nick y me lancé hacia la puerta del otro lado. Tomé la manija, la abrí y miré hacia abajo. Veía pasar la grava como un borrón gris. Nick gritó. Chillaron los frenos. El Explorer viró a la derecha. Yo iba a saltar. Dos pares de manos me tomaron, uno de la espalda, el otro de los hombros, y me arrastraron al interior. Sentí las manos de Jeremy que iban a mi cuello, luego presión en el costado de mi garganta y nuevamente la oscuridad.

Me desperté con un recuerdo. Me dolía cada parte de mi cuerpo. Había Cambiado anoche. El recuerdo era vago, un montón de imágenes: dolor, temor, ira, descreimiento. Pero no había estado corriendo a través del estado de Nueva York. Había Cambiado en una celda de tres por dos, atada de pies y manos. Mi séptimo Cambio. Hacia siete semanas que estaba en este lugar. No tenía idea de qué día era, pero sabía cuántas veces había pasado esa tortura y me servía para determinar el tiempo. Cuando desperté, seguía en la jaula. Había estado allí cinco semanas, cinco Cambios desde que el hombre dejó de intentar tenerme en la casa. Sabía su nombre: Jeremy; pero no lo usaba, ni con él, ni cuando Pensaba en él. Me negaba a hablar con él. En mi mente simplemente era "el" o "el hombre", una designación libre de idea y emoción.

Desperté sintiendo la tela rugosa del colchón. Había tenido sábanas, sábanas suaves y un cobertor. Entonces él me encontró haciéndolas tiras y pensó que me iba a colgar No era así. No le daría el placer de verme muerta y librarse de mí. Rompí las sábanas por el mismo motivo que destruí los libros y revistas que me trajo, la ropa que trajo para que me pusiera, los lindos cuadros que puso en las paredes de piedra. No quería nada de él. No quería aceptar nada que hiciera parecer a esta jaula algo distinto del agujero inmundo que era. Lo único que aceptaba era la comida y comía sólo porque tenía que tener tuerza para escapar. Eso era lo que me mantenía viva, la idea de escapar. Pronto volvería a la ciudad, a la gente que podría ayudarme, sanarme.

Abrí los ojos y vi una figura en la silla fuera de la jaula. Al principio pensé que era él. Estuvo sentado allí la mayor parte del día, mirándome y hablándome, tratando de lavarme el cerebro con la locura que salta de sus labios. Cuando pudo ver, la figura se aclaró, un hombre inclinado con los codos sobre las rodillas, sus rulos dorados brillando bajo la luz artificial. La única persona a la que odiaba más que al hombre. Rápidamente Cerré los ojos y fingí dormir pero era demasiado tarde. Me había visto. Se puso de pie y comenzó a hablar. Quise taparme los oídos pero no servía de nada. Ahora escuchaba demasiado. Aunque pudiera bloquear las palabras, sabía lo que estaría diciéndome. Decía lo mismo cada vez que venía, a hurtadillas cuando sabía que no estaba el hombre. Trató de explicar lo que había hecho y por qué. Pedía disculpas. Me pedía que me calmara y obedeciera al hombre para poder salir de la jaula. Quería que hablara con el hombre, que le pidiera que revocara su exilio para que pudiera volver y ayudarme. Pero había una sola manera en que él podía ayudarme. Cada vez que venía, cada vez que juraba que haría cualquier cosa para compensar lo que había hecho, le decía lo mismo. Lo único que le decía. Sáname. Deshaz lo que hiciste.

-Clay.

El sonido de mi voz me despertó. Estaba desnuda, mirando una lámpara en un techo de cemento blanqueado. Giré la cabeza y vi paredes de piedra. Ninguna ventana. Ningún ornamento. Sentí el colchón que me sostenía. ¿Jaula?

-No -susurré-. No.

Giré la cabeza y vi los barrotes. Había alguien sentado en una silla al otro lado. Mi corazón dio un salto. Entonces la figura se puso de pie, sus ojos negros fijos en los míos.

-No -volví a susurrar mientras me sentaba. Carajo, no.

-tuve que hacerlo, Elena -dijo Jeremy-. Temía que te hicieras daño. Ahora, si estás sintiéndote mejor...

Me lancé contra los barrotes. Jeremy se alejó, cauto pero no sorprendido.

-¡Déjame salir! -grité

-Elena, si...

-¡No entiendes!

-Sí que entiendo. Daniel tiene a Clay. Lo atrapó en Toronto. Quería que estuvieras en el hotel hoy a las diez. Hablaste en sueños camino de regreso.

-Tú... -me detuve y tragué saliva-. ¿Lo sabes?

-Sí, yo...

-¿Sabes y me tienes encerrada aquí? ¿Cómo pudiste hacerme eso? -Me tomé de los barrotes con fuerza. -¿Cómo pudiste hacerlo? Sabías que tenía que ir. Sabías que estaba en peligro la vida de Clay y me dejaste aquí. ¿Cómo pudiste hacerme eso?

-¿Qué crees que pensaba hacer Daniel, Elena? ¿Tomarte a ti y soltar a Clay? Por supuesto que no. Si vas allí, los perdemos a los dos.

-¡No me importa!

Jeremy se frotó la cara con una mano.

-Sí te importa, Elena. Estás demasiado conmovida corno para pensar con lógica...

-¿Lógica? ¿Lógica? ¿Realmente eres así de frío? Tú lo criaste. Eres todo para él. Se pasó la vida protegiéndote. Arriesga su vida para protegerte, la arriesga continuamente por ti. Y tú te quedas tranquilo, evalúas con lógica la situación y decides que no vale la pena arriesgarse para salvarlo.

-Elena...

-Si está muerto, es tu culpa

-¡Elena!

-Es mi culpa. Si está muerto será porque no llegué a tiempo...

Jeremy me tomó el brazo pasando sus manos entre los barrotes, sus dedos parecían llegar hasta mis huesos.

-¡Basta, Elena. No está muerto. Sé que estás conmocionada, pero si te calmas...

-¿Qué me calme? ¿Dices que estoy histérica?

-Cálmate y piénsalo y sabrás que Clay no está muerto. Piénsalo. Daniel sabe lo importante que Clayton es para la Jauría Para ti. Para mí. Es un rehén demasiado valioso como para matarlo.

-Pero Daniel no sabe por qué no aparecí. Quizá piense que no nos importa, que hemos abandonado a Clay, que lo hemos dado por muerto.

-Daniel sabrá que no es así. Pero para asegurarme, le envié una nota. Me dio una casilla de correo para que lo contacta la semana pasada cuando me exigió que te entregase. Tonio y Nick dejaron una carta diciendo que no te permitíamos ir a esa hora, pero que estoy dispuesto a negociar mientras no le causen daño a Clay. Estoy seguro de que Daniel ya lo sabe, pero quería dejárselo bien claro. No voy a correr ningún riesgo con la vida de Clay, Elena.

En algún nivel sabía que Jeremy tenía razón. Pero no me tranquilizaba Seguía pensando, ¿ Y si se equivoca? ¿Y si algo salió mal y Clay ni siquiera llegó a Nueva York? ¿Y si se despertó y lucharon y estaba tirado en un basurero en alguna parte? ¿Y si Daniel no pudiera resistir la oportunidad de destruir a su enemigo de toda la vida mientras lo tenía drogado e impotente? Y aunque Daniel lograra controlarse, ¿qué pasaba con Le Blanc? Ya había demostrado que no le importaba lo que pensara Daniel. Si Clay provocaba a Le Blanc, éste lo mataría. Aunque Clay no le hiciera nada a Le Blanc, podía matarlo porque si. Mientras me pasaban tantas posibilidades por la cabeza, cedieron mis piernas doloridas y me derrumbé sobre el suelo, todavía aferrada a los barrotes.

-No me alertaste -dije-.

Jeremy se agacho y puso una mano sobre la mía.

-¿De qué no te alerté, corazón? -preguntó suavemente-.

-No lo pensé. Tendría que haberlo sabido.

-¿Saber qué?

-Que él también estaba en peligro. Él me cuidaba. Pero yo no lo cuidé.

Agaché la cabeza, la apoyé en las rodillas y sentí las lágrimas que se formaban en mis ojos.

Jeremy me dejó en la jaula toda la noche. Por más que yo quisiera pensarlo contrario, sabía que él no estaba siendo insensible. Una vez que yo había empezado a llorar, era posible pensar que ya renunciaba a la pelea y aceptaría la voluntad de Jeremy. Alguien que no me conociera podría en eso. Pero Jeremy sí me conocía. Incluso cuando estaba llorando en el

suelo, no me dejó salir y ni siquiera entró a la jaula. Me acarició, pasando los brazos entre los barrotes, y me alcanzó pañuelos de Papel, pero no abrió la puerta. Cuando terminé de llorar y me limpié las lágrimas, estallé nuevamente. Rompí la cama, lo único que podía romper dentro de la celda. Pateé el inodoro, pero lo único que se rompió fueron un par de dedos míos. Tiré la cena al suelo y lo lamenté en cuanto el aroma de la carne me hizo gruñir el estómago. Maldije a Jeremy con todas mis fuerzas. No lo lamenté, aunque supiera que no estaba siendo justa. Y cuando se acabó, tendría que haberme sentido mejor, ¿verdad? No fue así. Me sentí estúpida. Sentí que había tenido un ataque de histeria y había quedado como una idiota. Tenía que controlarme. No le hacía ningún bien a Clay con mis escenas.

Por supuesto que por más que estuviera lista para salir de la jaula, eso no significaba que Jeremy me iba a dejar salir. Me dejó allí toda la mañana, acercándose cada tanto para asegurarse de que no había retomado mi imitación de El exorcista. Cuando volvió con mi almuerzo, trajo un sobre tamaño carta color manila. Antes de darme la fuente de comida, me pasó el sobre.

Dentro había una foto instantánea de Clay. Estaba sentado en el suelo, con las rodillas dobladas y los brazos detrás. Ambas manos y pies estaban fuera del cuadro, pero a juzgar por su posición, tendrían que estar atadas. Sus ojos estaban medio cerrados y tan nublados por las drogas que se veían grises y no azules. Aunque no se veían barras, sabía que estaba en una jaula. Ningún licántropo tendría cautivo a Clay sin asegurarse de que no pudiera Cambiar y escapar. Solo podrían tenerlo seguro con drogas, ataduras y/o una jaula. Daniel utilizaría las tres cosas. Ya había luchado con Clay y no iba a correr el riesgo de tener que enfrentarlo otra vez.

Volví a mirar la foto. Tenía moretones en los brazos y el torso desnudo, un corte grande que le partía en dos la mejilla izquierda, tenía los labios hinchados y partidos y un ojo en compota. Pese a eso, miraba a la cámara o a la persona que tomaba la foto, con una mirada aburrida y de enojo, como un supermodelo al que le han tomado una foto demás ese día. Mostrarse desafiante los hubiese provocado. Clay sabía que no debía hacerlo.

Metí la mano dentro del sobre y estaba vacío. Miré a Jeremy por primera vez desde que me encerró en la jaula lo miré realmente. Tenía ojeras y el pelo le caía sobre la frente, como si no hubiera dormido ni se hubiera bañado en varios días. Tenía arrugas en torno a los ojos y la boca. Casi parecía de su edad.

-¿Dónde está la carta? -pregunté, con más suavidad de lo que quería-. Sé que Daniel debo de haber mandado una carta. ¿Puedo verla?

-Dice que tienen a Clay, lo cual os obvio, y que no está bien, pero sí vivo, cosas obvias. Si miras la foto de su perfil izquierdo verás que hay alguien con un diario. Es el New York Times de hoy, presumiblemente para demostrar que las fotos fueron tomadas hoy

-¿Qué quiere Daniel?

-Clay no está en peligro inmediato.

-¿Vas a contestar directamente a alguna pregunta que te haga?

-Envié una nota. Exigí fotos diarias mientras negociamos.

Puse cara de enojo y fui hasta el otro lado de la celda, recordándome a mi misma que tenía que portarme bien. Si estallaba de nuevo, no iba a salir rápido de la jaula.

-Mira, sé que me descontrolé ayer -dije-. Pero ahora estoy bien. Quiero ayudar ¿Puedo salir?

-Come tu almuerzo. Volveré en un rato para ver si sigues con hambre.

Jeremy pasó la bandeja a través de la abertura cerca del piso y subió. Me mordí la lengua para no decir nada insultante de lo que pudiera arrepentirme... al menos hasta que ya no me pudo escuchar.

PLANES

Jeremy me dejó salir esa tarde. Antes de que llegáramos arriba le pregunté por sus planes. Me hizo esperar hasta después de la cena, probablemente para probar hasta donde resistía mi paciencia. Debo reconocer que para la hora de la cena ya estaba cerca de estallar; pero logré evitarlo. Mientras Antonio y Nick limpiaban los platos de la cena, Jeremy me llevó al estudio para hablar. La versión condensada al estilo de Selecciones del Reader´s Digest de nuestra conversación es que Jeremy me dijo que tenía un plan para liberar a Clay y yo no debía saber nada al respecto, ni se me permitiría ayudar a concretarlo. Como se pueden imaginar, lo acepté con gracia y una actitud comprensiva.

-¡Es la idea más estúpida que oí jamás- gruñí por décima vez en una hora-. No me voy a quedar aquí sin hacer nada.

-¿Prefieres quedarte en la jaula sin hacer nada?

-No me amenaces.

-Entonces no me amenaces tú a mí.

Hubo algo en la voz de Jeremy que me decidió a cenar la boca y a conformarme con caminar de un lado a otro.

-No lo puedo evitar -dije, manteniendo la voz baja y supuestamente calma-. Por favor, Jer, no me dejes afuera Quizá me culpes por lo que pasó en Toronto, pero no me castigues así.

-No hiciste nada malo en Toronto. Si alguien tiene la culpa, soy yo. Pensé que Toronto era seguro. No me di cuenta hasta el martes por la mañana de que Daniel se había ido cuando ya estaba allí, No voy a decirte cómo pienso recuperar a Clay porque entonces querrás ayudar y, si no te dejo, lo harás de todos modos.

-Pero…

Se inclinó hacia delante.

-Te estoy siendo honesto Elena. Te digo más de lo que le diría a nadie. Todo se cae a pedazos. No estaba preparado para esto. He sido un buen Alfa todo este tiempo porque nunca fui puesto a prueba. No así. Empecé a moverme lentamente, tanteando, juntando información. Mataron a Peter y a Logan. Cambié de orientación y fui tras Jimmy Koenig. Casi te matan a ti. Los mandé a un lugar donde creí que estarían a salvo. Pasada menos de una semana los encontró Daniel. Ahora tiene a Clay

-Pero...

Jeremy me sonrió con una media sonrisa y me quitó el pelo que caía sobre mi cara

-Lo siento, corazón. De veras. Pero así tiene que ser.

Antes de que pudiera contestarle, se había ido.

Pese a las órdenes de Jeremy, yo no tenía intención de quedarme sentada sin hacer nada. Al fin de cuentas, él no me había prohibido nada en particular. Así que empecé a trazarme un plan.

Primer paso: conseguir un aliado. Eso era fácil. No había muchas opciones, pero aunque las hubiera, Nick habría sido la opción obvia. No sólo era el mejor amigo de Clay, sino que también lo habían dejado fuera del plan de rescate y estaba tan descontento como yo respecto de eso. Jeremy sostuvo que necesitaba que Nick no se metiera en el plan para que pudiera cuidarme a mí, pero incluso era lo suficientemente inteligente como para saber que Jeremy no le contaba nada por temor a que me lo contara. Lo persuadí de que sólo quería juntar más información para demostrarle a Jeremy que podíamos ayudar sin meternos en problemas. Y no es que fuera mentira. Pensaba pasarle a Jeremy cualquier información que descubriera. ¿Y si aún así se negaba a dejarme ayudarlo? No me preocupaba por eso. Siempre pedía renegociar mi arreglo con Nick más adelante.

Segundo paso: planear el curso de acción. Jeremy trataría de averiguar dónde tenían los callejeros a Clay. No había que ser genio para saberlo. Negociar con Daniel sólo sería una cortina de humo para mantenerlo ocupado mientras Jeremy descubría dónde estaban. Nick lo confirmó. Ayer, antes de que lo sacaran del plan, Jeremy los envió a él y a Antonio al hotel Big Bear: Todos menos Daniel se habían ido del hotel el lunes. Daniel se había quedado hasta alrededor del mediodía del miércoles. La mucama se acordaba bien porque había ido tres veces a su cuarto para limpiar y tuvo que quedarse más tarde por culpa de él. De modo que la conclusión que saqué yo, y probablemente también Jeremy, era que los callejeros habían encontrado otro lugar donde ocultarse y habían llevado a Clay allí inmediatamente después de regresar de Toronto. Nada de esto era sorprendente. Serían idiotas si mantuvieran cautivo a Clay en un hotel público. A Clay podía no gustarle la idea de que lo rescataran humanos, pero su instinto de supervivencia era lo suficientemente fuerte como para no ignorar la oportunidad de hacer ruido y llamar la atención. Calculé que la siguiente movida de Jeremy sería dejar otra nota en el correo, esperar a que apareciera un callejero y tratar de seguirlo hasta Daniel. Es lo que yo haría. Dado que no quería interferir con los planes de Jeremy -o, para decirlo de modo más realista, no quería que me pescaran interfiriendo- tendría que dejarle a él el seguimiento del callejero y encontrar otra manera de descubrir dónde ocultaban a Clay.

Tercer paso: Distraer la atención de mis actividades. Si se hubiese tratado de cualquiera que no fuera Jeremy, yo habría representado el papel de subordinada amedrentada. Pero para Jeremy eso sería señal segura de que estaba metida en algo. Así que armé lío y me quejé y le hice la vida imposible. Él no esperaba otra cosa. Cada vez que podía, yo le exigía, le rogaba o negociaba que me incluyera en sus planes. Hice sugerencias. Ofrecí consejos. Cuando eso fallaba, pataleaba y andaba a los portazos por Stonehaven. Finalmente, luego de una noche y una mañana de meterme en su camino en cuanta oportunidad tuve, le di un ultimátum. Sino encontraba a Clay en tres días, iría tras él con o sin su permiso. Jeremy me recordó la jaula en el sótano y prometió ponerme allí si salía de los terrenos de la casa aunque más no fuera de paseo. Reiteré mi amenaza, pero dejé de molestarlo para que me permitiera ayudar a buscar a Clay. Supuso por tanto que tenía tres días antes de que volviera a molestarlo, así que se relajó. Truco ingenioso diré, si se me permite.

Si bien Nick había aceptado ayudarme, se negó a desobedecer la orden de Jeremy del arresto domiciliario, de modo que en realidad no me podía ir a ninguna parte. Bueno podía desmayar a Nick de un golpe y escaparme, pero no le haría eso a él. Además, Jeremy me encontraría y me traería de regreso y Nick no se sentiría demasiado dispuesto a ayudarme de nuevo si aún le doliera el golpe.

Lo primero que hice fue llamar al hospital. No, no llamé al hospital local con la premonición de que podrían tener a Clay o saber dónde estaba. Llamé al hospital Saint Michael de Toronto. No había olvidado que dejé a Philip sangrando en el piso de nuestro departamento, Reconozco que no le dediqué a la cuestión todo el tiempo que pude, pero sabía que sus heridas no significaban un peligro de muerte, al menos no cuando contuve la hemorragia y pedí ayuda, y la situación de Clay era mucho peor; así que creo que se me puede perdonar que mi preocupación no se dividiera parejamente entre los dos. Philip no estaba en ese hospital. La sala de emergencias no había recibido nuevos pacientes la tarde del martes, cosa que sucedía frecuentemente debido a la reducción del presupuesto. Philip había sido llevado al Toronto East General y seguía allí. Hablé con la enfermera a cargo de su piso, diciendo que era hermana de él, y así me enteré de que él había sufrido heridas internas y tuvo que ser operado, pero se estaba recuperando y esperaban que le dieran de alta el lunes, lo que significaba que en realidad se sentiría mejor el miércoles o el jueves: nuevamente los recortes presupuestarios. Ofreció comunicarme con su cuarto para que hablara con él, pero me negué, diciendo que no quería interrumpirle el descanso. La verdad es que fui demasiado cobarde como para hablar con él. Aunque me perdonara por abandonarlo, estaba de por medio la pequeña cuestión de que me había visto Cambiar a loba. De modo que me conformé

con enviarle flores junto con una nota que decía que lo vería pronto y que esperaba que eso no lo asustara tanto como para volverlo a la sala de cuidados intensivos.

Lo siguiente que hice fue llamar a la inmobiliaria local. No es que pensara mudarme y necesitara un lugar. Idea tentadora, pero sabía que no llegaría lejos. Si Jeremy me rastreé hasta un campo en el norte de Nueva York-y aún no quería decirme cómo lo había logrado-, entonces sin duda podría encontrarme en Bear Valley, fuera antes o después de que me encontraran los callejeros. Como sea, no soy suicida. Llamé a la inmobiliaria para averiguar por Casas alquiladas o compradas en el último par de semanas, en particular Casas en el área rural. Se habían vendido tan sólo tres casas en el distrito recientemente. Dos fueron compradas por familias jóvenes y la tercera para una pareja de gente retirada. Había más alquileres, pero todos a residentes de larga data en la zona, que pasaban de un alquiler a otro.

Cuando no dio resultado lo de la casa, empecé a averiguar por la posibilidad del alquiler de caballas. Lo malo era que vivíamos en una zona de cabañas. Lo bueno es que recién comenzaba la temporada de alquileres y la zona de Bear Valley en sí misma no era de las más buscadas, porque había demasiados árboles y demasiado pocos lagos y vías acuáticas. Llamé a la Asociación de Cabañas de Bear Valley. Con algo de ingenuidad, muchas mentiras y mucha más cortesía, Jeremy me había educado bien, descubrí que sólo había cuatro alquiladas en ese momento y que tres de los cuatro inquilinos eran parejas de luna de miel y en el cuarto caso se trataba de un montón de hombres maduros de Nueva York que venían siempre en mayo para algún tipo de estrechamiento de relaciones entre hombres, en el bosque y por motivos terapéuticos. Otro callejón sin salida. Me estaba contestando todo lo que preguntaba, pero nada interesante. Tendría que probar por otra vía. Pero no sabía bien cuál.

Tener un objetivo hizo que las horas pasaran rápido, con lo que tuve poco tiempo para lamentar la situación en la que se encontraba Clay. Finalmente incluso ese placer se agotó y me quedé a solas con mis pensamientos. Estaba cuidando del fuego en la chimenea del estudio, que no necesitaba de mis cuidados. Ni siquiera había necesidad de encenderlo, cuando la temperatura exterior se ubicaba alrededor de los veinte grados al anochecer. Pero me reconfortaba estar sentada allí, atizando los troncos y viendo cómo el fuego saltaba y lanzaba chispas. Una acción innecesaria era mejor que ninguna acción. Además, mirar fijo las llamas me subyugaba, me hacia concentrar en algo fuera de los pensamientos y los temores que superaban continuamente las barreras mentales que había erigido cuidadosamente en las últimas veinticuatro horas.

No estaba sola en el estudio. Nick estaba allí, dormitando en el sofá. Cada tanto abría los ojos y decía algo. Hablábamos unos minutos, entonces la conversación se acercaba peligrosamente al tema de Clay y nos quedábamos en silencio. Cuando el reloj dio la medianoche, Nick volvió a despertarse. Inclinó la cabeza hacia atrás por sobre el apoyabrazos del sofá y miró la ventana.

-viene luna llena –dijo- ¿dos, tres días?

-Dos.

-Necesitaré correr. ¿Y ti'?

Logré sonreír.

-Sabes perfectamente bien que no necesito correr, porque hice más que lo necesario en materia de carreras hace tres días. Lo que quieres saber es si correré contigo y te salvaré de la horrorosa idea de tener que correr solo.

-No sé cómo lo hiciste en Toronto todos esos meses -dijo con un temblor-. Yo tuve que hacerlo un par de veces en el invierno. Tonio se fue por asuntos de negocios y Logan estaba ocupado con un caso y Clay... como sea tuve que Cambiar solo.

-Pobre bebé.

-Fue horrible. Fue como salir al bosque, desvestirme, Cambiar, quedarme ahí parado el tiempo suficiente, volver a Cambiar, vestirme, volver adentro. Ni siquiera me molesté en corren Era tan divertido como cagar.

-linda analogía.

-Lo digo en serio. Vamos Elena Reconócelo. Es así si estás solo. Como se dice... una función corporal. Me acuerdo de cuando yo era chico, antes de mi primer Cambio, y Clay solía...

Se detuvo. Esta vez no retomó la conversación. Hubo silencio y me volví hacia el fuego, atizándolo y observando caer las chispas en cascada. Se abrió la puerta. Escuché entrar a Jeremy, pero no me di vuelta. Un momento más tarde sonaron los resortes del sofá cuando Nick se levantó. Atravesó el cuarto y cerró la puerta. Jeremy vino por detrás. Su mano tocó mi nuca, vaciló, luego acarició mi pelo.

-Sé lo difícil que es para ti, Elena. Se lo asustada que estás, lo asustada que estás de perderlo.

-No es eso. Por supuesto que tengo miedo de perderlo. Pero si crees que se debe a que de pronto he comprendido cuánto lo amo y que cuando y en el caso de que lo recuperemos, volveré a casa y todo estará bien, entonces estás equivocado. Lo siento. Sé que eso es lo que quieres, que sería más fácil para ti y para todos los demás, pero no va a suceder. Sí, me preocupo por él. Mucho. Y sí, quiero que vuelva. Quiero que vuelva por ti y por Nick y por la Jauría. Estoy trastornada porque me considero responsable.

Jeremy no respondió.

Lo miré por sobre el hombro.

¿Así que tú también me consideras responsable?

-No, para nada. No contesté porque pensé que era mejor callarme respecto del resto. Si piensas que es ése el motivo por el que estás mal...

-Lo es.

Se quedó callado un momento, luego me tocó la espalda, con los dedos moviéndose hacia la pelota dura entremedio de mis hombros.

-Cualquiera que sea el motivo de tu preocupación, no te considero responsable de lo que pasó. Ya lo hemos hablado. Yo tenía que haberte mandado a otra parte. Creí que estaba actuando con inteligencia, pero ni siquiera me di cuenta de que pasaba algo hasta que traté de contactarme con Clay esa noche.

-¿Lo has hecho desde entonces? -pregunté, enderezándome y girando para mirarlo a la cara-. ¿Has contactado a Clay desde que lo capturaron? ¿Lo intentaste verdad? ¿Qué dijo? ¿Esta..?

Jeremy puso sus dedos sobre mis labios.

-Si, lo he intentado. Una y otra vez. Pero no puedo llegar a él. Son las drogas.

Había otro motivo posible para que Jeremy no pudiera contactarse con Clay, pero no me atreví a mencionarlo. Jeremy pareció leerlo en mi rostro y sacudió la cabeza.

-No pienses oso. Está bien. Viste las fotos de hoy. Puedes leer la fecha del diario. No se ve muy bien, pero está vivo.

Sonaba cansado. La Jauría estaba sitiada y los callejeros tiraban abajo las defensas tan rápido como Jeremy lograba levantarlas. Eso estaba desgastándolo. Yo deseaba no haberlo advertido. Deseaba poder creer, igual que Antonio y Nick, que el Alfa de la Jauría era indestructible. Así se educa a los licántropos de la Jauría, con la convicción de que, pase lo que pase, su Alfa los protegerá. Eso era un error. Totalmente erróneo. Funcionaba bien en circunstancias normales, cuando la Jauría no enfrentaba más que a un callejero por vez y la tarea del Alfa se concentraba en resolver disputas internas y presentar un frente unido contra los callejeros. Pero enfrentado a problemas de estas dimensiones, el Alfa necesitaba ayuda, no sólo para combatir la amenaza, sino para decidir cómo combatirla. Tal colaboración era impensable. Jeremy podía probar sus ideas con Antonio, pero no pensaría en pedirle consejo, ni ningún miembro de la Jauría soñaría en ofrecérselo. Yo sí. Quería decirle a Jeremy lo que pensaba y tratar de ayudarlo, pero sabía que no podía. Si él se sentía desbordado ahora, que

yo anduviera adivinando sus planes empeoraría las cosas. Al igual que Antonio y Nick, Jeremy tenía la misma concepción equivocada del liderazgo. La responsabilidad de salvar a la Jauría descansaba sobre sus hombros. La única manera en que yo podía ayudarlo era elaborando mis estrategias sola.

DESPERTAR

A la mañana siguiente, Jeremy y Antonio se fueron otra vez. Yo volví al trabajo. O, al menos, me preparé para volver al trabajo. Llamé al hospital para saber acerca de Philip, luego me senté frente al escritorio en el estudio, encendí la laptop de Clay y me quedé allí, mirando del teléfono a la laptop y viceversa. Eran mis únicas herramientas para encontrar a Clay y no tenía idea de qué hacer ahora con ninguna de las dos. De modo que saqué un anotador y empecé a hacer una síntesis de lo que sabía, esperando que se me ocurriera así otra vía de exploración.

Quedaban dos callejeros con experiencia, la mitad del número original. Eso era tranquilizador, hasta que recordé que habíamos eliminado a los dos callejeros menos importantes y dejado vivos a los más peligrosos. No era tan bueno. También teníamos a dos callejeros nuevos. A Le Blanc lo conocía bien y entendía cómo funcionaba. Volví a sentir cierta complacencia momentánea antes de recordar que ni siquiera habla visto al protegido de Cain, Victor Olson. Así que quedaba el siguiente paso: averiguar más acerca de Olson. Por supuesto que decidir lo que iba a hacer no era lo mismo que determinar cómo hacerlo. De las dos herramientas que tenía disponibles, Internet parecía la mejor, porque con el teléfono ni siquiera sabía por dónde empezar.

Cain había dicho que el nombre de su protegido era Victor Olson y que lo habla sacado de una cárcel de Arizona, donde estaba preso por crímenes sexuales. Dado que Daniel había encontrado a Olson, sus crímenes debían haber sido lo suficientemente importantes como para aparecer en los medios. Sólo esperaba que Victor Olson fuese su nombre real. Lo era. Una simple búsquda con el nombre y la ciudad obtuvo siete correspondencias completas. Tres se referían a Victor “Perro Loco» Olson, lo que sonaba prometedor, hasta que hice clic en el primer sitio y me encontré con una publicidad de un ahogado de juicios por daños. El cuarto se refería a un prócer de la ciudad, muerto hace muchos años, de nombre Victor Olson. Con los últimos tres tuve suerte. Victor Olson había escapado de la cárcel hacía cuatro meses, interrumpiendo así su condena a cadena perpetua por violar y matar a una nena de diez años. Volví a leer varias veces la edad de su víctima. Cain dijo que estuvo en la cárcel por “joder con un par de chicas”. Su-puse que con lo de «chicas» quería decir mujeres. Obviamente no era así. Conteniendo el asco, leí todo el artículo. Olson era un asesino de niñas de toda la vida que había sido denunciado varias veces por actos indecentes, pero los cargos siempre habían sido rechazados porque el juez consideraba que los testimonios de las víctimas “no eran confiables”. Con la última víctima, el juez tuvo que admitir que el testimonio que aportaba su cadáver era razonablemente confiable. Pasé al artículo en el segundo sitio y descubrí por qué Daniel había escogido a Olson. Era de los que acechan a su presa. Escogía a sus víctimas cuidadosamente y las seguía durante semanas antes de actuar. Un detective dijo que nunca habla visto a nadie tan bueno para la "caza”, ése era su comentario.

Pasé otra hora revisando lo que sabía. Cuando no llegué a nada fui a buscar a Nick, que estaba en el gimnasio, y le repetí todo, esperando que a él se le ocurriera algo o que al verbalizar la cosa se me ocurriera algo a mí. Nick escuchó, pero no aportó nada. Nick no estaba acostumbrado a tener ideas. Eso sonó peor de lo que debía. Lo que quise decir es que estaba acostumbrado a seguir los planes de otros fueran de Jeremy, de su padre, de Clay o míos. Era un lugarteniente entusiasta, pero no era exactamente -como decirlo de un modo

benévolo- un pensador profundo. Hablar con él tampoco me ayudó. Así que dejé los papeles, apagué la laptop e hice la tarea más aburrida y embotadora que se me ocurrió. Lavé la ropa.

Nadie había lavado ropa desde que nos fuimos a Toronto, probablemente porque era lo último en lo que alguien pensaría. No entendí todas las implicancias de eso hasta que estaba doblando la primera carga del lavarropas y me encontré con una camisa de Clay. Me quedé allí, en el lavadero, sosteniendo la camisa. Clay la tenía puesta el día anterior a que nos fuéramos. No sé por qué lo recordé. Era una camisa de golf a franjas de color verde oscuro, una de las escasas excepciones en el vestuario de Clay a la plétora de remeras blancas y negras lisas. Tuvo que haber sido un regalo de Logan, que consideraba responsabilidad suya poner un toque de moda en el vestuario de Clay. Mirando la camisa, pensé en Logan y resurgió el dolor. Después pensé en Peter, recordó cómo le tomaba el pelo a Clay por lo monocromático de su guardarropas y lo amenazaba con darle un montón de las remeras más llamativas que pudiera encontrar. Pestañeé con fuerza, metí la camia debajo de una parva de pantalones de Nick y seguí adelante.

Luego de doblar la primera carga de ropa, la llevé arriba para guardarla. Dejé para el final la pila de Clay. Durante varios minutos me quedé parada frente a la puerta cerrada de su cuarto y dudé si poner sus cosas en otro lugar antes de reunir suficiente coraje como para entrar Hice la tarea a las apuradas, apretando las camisas, la ropa interior y las medias en sus cajones. Sus jeans fueron al ropero. Sí, él colgaba sus jeans, probablemente porque si no lo hiciera, no habría otra cosa en el ropero. Estaba poniendo los jeans en las perchas cuando vi una pila de regalos envueltos en el piso del ropero. Sin siquiera mirar las etiquetas supe lo que eran. Una parte de mi quería cerrar la puerta del ropero de un golpe y escapar. No quería verlos. Pero no pude resistirlo. Estiré la mano y tomé el regalo de arriba. Estaba envuelto en papal navideño, con bastones y arcos de caramelo. En la etiqueta habla un nombre: Elena, que cruzaba las palabras DE y k

Nick habla dicho que Clay esperaba que yo volviera. Yo misma casi esperaba volver la Navidad pasada, no por propia voluntad, sino mágicamente, como si pudiera quedarme dormida en Toronto en la Noche Buena y despertar en Stonehaven a la mañana siguiente. Las Pascuas, el día de Acción de Gracias, los cumpleaños, pasaban sin que yo los notara, sin ninguna urgencia por volver. La Navidad era diferente. La Navidad le pertenecía a Clay.

De niña yo odiaba la Navidad, De todas las fiestas, era la que más glorificaba a la familia, todas esas películas y especiales para la televisión y avisos y tapas de revistas que mostraban familias felices y sonrientes, que llevaban a cabo los ritos correspondientes a la ocasión. No es que me faltaran las cosas típicas de la Navidad, mis familias adoptivas no eran ogros totales. Me daban regalos y comía pavo. Iba a fiestas y misas de medianoche. Me sentaba en la falda de Papá Noel y aprendía a cantar para la fiesta del colegio. Pero sin los vínculos “normales" que deseaba, los rituales parecían tan falsos como la nieve artificial. Así que cuando me fui a vivir sola a los dieciocho, dejé de celebrar. Entonces conocí a Clay. Ese primer año que estuvimos juntos sentí por fin que era posible una verdadera Navidad, No tenía padres y abuelos y tíos y tías a mi alrededor, pero tenía a alguien. Tenía el primer vínculo con todo lo demás que tanto deseaba.

Debo decir que Clay no tenía idea de cómo celebrar la Navidad. No era una fiesta oficial de los licántropos. En realidad no hay festividades oficiales de los licántropos, pero no es ésa la cuestión. La Jauría sólo reconocía la Navidad como un momento para reunirse, como lo hacia tantas veces al año. Intercambiaban regalos, igual que en sus cumpleaños, pero hasta allí llegaba la celebración. ¿Entonces qué hizo Clay cuando sugerí que quería una Navidad con todas las letras? En me dio una.

Aunque no lo supo entonces, se pasó semanas estudiando la festividad para saber qué se esperaba. Entonces me dio una Navidad con todo. Salimos y cortamos un árbol, luego advertimos que era imposible llevarlo a su departamento en moto. Hicimos que nos lo llevaran y lo decoramos. Prepararnos galletas y descubrirnos lo difícil que es hacer figurines

con masa de galleta sin un molde. Hicimos un Pan dulce, que probablemente estaría aún en el balcón de su viejo departamento, donde finalmente lo usamos para mantener abierta la puerta. Compramos luces para balcón y luego tuvimos que ir por un alargador, luego por una tijera de cortar alambre para hacer un agujero en el tejido de la puerta y pasar el cable. Escuchamos música de Navidad, vimos El Grinch y alquilamos Es una vida maravillosa, aunque Clay se durmió, bueno, en realidad nos quedamos dormidos los dos. Bebimos licor de huevo junte al fuego, mejor dicho junto a una foto de una Chimenea de una revista, que Clay pegó en la puerta Cumplimos con todas las tradiciones. Entonces, en la Noche Buena, hicimos el amor por primera vez. Yo misma fui mi regalo para él. Su regalo para mí fue su paciencia inagotable en los meses previos, hasta que superé ni temor a la intimidad. Fue la Navidad perfecta. No llegamos a las Pascuas.

No hubo Navidad al año siguiente. Supongo que la Navidad aún ocurría en el mundo exterior, pero en Stonehaven pasó sin que se notara. Para el invierno apenas si estaba fuera de la jaula. Clay seguía desterrado. Logan venia a verme, pero lo alojé, como hice la otra media docena de voces que intentó visitarme. Nick envió un regalo. Lo tiré sin abrir. Antes de que Clay me mordiera, yo había conocido a Logan y a Nick, incluso empecé a considerar los amigos. Después los culpé de no alertarme. De modo que vino y se fue la Navidad y yo apenas lo noté. Al año siguiente, Clay seguía desterrado. Yo ya estaba bien avanzada en mi recuperación. Habla perdonado a Logan y a Nick e incluso a Jeremy. Estaba conociendo a Antonio y a Peter. Empezaba a aceptar la vida como mujer loba. Llegó la Navidad nuevamente y yo pensé que pasaría una Navidad sin bambollas, al igual que el año anterior. En cambio, tuvimos una Navidad a todo trapo, con regalos debajo del arbolito, luces de colores reflejadas sobre la nieve y pavo en la mesa. Toda la Jauría vino a Stonehaven por una semana y, por primera vez, supe lo enloquecida, cansadora, ruidosa y maravillosa que puede ser una Navidad en familia. Pensé que así era como celebraba la Jauría todos los años cuando tenía que vérselas con una nueva mujer loba rabiosa, No fue hasta enero que supe la ventad. Clay se había comunicado con Jeremy y le pidió que hiciera eso por mí. Fue el regalo que me hizo. Mi regalo para él fue pedirle a Jeremy que pusiera fin a su destierro,

Después de eso, todos los años tuvimos grandes celebraciones de Navidad en Stonehaven. La Jauría me permitía vivir mi fantasía por completo, sin hacerme sentir jamás que lo hacían para darme el gusto. No puedo decir que todas las Navidades fueran felices. A veces Clay y yo estábamos bien, la mayor parte de las veces no, pero estábamos siempre juntos. Si esa última Navidad de Clay había sido difícil, hubo una cosa que la hizo tolerable: saber que él estaba en alguna parte. Al mirar la pila de regalos en su ropero, advertí que también valía para cada día de mi vida, no sólo para la Navidad. De algún modo, saber que Clay estaba allí, esperándome si decidía volver, me daba un consuelo en la vida. La nuestra podía ser la relación más volátil que se pudiera imaginar y Clay mismo podía ser la persona más irritable que yo conociera pero, de un modo perverso, él era la cosa más estable de mi vida. Hiciera yo lo que hiciese, él estaría allí, me sucediera lo que me sucediese siempre podía volver a Stonehaven. ¿Y si no estuviese? La idea me llenó de algo tan helado que mi aliento pareció congelarse en mis pulmones y tuve que esforzarme para poder respirar. No le había mentido a Jeremy la noche anterior. Éste no era uno de esos cuentos de hadas en que la heroína reconoce su amor imperecedero por el héroe cuando él está en peligro de muerte. En esta historia no había héroes ni heroínas y no habría un final feliz para siempre, aunque recuperáramos a Clay. Aún no podía imaginarme vivir con él, ni podía pensar en mi mundo sin él. Lo necesitaba. Tal vez eso fuera increíblemente egoísta. Casi con certeza lo era. Pero era honesto. Necesitaba a Clay y tenía que recuperarlo. Volví a mirar los regalos y supe que no estaba haciendo lo suficiente.

-Voy a Bear Valley -dije.

Era el día siguiente. Nick y yo estábamos en el patio de atrás, almorzando. Jeremy y Antonio se habían ido hacía una hora, Desde entonces, trataba de pensar cómo decirle a Nick lo que planeaba. Luego de media docena de intentos fallidos, me decidí a decirlo sin vueltas.

-Le dije a Daniel que quería verlo.

-¿Eso decías en esa nota? Cuando Antonio y Nick se fueron a enviar la última carta de Jeremy a Daniel le deslicé a Nick una nota para agregar a la de Jeremy. Nick no me hizo ninguna pregunta, probablemente porque él quería Ignorar la respuesta.

-Sí. Me voy a encontrar con él alas dos.

-¿Cómo logró comunicarse contigo?

-No lo hizo. Le dije que lo vería a las dos. Y él va a estar allí.

-¿Y Jeremy está de acuerdo?

Me di cuenta por el tono de Nick de que él sabía perfectamente que yo no se lo había mencionado a Jeremy. La pregunta era su manera prudente de referirse al asunto. O quizá tuviera la esperanza imposible de que esto fuera algo que yo había planeado con Jeremy y habíamos olvidado mencionárselo.

-Ya no me voy a quedar quieta -dije-. No puedo hacerlo. Lo intenté, pero no puedo.

Nick bajó las piernas y se sentó en el borde de su reposera.

-Sé lo duro que es para ti, Elena. Sé cuanto lo amas...

-No es eso. Mira, ya hablé todo esto con Jeremy. Necesitamos recuperar a Clay. La Jauría lo necesita- Yo voy a hacer que vuelva. Que quieras ayudar es asunto tuyo.

-Lo que vuelva, pero no voy a ayudarte a que te hagas matar.

-¿Y eso qué quiere decir?

-Lo que parece. Te vi cómo estaba. Hace un par de días...

-¿De eso se trata? ¿Por qué perdí el control hace tres días? Mírame ahora. ¿Te parece que estoy fuera de control?

-No y eso probablemente me asusta más que si lo estuvieras.

-Voy a ir. -dije

-No sin mí

-Bueno.

-Pero yo no voy. Así que tú tampoco.

Me paré y fui hacia la puerta trasera. Nick se puso de pie de un salto y me cerró el paso.

-¿Qué vas a hacer? -pregunté-. ¿Vas a desmayarme de un golpe y encerrarme en la jaula?

Desvió la mirada, pero no se movió. Sabía que no haría nada. Llegados a eso, no usaría la fuerza física para detenerme. No era parte de su naturaleza

-¿Dónde es el encuentro? -preguntó por fin-. ¿En un lugar público? Porque si no...

-Es en el Donut Hole. Lo más público que pude lograr. No importa lo que pienses, no estoy haciendo nada que pudiera ponerme en peligro. No haría nada para ponerte a ti en peligro tampoco. El único riesgo es que desobedezco las órdenes de Jeremy. Y sólo lo hago porque se equivoca al excluirme.

-De modo que te encontrarás con Daniel en el café y yo estaré allí. Detendremos el auto adelante. No iremos a ninguna parte con él, ni siquiera a caminar por la calle.

-Exacto.

Nick se volvió y entró a la casa. No lo hacía feliz, pero me iba a acompañar. Algún día se lo compensaría.

Cuando estacioné delante del café, pude ver a Daniel a través de la ventana. Estaba sentado en un reservado. El pelo castaño le llegaba hasta los hombros y lo llevaba detrás de su oreja izquierda, su única oreja, en realidad, a causa de esa pequeña mordedura de hacía unos años. Su perfil era duro, pómulos altos, mentón puntiagudo y nariz fina, bien parecido, pero se asemejaba más a un zorro que a un lobo, lo que iba mejor con su personalidad.

Al bajar del auto, sus ojos verdes me siguieron, pero no registró mi presencia con ningún gesto, ya que había descubierto tiempo atrás que yo no respondía bien a la adulación. Su cuerpo era delgado y compacto. Medíamos lo mismo, alrededor de uno ochenta Una vez que tuve que encontrarme con Daniel para transmitirle una advertencia de Jeremy, yo tenía puestos tacos de cinco centímetros y disfruté la sensación de hablarle desde arriba, hasta que me dijo lo sensuales que me quedaban los tacos. Desde entonces nunca me había visto de otro modo que con mis zapatillas más viejas y maltratadas.

Eso día Daniel se habla puesto una remera negra y jeans, que era lo que se ponía casi siempre. Copiaba el vestuario monocromático de Clay, estilo obrero de la construcción, como si eso le diera cierta clase. No era así.

Marsten estaba frente a Daniel. Como de costumbre, estaba vestido como si hubiese salido de una revista de modas, lo que hacía parecer descuidado a Daniel. Bueno, Karl Marsten haría parecer descuidada a cualquier persona, pero no es ésa la cuestión.

Cuando Nick y yo entramos, Marsten se puso de pie y se acercó a la puerta para saludarnos.

-Viniste -dije-. Me sorprende que Danvers te lo permitiera. ¿O acaso no lo sabe?

Me pateé mentalmente. Hasta entonces no había pensado en lo que pensarían los callejeros sí yo resultaba estar violando las órdenes de Jeremy. Divisiones en la Jauría. Maravilloso. Era seguro que Marsten se iba a dar cuenta en cinco segundos.

-Te ves bien, Elena -continué Marsten, sin esperar mi respuesta-. Un poco cansada, pero eso era de esperarse. Con suerte esto se acabará pronto.

-Eso dependerá de ustedes -dije

-En parte. Se volvió hacia el hombre que atendía el mostrador. -Dos cafés. Sin nada para la dama y …. -miró a Nick-¿Una de crema y dos de azúcar, verdad?

Nick sólo lo miró con odio.

-Uno sin nada. El otro con una de crema y dos de azúcar -repitió Marsten al hombre-. Póngalo en mi cuenta. Se detuvo y luego se volvió hacia mí sonriendo. -No puedo creer que acabe de decir eso en un café. Tengo que salir de este pueblo.

Yo desvié la mirada.

-Hacía mucho tiempo que no te vela, Nicholas -continuó Marsten-. ¿Cómo está tu padre? Invertí en una de sus empresas el año pasado. Ganancias del treinta por ciento. Por cierto que aún maneja bien las cosas.

Ignorándolo, Nick se sentó en un taburete frente al mostrador y estudió la oferta de masas. Marsten se sentó a su lado en otro taburete y me indicó que fuera con Daniel.

-Tú ve a hacer lo tuyo. Yo me quedo con Nicholas. Daniel no levantó la mirada cuando me acerqué. Revolvió el café y sólo me saludó con un movimiento de su cabeza. El hombre del mostrador trajo mi café. Lo hice a un lado y me senté frente a Daniel, al otro lado de la mesa. Siguió revolviendo el café. Me quedé sentada allí unos segundos. En otras circunstancias, yo habría esperado más para ver cuánto podía estirar él esa indiferencia fingida de revolver el café antes de sentirse obligado a mirarme. Pero el tiempo de jugar se había acabado.

-¿Qué quieres? -pregunté.

Aún revolvía, con los ojos en la taza, como si pudiera escapársele si dejaba de mirarla.

-¿Qué quiero habitualmente?

-¿Venganza?

Alzó la vista y me miró a los ojos, después me recorrió lentamente con la mirada como de costumbre. Apreté los dientes y esperé. Luego de unos segundos, me sentí tentada de chasquear los dedos delante de su rostro y decirle que no había tanto que mirar.

-Quieres venganza -repetí, para hacer que su cerebro volviera a funcionar-

Daniel se reclinó en el asiento, alzando una pierna para mostrarse muy tranquilo y relajado.

-No. Nunca quise eso. No importa lo que me haya hecho la Jauría, ya lo superé. No merecen mi tiempo. Pero tú sí.

-Otra vez la misma historia -murmuré.

Daniel me ignoré.

-Sé por qué estas con ellos, Elena. Porque temes irte, temes lo que te harán y temes lo que te pasará sin su protección. Estoy tratando de mostrarte que no pueden hacerte daño y no pueden protegerte. Si quieres un compañero, un verdadero compañero, mereces algo más que un monstruo que tiene que dar tres vueltas antes de acostarse. Yo puedo darte algo mejor.

-¿Así que esto es para ganarme a mí? No digas estupideces.

-¿No crees que lo vales? Creí que te valorabas más.

-Mi inteligencia está por encima de eso. No es por mí. Nunca lo fue. Es por ti y Clay. Crees que me tiene, así que me quieres. Tu motivación es tan compleja como la de un chico de dos años que ve a otro con un juguete. Lo quieres para ti.

-Te subestimas.

-No, no subestimo cuánto lo odias. ¿Qué pasó? ¿Siempre le dieron la porción más grande de torta cuando eran chicos?

-Mi vida fue un infierno gracias a ellos. Él y el indio toro aquel -Daniel miró con odio en dirección a Nick-. Pobre Clay. Tiene problemas. Tuvo una vida dura. Debes tratarlo bien. Debes ser su amigo. Es todo lo que he escuchado siempre. Lo único que veían era un cachorro de lobo. Si mostraba los dientes, les parecía simpático. Nos mandaba como si fuera un Napoleón en miniatura y ellos lo consideraban bonito. Para mí no era ni bonito ni simpático. Era...

Alcé la mano.

-Estas desvariando.

-¿Qué?

-Quería que lo supieras. Estas desvariando. Es un poco feo. Si sigues así terminarás informándome de tus planes para dominar el mundo. Eso es lo que hacen todos los villanos después de desvariar acerca de su motivación. Esperaba que tú fueras distinto.

Daniel tomó un gran trago de café, luego sacudió la cabeza y se rió.

-Bueno, ya me diste el cachetazo para ubicarme. Siempre fuiste buena para eso. Tú dices que ladre y yo pregunte si alto o bajo.

-Digo que sueltes a Clay...

Daniel hizo una mueca

-Y yo digo: ¿por qué habría de molestarme? Bueno, hay un límite para mi obediencia. No lo soltaré sólo porque tú lo quieres, Elena. Podrías hacer pucheros y ojitos y rogarme y, si bien eso me resultaría muy excitante, no me haría soltarlo. Te haré la misma oferta que a Jeremy Tú por Clay

-¿Por qué?

-Ya te dije.

-¿Porque me deseas tanto que estas dispuesto a arriesgar tu vida para tenerme? Dame una explicación mejor o me voy.

Daniel se quedó en silencio un momento y luego se inclinó hacia delante.

-¿'Has pensado alguna vez en tener tu propia Jauría? No reclutar callejeros medio idiotas, sino crear una dinastía. No somos inmortales, Elena, pero hay una manera de asegurarnos la inmortalidad.

-Realmente espero que no estés insinuando lo que pienso.

-Niños, Elena. Una nueva raza de licántropos. No medio licántropos, medio humanos, sino licántropos plenos, que hereden los genes de ambos padres. Licántropos perfectos.

-Vaya. Realmente quieres dominar el mundo.

-Hablo en serio.

-Seriamente loco. Lo siento, pero este útero no se vende ni se alquila.

- _Ni siquiera por el precio de una vida? ¿La vida de Clay?

Me recosté hacia atrás e hice de cuenta que lo estaba pensando. Era el momento de redoblar la apuesta.

-¿De modo que si acepto, lo dejas en libertad?

-Correcto. Sólo que no voy a confiar sólo en que vengas conmigo y te quedes, de modo que aclaremos eso de entrada. Tengo un lugar para ti, romántico y adecuadamente remoto y seguro. Estarías confinada. Algo así como la jaula de Stonehaven, pero mucho más lujoso. Si me das lo que quiero, todo lo que quiero, no estarás allí mucho tiempo. Cuando te haya convencido de que soy tu mejor opción, te dejo salir. Si tratas de escaparte te encierro nuevamente.

- Caray, qué tentador.

-Estoy siendo honesto contigo, Elena. Es un intercambio. Su cautiverio por el tuyo.

Hice de cuenta que lo pensaba, mirando por la ventana. Entonces volví a mirar a Daniel.

-Ésta es mí condición. Quiero verlo libre. Lo harás a la luz del día en un lugar público. Estaré allí para verlo. Cuando él esté libre, seré tuya.

-No funciona así. Cuando seas mía, él queda libre.

-No tienes intención de soltarlo -dije, volviéndome para mirar a Daniel a los ojos-. Es lo que pensé.

Me puse de pie, - y salí del café. Tanto Nick como Daniel me siguieron rápido. Cuando llegué al auto, Daniel me impidió abrir la puerta.

-¿Has visto las fotos, verdad? -preguntó. Me detuve, pero sin mirarlo.

-Sé que has visto las fotos -continuó Daniel-. Has visto en qué estado está. Has visto que la cosa se pone peor. ¿Cuánto más piensas que puede resistir?

Me di vuelta lentamente. Me volví y vi el rostro de Daniel y la satisfacción en sus ojos y perdí el control. Durante la última media hora, me había esforzado por no pensar en Clay. Mientras hablaba con Daniel, me esforcé por no recordar que él era el que tenía cautivo a Clay, que lo había drogado y golpeado hasta que apenas le quedara un centímetro de piel sin marca. Me concentré en hablarle a Daniel como lo había hecho cientos de veces, como si se tratara de transmitirle otro mensaje de Jeremy diciéndole que se enmendase o tendría un castigo. Realmente intenté olvidar lo que pasaba. Pero cuando se quedó parado allí y amenazó con matar a Clay, ya no pude fingir. La ira me desbordó antes de que pudiera controlarla.

Lo tomé de la camisa y lo lancé contra el auto con tanta fuerza que la ventana del lado del conductor se hizo añicos.

-Hiena repugnante me acerqué a él hasta que nuestros rostros estaban a pocos centímetros. - Lo secuestras con una inyección. Lo encadenas a la pared para poder golpearlo. Pero eso no basta. Tienes que drogarlo. Tienes que estar absolutamente seguro de que no pueda juntar fuerzas suficientes como para escupirte en la cara. Entonces lo golpeas. ¿Te hace sentir bien? ¿Te hizo sentir muy hombre apalear a tu enemigo cuando no podía defenderse? No eres hombre y no eres lobo, Eres una hiena, un cobarde carroñero. Si lo vuelves a tocar, si veo una sola marca más, voy a hacerte algo que hará que esa oreja arracada parezca un pellizcón. Y si lo matas, te juro por Dios y el Diablo y cualquiera que escuche, si lo matas, te cazaré. Te cazaré y te ataré y te torturaré de todas las maneras que se me ocurran. Te dejaré ciego y te castraré y te quemaré. Pero no te mataré. No te dejaré morir. Te pondré en el infierno y allí vivirás por el resto de tu vida.

Tiré a Daniel a un costado. Se tropezó, recuperé el control y se volvió para enfrentarme. Su boca se abrió, se volvió a cerrar, volvió a abrirse, pero él no parecía poder pensar en una respuesta adecuada, así que se dio vuelta y fue hacia el café. Escuché un silbido y me volví para ver a Marsten apoyado contra la parte de atrás del auto.

-Ha vuelto la bruja -dijo Marsten-. Bueno, bueno. Esto puede ponerse interesante.

-Te vas al carajo -le rugí.

Abrí la puerta del auto, subí y lo puse en marcha cuando Nick se sentó del lado del acompañante. El Camaro salió rugiendo del estacionamiento, con chillido de gomas. No miré el velocímetro en todo el camino de regreso a Stonehaven.

En una cosa yo tenía razón. Se había acabado el tiempo para juegos.

REGRESIÓN

Salí de Stonehaven cuando todos dormían. Me vestí en la oscuridad, salté por la ventana y empujé mi auto casi un kilómetro por el camino antes de encender el motor. No le había hablado a Nick de mis planes. Era mejor que no supiera nada.

Me había ido temprano a mi cuarto y pasé unas horas pensando en la cama. Mi encuentro con Daniel habla sido un error. Al rechazar su oferta, había empeorado las cosas. Jeremy había estado tratando de ganar tiempo para Clay. Yo se lo había quitado. Para arreglar las cosas, tenía que actuar ahora.

Durante varias horas traté esa noche de contactarme mentalmente con Clay. Por supuesto que no funcionó. Ni siquiera sabía cómo hacerlo, pero tuve la esperanza de que nuestra relación fuese suficiente. Quizá lo hubiera sido, pero era como exigirle un esfuerzo extra a un músculo que yo había ignorado demasiado tiempo. Nada sucedió. Cuando no pude entrar en la mente de Clay, decidí tratar de introducirme en las mentes de los callejeros que lo tenían cautivos. Introducirme en sus mentes en sentido figurado, quiero decir. Si me colocaba en su situación y trataba de imaginar lo que sentirían o pensarían, quizá pudiera encontrar un punto débil. Daniel y Marsten eran fáciles de entender. Sabía lo que querían y sabía cómo operaban. Marsten no dejaría ningún flanco desguarnecido. La debilidad de Daniel era su obsesión con Clay y conmigo. Podía aprovechar eso, tomar contacto con él nuevamente y tratar de enredarlo con mentiras y sonrisas, pero eso exigiría tiempo y yo no lo tenía. Además, tal como me sentía, antes que sonreírle era más fácil que le abriera la garganta a mordiscones. Me quedaban los callejeros nuevos. Era un territorio desconocido. No eran licántropos, me lo recordé. Ellos no eran licántropos de verdad. ¿Entonces, cómo podía meterme en sus cabezas?

Me quedé la mayor parte del tiempo tirada en la cama, mirando el techo, abrumada por la imposibilidad de entender a esos dos. Entonces me di cuenta. No eran licántropos, pero eran humanos. Yo había sido humana. Seguía tratando de ser humana. ¿Por qué no podía ponerme en su lugar? Todo lo que tenía que hacer era eliminar mi costado de loba, cosa que llevaba años tratando de hacer. Pero necesitaba algo más para entender a esos asesinos. No podía ser la clase de humana que deseaba: controlada, pasiva, cariñosa. Tenía que ser lo que había sido antes.

Todos los mecanismos de defensa de mi cerebro montaron barreras o hicieron sonar alarmas. ¿Ser lo que era antes de que me mordiera Clay? Pero yo había sido controlada, pasiva, cariñosa. Clay cambió eso. Antes de él yo era diferente. No era así. Eso es lo que quería creer, pero sabía que no era verdad. Siempre había tenido la capacidad de ser violenta. Clay lo había advertido en el instante en que nos conocimos. El niño licántropo miró a la niña víctima y vio a una compañera del alma, alguien que entendía lo que significaba criarse enajenado, con adultos que analizaban nuestra extraña conducta y niños que se burlaban. A los ocho años, Clay ya era un licántropo con una gran capacidad de violencia y un temperamento correspondiente. Para cuando yo tenía esa misma edad, mis familias adoptivas me habían enseñado a odiar, desarrollando mi propia capacidad de violencia, aunque había logrado ocultarla mejor que él, guardándola en mi interior y esforzándome por mostrar al mundo la niñita pasiva que esperaban ver. Era hora de que me enfrentara con eso. Clay no me convirtió en lo que yo era. Sólo me dio una salida para descargar la ira y el odio. Ahora, para salvarlo, tenía que volver allí, de vuelta a la desconfianza y el odio y la impotencia y la furia, por encima de todo la furia, contra todos los que me habían hecho mal. Allí encontraría la mente de un asesino, un asesino humano.

Le Blanc odiaba a las mujeres. Quizá fue maltratado por su madre o las chicas se reían de él en el colegio o quizá tuviera tan baja autoestima que necesitaba sentirse superior a algún grupo de gente y escogió a las mujeres en vez de a los negros o a los judíos. Si era la autoestima, podía usarlo. Pero para encontrar la verdad, necesitaba investigar su vida, buscando alguna señal de su psicopatología. Y no tenía tiempo para eso tampoco.

¿Y Victor Olson? Empecé a dejar de lado la idea sin más. Al fin de cuentas, ni siquiera conocía a ese hombre. ¿Pero hacía falta? Saqué los dos artículos que había impreso del cajón de mi vestidor y los estudié. Más allá de lo obvio, que era un asesino y violador de niñas, ¿qué me decían de Olson? Sabía que acostumbraba a acechar a sus víctimas, compulsivamente. En un artículo admitía haber salido cada noche a ver dormir a sus víctimas, dijo que ver sus rostros dormidos y pacíficos lo relajaba y lo ayudaba a superar su insomnio crónico. ¿Convertirse en licántropo le curaría esa compulsión o ese insomnio? Por supuesto que no. Lo que sindicaba que había una buena posibilidad de que Olson no hubiese abandonado sus viejos patrones de conducta, que siguiera vigilando a niñas dormidas, aquí en Bear Valley.

Había salido de Stonehaven para encontrar a Olson. Los artículos decían que su blanco eran niñas de hogares de clase media. Supuse que buscaría casas de una sola planta, para poder espiar a través de una ventana. Había sólo dos barrios de este tipo en Bear Valley. Todo lo que tenía que hacer era recorrer las calles y olerlo.

Luego de dar vueltas por Bear Valley más de una hora, comencé a advertir las dimensiones de la tarea. Efectivamente, sólo había dos barrios, pero cada uno constaba de una docena o más de calles con al menos cien casas. Tenía unas pocas horas antes del amanecer. Para cubrir la mayor cantidad de terreno posible, tanta que manejar lentamente con todas las ventanillas bajas... excepto la ventanilla del conductor destrozada, que ahora estaba baja en forma permanente. En algunos momentos el viento me favoreció. Pero mayormente no, y lo único que podía oler era el interior un poco húmedo de mi auto poco usado. 'Terminé con el primer barrio y pasé al segundo. Una hora más tarde, también había terminado con ése. No había señales de Olson. Tal vez ni siquiera hubiese salido.

Estaba dando una última vuelta al barrio cuando vi un auto solitario en el estacionamiento de un negocio cerrado. Al pasar advertí que el auto tenía una identificación de vehículo alquilado. Por supuesto. Si los callejeros no se ocultaban en la ciudad, como sospechaba, Olson necesitaría un vehículo para llegar a Bear Valley. Dejé mi auto en una calle lateral y me bajé. No había llegado ni a medio camino del negocio cerrado cuando sentí el olor de un nuevo licántropo desconocido.

Di la vuelta a la esquina y me detuve. Un hombre maduro, grueso, con una campera gris de ski, caminaba por la vereda, a menos de diez metros de la esquina. Por fortuna Olson estaba de espaldas a mi. Iba hacia su auto. Corrí de regreso al mío. Su vehículo alquilado pasó cuando yo daba la vuelta en una entrada de garaje. Con las luces apagadas lo seguí.

Cuando salimos de Bear Valley, el corazón comenzó a latirme aprisa. Tenía razón. Estaban en el campo. Olson me llevarla a ellos. Habíamos avanzado hacia el noroeste casi veinte minutos cuando Olson se metió en un camino cubierto de vegetación que conducía al interior del bosque. Detuvo el auto apenas penetró en el bosque. Estaba por cumplir la segunda parte de mi plan cuando advertí que Olson no se bajaba. Me quedé bien lejos y apagué el motor para esperar. Pasaron diez minutos. Aún podía ver la silueta de su cabeza en el auto. Me incliné al costado, cuidadosamente abrí la puerta del lado del acompañante y me deslicé a la banquina.

Me arrastré hasta el camino. El bosque estaba oscuro. Incluso cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, no vi señales de ninguna casa. Al volverme hacia el auto de Olson, vi que el camino no conducía a ningún lado. Era un punto de giro o un lugar de estacionamiento para un auto, donde nada una senda natural. Me metí en el bosque y más cerca del auto. Cuando llegué a la altura de la puerta del lado del conductor me detuve y traté de ver en la oscuridad, La cabeza de Olson descansaba contra el apoyacabezas. Tenía los ojos cerrados. Dormía. Me pregunté brevemente por qué, pero la pregunta era irrelevante. Quizá no pudiera dormir cerca de los otros. O quizá le gustara estar sólo después de espiar. No importaba. El hecho era que Victor Olson no me conducía de vuelta a Clay. Al menos no esa noche, Pero no podía esperar hasta la mañana. Por la mañana Jeremy sabría que me había ido. La Jauría me estaría buscando. Aunque lograra eludirlos otro día, eso significaría darle a Daniel otras veinticuatro horas para decidir que cualquier arreglo que pudiera hacer con la

Librodot

Jauría no justificaba perder la oportunidad de matar a su viejo enemigo. ¿Y qué pasaba si Olson no estaba simplemente tomando un respiro? ¿Qué pasaba si no iba a volver nunca con los callejeros? Él sabía donde estaba Clay. Y yo tenía que saberlo: esa noche.

En mi cabeza se formó un plan mientras miraba dormir a Olson. Incluso mientras lo pensaba, una parte de mí rechazó la idea. Vacilé, luego me obligué a avanzar a través de los árboles antes de que pudiera cambiar de idea. Me acerqué al costado del auto, luego pasé la mano por la ventanilla del conductor. En el momento en que Olson empezaba a despertarse, yo ya estaba pasando la mano a través de la ventanilla. Tiré del cinturón de seguridad. Se deslizó por mis dedos mientras lo ajustaba alrededor de él. Hizo la cabeza hacia atrás para retirarla de mi mano, pero yo ya estaba buscando más allá de él. Inclinándome hacia dentro del auto, aferré el cierre de metal del cinturón y lo retorcí hasta romperlo y dejarlo trabado. Entonces saqué la cabeza del auto.

Olson se dio vuelta, siguiendo mi mano cuando yo la retiraba. Por un momento sólo tuvo la expresión de un cobarde que se preparaba para recibir el primer golpe. En el momento en que me alejé, se estremeció. Cuando advirtió que yo retrocedía, frunció el ceño, luego sus ojos se encendieron con un relámpago malévolo de astucia y sonrió. Con la mirada bajó la mano derecha al cierre del cinto. Entonces Se detuvo. Volvió a apretar el botón para soltarse pero nada sucedió. Al advertir lo que había hecho, tomó la cinta y tiró, pero estaba fuertemente ajustada a su pecho.

Yo sabía lo que tenía que hacer, pero vacilé nuevamente. ¿Podía hacerlo? Se me cruzó la imagen de José Carter por la mente. Me dije que esto era distinto. Éste no era un humano engañoso, sino un asesino. Aún así, lo que yo estaba por hacer era lo que le había hecho a Carter. Y mucho más. Ése era el territorio de Clay ¿Podría hacerlo yo? ¿Dejar a un lado mis sentimientos y hacerlo? Olson es un asesino, me dije. Más que un asesino. Un pervertido enfermo que acecha a niñas pequeñas, niñas como la que era yo hace tanto tiempo. Cerré los ojos y me concentré, hasta sentir la serpiente de la ira que me recorría el cuerpo. Olson luchaba con el cinto, pero era de un material que no iba a romperse fácilmente. Lo ignoré y concentré toda mi energía en mi mano izquierda. Comenzó a latirme, luego a retorcerse, y el dolor me recorrió el brazo. Abrí los ojos y miré. Cuando mi mano había Cambiado a medias, me detuve. Con la mano derecha tomé la muñeca derecha de Olson. La desgarré con las zarpas de mi mano izquierda. Chilló, como un conejo. Se abrió un tajo en el dorso de su muñeca. Comenzó a brotar sangre. Tomé su mano izquierda e hice lo mismo. Chilló de nuevo y comenzó a debatirse enloquecido. La sangre salpicó el volante y el tablero.

-Si te mueves, será peor -dije, manteniendo calma la voz y Cambiando mi mano a humana-. Si quieres reducir la hemorragia alza las manos.

-¿Por qué…?

.¿Por qué?¿Porque hago esto? ¿O por qué te digo que frenes hemorragia? No tendría que contestar lo primero. Obviamente sabes quién soy. Con eso basta. En cuanto a lo segundo, no trato de matarte. Sólo quiero información. Si me la das, te desataré. Podrás vendar tus muñecas y llegar a tiempo al hospital. Si no me dices lo que quiero saber, te estarás suicidando.

-¿Qu ..-Olson tragó-. ¿Qué quieres saber?

-Tampoco necesitas respuesta. Pero como puedes estar entrando en una conmoción, sin poder pensar claramente, te lo diré: ¿Dónde está Clayton?

No voy a contar el resto de la conversación. Olson no estaba en condiciones de negociar o discutir y lo sabía. Tal como yo creía, le importaban un carajo los demás. Sólo su vida le importaba. Me dijo todo lo que necesitaba saber y más, habló enloquecido, como si cada palabra que dijera pudiera aumentar sus posibilidades de sobrevivir. Cuando terminó, lo dejé en su auto. Pensé en soltar el cinto y darle la oportunidad de escapar. Al fin de cuentas se lo había prometido. Nunca había renegado de un trato, Entonces pensé en las niñas que había violado y matado e imaginé todas las veces que les habría hecho promesas de no lastimarlas, de no hacerlo más. Él no había cumplido. ¿Por que habría de hacerlo yo?

Me fui dejando Victor Olson morir desangrado en el bosque

CONFRONTACIÓN

Me detuve en una gasolinera y llamó a Stonehaven. Las primeras dos veces me respondió el contestador. La tercera vez atendió Nick. Estaba medio dormido y tuve que repetirle las cosas tres veces antes de que entendiera que no estaba en la casa. Nadie se había percatado todavía de mi desaparición. Le di instrucciones y le hice escribirlas y luego leérmelas. Para entonces empezó a entender lo que le decía y lo que pensaba hacer. Corté cuando empezó a gritar.

Diez minutos más tarde estaba golpeando en la puerta del lugar donde se ocultaban los callejeros. Era una cabaña derruida, tan en lo profundo del bosque que la luz de la luna y las estrellas no podía penetrar a través de las copas de los árboles. Parada en el escalón de la puerta, traté de escuchar el susurro del viento o el canto de grillos, pero nada. El silencio y la oscuridad eran completos.

Pasaron varios minutos sin respuesta. Volví a golpear y esperé. Pasaron más minutos, pero no dudé de lo que me había dicho Olson. Era el lugar indicado. Podía sentir a Clay aquí.

Golpeé la puerta. Finalmente se quebró la oscuridad con un mínimo rayo de luz detrás de las cortinas de adelante. Se escucharon pasos en un piso de madera Miré la manija de la puerta y vi que estaba rota. Arriba de la manija había un agujero y astillas recientes, donde antes había habido un cerrojo. ¿Realmente esperaba que los callejeros compraran o alquilaran una cabaña cuando podían forzar la entrada? Qué estúpida. Cuanto tiempo desperdiciado.

La puerta se abrió. Alcé la vista. Me llevó un segundo reconocer que el hombre parado allí era Karl Marsten, en parte debido a la falta de luz y en parte por su atavío. Llevaba sólo pantalones pijamas y su pecho desnudo mostraba músculos y cicatrices normalmente ocultas bajo sus camisas de cien dólares. Parpadeó y forzó la vista, luego maldijo y salió, cerrando la puerta.

-¿Qué carajo haces aquí? –dijo con un gruñido susurrado.

Miré la puerta cerrada.

-¿Temes que despierte a tu esposa?

-¿Mi...? -Miró por sobre el hombro hacia la puerta, luego se volvió hacia mí, con su expresión tranquila de siempre. -Estoy seguro de que éste es un plan maravilloso, Elena, pero realmente tengo que aconsejarte que no lo lleves a cabo. Si entras allí, te irás encadenada o muerta. Nada de eso te conviene.

-¿Así que saliste a alertarme? Carajo, aún quedan caballeros.

-Me conoces. Si veo una oportunidad, la aprovecho.

-¿Así que me dejarás ir a cambio de...?

-Aquello por lo que vine. -Brillaron sus ojos, y algo duro atravesó la sangre fría. -Territorio. Si me prometes eso, te dejaré ir. Y me iré. Un callejero menos para preocupar a la Jauría.

-¿A la mierda con los demás?

-Daniel me haría lo mismo. No escuché mi nombre en el acuerdo que te propuso en el café.

Sacudí la cabeza.

-No importa. No me voy.

Extendí la mano para tomar la puerta. Marsten me aferró la muñeca, apretando lo suficiente como para dejarme moretones.

-No seas estúpida, Elena. No lo sacarás así.

-¿Así cómo? -la voz de Daniel se escuchaba tranquila, calma, al abrir la puerta. Miró a Marsten a los ojos. -¿Así cómo, Karl?

-¿Estabas durmiendo bien, Danny? Por Dios, toda la Jauría podría estar aullando en tu puerta antes de que te despertaras. -Marsten dirigió una mirada de desprecio a Daniel y me metió en la cabaña.

-Es una emboscada, idiota. Elena no vendría sola. Saca a tus criados a buscar en el bosque. Que sirvan para algo.

No sé si Daniel le discutió. Estaba demasiado ocupada en levantarme del suelo, luego de que un empujón de Marsten me había lanzado al otro lado del cuarto. Antes de que pudiera ver lo que sucedía detrás de mí, Marsten había puesto una rodilla en mi espalda y me aprisionaba contra el suelo. Pensé que me atarían. No fue así. Quizá Marsten no consideró que yo representara demasiada amenaza A los pocos instantes sentí pasos detrás de mí. Olí a Le Blanc que se unía a Daniel y a Marsten.

-Se fue Olson -dijo Daniel.

-Supongo que se fue del todo -dijo Marsten-. ¿Cómo pudo habernos encontrado ella sino? Gran pérdida para la causa. Nunca se sabe cuándo uno puede necesitar a un violador de niñas.

-Tenía otras... -dijo Daniel, pero se interrumpió-. Thomas, afuera. Busca a los otros.

Le Blanc cerró de un portazo al salir.

-Ése sí que es un cachorro leal -dije, levantando la boca del suelo-. Sabes que trató de matarme en e] aeropuerto, antes de que me fuera a Toronto.

Un momento de silencio. Y entonces Daniel rió.

-Buen intento, Ele. ¿Tratas de dividirnos?

-No parece necesario.

-Vamos, vamos, Elena, -dijo Marsten, aplastándome más contra el piso-. Por más que admiremos esa lengua que tienes, no es el momento de usarla.

-No te olvides de quién está abajo -dijo Daniel-. Ahora no estás en condiciones de defenderlo.

Cerré la boca y calculé cuánto tiempo tardarían Jeremy, Antonio y Nick en llegar. Al menos quince minutos para despertarse, vestirse y meterse en el auto, otros treinta para llegar. Cuando volvió Le Blanc en diez minutos, supe que no había encontrado a nadie. La Jauría tardada al menos diez minutos más.

-No hay nadie -dijo le Blanc, sacudiéndose el barro de las botas.

-Toma el auto dijo Daniel-. Ve a dar una vuelta y asegúrate de que es así. Fíjate si hay un vehículo al costado del camino. Tendrían que venir en auto.

Por un momento Le Blanc no se movió. Pensé que le iba a decir a Daniel que se fuera al carajo. En cambio, tomó una campera y unas llaves y salió. Esta vez tardó al menos veinte minutos, tiempo en el cual ni Daniel ni Marsten dijeron una palabra. Cuando Le Blanc finalmente volvió, Logré girar la cabeza y lo vi sonriente.

-¿Qué pasa? -dijo Daniel.

-Esto te va a encantan le caballería fue detenida. -Dirigió su sonrisa de tiburón hacia mí. -Están en Pinecrest, apenas saliendo de la carretera, disfrutando de la hospitalidad del departamento de policía local. Los pescó la policía. No sé por qué, pero están desarmando el auto pieza por pieza. ¿Qué te parece?

-Me parece que hablas pavadas -dije. Su sonrisa se hizo más ancha.

-Ford Explorer verde, ¿verdad? ¿Tres tipos? Los tres de pelo oscuro. Dos de más de un metro ochenta, delgados. El mayor más bajo que yo, de hombros anchos. Cuando pasé, el más joven trataba de huir hacia el bosque. Los policías lo agarraron y lo tenían tirado en el piso.

-Estupideces -dije.

Le Blanc rió.

-No tienes el mismo aire altanero de recién.

-Basta -lijo Marsten, poniéndome de pie de un tirón. -No los van a tener para siempre. -Me dobló los brazos detrás de la espalda y tomó Irás dos muñecas en una mano. -Tommy, trae a nuestro otro invitado arriba. Es hora de irnos.

Le Blanc se dio vuelta para mirarlo.

-¿Irnos? ¿No era esto lo que querían? ¿Acabar con esta «Jauría»? Acá tenemos dos. Los últimos tres vienen en camino. Tres contra tres y ya sabemos que vienen. Tenemos la ventaja.

-Trae a Clayton arriba -dijo Daniel.

-¿Qué carajo pasa? -Le Blanc miró a Marsten y a Daniel.

-Es el gran momento. El enfrentamiento decisivo. Hora de matar. No me digan que no les dan las pelotas.

-Tonemos más cerebro que pelotas -dijo Marsten-. Por eso seguimos con vida. Ahora ve a buscar a Clayton. Lo tenemos a él y tenemos a Elena. Eso garantiza que pronto podrás pelear, con la ventaja de nuestra parte.

Le Blanc miró con desprecio a Marsten y desapareció por un corredor lateral.

Yo apreté los dientes y me concentré en mi plan. ¿Estaban los otros realmente en manos de la policía? No lo creía. No podía creerlo. Pero había visto a la policía por ahí- ¿Si venían por la carretera a todo trapo con el mismo vehículo que tanto interesó a la policía el otro día..? ¿Por qué no alerté a Nick?

Bueno. Tranquila. Hora de pasar al plan B. Si tan sólo tuviera un plan B.

Mientras lo pensaba, Marsten me hizo girar Daniel estaba sentado en el apoyabrazos de una reposera que olía a humedad. Salieron dos figuras de otro cuarto. Una se tropezó. Vi un destello de rulos rubios cuando caía.

-¡Clay!

Sin pensar, me lancé hacia él. Marsten, que aún me tenía por las muñecas, me tiró hacia atrás, tan fuerte que me dejó sin aire. Clay estaba de rodillas, con las manos atadas atrás. Con esfuerzo alzó la cabeza y me miró a los ojos. Por un segundo sus ojos trataron de ver. Entonces me reconoció en medio de la bruma de las drogas.

-No -susurró, su voz apenas audible-. No.

Se movió apenas. El pie de Le Blanc se alzó por detrás y lo pateó en la espalda, haciéndolo caer de cara al suelo.

-¡No! -grité.

Me lancé contra Le Blanc. Nuevamente Marsten me tiró hacia atrás y casi me dislocó los brazos. No me importó. Seguí tirando. Le Blanc tomó a Clay de las esposas y lo alzó.

-Déjalo allí. -dijo Marsten. Cuando Le Blanc pasó junto a él, Marsten le sacó algo de la cintura con su mano libre. Era el arma.

-¿Nunca vas a dejar el chupete?

L e Blanc trató de tomar la pistola. Marsten la sostuvo fuera de su alcance.

-¿Un hombre lobo con un arma de fuego? -dijo Marsten. Qué día triste. Qué idea brillante, Daniel. Convertir una parva de asesinos humanos en licántropos. ¿Por qué no se me ocurrió a mí? Quizá porque es... estúpido. Nunca vas a lograr que dejen las armas, Danny.

A mi izquierda podía oír respirar a Clay Me obligué a no mirarlo. Sólo unos minutos más. Mientras Marsten y Daniel discutían qué hacer, miré mi reloj subrepticiamente. Diez para las seis. Si la policía habla detenido a Jeremy, ¿cuánto tiempo lo retendrían? ¿Cuánto más tendríamos que esperar? Era todo lo que se ocurría como plan alternativo? ¿Aguardar a que vinieran en nuestra ayuda? No servía. Podían llevarlos a la comisaría y tenerlos allí horas. Jeremy estaría enloquecido, pero la única alternativa sería matar a los policías y no lo haría a menos que fuera absolutamente necesario. Sabría que Daniel nos tendría de rehenes a Clay y a mí. No nos mataría, al menos ahora mismo. Dado que el peligro no era inmediato, Jeremy esperaría a que terminaran los trámites policiales. Pero para cuando llegara, ya quizá no estuviéramos allí. Mejor dicho, no íbamos a estar. Daniel ya estaba tomando su billetera y las llaves de su auto.

Miré a Clay. Seguía tirado, de cara al suelo. Su espalda era una colcha de retazos de moretones violetas, amarillos y negros, con zonas rojas hinchadas y cortes. Su pierna izquierda estaba torcida hacia un lado, como si estuviera rota y lo hubiesen obligado a caminar. Su espalda subía y bajaba con movimientos leves. Lo miré y supe lo que tenía que hacer.

-Teníamos un trato -dije, dirigiéndome a Daniel-. Estoy aquí. Suéltalo.

Nadie contestó. Marsten y Daniel me miraron como si me hubiese vuelto loca. Hace una hora, ésta era exactamente la reacción que yo me había esperado. Pensaba aparecer en la puerta y entregarme a Daniel. Por supuesto que se sentirían conmocionados. En algún momento, entre la sorpresa y la eventual celebración, llegaría la Jauría. Mi versión del viejo truco del Caballo de Troya sólo que no había guerreros a la vista. El regalo estaba en el campo enemigo y no había modo de sacarlo de allí ahora.

-No... te... atrevas. -El susurro de Clay llegó desde el suelo.

Alzó la cabeza lo suficiente como para mirarme con odio. Yo desvié la mirada. Todos los demás lo ignoraron. Por primera vez en su vida, Clay estaba con un grupo de callejeros que no le prestaban atención. No sólo le habían quitado las fuerzas, sino también la dignidad. Era mi culpa. Se suponía que en Toronto yo debía permanecer cerca de él, pero no lo había hecho. ¿Qué fue lo que me distrajo tanto que dejé a Clay? Una propuesta de matrimonio de otro hombre. Mi estómago se tensó al recordarlo.

Me volví hacia Daniel.

-Me querías, me tienes. Querías a Clay de rodillas. Lo tienes. Ahora cumple tu parte del trato. Déjalo ir y me iré contigo ahora mismo. -Me esforcé por ver a Marsten. Trate de que deje a Clay aquí y tendrás tu territorio. Clay le dirá a Jeremy que hice el trato. El lo cumplirá.

Más silencio. Marsten y Daniel pensaban. Tenían lo que querían. ¿Les bastaba? No querían un enfrentamiento cara a cara. Pasaba el tiempo y con cada segundo aumentaba la probabilidad de que aparecieran Jeremy, Antonio y Nick. Yo me resistiría a que me sacaran de aquí. Lo sabían. Tendrían que dominarme y atarme y entonces llevarnos a Clay y a mí al auto.

-No hay trato.

Alcé la cabeza. La respuesta vino del lado de Daniel, pero no sonaba como si fuera su voz. Detrás de Daniel, Le Blanc se adelantó, con las manos en los bolsillos.

-No hay trato -repitió. Su voz era suave, pero cortaba el silencio como una navaja.

Marsten rió bajo.

-Ah, la revuelta de los campesinos. Supongo...

Antes de que pudiera terminar; la mano de Le Blanc salió de su bolsillo. Hubo un destello plateado. Su mano apareció de pronto delante de la garganta de Daniel y cortó horizontalmente. Por un milisegundo pareció que nada había sucedido, Daniel se quedó allí, se veía un poco confundido. Entonces su garganta se abrió en un tajo rojo. Brotó sangre. Daniel llevó las manos a su cuello. Se le salían los ojos de las órbitas, sin poder creer lo que pasaba. La sangre se derramó entre sus dedos y bajó por sus brazos. Abrió la boca. Lanzó un globo rosa, como una macabra goma de mascar. Y entonces se deslizó al suelo.

Me quedé parpadeando con la vista en Daniel, tan incapaz de creerme su muerto como él. Daniel se moría. El callejero que había sido el mayor peligro para la Jauría por toda una década, que había sabido esquivar las maniobras de Clay y mías para que cometer un error que justificara ejecutarlo. Muerto. Y no luego de una pelea larga y peligrosa. No muerto por Clay Ni siquiera por mí sino por un callejero con un cuchillo. Muerto en un instante. Con un truco tan cobarde y tan completamente humano que Marsten y yo no pudimos hacer otra cosa que quedarnos mirando.

Mientras Daniel yacía allí, tratando de respirar, agonizando en el suelo, Le Blanc pasó sobre él como si fuera un tronco caído. Alzó la hoja. Estaba casi limpia, sólo había unas gotas rojas en el borde.

-No hay trato -dijo, avanzando hacia Marsten.

Marsten tomó el arma de la mesa y le apuntó a Le Blanc.

-Sí, ya sé. Dije que los verdaderos licántropos no usan armas. Pero vas a descubrir que sé adaptarme cuando se trata de salvar mi cuero -. Marsten sonrió, los ojos helados. ¿Éste es tu duelo? ¿Cuchillo versus pistola? ¿Quieres apostar quién gana?

Le Blanc jugueteó con el cuchillo, como si meditara la posibilidad de arrojarlo. Entonces se detuvo.

-Hombre inteligente -dijo Marsten. ¿Qué tal si nos ahorramos un poco de sangre y hacemos un nuevo acuerdo? Partes iguales. Yo me quedo con Clayton. Tú con Elena. Desde aquí iremos por caminos separados.

Como Le Blanc no respondió, Marsten continuó.

-Es lo que quieres, ¿verdad? Por eso mataste a Daniel, porque Elena te humilló y aún quieres venganza.

Por la mirada en la cara de Le Blanc supe que no había matado a Daniel para tenerme a mí. No lo había matado para conseguir nada. Le Blanc se había sumado a esta batalla porque le gustaba matar. Ahora que se acercaba un alto el fuego, se había vuelto contra sus compañeros, no por ira o avaricia, sino simplemente porque estaban allí, más vidas para liquidar antes de que se acaban la diversión. Ahora sopesaba las cosas. ¿Tenía que darse por satisfecho si se quedaba conmigo? ¿O podía también acabar con Marsten y con Clay?

-¿No la deseas? -preguntó Le Blanc-. Creí que todos ustedes la deseaban.

-Nunca fui de los que siguen la corriente -dijo Marsten-. Si bien Elena tiene su atractivo, no se compadecería con mi estilo de vida Yo quiero territorio. Clayton es una pieza mejor para negociar. Y estoy seguro de que te vas a divertir más con Elena

-Hijo de puta -rugí.

Me di vuelta, soltándome de Marsten. Apunté un golpe a su estómago, pero se movió en el último instante y mis nudillos le rozaron el costado. Su pie enganchó el mío y me arrojó al suelo. Mi cabeza dio en un ángulo de un armario para rifles vacío, Me desvanecí un momento. Cuando me recuperé, los ojos grises de Marsten perforaban los míos. Parpadeé y traté de pararme, pero me tenía contra el suelo. Cambió de posición y empujó mi mentón para que quedara mirando a la pared.

-Está inconsciente -dijo, poniéndose de rodillas-. Tanto mejor. Ya no nos quedan muchos sedantes.

-¿Inconsciente? Volví a parpadear, lentamente, sintiendo que mis ojos se cerraban y volvían a abrirse. Miraba una fila de deposiciones de ratón a lo largo de la pared. Estaba claramente despierta ¿Marsten no me había visto abrir los ojos? Empecé a alzar la cabeza, luego lo pensé mejor y me quedé quieta. Que pensaran que estaba inconsciente. Necesitaba todas las ventajas que pudiera tener.

Marsten se paró. Lo oí alejarse un par de pasos.

-¿Qué haces? -preguntó Le Blanc en tono agudo.

-Me llevo mi parte del botín y me voy, que es lo que sugiero que hagas tú también. Si Elena no es suficiente premio, puedes quedarte con todo el dinero de Daniel y Vic que haya.

-No lo desates -dijo Le Blanc.

Marsten susurró.

-No me digas que Daniel te volvió paranoico a ti también. Clayton apenas si respirar. No podría lastimar a un Chihuahua. Estoy apurado. Si puede caminar quiero que lo haga.

-No hemos acordado nada todavía.

Con los ojos cerrados, moví lentamente el mentón, luego los espié. Marsten estaba inclinado sobre Clay. Lo tenía de rodillas. Clay se bamboleaba. Se veía apenas el azul de sus ojos semicerrados. La pistola estaba tan sólo a tres metros, abandonada. Dudaba de que Marsten supiera usarla.

-Dije que dejaras de desatarlo –dijo Le Blanc.

-Por Dios -murmuró Marsten-. Bueno.

Se enderezó. Pero entonces, aún antes de estar bien parado, se lanzó contra la Blanc. Marsten y Le Blanc cayeron al suelo. Mientras los dos peleaban, me puse en cuatro patas y fui junto a Clay. Cuando tomé las esposas, se alzó su cabeza. Me miró por sobre el hombro.

-Vete -graznó.

Tomé los dos extremos de la cadena y tiré con fuerza. Los eslabones se estiraron pero no se rompieron.

-No hay tiempo –dijo tratando de volverse hacia mí-. Vete.

Al mirar sus ojos supe lo equivocada que había estado. No había venido para llevarlo de vuelta a Jeremy o a la Jauría. Había venido a buscarlo para mí. Porque lo amaba, lo amaba tanto que estaba dispuesta a arriesgar todo ante la menor esperanza de salvarlo. Incluso en ese momento, al darme cuenta de que él tenía razón, que no tenía tiempo de sacarlo, sabía que no lo iba a dejar allí. Prefería morir.

Miré en derredor enloquecida en busca de un arma, entonces me detuve. ¿Arma? ¿Estaba buscando un arma? ¿Me había vuelto loca? Ya tenía la mejor arma posible. Si sólo tuviera tiempo para prepararme. Me puse en cuatro patas y me concentré. Vagamente escuché a Clay gruñir mi nombre. Me alejé. El Cambio se inició a su ritmo normal. No bastaba. ¡No hay tiempo suficiente! Mis pensamientos se convirtieron en pánico por un momento. Traté de controlarlos, entonces advertí que el Cambio se aceleraba. Dejando de lado todo control, dejé que me dominaran mis temores. Si fracasaba, moriría. Si fracasaba, Clay moriría. Había hecho tan mal las cosas. El temor y el dolor se retorcieron dentro de mí. Me doblé y me rendí a ellos. Hubo un relámpago agónico. Y luego victoria.
Me paré. Vi a Le Blanc inclinado sobre el cuerpo caído de Marsten. Alzaba la mano. Destelló la hoja de la navaja. Le Blanc se detuvo y me miró. Me lancé contra é. Dejó caer el cuchillo y rodó a un costado. Saltó con demasiada fuerza y caí torcida, dando una vuelta de carnero, y me estrellé contra la pared, Para cuando me recuperé, Le Blanc ya no estaba.

Escuché una voz y volteé en su dirección. Marsten se levantaba, tratando de respirar. Señaló la puerta trasera abierta y tosió sangre. Cayó más sangre de los cortes en sus brazos y su pecho. Miré la puerta trasera. No podía dejar escapar a Le Blanc. Una mujer lo había hecho correr. No descansaría hasta lograr su venganza. Marsten dijo algo pero no pude entenderlo. La sangre me golpeaba en los oídos, urgiéndome a seguir a Le Blanc. Iba hacia la puerta. Detrás de mí, Clay se quejó al intentar pararse. Me volví hacia Marsten. No iba a dañarlo con Clay. Agachando la cabeza gruñí. Marsten se quedó petrificado. Movió los labios. Sólo un montón de sonidos incomprensibles. Me agaché más.

-¡Elena! -dijo Clay

A él sí podía entenderlo. Me detuve. Clay estaba de pie ahora.

-No... pierdas... tiempo -dijo.

Miré a Marsten. Dijo una palabra. Aún no podía entenderlo, pero
podía leer sus labios. Territorio. Era todo lo que quería. Todo lo que le importaba.. Había sabido que estaba consciente en el suelo. Le había servido a sus planes. Era un hijo puta traicionero, pero no le haría daño a Clay. Matar a Clay no le daría a Marsten el territorio que quería. Tenerlo vivo y a salvo sí.

Gruñí una vez más a Manen, luego salí corriendo tras Le Blanc.

Fue fácil encontrar su rastro. Ni siquiera tuve que buscar su olor. Podía escucharlo correr en medio de las malezas. Idiota Me lancé al bosque y empocé a correr. Sentí ramas que se me enganchaban en la piel y me golpeaban la cara. Cerré los ojos casi por completo para protegerlos y seguí corriendo. Le Blanc habla abierto una senda en la maleza. La seguí. Pocos minutos más tarde el bosque quedó silencioso. Le Blanc se habla detenido. Habrá advertido que su única esperanza era Cambiar- Alcé la trampa y probé la brisa. El viento del este traía leves rastros de su olor, pero cuando me llegó aire del sudeste, venía cargado do él. Alcé una pata delantera y la dejé caer sobre hojas muertas. El suelo estaba mojado de rocío mañanero y apenas si sonaba a mi paso. Bien. Viré al sudeste y avancé a rastras.

Ya había pasado la noche. El amanecer iluminaba las copas de los árboles y llegaban rayos dispersos de sol al suelo del bosque. Al pasar por un charco de luz, sentí el sol en la espalda y la promesa de un día caluroso de fines de la primavera. Los pastos altos y los arbustos lanzaban su bruma húmeda al aire, la tierra fresca de la noche se alzaba para encontrarse con la cálida mañana. Inhalé la humedad, cerrando los ojos para disfrutar del limpio olor a nada. Un azulejo comenzó a cantar a mi izquierda. Una mañana hermosa. Volví a inhalar, bebiendo el aire, sintiendo que el temor de la noche cedía a la excitación de la caza. Aquí se terminaría. Todo terminarla en esta mañana hermosa.

Cuando sentí la respiración de Le Blanc, me detuve. Inclinó la cabeza para escuchar. Estaba agachado detrás de unos matorrales, respirando con dificultad mientras Cambiaba. Avancé lentamente hasta encontrarme al borde de su claro y miré a través de los pastos. Tal como supuse por la altura del sonido de su respiración, estaba agachado. Pero me equivocaba respecto de una cosa. No estaba Cambiando. Ni siquiera se había desvestido. Sentí un temblor de excitación. Él tenía miedo, pero en vez de entregarse al miedo, luchaba con el Cambio. Metí el hocico entre los pastos y bebí el sabor de su miedo. Eso me levantó la temperatura, convirtiendo el entusiasmo en algo parecido a la lujuria. Le Blanc podía asustarme en el estacionamiento del aeropuerto, pero éste era mi terreno.

Le Blanc se acomodó y se inclinó hacia delante para mirar desde su lugar “Usa el olfato”, pensé. "Olfatea y sabrás la verdad". Pero no lo hizo. Llevó una pierna hacia atrás. La rodilla le sonó y se quedó congelado, respirando agitado. Movía la cabeza de un lado a otro, escuchando y mirando. Alzó la navaja, la abrió y luego esperé a que el sonido me llevara a él. Algo más allá un gato o un zorro o algo igualmente pequeño y silencioso. Le Blanc se tensó, alzando el cuchillo. Idiota. Me estaba cansando de esto. Quería correr. Quería cazar. Retrocedí una docena de pasos. Luego alcé el hocico y aullé. Le Blanc saltó del matorral y corrió. Yo lo perseguí.

Le Blanc me llevaba la delantera. Lo dejé mantenerla. Anduvimos entre los arbustos y los árboles, saltando troncos, pisoteando flores silvestres y haciendo que dos faisanes se lanzaran al cielo. Siguió avanzando hacia lo profundo del bosque. Finalmente dejó de correr. Cuando advertí que ya no podía oírlo, desemboqué en un claro. Algo me cortó la pierna trasera y caí hacia adelante en el pasto. Al caer me di vuelta y vi a Le Blanc parado detrás, con las piernas separadas, en pose de luchador que espera la siguiente vuelta. Hizo una mueca y dijo algo. No necesitaba oírlo para saber lo que decía. Ven a buscarme. Sentí un enorme placer. Realmente era un idiota.

Sin vacilar, me agaché y salté sobre él. No me molesté en tratar de evitar la navaja. No importaba. Sentí que la hoja me cortaba levemente el costado del cuello y se deslizaba sobre mi hombro. La sangre se derramó caliente sobre mi piel. Pero no era un chorro y el dolor no era más que una pequeña molestia. Mi piel era demasiado gruesa. El cuchillo sólo me rasguñó. El brazo de Le Blanc retrocedió para lanzar otro ataque, pero ya era demasiado tarde. Ya estaba sobre él. Cayó hacia atrás, y la hoja saltó de su mano para ir desaparecer entre los árboles. Cuando mi cara quedó frente a la suya, se le abrieron los ojos. Conmoción. Incredulidad. Temor. Me permití beber en su derrota un largo instante. Entonces le abrí la garganta de una dentellada.

PREPARADA

Jeremy, Antonio y Nick aparecieron finalmente en la cabaña. Entraron cuando yo utilizaba las ligaduras de Clay para atar a Marsten. Naturalmente Jeremy estaba increíblemente impresionado por lo bien que había manejado yo las cosas por mi cuenta y juró no dejarme nunca afuera de nada. Sí, claro. En realidad sus primeras palabras no las puedo repetir. Entonces dijo que si alguna vez yo volvía a hacer algo tan estúpido, él... bueno, esa parte tampoco, la puedo repetir aunque Clay, Antonio y Nick la repitieron rápidamente, agregando cada uno sus propias amenazas. Así, el alma valiente que salvó el día tuvo que irse con el rabo entre las piernas, sentada en el asiento trasero de su propio auto. Pudo ser peor podrían haberme puesto en el baúl. En realidad, Nick lo sugirió, pero sólo bromeaba... creo.

Jeremy le dio a Marsten su territorio. Wyoming para ser precisos. Cuando Marsten se quejó, Jeremy ofreció cambiar por Idaho. Marsten se fue murmurando algo acerca de sombreros de diez galones y pantalones de vaquero. Por supuesto que no se conformaría con

retirarse a un rancho. Volvería en busca de un territorio más adecuado a su estilo de vida, pero por el momento sabía que debía cerrar la boca y tomar lo que se le ofrecía.

Clay tardé un tiempo en sanarse. Mucho tiempo en realidad. Tenía una pierna y cuatro costillas rotas y un hombro dislocado. Lo habían golpeado tanto que sentía dolor acostado, sentado, parado... en todo momento. Estaba exhausto, famélico, deshidratado y lleno de drogas en cantidad suficiente como pera tener a un rinoceronte tumbado durante un mes. Me pasé una semana en una silla junto a su cama antes de sentirme tranquila de que iba a sobrevivir. Incluso entonces, sólo me iba de su cuarto para preparar las comidas y sólo porque decidí que lo que cocinaba Jeremy le estaba haciendo más mal que bien a Clay.

Yo tenía que volver a Toronto. En realidad lo supe desde el primer día, pero lo estuve posponiendo, diciéndome que Clay estaba demasiado enfermo, Jeremy necesitaba mi ayuda en la casa, el Camaro no tenía nafta, cualquier excusa que pudiera encontrar Pero tenía que volver Philip me esperaba. Tenía que averiguar cómo pensaba manejarse él frente a lo que habla visto. Terminado eso, volverla a Stonehaven. No había duda de cuál iba a ser mi hogar. Quizá nunca la hubo. Stonehaven era mi hogar. La idea aún me molestaba. Supongo que nunca iba a sentirme tranquila con esta vida, porque no la había elegido y yo era demasiado obcecada como para aceptar jamás algo que me había sido impuesto. Pero Clay tenía razón Aquí yo era feliz. Siempre habría una parte humana de mí que vería mal esta forma de vida, una moralidad humana que se sentiría abrumada por la violencia, vestigios de puritanismo que se rebelarían contra la total inmersión en la satisfacción de necesidades y urgencias primitivas. Pero incluso cuando Stonehaven no me hacía feliz, cuando yo estallaba de furia contra Jeremy o contra Clay o contra mí misma, de un modo perverso seguía sintiéndome contenta y satisfecha.

Todo lo que buscaba en el mundo humano lo encontraba aquí. ¿Quería estabilidad? La tenía en un lugar y con gente que siempre me recibiría con los brazos abiertos, hiciera lo que hiciese. ¿Quería una familia? La tenía en mi Jauría, con una lealtad y un amor que iban más allá de las simples etiquetas de madre, padre, hermana, hermano. Por lo tanto, al advertir que todo lo que quería estaba aquí, ¿me sentía preparada pera hacer a un lado mis aspiraciones humanas y enterrarme pera siempre en Stonehaven? Por supuesto que no. Siempre necesitaría encajar en el mundo. No había terapia o autoanálisis que fuera a cambiar eso. Aún tratarla de tener un trabajo en el mundo humano, tal vez escaparme por un tiempo cuando la vida aislada de la Jauría me abrumara. Pero Stonehaven era mi hogar. Ya no me escaparía.

Y tampoco podía seguir escapándome de mí misma. No me refiero a la parte de licántropo que hay en mí. Creo que eso lo acepté muchos años antes, quizás incluso lo disfruté porque me daba la excusa para tantas cosas en la vida. Si me mostraba beligerante y cortante, era por la sangre de loba que habla en mis venas. Si atacaba a otras personas, nuevamente la sangre de loba.

Y lo mismo respecto de toda tendencia violenta. ¿De humor cambiante? ¿Enojada? ¿Proclive a estallar? Carajo, tenía motivos para eso, ¿verdad? Yo era un monstruo. Y eso no es exactamente una condición que fomente la paz y la armonía interior. Pero tenía que admitir la verdad. No fue convertirme en licántropo lo que me hizo así. Bastaba pensar en Jeremy, Antonio, Nick, Logan, Peter. Cada uno de ellos podía compartir alguna de mis características menos atractivas, pero lo mismo sucedería con cualquier extraño que pudiera encontrar en la calle. Si, ser licántropo me hacía más capaz de actuar en función de la ira y vivir en este mundo hacía que tal conducta fuese más aceptable, pero todo lo que era yo, ya lo era antes de que Clay me mordiera. Por supuesto que saberlo y aceptarlo eran dos cosas diferentes. Todavía tengo que trabajar en eso.

Tardé casi un mes desde aquel día en Toronto para entender qué había querido decir Clay cuando aseguró que sabía por qué escogí a Philip y por qué no podía funcionar mi relación con él. Las primeras dos semanas después de que recuperamos a Clay fueron un

infierno, algunos días ni siquiera estaba segura de que fuera a sobrevivir. Por lo menos así me parecía a mí. Lo miraba inconsciente en la cama y de pronto me parecía que su pecho había dejado de moverse. Lo llamaba a Jeremy. No, borren eso. Llamaba a gritos a Jeremy y él venía corriendo. Por supuesto que Clay estaba respirando perfectamente, pero Jeremy nunca me hizo sentir que estaba exagerando. Murmuraba algo acerca de que se quedaba brevemente sin aliento, quizás una apnea menor, y examinaba a Clay exhaustivamente antes de sentarse en la silla de al lado de la cama para vigilarlo por si había una "recaída". Para la tercera semana, Clay ya recuperaba la conciencia por periodos más prolongados y hasta yo tenía que reconocer que el peligro por fin parecía haber pasado. Lo que no quiere decir que yo dejara de acampar al lado de su cama. No lo hice. No podía. Y mientras yo insistía en estar allí, Jeremy insistió en reemplazarme en mi puesto mientras yo dormía o iba a correr, aunque los dos supiéramos que esa vigilancia constante sólo era necesaria para que yo estuviera tranquila.

Cerca del fin de la tercera semana, volví de ducharme y me encontré con Jeremy en mi lugar junto a la cama de Clay en la misma pose vigilante en que lo había dejado veinte minutos atrás. Me quedé junto a la puerta observándolo, las ojeras, su rostro enjuto. Supe entonces que tenía que parar, controlarme y admitir que Clay estaba bien y continuaría así –o incluso mejoraría- sin necesidad de vigilancia permanente. Si yo no dejaba de hacerlo, terminaría destruida y Jeremy me seguiría sin protestar.

-¿Te sientes mejor? -preguntó sin darse vuelta.

-Mucho mejor.

Extendió la mano hacia atrás y tomó la mía cuando me acerqué.

-Pronto va a despertar. Su estómago gruñe.

-Dios no quiera que se pierda la cena.

-Hablando de eso, tú y yo vamos a salir esta noche. A algún lugar a donde haya que ir de traje y corbata y afeitado, al menos yo. Vienen Antonio y Nick. Ellos se quedarán con Clay.

-No es nece...

-Es muy necesario. Necesitas salir. Dejar de pensar en esto. Clay estará bien. Llevaremos tu teléfono celular para el caso de que algo suceda.

Mientras asentía y me sentaba en la silla junto a Jeremy, la respuesta al acertijo de Clay me asaltó de pronto con tanta fuerza que tuve que sostenerme. Y me di un golpe en castigo por no haberlo advertido antes. ¿Por qué escogí a Philip? La respuesta había estado mirándome a la cara desde mi retomo a Stonehaven, ¿A quién me recordaba Philip? A Jeremy, por supuesto.

Debo decir en mi defensa que Jeremy y Philip, al menos en su aspecto exterior, no tenían demasiado en común. No se parecían físicamente, No tenían los mismos gestos. Ni siquiera actuaban del mismo modo. Philip no tenía el mismo control de sus emociones que Jeremy, ni su autoritarismo, ni su callada reserva. Pero ésas no eran las cualidades que yo más admiraba en Jeremy. Lo que vi en Philip fue un reflejo más superficial de lo que valoraba en Jeremy: su paciencia sin límites, su consideración, su bondad innata. ¿Por qué subconscientemente busqué a alguien que me recordara a Jeremy? Porque en Jeremy yo veía una versión infantil del Príncipe Encantado, alguien que me llevara flores y me cuidara más allá de las cagadas que yo hiciera. El problema era que no me sentía atraída sexualmente por Jeremy. Lo amaba como amigo, como líder y como figura paterna. Nada más. De modo que al encontrar una versión humana de mi ideal, encontré a un hombre al que estaba segura de que iba a amar, pero nunca con la pasión que podía llegar a sentir por un amante.

¿Eso me hizo sentir mejor? Por supuesto que no. Al excusarme por no poder sentir amor sexual por Philip, quería poder decir que se debía a algún problema de él, algo que a él le faltaba. La verdad es que todo se debía a mí. Me había equivocado y, por más bueno y decente que fuera Philip, él iba a sufrir por eso.

Luego de cinco semanas de postergar el retorno a Toronto, decidí hacerlo de una vez. Clay dormía la siesta. Yo estaba en la cama junto a él, adormilada, cuando me di cuenta de

que tenía que partir en ese mismo momento, antes de que cambiara de idea. Me levanté y escribí una nota para Clay. Jeremy estaba en el fondo arreglando el muro de piedra. No le dije a dónde iba. Temía que él quisiera primero hacerme cenar o que lo esperara para que él pudiera llevarme al aeropuerto o alguna otra demora que me diera tiempo a perder impulso.

No llamé a Philip para decirle que iría. Escuchar su voz era una cosa más que podía hacerme cambiar de idea. Fui directo al departamento y entré. Él no estaba. Me sentó en el sofá a esperarlo. Volvió una hora más tarde, jadeando por haber corrido bajo el calor de junio. Abrió la puerta, me vio y se detuvo.

-Hola -dije, logrando producir una débil sonrisa.

Vi el temor en sus ojos y entonces supe que la cosa nunca habría podido funcionar. Por más que consiguiera intimar yo con un ser humano, si se enteraba de la verdad acerca de mi, siempre habría miedo. No había modo de superarlo.

-Hola -dijo por fin -. Vaciló, luego cerró la puerta y se secó el sudor de la cara. Después de tomarse el tiempo necesario para recuperar el aliento, dejé la toalla en la mesa del corredor y vino al cuarto.

-¿Cuándo llegaste?

-Acabo de llegar. ¿Cómo estás?

-Bien. Recibí tus flores. Gracias, Respiré hondo. Por Dios, qué incómodo era esto. ¿Siempre había sido así? Habían pasado tan sólo cinco semanas y ya no podía recordar cómo hablábamos. Ya no había ninguna sensación de familiaridad.

-'Tu herida... eh... debe de estar mejor -dije-. Si fuiste a correr.

-A caminar. A correr no. Todavía no.

Se encogió de hombros y se sentó en la reposera frente a mí. Volví a tomar aire. Esto no estaba funcionando. No había manera de hacerlo.

-Lo que viste el otro día... -comencé. No dijo nada.

-Lo que me viste hacer...

-No vi nada -su voz era suave, apenas audible.

-Sé que sí y tenemos que hablar de eso. Me miró a los ojos.

-No vi nada

-Phiiip, sé...

-No. -Escupió la palabra, luego se contuvo y sacudió la cabeza -No recuerdo nada de ese día, Elena. 'Te fuiste a trabajar. Tu primo vino a buscarte. Otros dos hombres vinieron por ti. Alguien me apuñaló. Y luego no recuerdo nada.

Yo sabía que él me estaba mintiendo. Por la seguridad de la Jauría, tenía que continuar, Conseguir que él reconociera lo que había visto y encontrar la manera de explicárselo. Pero algo me decía que esto era mejor para Philip. Dejarlo que se lo explicara a su manera. Le debía eso.

-Me voy -dije.

Me puse de pie. No dijo nada Vi mis valijas apiladas en el corredor, junto a unas cajas que contenían sus cosas.

-Me voy a mudar cuando se termine el contrato de alquiler –dijo

- Yo... -se frotó la nariz. -Te hubiese llamado a tu celular. Estaba... Preparándome para hacerlo.

-Lo siento.

-Lo sé. -Me miró a los ojos por primera vez desde que llegué y logró esbozar una sonrisa. -Aún así fue bueno. Un error, pero un error bueno. Si vuelves a Toronto algún día quizá - podrías buscarme. Podríamos tomar una copa

Asentí. Al tomar mis maletas, mi mirada se dirigió a la mesa del corredor.

-Está en el cajón - dijo Philip suavemente.

Me volví para decir algo, pero él iba hacia el dormitorio, dándome la espalda. Cerró la puerta.

-lo siento -susurré.

Abrí las puertas que daban a la calle y salí con dos maletas pequeñas. 1e había dicho a Philip que podía dar el resto a obras de caridad o arrojarlo a la basura o lo que quisiera. No había nada allí que yo necesitara. Sólo tomé las maletas para que no pensara que abandonaba mis cosas enojada. Había tina sola cosa que yo quería en el departamento. Lo que había sacado del cajón de la mesa del corredor. Aún lo tenía en mi mano. Al salir del edificio, me detuve, dejé las maletas en el suelo y abrí el puño. El anillo de matrimonio de Clay destelló bajo las luces de la calle.

Clay.

¿Qué iba a hacer con respecto a Clay?

Pese a todo lo que habíamos pasado aún no podía darle lo que él quería. No podía prometerle mi vida, jurar que estaría a su lado a cada momento, despierto o dormido, hasta que la muerte nos separase Pero lo amaba. Completamente. Ya no habría otros hombres en mi vida, otros amantes. Podía prometerle eso. En cuanto a lo demás, bueno, tendría que ofrecer lo que podía y esperar que fuera suficiente.

-Estás aquí.

Levanté la mirada bruscamente. Clay estaba parado bajo la inquieta luz amarillenta de un farol. Por un momento creí que era una alucinación mía. Entonces él avanzó, arrastrando la pierna izquierda, aún no recuperado del todo.

-¿No leíste mi nota? -pregunté

-¿Nota?

Sacudí la cabeza.

-No deberías estar aquí. Se supone que tienes que estar en cama.

-No podía dejarte ir. No hasta que hablara contigo.

Miré el equipaje a mis pies y advertí que él debía de pensar que yo estaba por entrar al departamento en vez de salir de él. Humm. Que no se diga que dejo pasar la oportunidad de sacarle todo el jugo a las cosas. Si, puedo ser cruel, incluso sádica a veces.

-¿Y qué querías decirme? -pregunté.

Dio un paso hacia delante, me tomó del codo y se me acercó tanto que pude sentir los latidos de su corazón. Latía aprisa, pero eso podía ser por el esfuerzo, por el viaje

-Te amo. Sí, ya lo oíste un millón de veces, pero no sé qué que más decir -Alzó la mano y tocó mi mejilla. -Te necesito, cariño. Este año en que no estuviste fue un martirio. Decidí que cuando volvieras haría cualquier cosa para retenerte conmigo. Sin trucos. Sin escenas. Sé que no lo hice muy bien. Carajo, probablemente ni siquiera notaste el cambio. Pero lo intenté. Y lo seguiré intentando. Vuelve a casa conmigo. Por favor.

Lo miré a los ojos.

-¿Por qué volviste al departamento?

Parpadeó.

-¿Como?

-El día que te atacaron. Viste a Daniel y a Le Blanc subir al departamento, ¿verdad?

-Sí.

-Sabías que yo no estaba allí. Acababas de hablar por teléfono conmigo.

-Sí...

-Así que sabías que la única persona que estaba en el departamento era Philip. Pero subiste a tratar de protegerlo. ¿Por qué?

Clay vaciló y dijo luego:

-Porque sabía que era lo que tú querías que hiciera. -Me acarició la mejilla con el pulgar. -Sé que no es la repuesta que deseas. Sé que quieres que diga que tuve un ataque de conciencia y subí a salvar a Philip. Pero no puedo mentir. No puedo sentir lo que tú quieres que sienta. Hay cosas que no puedo cambiar. No me importaba que Philip muriera. Lo salvé porque sabía que si le pasaba algo, ibas a sentirte muy mal.

-Gracias -dije, besándolo.

-¿Fue una buena respuesta? -apareció un esbozo de su vieja sonrisa sardónica en su voz y en sus ojos.

-Es lo mejor que puedo esperar. Ahora lo sé.

-¿Te quedarás conmigo?

Le sonreí

-No pensaba dejarte, cosa que sabrías si te hubieras molestado en leer mi nota antes de venir corriendo hasta aquí para detenerme.

-Tú... -Se detuvo, lanzó la cabeza hacia atrás y se rió. Entonces me tomó en un abrazo y un beso que casi me matan. -Supongo que me lo merecía.

-Eso y más. -Sonreí y lo besé, luego me retiré para mirarlo un momento.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Cuando te tenían secuestrado pensaba que esta historia no tendría un final del tipo "vivieron felices para siempre". Tal vez me equivoqué.

-¿Felices para siempre? -sonrió-. ¿Para siempre?

-Bueno, quizá no para siempre. Quizá, felices para siempre por un tiempito.

-Podría aceptar eso.

-Felices para siempre por un día o dos. Como mínimo.

-¿Un día o dos? -Hizo una mueca. -Yo pensaba un poco más. Por supuesto que no para siempre. Quizá sólo ocho o tal vez nueve décadas.

-No fuerces la cosa.

Rió y me alzó en otro abrazo.

-Vamos a trabajar en el asunto.

-Sí -dije, sonriéndole-. Estoy preparada para trabajar en eso.